

Rutas para el Camino

Homenaje a
Bernardo Cuesta

Acción Verapaz



RUTAS PARA EL CAMINO
HOMENAJE A BERNARDO CUESTA



Cualquier forma de reproducción o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derecho Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Editorial San Esteban, 2013
Apartado 17- 37080 Salamanca (España)
Teléfono: 34/ 923 21 50 00
Fax: 923 26 54 80
E-mail: info@sanestebaneditorial.com
<http://www.sanestebaneditorial.com>

ISBN: 978-84-8260-293-6
Depósito legal: S. 348-2013
Impreso en España. Printed in Spain

Imprenta Kadmos
Salamanca

*A Bernardo Cuesta:
Como si no te hubieras ido*



VI LA VIDA VACIÁNDOSE
(A Bernardo Cuesta)

Y así como el silencio habla,
vi la vida vaciándose,
alejándose en mí
hacia la luz
hasta enmudecer todo.

Y no era aún el alba.
Sólo vuelo
y cielo.

JUAN CARLOS LÓPEZ PINTO
Jueves, 10 de enero de 2013

Índice

Prólogo.....	13
Introducción.....	17

I SEMBLANZA

I. Rasgos autobiográficos que señalan rutas	23
1. In memoriam: Bernardo Cuesta Álvarez.....	23

II PENSAMIENTO

II. Rutas para entender, vivir y ser Iglesia	43
1. Punto de partida: Iglesia santa y pecadora	43
2. La Iglesia como hogar	44
3. La Iglesia, hogar de humanidad	47
4. La Iglesia, hogar de libertad	50
5. La Iglesia, hogar de amor compasivo y misericordioso.....	55
6. La Iglesia, casa de puertas abiertas	68
7. Conclusión final	74
III. Rutas de análisis y propuestas para el mundo de hoy	77
1. Vivimos en un mundo globalizado y enfermo	77
2. La lógica de la acumulación individualista: su crisis.....	91
3. La solidaridad: una propuesta para el cambio del sistema....	97
4. La lógica del don y la fraternidad: reflexión sistemática	110
5. Alternativa cristiana: compasión y solidaridad	128
6. Conclusión	140
IV. Rutas para ser cristiano en un mundo globalizado y en crisis: ética y moral hoy.....	143
1. Punto de partida: la exploración de Canaán.....	143

2. Concilio Vaticano II: envío de exploradores	145
3. Sínodo de los obispos: relato de los exploradores a la comunidad.....	162
4. Subamos, Yahvé está con nosotros... No tengáis miedo.....	171
5. Claves de una moral evangélica: pensar y vivir como Jesús ..	173
6. Implicaciones del seguimiento de Jesús para la vida moral .	192
7. Conclusión	201
V. Rutas hacia la paz y en favor de la vida	203
1. Violencia y caminos para una cultura de paz	203
2. El derecho y el deber de la vida.....	246
VI. Rutas presentes en la tradición y orden dominicana	265
1. Opción por los pobres, la justicia y la paz en la Orden	265
2. La “verdad” en el modo de ser dominicano	270

III TESTIMONIOS

VII. Testimonios sobre la vida y la misión de Bernardo..	285
VIII. El grito y el testimonio de Bernardo	317
Epílogo.....	331

Prólogo

Al volver del hospital donde habíamos dejado a Bernardo ingresado de urgencias aquel sábado de octubre del 2010, me refugié en la soledad del patio de nuestra casa de Babilafuente. La tarde se había hecho ya agria oscuridad, y atribulado como estaba por las perspectivas desesperanzadas que nos habían ofrecido (las pruebas rápidas habían desvelado la casi segura inevitabilidad de la tragedia), me senté a descansar la espalda, herida por el ajetreo del día. Luchaba por acallar mi cerebro que iba y venía sin control con mensajes inconexos. Pero no conseguía calmarlo. Como enajenado, me levanté y me puse a pasear de un lado al otro del patio. Según andaba iba pisando sin querer las semillas que el laurel grande del jardín había ido arrojando al suelo, cumpliendo esos ciclos genesíacos de la naturaleza. Ese año eran muchas las bolitas negras que había arrojado el laurel. Y me hacían daño en las plantas de los pies al pisarlas. Pero yo seguía para arriba, para abajo, envuelto en densas tormentas interiores.

Hasta que mi cerebro, lo recuerdo con nitidez, se iluminó con el fulgor de un relámpago: esas semillas del laurel, las caídas sobre la tierra mullida del jardín, a los meses se pudrían en el silencio íntimo de la tierra y con la primavera germinaban en tiernos brotes, en nuevos pequeños laureles que prolongaban la vida del laurel originante, le daban continuidad. A su modo, le libraban de la desaparición o muerte definitiva cuando acaeciese por enfermedad o vejez. Daba la casualidad de que yo había contemplado todo ese proceso de perennidad vegetal con mis propios ojos: había visto en el corral de mi casa familiar secarse, morir, al laurel de donde habíamos cogido con anterioridad el brote trasplantado al jardín de Babilafuente. Y después le había visto crecer, desarrollarse, y últimamente, ya maduro, ofrecer sus semillas para nuevas reproducciones de sí mismo, esas que ahora pisaba en mi paseo atormentado. Y recordaba también cómo Bernardo

ofrecía esos brotes nuevos del nuevo laurel a quienes estuvieran interesados. O trasplantábamos alguno a las márgenes del Tormes o al lago final del canal de Villoria.

Esa misma ley de la continuidad de la vida, intuí con rapidez, inscrita en la interioridad de los seres vivos, se habría de consumir también con Bernardo si se cumplieran las negras perspectivas de muerte que le acababan de diagnosticar. E iba señalando en mi cabeza las muchas semillas que Bernardo, como el laurel del patio, venía arrojando sobre la tierra de quienes le rodeábamos: sus palabras escritas o habladas en clases, charlas, artículos, libros, catequesis, homilías, reuniones mil en unos u otros proyectos de carácter religioso, sociocultural, solidario. En nuestros pueblos de las Villas o en la Facultad de San Esteban; en la geografía española y dominicana o en algunos viajes a Latinoamérica; en periódicos o revistas (largas noches componiendo en el ordenador *Agora o nunca* (Villoruela) y *Aldaba* (Babilafuente)). Palabras y sonrisas, gestos y actitudes, convicciones, ejemplos prácticos sembrados a diario en los ojos, en la inteligencia y el corazón de niños, adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos, alumnos y compañeros de comunidad.

Sí, pensaba en medio del atolondramiento de aquella anochecida cruel, igual que las semillas biológicas van dando continuidad a la vida de la naturaleza en sus infinitas manifestaciones, lo mismo ocurre con las semillas de orden espiritual: las palabras y los gestos, los afectos, el pensamiento y las acciones de otros son gérmenes de sus vidas en nuestra vida, prolongación, perennidad, ¿resurrección? Si nos escuchamos un momento por dentro descubrimos huellas, ecos de aquel profesor que nos marcó con sus clases, de aquel libro que nos abrió horizontes, de aquel familiar o amigo que con la claridad de sus convicciones, sus ejemplos o sensibilidad iluminó y enriqueció nuestras vidas. Somos semillas, esporas, gérmenes de vida espiritual los unos para los otros.

Confieso que esa rauda revelación de la eterna ley de la continuidad de la vida en la rueda de la naturaleza, redescubierta en ese momento tan desamparado, alivió mi alma. Sólo alivio, claro. Porque las semillas de Bernardo, como las del laurel, como las del trigo en la parábola evangélica, antes de dar nuevos frutos, habrían de pudrirse. ¡Y vaya si se pudrieron! Hemos sido muchos los testigos del duro proceso último

de enfermedad y pudrimiento, de dolores, de angustias, de esa bajada a los infiernos de la impotencia y el abatimiento, del silencio interior rumiando las eternas preguntas del ser humano y aceptando, al fin, como podemos ver en esas perlas luminosas recogidas por su hermana Esperanza en lo que hemos llamado su testamento espiritual, la oferta de trascendencia hacia un Encuentro final con el Padre Dios.

Muchos hemos sido los testigos de su enfermedad y de su muerte: aquí, en la casa común de Babilafuente, en San Esteban, en la casa materna de Ríofrío, y en las casas de tantos, de aquí y de lejos, a través de las visitas, de las noticias y de los afectos. Como muchos somos ahora los testigos de su resurrección en nuestra memoria, de su permanencia entre nosotros a través de las semillas que él sembró. La memoria póstuma de los nuestros no sólo es una forma samaritana de ternura, es también un cauce de comunicación e inhabitación.

Este libro aspira a ser, no tanto un cofre que guarde algunas de las voces escritas de Bernardo y muchos de nuestros afectos, sino un signo, un sacramento que reproduzca su presencia entre nosotros. Y la multiplique y expanda. Al leer sus palabras en los textos recuperados o al evocar su persona en los testimonios íntimos de tantos, le traemos de nuevo hasta nosotros, de nuevo le escuchamos, le introducimos en nuestra inteligencia y nuestro corazón y ahí nos alimentamos de él, sentimos el calor de su presencia. Porque si el que ama no muere (San Pablo), el que es amado tampoco: el tiempo de cada uno, limitado, cortísimo, es trascendido por la memoria amorosa de los otros.

Gracias desde esta familia de Babilafuente a quienes tuvieron la idea del libro y la pusieron en marcha con dedicación y ternura, José A. Lobo y Dulce, de Acción Verapaz. A Rufino Lobo que ha distraído su tiempo doliente de operaciones y recuperación ordenando los materiales que aquí van. A Felicísimo Martínez, que ha hecho aportaciones muy importantes a la organización del texto. Y a Juan Huarte que ha hecho una lectura pormenorizada, para omitir repeticiones innecesarias. Gracias a todos los que acompañan la voz mayor de Bernardo con la suya propia en este libro. ¡Recibiremos todos la recompensa de sus semillas germinando en nuestras vidas!

Introducción

Acción Verapaz tiene contraída una enorme deuda con Bernardo Cuesta. No sólo fue protagonista e impulsor entusiasta de su fundación, sino también animador a lo largo de todos estos años de este proyecto solidario. Los estamos más directamente implicados en este trabajo somos testigos de cómo a través de su cargo de Presidente puso todas sus capacidades de análisis y de trabajo, que eran muchas, y todo su entusiasmo al servicio de esta causa solidaria.

Por eso, tras su muerte en la primera reunión de las Juntas Directivas, celebrada en febrero, se acordó realizar una publicación para mantener vivo su recuerdo, rendirle homenaje y agradecer su implicación en este proyecto. Bernardo fue una persona en la que palabras y hechos, pensamiento y acción, estuvieron indisolublemente unidos. De ahí que no sólo fue un guía intelectual, sino también un maestro de vida, que abrió caminos y marcó rutas por las que, según creemos, vale la pena seguir caminando.

Éste será pues el hilo conductor de la publicación: descubrir las sendas de pensamiento y de acción que él siguió de manera lúcida y coherente. Mostrar que su modo de entender la Iglesia –que siempre consideró su hogar–, el mundo en el que vivió, la Orden a la que amó, lo mismo que su modo de implicarse y de responder a los problemas y desafíos que en estos campos se plantean, siguen siendo válidos y marcan rutas a seguir. En esto estamos y así le prometimos el día de su funeral.

A partir de estos objetivos hemos estructurado el libro, que tendrá tres partes:

La primera parte, **SEMBLANZA**, recoge la excelente síntesis biográfica, *In Memoriam*, que Juan Huarte, amigo y compañero, publicó en la revista *Ciencia Tomista*. Es muy completa y resume perfectamente la trayectoria vital de Bernardo: hechos, pensamiento, convicciones y valores que dieron sentido

a su vida... Ciertamente, su biografía señala rutas que vale la pena seguir.

La segunda parte, PENSAMIENTO DE BERNARDO, es la más amplia y recoge algunos textos de Bernardo que expresan su visión de la vida y de algunos problemas que a él le preocuparon mucho y a los que dedicó estudio y reflexión. Tiene cinco capítulos o apartados.

Rutas para entender, vivir y ser Iglesia es una charla de Bernardo dentro de un ciclo de *Las Conversaciones de San Esteban*, el 17 de noviembre de 2009. Expresa su modo de entender, vivir y ser iglesia. Es un texto de madurez, digno de ser tomado muy en cuenta, pues abre un camino a seguir o un modo válido de situarse y vivir hoy en la Iglesia.

Rutas de análisis y propuestas al mundo de hoy resume su modo de entender e interpretar el mundo y los valores indispensables para caminar por él: compasión, justicia, solidaridad, fraternidad, gratuidad, paz... son palabras y valores sobre los que vuelve de mil formas, y pilares sobre los que, según Bernardo, se puede construir el mundo alternativo en el que él siempre soñó y por el que trabajó incansablemente. Formaron parte de su enseñanza en la Facultad de San Esteban y en la Escuela de Teología, como profesor de Moral, y los transmitió con fuerza y convicción en los cursos de formación de voluntariado que impartió en Cáritas Salamanca y en Acción Verapaz. También estuvieron presentes en su actividad pastoral en los pueblos de Las Villas.

Rutas para ser cristiano en un mundo globalizado y enfermo. La Parábola del Buen Samaritano fue para Bernardo una clave importante para colocarse adecuadamente en el mundo y ante los mil rostros del sufrimiento que en él desgraciadamente se dan. Por eso, nunca se conformó con analizar racionalmente el mundo, sino que procuró e invitó a dar pasos en la línea samaritana. En este apartado recogemos las líneas maestras de lo que fue su enseñanza moral enfocada desde su visión de la persona y el mensaje de Jesús. Recogen fundamentalmente dos textos de Bernardo: La charla que dio en Vigo el 29 de marzo de 2008, dentro de un Congreso del Colectivo Verapaz; y el último curso que impartió en la Escuela de Teología de San Esteban en febrero de 2011, ya gravemen-

te enfermo: *Pensar y morir como Jesús. Claves de una moral evangélica.*

Rutas hacia la paz y en favor de la vida. La paz y la defensa y promoción de los Derechos Humanos fueron preocupaciones que ocuparon la reflexión de Bernardo y marcan también sendas de compromiso seguidas por él. Estos textos sobre la violencia y el derecho a la vida son un buen complemento de su pensamiento moral.

Rutas que recogen y hacen vida la tradición dominicana. Si Bernardo sintió que la Iglesia fue su hogar, en la Orden dominicana no se sintió menos a gusto y en ella se vio como en su casa. Más aún, todas las opciones que adoptó en su vida, no sólo la del estudio y la enseñanza, sino también la de la puesta por la implicación en un proyecto pastoral en el mundo rural, la implicación en la lucha por la justicia, la paz y la solidaridad, las vivió con alegría y entusiasmo como dimensiones del carisma dominicano. Es lo que reflejan los textos aquí recogidos, que marcan sendas a seguir para quienes opten por este carisma.

La tercera parte, TESTIMONIOS, son un elemento importante dentro de esta publicación de recuerdo y en homenaje a Bernardo. Muestran que las sendas que él abrió y siguió dejaron huellas en quienes le conocimos y animan a continuar por ellas o en la misma dirección. Estas voces o testimonios de quienes vivieron con él en la Comunidad de Babilafuente, de su familia, de las gentes de los pueblos donde ejerció durante más de treinta años su actividad pastoral, de sus compañeros de fatigas en Acción Verapaz, de otros profesores... son el mejor respaldo de su trayectoria vital.

El grito y la palabra de Bernardo es otro aval no menos contundente de su trayectoria vital. Y si él procuró ser en vida buen samaritano, su grito es una llamada a tomarnos en serio la invitación de Jesús, que cierra el texto de la Parábola: “*Vete y haz tú lo mismo*”.

En el epílogo se nos hace, a pesar que el duelo continúa por su pérdida temprana y su ausencia todavía fuertemente sentida, una invitación apremiante y necesaria: *que su muerte no nos rinda*. Se nos invita a no perder algo tan importante: *la Esperanza*.

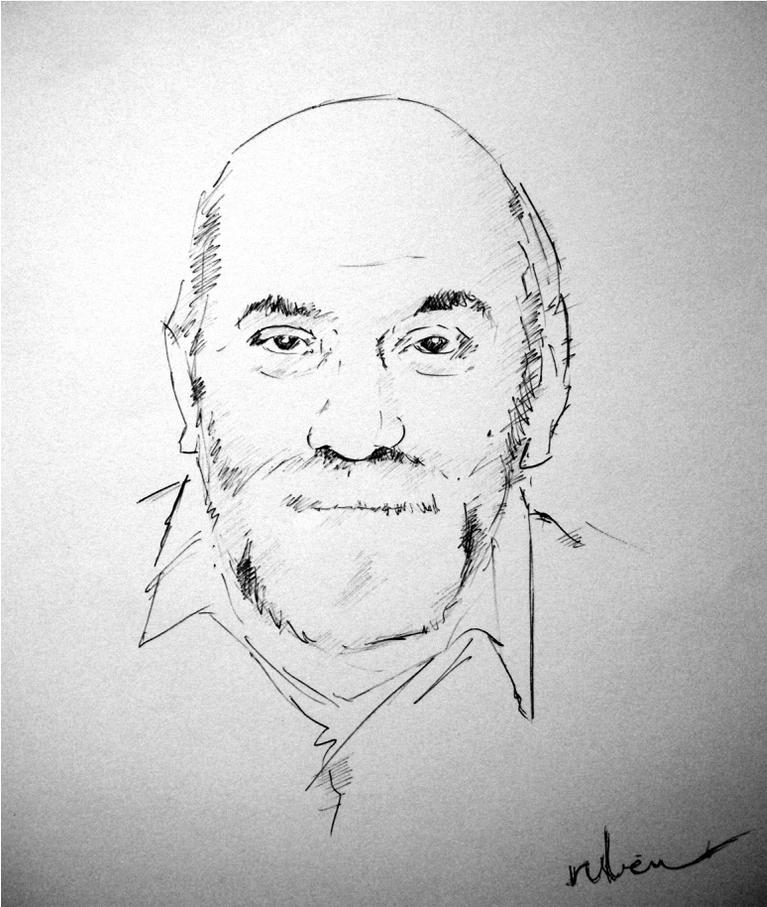


Ilustración de Rubén Cortés Morales

I SEMBLANZA

Rasgos autobiográficos que señalan rutas

JUAN HUARTE OSÁCAR

1. IN MEMORIAM: BERNARDO CUESTA ÁLVAREZ, OP (1954-2012)

“Doctor, esto se acaba. Este cuerpo no aguanta más. Dejemos que lo que tiene que suceder acontezca. Estoy en paz. No tengo miedo a morir. Estoy en las manos de Dios y acepto la muerte. La espero”. Fueron sus palabras poco tiempo antes de morir al oncólogo que le trataba, como lo atestiguaba su hermana Esperanza, religiosa dominica que cuidó de él noche y día durante su larga enfermedad.

Y así fue Fr. Bernardo moría en la paz del Señor el pasado 20 de enero, precisamente el día San Sebastián, patrono de Villoruela (Salamanca), pueblo del que era párroco. La fiesta estaba ya programada para el día siguiente, sábado, con el fin de que pudiera participar más gente. Era la fiesta que tantos años había presidido con la acostumbrada eucaristía y la posterior procesión por las calles del pueblo, si bien en esta ocasión el rostro de los asistentes no pudo ocultar entre lágrimas su profundo dolor en medio de un respetuoso y emotivo silencio. Habían perdido, no acababan de creérselo, a una persona realmente apreciada y querida por todos, a la que lloraban en la intimidad.

Bernardo, animador religioso y sociocultural en la zona rural de Las Villas (Babilafuente, Moríñigo, Villoria, Villoruela), profesor de Teología Moral en la Pontificia Facultad de Teología San Esteban de Salamanca, de la que había sido además Secretario en los últimos años, será recordado para siempre por su incondicional y generosa entrega sacerdotal. Su ausencia deja sin duda un notable vacío en la mente y el corazón de quienes le conocieron, especialmente de cuantos

han comulgado con las motivaciones e ideales que le llevaron a abrazar un proyecto de servicio evangélico al mundo rural acogiendo como suyos “sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias” desde la inserción en su propio hábitat de vida.

Uno de los presentes en el funeral de la abarrotada Iglesia de San Esteban decía: *“La ceremonia religiosa de despedida se ha convertido no ya en un homenaje sino en una reivindicación de su persona y obra como camino a seguir. Cómo se notaba que te quería mucha gente, cómo se apreciaba todo lo que sembraste en la vida, cuántas lágrimas se han derramado recordando tu presencia... La pasión y el compromiso que ponía Bernardo en todo son el mejor acicate para, desde su recuerdo, seguir los pasos que él inició”*.

Ahondando en las raíces

Nació en Riofrío del Órbigo (León) el 20 de agosto de 1954 en una familia larga de hermanos –uno ya fallecido– y hermanas. Allí pasó su infancia, arropado por el calor familiar que alimentó sus primeros sueños. Fue en el seno de esta humilde y sencilla familia donde hizo el aprendizaje de la convivencia con los suyos y con su entorno vecinal, reforzado en la escuela con sus compañeros y amigos de pupitre. Una familia numerosa en la que todos se necesitaban, como era el caso por aquel entonces de la mayoría de los niños del pueblo con los que transcurría y compartía la mayor parte de la jornada.

Infancia feliz que tantas veces recordaba y que impregnó de gozoso optimismo el resto de su vida. Infancia que dejó grabada para siempre en su código genético una clara inclinación y predisposición para lo que más tarde sería su auténtico proyecto vital de convivencia en la fraternidad. En su talante bondadoso y afable sólo cabían actitudes de respeto, escucha, acogida, solidaridad y encuentro. Corría por sus venas la savia de un tronco familiar arraigado en los firmes valores humanos y religiosos de una sana tradición local.

Dos semanas antes de su fallecimiento, previendo sin duda su desenlace final, dejaba su pueblo natal para compartir los últimos días con sus compañeros de comunidad en Babila-fuente. Plenamente consciente de lo que se le avecinaba, silencioso y callado, volvía rumiando con añoranza un intenso

cúmulo de sentimientos mientras pasaba revista a un paisaje natural que le hablaba en todos y cada uno de sus rincones. Para Bernardo la naturaleza era algo así como su segunda madre. Quienes le hayan tratado de cerca saben de su amor a la naturaleza. Como ha escrito un compañero que compartió con él los primeros años de ministerio en el mundo rural, *“era un hombre con raíces profundas campesinas. Siguió al Jesús que le invitaba a mirar y admirar las aves del cielo y las flores del campo. Gozaba de gran simpatía con las plantas que en su presencia lucían radiantes y le agradecían con sonrisas y aromas sus cuidados. Gran amante de flora y fauna campesina, que observaba, aprendía y transmitía”*.

La contemplación de la naturaleza le dotó de un instinto y de una sensibilidad especial para captar y disfrutar de pequeños detalles que no percibíamos los demás. Su misma forma de relacionarse y tratar las plantas y los animales reflejaba la delicadeza y cariño con que acostumbraba a vivir sus relaciones sociales. Le era muy familiar y experimentaba personalmente aquella certera y sabia afirmación de los antiguos que concebían el ser humano como un microcosmos. El libro de la naturaleza, que tan bien interpretaba y del que tanto disfrutaba, le acompañó de por vida. Me viene a la memoria una estampa que me parece significativa de cuanto estoy diciendo. Residiendo durante su enfermedad en el convento de San Esteban, acostumbraba a pasear con su hermana Esperanza por la huerta. Hasta que llegó el día en que, no pudiendo ya más y sentado en una silla delante del ventanal del primer piso, le sorprendí mirando hacia el campo de fútbol al mismo tiempo que proyectaba su vista hacia lo lejos buscando horizontes más amplios.

Es esta verdad desnuda de sus orígenes la que transpiraba en todo momento, con toda naturalidad y por todos los poros de su piel. No podía olvidarse de las raíces que le vieron nacer. Transmitía en cada una de sus palabras y gestos el talante tranquilo y apacible, abierto y bonachón de quien se encuentra feliz compartiendo su vida con los demás. Recuerdo a este propósito –cuando por las noches elaborábamos juntos las fichas semanales de la catequesis infantil–, cómo le gustaba el simbolismo bíblico de Sicar-Siquem (encrucijada de varios caminos), aquella aldea en la que encuadra el evangelio de Juan el pasaje del encuentro de la samaritana con Jesús en el

pozo de Jacob. Me decía: esto es lo que tenemos que transmitir antes que nada a los niños; son los cimientos sobre los que irán edificando más tarde su personalidad.

Proyecto dominicano de incardinación rural en Las Villas (Salamanca)

Una vez concluido el bachillerato en la Escuela Apostólica de la Virgen del Camino (León), ingresó en el noviciado del convento de Santo Domingo (Caleruega, Burgos), donde hizo su primera profesión (28/09/1975). El Primer ciclo de Filosofía y Ciencias de la Educación lo hizo en el Instituto Superior de Filosofía de Valladolid (1975-1978). Seguidamente cursó la Teología en la Pontificia Facultad de Teología San Esteban (Salamanca): Bachillerato (1978-1982), Licenciatura (1982-1984). Interesado como estaba por los estudios teológicos, pudo realizar cursos complementarios de Licenciatura en Teología Moral en el Instituto Superior de Ciencias Morales de Madrid, adscrito a la Universidad Pontificia de Comillas (1984-1985), y los cursos de Doctorado en Teología en la Facultad de San Esteban (1989-1990).

Desde su profesión solemne en el Santuario salmantino de la Peña de Francia (26/09/1980), Bernardo ya intuyó cuál podía ser el lugar donde podría ejercer el carisma dominicano de la predicación dentro de las posibilidades que le ofrecía en aquel momento la planificación general de la Orden en la Provincia de España. Siendo todavía estudiante de Teología y con el beneplácito de la comunidad de Sotomayor, comenzó su andadura pastoral junto con otros compañeros yendo los fines de semana a los pueblos cercanos de Pitiegua y Cabezabellosa, en la Armuña. Bella experiencia juvenil de la que siempre tuvo un recuerdo inolvidable y que le sirvió para programar e impulsar decididamente un nuevo plan de actuación en el mundo rural residiendo habitualmente en los pueblos.

Fue en diciembre de 1980 cuando, junto con otros seis compañeros dominicos, fundó la comunidad Virgen de la Vega de Babilafuente (Salamanca) como proyecto de inserción pastoral en la zona rural de Las Villas, donde se ordenó sacerdote al año siguiente. ¿Qué fue lo que motivó fundamentalmente esa presencia dominicana en el mundo rural salmantino? En uno de los muchos documentos que figuran en el archivo de

aquella época se decía lo siguiente: *“La movilidad ideológica y social de los años setenta en la sociedad española, unida al proceso de regeneración intraeclesial impulsado por el Vaticano II, cuestionaron muchas formas de ser y estar de las Órdenes y Congregaciones religiosas. Fueron años de renovación interna, reflejada en la ampliación a nuevos campos de trabajo. La creación de nuestra comunidad fue fruto de aquella mística que impulsaba hacia formas nuevas de presencia donde traducir con más fidelidad el mensaje liberador de Jesús de Nazaret”*. En el punto de mira estaba el campesinado de la vieja Castilla, un sector social deprimido y abandonado por la política, necesitado de apoyo cultural y religioso. La opción final, no exenta de dificultades por el hecho de romper con la tradición de los dominicos españoles, fue el fruto maduro de un largo proceso intracomunitario.

Juan Francisco Blanco, apasionado etnólogo salmantino de la cultura y religiosidad popular, suele decir que ésta necesita aproximar y adecuar el hecho religioso a la realidad cotidiana integrándolo en la familiaridad del día a día más reconocible. Esta intuición estuvo presente desde el principio en el proyecto de acompañamiento y promoción humana, social y cristiana que asumió aquel pequeño grupo de frailes como animadores de las comunidades cristianas y como animadores socioculturales. Todo un proceso que sirvió para conectar con las necesidades y tradiciones de la gente y que desembocó en una programación minuciosa y detallada de cara a cumplir objetivos concretos en cada una de sus etapas.

En el campo de concienciación y renovación cristiana se inició un proceso formativo adaptado a la situación de cada uno de los sectores comunitarios: renovación y animación de la vida sacramental y de la Eucaristía diaria, creación de grupos parroquiales con sus respectivos encuentros periódicos de formación, elaboración de fichas de trabajo e incorporación de nuevas dinámicas y materiales pedagógicos, preparación específica de agentes pastorales, reuniones por barrios, revisión y planificación anual de la programación que luego se diversificaría en función de las características y evolución de cada pueblo, etc. Animación comunitaria que a su vez iba acompañada de una actuación sociocultural por sectores, barrios y casas en diferentes áreas de trabajo con fichas y posteriores reuniones: Centros Culturales, Movimiento

Junior, Escuela de Tiempo Libre, Campamentos, Escuelas Infantiles de Verano, CREPA (Centro de Educación Permanente de Adultos, de carácter comarcal, con Aulas de la Mujer, de Pregraduado y Graduado Escolar, de Agricultores y de la Tercera Edad), Escuelas de Padres, Semanas y Cursos sobre temas puntuales de actualidad, Jornada comarcal del “Día del Mundo Rural”, colaboración con el movimiento educativo “Escuelas Campesinas”, Programa educativo de fijación y recuperación en soporte fotográfico del patrimonio histórico de los pueblos de la zona con exposiciones locales y publicación final del libro *La huella que somos. Patrimonio Cultural de Las Villas*, creación y animación de una revista en cada uno de los pueblos, etc.

Este es, a grandes líneas, el contexto sociocultural y religioso en el que se movió Bernardo con múltiples iniciativas y actividades encaminadas a la realización de un proyecto evangélico en el que siempre creyó. Identificado con su ministerio sacerdotal, supo entregarse responsablemente a cuantas propuestas fueron surgiendo y en las que encontraba diariamente la razón de ser de su vocación dominicana. Estoy convencido de que cumplimentó sobradamente los objetivos que se fue marcando en cada etapa de su ministerio al filo de los acontecimientos. Convicción personal confirmada por la masiva manifestación popular de homenaje y agradecimiento que le brindó la población de los pueblos y de la ciudad con su continuo desfile ante la capilla ardiente y con su presencia en el funeral abarrotando la iglesia de San Esteban. Después de largos meses golpeado y castigado por la enfermedad, llegó a confesar un día: “*Me siento rodeado del cariño de todos. Y me emociona*”. Bernardo tenía y tiene mucho que decir a cuantos convivieron con él. Identificado como estaba desde niño con las raíces populares de su pueblo natal, supo irradiar en todo momento su amor y pasión por la cultura y religiosidad popular.

Vocación intelectual y actividad docente

Consciente de la relevancia que tiene en la Orden dominicana el estudio, nunca abandonó esta faceta, en la que ya había destacado durante su período de formación institucional. Supo mantener el equilibrio entre el estudio y la evangelización, dos campos de acción que condicionaron desde un

primer momento la propuesta hecha por el grupo al obispado para trabajar en una zona rural: que se respetara la especificidad comunitaria del carisma dominicano y que se facilitara el proceso académico de los estudiantes que conformaban el grupo, entre los que se contaba Bernardo. No se encerró, pues, en los pueblos para convertirse en el clásico cura rural.

Por una parte, puesto que se reconocía ante todo como fraile vocacionado para vivir en comunidad, asumía plenamente que su compromiso evangelizador debía pasar también por el filtro comunitario. Después de todo, era el clima que había respirado en el estudiantado, sin solución de continuidad con la educación recibida en el seno de su familia.

Por otra, había abrazado esa actitud de búsqueda permanente de la Verdad que debe caracterizar a todos y cada uno de los frailes dominicos. Llevaba en sus genes esta dimensión reflexiva e intelectual de la Orden. Estaba acostumbrado a sopesar juiciosamente cuanto proyectaba, sabía calcular los tiempos a corto y largo plazo, defendía los criterios que inspiraban cada una de sus propuestas, permanecía atento a las sugerencias que le llegaban de los demás. Acostumbraba a compartir su reflexión personal con las opiniones y pareceres de sus hermanos religiosos y de las comunidades cristianas sin perder nunca de vista su misión evangelizadora de transmitir una fe personal, adulta y serena, confiado en la insondable anchura y profundidad del misterio de Dios. Ese era el trasfondo íntimo que le llevaba a dinamizar con paciencia y tesón, sin prisa ni pausa, procesos formativos acoplados con flexibilidad a las situaciones y necesidades concretas de las personas y colectivos con los que trabajaba.

Los alumnos de la Pontificia Facultad San Esteban, tanto del ciclo institucional como del ciclo de Licenciatura, recuerdan con cariño y gratitud su actividad docente, en la que dejó su impronta y sello personal. Cabe decir otro tanto de quienes disfrutaron de su enseñanza en las diferentes Instituciones Asociadas o Extensiones de la Facultad (Escuela de Teología “San Esteban”, Cátedra “Fe y Derechos Humanos”, Escuela de Laicos “Yves Congar”, Cursos de Actualización Teológica, Escuela de Teología en Internet “Santo Tomás de Aquino” así como en el Centro de Teología “Santo Domingo” en la República Dominicana (cursos 1999-2000; 2004-2005).

Además de su enseñanza académica como profesor de Teología Moral, impartió cursos, seminarios, jornadas, conferencias y charlas en diversas instituciones: Caritas Rural, Escuela de Formación Social de Caritas-Salamanca, Escuela de Laicos de la Diócesis de Salamanca, Profesores de Educación Primaria, Asociación de Universitarios Cristianos, Manos Unidas, Voluntariados Sociales, Parroquias, Comunidades Religiosas, Familia Dominicana, Promotoría de Formación Permanente de los Dominicos de la Provincia de España, etc.

Era como el sembrador de la parábola evangélica que salía cada mañana a esparcir la semilla sobre toda clase de terrenos, consciente de las mil dificultades que entraña la escucha y acogida de la Palabra pero sabedor también de que, tarde o temprano, algo fructifica. Al mismo tiempo que abría espacios de diálogo y debate en torno a los problemas emergentes del momento, abría también nuevos horizontes de comprensión que refrescaban el espíritu y ayudaban a leer la realidad con un irreductible optimismo cristiano. Para él, la voz de la teología no podía quedar enclaustrada entre las cuatro paredes de una institución académica. Tenía claro que la Palabra de Dios, de la que se nutre la teología, no hace acepción de personas, que habla a cuantos quieran escucharla, que es palabra profética para quienes buscan con nobleza y sin prejuicios la verdad venga de donde venga. Como buen profesor y maestro de vida, autoconvencido como estaba de la primacía del estudio dentro del carisma dominicano, supo ejercer con encomiable tacto pedagógico su reconocida labor académica motivando, orientando y asesorando al alumnado.

¡Cuántas veces no habremos comentado su capacidad de trabajo multiplicándose en mil frentes! Dentro de la Facultad de San Esteban desempeñó con solvencia y eficacia importantes cargos académicos: Director de la Cátedra “Fe y Derechos Humanos” desde 1987, Director de las Conversaciones de San Esteban (1992-1995) y Director Académico de la Escuela de Teología en Internet “Santo Tomás de Aquino” desde 2007. A partir del 2006 fue también Secretario de la Facultad, evidenciando sus dotes organizativas.

Otra vertiente importante de su actividad intelectual es el campo de las publicaciones. Presento un elenco de las mismas, centradas sobre todo en el campo moral, su especialidad teológica, y en las que muestra al mismo tiempo un vivo interés por divulgar su pensamiento de forma accesible y pedagógica.

Libros

Educar para la tolerancia, Cáritas Diocesana, Salamanca 1996, 159 pp.

Colaboraciones

BERNARDO CUESTA-LUIS M. FIGUERO, *Educar para la vida. Experiencia en el Mundo rural*, Cáritas Diocesana, Salamanca 1993, 147 pp.

“Recrear la moral: apuntes para una teología moral al final del milenio”, en J.R. LÓPEZ DE LA OSA-C. CAMPO SÁNCHEZ, (eds.), *Crisis de valores y de normas a finales del siglo XX*, PS, Madrid 2000, pp. 237-268.

VV.AA., *La huella que somos. Patrimonio Cultural de Las Villas*, Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca, Salamanca 2000, 125 pp.

“Globalización, pobreza y solidaridad” (pp. 73-99), “Globalización de la solidaridad: alternativas prácticas” (pp. 101-114), “Hacia la globalización de una nueva cultura de la paz” (pp. 115-129), en F. VELA LÓPEZ (dir.), *Atentos a los giros del mundo. Un programa de formación permanente*, San Esteban, Salamanca 2006.

Artículos

“Nuevo enfoque de la moral: perspectiva de la moral latinoamericana”, *Ciencia Tomista* 114 (1987), 595-621.

“El Dios de la vida”, *Cuadernos Verapaz* 2 (1987), 53-63.

“La juventud rural”, *Cuadernos de Acción Social de Cáritas Española* 16 (1989), 50 pp.

“Materiales para trabajar la solidaridad. En Kairós: llamada urgente a la solidaridad”, *Cuadernos Verapaz* 3 (1989), 107-122.

“Estudio y misión en la vida dominicana”, *Familia Dominicana de la Península Ibérica* (Ocaña 1993), 27-45.

“Algunas notas sobre la Doctrina Social de la Iglesia”, *Comunidades* n° 80 (Sept-Dic. 1993), 151-161.

“El voluntariado en nuestra sociedad”, *Revista de Pastoral Juvenil* n° 321 (1994), 3-27. Este artículo se publicó también en *Cuadernos de Formación del Voluntariado de Cáritas* (Salamanca).

- “La pobreza en nuestro mundo”, en *Publicaciones Confer Regional Castilla-León, Asturias y Cantabria*, 4 (1995), 5-44.
- “XXIII Conversaciones de San Esteban. Desafíos para cerrar 1994 y La mujer como sujeto histórico: realidad y desafíos”, *Ciencia Tomista* 396 (1995), 171-195.
- QUINTÍN GARCÍA-BERNARDO CUESTA, “Animación socio-cultural en la zona de «Las Villas» (Salamanca)”, *Corintios XIII* 79 (1996), 221-270.
- “Estado de bienestar y desarrollo”, *Revista de Pastoral Juvenil*, 341 (1996), 26-34.
- “Globalización, pobreza y responsabilidad solidaria”, *Estudios Filosóficos XLV* (1996), 453-510. Este artículo fue publicado con el mismo título en *Cuadernos de Formación del Voluntariado de Cáritas de Salamanca* (Abril 1997).
- “El derecho y el deber de la vida”, *Revista de Pastoral Juvenil* 345 (1997), 31-41.
- “Realidad e ilegitimidad de la violencia”, *Revista de Pastoral Juvenil* 347 (1997), 21-31.
- “Compromiso evangélico y disidencia” (Coordinador), *Cuadernos Verapaz* 18 (1998).
- “Recrear la moral: apuntes para una teología moral al final del milenio”, *Moralía* 22 (1999), 11-38.
- “Violencia y caminos para una cultura de la paz”, *Cuadernos de Realidades Sociales* 65-66 (2005), 155-184.
- “Teología moral en camino: del Concilio Vaticano II a nuestros días”, *Ciencia Tomista* 132 (2005), 515-544.

Notas y Comentarios

- “Inmoralidad de la guerra contra Irak”, *Ciencia Tomista* 130 (2003), 165-169.

Artículos de Prensa (diarios, semanarios)

- “Tu solidaridad es su voz”, *La Gaceta Regional*, 5 de Junio de 1999, 5.
- “República Dominicana: Dominicas en la frontera”, *IDI* 385, 189-192. También fue publicado en *Verapaz* 51 (2000) 43-47.
- “Inmoralidad de la guerra contra Irak”, *El Adelanto de Salamanca*, 21 de Marzo 2003.

“Murieron por ser pobres”, *El Adelanto de Salamanca*, 10 de Junio de 2004, 7.

“¡Me muero de hambre!...”, *El Adelanto de Salamanca*, 23 de Octubre de 2006, p. 2. También fue publicado en el *Boletín de la Diócesis de Salamanca, Comunidad* 492 (Noviembre 2006) 6-7.

Prólogos y presentaciones

“Presentación” a *Tercer Mundo: reto a la educación* (Coordinador). *Cuadernos Verapaz* 9 (1992).

“Presentación” a *Educación y nueva sociedad* (Coordinador). *Cuadernos Verapaz* 6 (1991).

“Presentación” a *Cooperación y desarrollo* (Coordinador). *Cuadernos Verapaz* 17 (1997).

“Presentación” a *Hacia una convivencia intercultural* (Coordinador). *Cuadernos Verapaz*, 21 (Enero 2005).

“Presentación” a *Congreso sobre empleo* (Coordinador). *Cuadernos Verapaz*, 22 (Septiembre 2006).

No quisiera pasar por alto en este apartado lo que significó para él la revista *Ágora* del pueblo de Villoruela, de la que fue fundador, secundada con ilusión y constancia por todos sus habitantes. Prueba de ello son los 243 números editados, de los que el último, monográfico, recoge el homenaje póstumo dedicado a su persona. Como ocurre en el resto de los pueblos, la revista propicia una buena plataforma cultural para que todos puedan participar, es como el espejo en el que se van viendo sus habitantes a la luz de sus tradiciones y recomponiendo paso a paso su propia identidad. El rico arsenal documental recopilado en torno a las costumbres de sus antepasados despierta la curiosidad y el interés de niños, jóvenes, adultos y mayores, quienes de esta forma aprenden a valorar y respetar el rico tesoro escondido en el baúl de los recuerdos a la vez que les sirve de permanente fuente de inspiración y motivación para nuevas propuestas e iniciativas. Como se suele decir, “sin raíz no hay árbol que aguante vendaval”. Es la fidelidad a las tradiciones la que nutre y forja la personalidad identitaria de cada uno de los pueblos, nunca idéntica a la de sus vecinos a pesar de su proximidad geográfica.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia

Fue esta bienaventuranza (Mt 5,6) lo primero que se nos ocurrió para encabezar el recordatorio de la despedida definitiva de Bernardo. Nos parecía que plasmaba bien, como trasfondo evangélico de cuanto hizo en vida, su sensibilidad y entrega en favor de los más débiles y abandonados, de aquellos a los que Dios tiene prometida su bienaventuranza. No había sido otra la razón última y decisiva que le impulsó desde un principio a entregarse sin reservas, junto con sus compañeros, al proyecto rural de Las Villas. Como consta en la presentación oficial del mismo, se trataba de acercarse al “*campesinado, sector social deprimido, abandonado económica, cultural, política y religiosamente, el prójimo herido y apaleado de la parábola del Buen Samaritano, ‘los pobres son evangelizados’, un lugar privilegiado y una llamada urgente donde intentar vivir y realizar los valores del Reino de Dios*”.

Curiosamente, fue también la parábola del Buen Samaritano la que centró la homilía predicada en su funeral por el P. José Antonio Lobo: “*Una parábola –nos decía–, que es un fiel reflejo de su vida y explica muy bien cómo vivió y por qué vivió como vivió, lo que hizo y las razones de esa forma de actuar. Para Bernardo la gran pregunta que le planteaba la parábola no era quién es el prójimo, pues él tenía claro que Dios no excluye a nadie, aunque nosotros sí lo hacemos, sino cuáles son los pasos que nosotros debemos dar para hacernos próximos a los otros y a la realidad*”. Una de las asistentes al funeral se expresaba más tarde así: “*Y llegó la lectura del Evangelio: El Buen Samaritano. Nada es por casualidad. Fueron muchas las veces, Bernardo, que habías hablado e interpretado esta lectura. Pero esta vez, muchos pusimos rostro a ese samaritano y eras tú, el que caminando por la vida vio, se paró y ayudó. Gracias, Bernardo, por ser el samaritano que muchos se encontraron, nos encontramos, en el camino*”. Y continuaba: “*La ONG Acción Verapaz, no sé si atreverme a decir, con permiso de otros, era tu niña de los ojos. ¡Cómo creíste desde el principio en este proyecto, cómo te vinculaste, cómo lo animaste, cómo has dado parte de tu vida, o mejor dicho, tu vida en él! Nos dejas un legado importante*”.

Efectivamente, en la ONG Acción Verapaz, de la que fue Presidente desde su fundación, encontró Bernardo el mejor

cauce para hacer realidad lo que su inmenso corazón solidario llevaba dentro. La solidaridad era para él como la palabra mágica que despertaba y ponía en marcha el engranaje interior de sus inquietudes y sueños más queridos. Dejándose llevar del sentimiento de compasión que impregnó el espíritu de Jesús y de Santo Domingo, multiplicó su actividad evangelizadora en la promoción de la justicia y la paz. Era la fuente que alimentaba su vida interior, desplegada incansablemente en varios frentes de acción solidaria. Son muchos los testigos beneficiarios de su generosa prodigalidad y entrega, pues nunca se negó a echar una mano en lo que de él dependiera.

Desde la presidencia de Acción Verapaz, constituida como una Federación de Asociaciones, logró crear una serie de Delegaciones por toda la geografía española, además de implantarla en tierras de República Dominicana. Se sentía plenamente identificado con una institución configurada de forma democrática y participativa, que respondía a los criterios y convicciones personales en que había sido educado y que conformaban su estilo de vida. Si algo quería transmitir a todos sus socios era precisamente el valor de la solidaridad, vivida y ejercida responsablemente como servicio altruista dentro de un marco de participación comunitaria a través de las diversas Comisiones. Los socios salmantinos, tanto en la sede de Las Villas como de la capital, son testigos directos de su buen hacer prestándose a todo tipo de servicios, animando constantemente a unos y otros e impulsando nuevas metas y proyectos. He aquí un sencillo pero significativo testimonio sobre él: *“Bernardo nos lo repetía en Acción Verapaz: este es un espacio no sólo para poner en práctica la solidaridad, sino para crecer nosotros dentro de él en este valor, para madurar nuestras convicciones y nuestro compromiso”*.

Quienes trabajan en Caritas de Salamanca tendrían también muchas cosas que decir sobre su aportación reflexiva y certera mediante charlas y encuentros de sensibilización y formación del Voluntariado, encaminadas hacia tareas de promoción, desarrollo y defensa de los derechos humanos. Su inserción social y pastoral en el medio salmantino, unida a su preparación intelectual como profesor de Moral Social, le equipaban de las herramientas idóneas para analizar crítica y certeramente determinadas situaciones y fenómenos dentro del marco general de la sociedad como punto de partida para

programar e intervenir posteriormente con actuaciones precisas. Fueron muchos los campos en que se hizo presente asesorando y apoyando pequeñas pero importantes iniciativas con grupos generalmente minoritarios pero dispuestos a tirar del carro con tesón y perseverancia. Le eran muy queridas las parábolas evangélicas del grano de mostaza y de la levadura, en las que creía a pie puntillas, pues su mensaje de compromiso cristiano en la transformación de la sociedad está al alcance de todos.

En una semblanza sobre Bernardo resultaría imperdonable olvidar esta faceta tan característica de su personalidad, habituado como estaba a iluminar desde la teología el campo de la justicia social y las tareas de solidaridad con los más desfavorecidos. Consciente, eso sí, de que la justicia humana nunca se ajusta a la justicia benevolente de un Dios que ama a todos y que enjuicia con criterios y parámetros a veces paradójicos para los humanos. Ante los fracasos constantes en la lucha por un mundo más justo y pacífico, no puede quedar de lado esta reflexión más profunda del evangelio que invita a leer la vida desde los inescrutables designios de Dios.

La presencia silenciosa de Dios

Bernardo murió como vivió. Presintiendo ya su final, confesaba: *“Quiero morir con la misma dignidad con la que he procurado vivir”*. Y así fue. Murió con la misma paz y serenidad que vivió. Su hermana Esperanza nos recordaba estas palabras suyas de una de sus últimas conversaciones: *“En la enfermedad soy consciente de que el Señor me acompaña, aunque con mucho silencio. Sé que Él está ahí”*. Como buen teólogo que había buscado siempre la Verdad con sencillez y honestidad, durante su larga enfermedad se armó de confianza y coraje para afrontar de cara el insondable misterio de Dios rumiando las palabras del Apóstol: *“Ahora vemos en espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara”* (1 Cor 13,12). Pero sobre todo, como buen discípulo de Jesús, hubo de purificar su fe pasando por el difícil trance de su pasión: *“¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”* (Mt 27,46). Fue y será siempre la queja confiada del verdadero creyente ante ese Dios que parece refugiarse en el silencio más displicente cuando más se le necesita. Son los momentos de las tinieblas

habitados por la noche oscura de la soledad y el abandono. Abrahán y Job, por no citar más que dos ejemplos de quienes precedieron a Jesús en la fe, ya habían pasado por trances similares.

El profesor de teología que tantas veces había respondido a la pregunta sobre Dios, volvía ahora a las aulas cual novato aprendiz que inicia su rodaje reconociendo su profunda ignorancia: “*Sólo de oídas te conocía*” (Job 42,5). Me consta que el recuerdo de Julio Lois, sacerdote fallecido poco antes que Bernardo y en condiciones muy parecidas a las suyas, fue uno de los resortes que más le ayudó a arrostrar con fe profunda y serena los últimos y amargos sorbos del cáliz de una vida que se le iba apagando lenta e inexorablemente. En uno y otro había una coherencia perfecta entre su pensamiento teológico y su testimonio de vida, dos vertientes de una misma realidad que se fecundan y significan recíprocamente. Los alumnos de la Escuela de Teología recordarán para siempre la magistral lección dictada por Bernardo, ya gravemente enfermo, en su cursillo: *Pensar y vivir como Jesús. Claves de una moral evangélica*. ¿Qué otras podían ser las claves de su vida?

Si éste era el sentir de sus alumnos, no era otro el de cuantos lo trataron de cerca y gozaron de su amistad. Valgan como ejemplo estos dos testimonios, que son mucho más elocuentes de cuanto yo podría decir.

Un feligrés de la parroquia de Villoria: “*No nos has defraudado. Hay mucho dolor, pena y rabia, porque nos ha dejado Bernardo, cura de las Villas, un amigo y un hermano. Han sido quince meses de sufrimiento con amor y valentía, dando gracias de haber conocido a tanta gente que te ha querido. Estoy seguro que nunca te olvidarán porque has transmitido trabajo, cariño y paz sin quejarte de ese maldito cáncer que es como una alimaña que te come poco a poco, como veneno en el agua... Porque con 32 años de servicio has dejado tu huella y alma en los que tuvimos la suerte de conocer con qué cariño nos transmitías esa paz, valentía y trabajo en favor de los demás.*”

Te vas de este mundo injusto que nos dejas, soportando con entereza y valentía tu agonía, despidiéndote de tus hermanos uno a uno, también de ese ángel, tu hermana llamada Esperanza, que todos estos meses ha estado al lado de tu cama con tanta ternura, amor y resignada. Señor, ¿por qué te lo llevas? Es muy joven y digo yo que no te hará tanta falta. Doy gracias de que hayas conocido a tanta gente que te ha querido, que estoy seguro que nunca te olvidarán”.

Un compañero de comunidad: *“Igual que los cereales amarilleaban en las cuestas, iba amarilleando tu cuerpo dolorido mientras madurabas por dentro tus respuestas a las últimas preguntas. Hasta que ha llegado este invierno crudo de tu agonía y de tu muerte: como a la tierra recién arada para recibir la energía regeneradora del sol y del viento te toca en esta rueda de leyes de la naturaleza guardar silencio y dejar que se pudra el grano de trigo de tu vida para renacer a una nueva Primavera. También a nosotros, Bernardo, nos toca ahora guardar silencio. Y llorar por ti. Para aprender a continuación a comulgar e iluminarnos con tu memoria, con tus palabras, las anteriores y las últimas, que Esperanza ha ido recogiendo amorosamente. Para aprender a resucitar contigo en esa Primavera serena en la que habitas. (Ayer me han dado saludos para ti los patos y los cormoranes del lago)”*.

Bernardo, un dominico feliz

Parafraseando el título de un conocido libro del también dominico Eduard Schillebeeckx, puede ser ésta, a mi entender, una de las expresiones que mejor refleje lo que fue la vida de Bernardo. Todos aspiramos a la felicidad. No era otro el objetivo que persiguió Jesús dejándonos en las bienaventuranzas lo más nuclear de su mensaje ni fue otro el mensaje que Bernardo acogió cuando hizo su profesión religiosa. En su recordatorio, una especie de pequeño testamento, figura la frase siguiente: *“He sido feliz. Me he dedicado a lo que me ha gustado y he procurado vivir y luchar siempre por los valores en los que creo y que han dado sentido a mi vida”*.

Fue feliz porque amó y se sintió querido por cuantos fue encontrando en su camino. Su trato afable y sosegado remansaba el espíritu del interlocutor. Lúcido y clarividente en sus principios y criterios, coherente en sus actitudes, fiel y constante en sus compromisos, sabía tomarse la vida con filosofía y disfrutar de todos y cada uno de sus momentos. En su aparente parsimonia, sabía ganarle minutos al reloj despreocupándose del mismo, dando tiempo al tiempo. Se cumplía en él aquella sabia máxima de los clásicos: *Festina lente*, apresúrate despacio.

Era feliz viendo felices a los demás, encontrándose a sí mismo en el otro. Era su forma de entender la vida, de enfocar personalmente todos y cada uno de sus proyectos. De todos es sabido cómo animaba y colaboraba sobre todo en

aquellas actividades de tipo asociativo encaminadas a beneficiar y potenciar la maduración y el crecimiento de las personas en el seno de sus respectivos colectivos. Recuerdo a este propósito un gesto que, a modo de juego cooperativo, solía repetir con cierta frecuencia en las reuniones: entregaba una madeja de lana a uno de los presentes para que, sin soltar una punta del hilo, la lanzara indiscriminadamente a otro y éste repitiera a su vez la misma acción que se iba sucediendo entre unos cuantos; al final, cuando el monitor paraba el juego, la mayoría de los componentes del grupo se veían entrelazados por una caprichosa tela de araña hilvanada improvisada y caprichosamente por el hilo de la madeja. Era un gesto sencillo y simbólico que mostraba plásticamente el profundo sentido comunitario que albergaba Bernardo. Disfrutaba lanzando puentes de diálogo e intercambio con el fin de generar y recrear en todo momento auténticas redes de comunicación y convivencia.

Esa visión comprensiva e integradora de todos y de todo, como si de una gran familia humana se tratara, no era en realidad más que la proyección madura y gozosa de aquel *humus* familiar de su pueblo natal en el que había echado profundas raíces durante su infancia. En más de una ocasión me pidió bibliografía sobre la vida familiar de las primeras comunidades cristianas, en las que buscaba inspiración para el ejercicio cotidiano de su actividad ministerial. Anhelaba su mismo objetivo: reunirse en torno a la mesa del Señor como pequeña familia donde se vivía como hermanos y hermanas, donde se compartía lo que se era y se tenía, donde se acogía a los más necesitados y se daba sentido a sus vidas.

¡Bienaventurados los invitados a la Cena del Señor! Bienaventurado tú, Bernardo, amigo y compañero de tantas fatigas y alegrías, con quien tuve la dicha de compartir durante muchos años las siempre jóvenes e ilusionantes inquietudes del mundo rural y académico en clave dominicana. Ayer mismo asistía al entierro de Sabina, tu queridísima madre. Estoy seguro que el Señor os ha acogido a los dos como sabíais acoger a todos en la ancha mesa familiar de vuestra casa. Os imagino, y así os recordaré siempre, saboreando el succulento banquete de su Reino, “*festín de manjares exquisitos y vinos refinados*” (Is 25, 6-8).

II
PENSAMIENTO
DE BERNARDO

II

Rutas para entender, vivir y ser Iglesia

La iglesia, hogar de la humanidad*

1. PUNTO DE PARTIDA: IGLESIA SANTA Y PECADORA

Quiero comenzar reconociendo que son muchos los que piensan que la denominación “hogar de la humanidad” no le cuadra bien a la Iglesia. Sin duda no les falta razón si piensan que la Iglesia debe estar habitada por seres humanos perfectos; pero no, la Iglesia, por estar formada por seres humanos, es pecadora y, por lo mismo, en ella se han dado, se dan y, estoy seguro, se darán situaciones y vivencias que no encajan con los contenidos humanos asociados a la fraternidad del hogar que todos alguna vez hemos soñado, o que no se ajustan al modelo de humanidad revelado por Dios en la persona de Jesús de Nazaret, modelo que la Iglesia predica y propone como ideal de vida para todo el mundo.

Aún reconociendo como humano determinadas imperfecciones y pecados, no debe extrañarnos que muchos no acepten que denominemos a la Iglesia “hogar de la humanidad” porque, debemos reconocerlo, a veces el desajuste entre lo predicado y lo vivido ha sido demasiado notorio. Acusaciones de autoritaria, intolerante, violenta, antidemocrática, excluyente, adinerada, poderosa, etc. han pesado sobre la Iglesia en muchos momentos de la historia, también en el momento actual. Filósofos, políticos, periodistas, literatos, directores de cine... se han encargado de dejar constancia escrita o audiovisual de estas acusaciones, unas veces con fidelidad histórica y otras veces con fuerte intencionalidad ideológica. Nosotros

* Conferencia pronunciada en la XXXVIII edición de las *Conversaciones de San Esteban*. Salamanca 17 de noviembre de 2009.

mismos somos muy conscientes de muchos de los pecados que la Iglesia ha cometido a lo largo de su historia.

Ágora, la última película de Alejandro Amenábar, plantea con crudeza algunas de estas acusaciones. Respetando a todos aquellos cristianos que han criticado la película, especialmente por la ideología subyacente del director-guionista, yo confieso que la película tampoco me ha dejado indiferente; al contrario, me ha resultado incómoda, sobre todo por las verdades que contiene. Quienes amamos a la Iglesia y queremos que se parezca más a la comunidad que Jesús fundó, haremos bien en tomar nota de esas verdades que duelen en orden a una auténtica conversión personal y comunitaria. Me refiero a la intolerancia y violencia religiosas, al papel asignado a la mujer dentro de la Iglesia, al modo de ejercer la autoridad, etc.

Sin embargo, lo que no es de recibo es que la Iglesia sólo sea percibida por su lado oscuro, por sus limitaciones y pecados, y no por el mensaje humano y humanizador del que es portadora, y del que con enorme coherencia y fidelidad dan testimonio tantos hijos de la Iglesia en tantos y tantos lugares de la tierra. Es esta cara luminosa la que yo quiero rescatar, la que –como ya sugirió el Concilio Vaticano II– bebe cada día en las fuentes del Evangelio, en la sencillez de Jesús que es buena noticia para todos, especialmente para los pobres, o como ha dicho bellamente un comentarista de la película de Amenábar, “sobre todo para los “extras” de esta gran película que es el mundo y que mueren por exigencia del guión sin merecer luego aparecer en los créditos” (Juan Yzuel Sanz, *Eclesalia*, 12 de noviembre de 2009).

2. LA IGLESIA COMO HOGAR

Para aproximarnos a lo que queremos significar con esta expresión, me serviré, aunque sea por analogía, de las evocaciones que trae a mi mente la palabra casa, entendida como el hogar (ese espacio cálido, en el que viven y conviven personas, normalmente miembros de una misma familia). En nuestra cultura occidental, la palabra “casa” evoca muchas de las experiencias humanas más gratificantes a las que podemos tener acceso las personas. Hace dos años, desde Acción

Verapaz, publicamos un texto-denuncia titulado EL DERECHO A LA VIVIENDA. ¡UN TECHO DIGNO PARA TODOS! En la primera parte del texto, Dulce Carrera, hace una bella presentación de las evocaciones que sugiere la palabra casa¹. De dicho texto, con algunos complementos personales, he tomado las siguientes reflexiones:

- La casa es, en primer lugar, el espacio que nos cobija y protege de las inclemencias atmosféricas y de todo aquello que pueda suponer un peligro para nuestra vida y para nuestra salud. La casa evoca seguridad y protección. La casa te guarda, te protege de las adversidades del exterior: del agua, del frío, del calor... En la casa nos sentimos a salvo de todas estas adversidades.
- La casa evoca integración y arraigo. Una persona sin casa es un ser desarraigado (sin raíces), disperso y perdido.
- La casa es lugar de encuentro y acogida. Evoca una familia, y sugiere confidencialidad, ternura, bondad, encuentro. En casa siempre somos esperados...
- Evoca "sentirse en libertad y sin cumplidos". A eso nos referimos cuando acogemos a un huésped y le decimos: "Estás en tu casa".
- La casa es testigo privilegiado de nuestro crecimiento y maduración como personas. La casa es testigo y compañera de nuestros pasos y de nuestro ser itinerante.
- La casa evoca de manera muy particular el amor fraterno. Construyen la casa los que en ella comparten la vida: los que en ella comen y beben, los que en ella dialogan, los que en ella lloran, los que en ella ríen, los que en ella discuten, los que en ella se quieren... En la casa se comparten bienes materiales y horas de dicha y de tristeza. Cada casa tiene el alma y el espíritu de quien/es habita/n en ella.
- La casa es espacio privilegiado de celebración: nacimientos, despedidas, vivencias personales y colectivas de sus moradores. También se comparte el descanso; la

1. Cfr. D. CARRERA y J.A. LOBO, "El derecho a la vivienda. Un techo digno para todos", *Comunidad Diócesis de Salamanca*, Noviembre 2007.

casa es como una inmensa cuna que nos sostiene, que nos da reposo. “¡Por fin estoy en casa!”, solemos decir. Descansamos al entrar en ella... La casa se construye cada día y rezuma lo que en ella se ha vivido, y lo que en ella se vive cada día. Así, cada casa tiene su propia historia.

- La casa es lugar para el cultivo de la interioridad. La casa favorece el silencio, el pensamiento, la escucha... Sólo se dan los ruidos que metan quienes viven en ella.
- La casa es lugar donde se puede vivir sin apariencias, sin disimulos, sin caretas, sin miedo al qué dirán. Es espacio para entrenarnos en manifestar la autenticidad del yo.
- La casa te pide que la cuides, que la limpies, que la trates bien... pero te da todo el poder sobre ella, te nombra su dueño. Tú dispones de la llave para entrar y salir, para abrir y cerrar, y para compartirla con quien tú eliges y quieres. La familia que en ella vive te exige corresponsabilidad en el compartir, pero te ofrece comprensión, cariño, acompañamiento...
- Hay casas individuales, aisladas... pero lo normal es estar adosado, rodeado de vecinos... arriba, abajo, puerta con puerta. Tener una casa es sentirse acompañado. Tener la seguridad de que el otro y tú estáis ahí,... cerca... para lo que necesitéis, para lo que os pidáis... La buena vecindad es algo que anhelamos todos.

Todas estas evocaciones son otras tantas razones por las que decimos que tener una casa es esencial para la persona, para su desarrollo, para su crecimiento, para su equilibrio, para su integridad, un componente muy favorecedor de su felicidad. Por ello, afirmamos que el derecho a la vivienda es un derecho humano fundamental.

(A este propósito: según los últimos informes de Cáritas, los sin techo en España alcanzan la cifra de 30.000 personas, los cuales o duermen en la calle o en centros de acogida públicos o privados. Los que viven en infraviviendas son 273.000 en España).

Naturalmente, también aquí se hace presente la paradoja, porque para algunas personas, la casa no es evocadora de las experiencias que hemos mencionado, sino todo lo contrario.

Hoy no es infrecuente escuchar expresiones como éstas: “Esta casa es un infierno”, “se me cae la casa encima”, “en casa me ahogo”... ¿Qué ha pasado en esos casos? ¿Qué nos está pasando? ¿Cuáles de los aspectos anteriores hemos dejado de cultivar? ¿Con qué materiales estamos edificando nuestras casas, nuestras familias, nuestra iglesia?

Por analogía, referirnos a la Iglesia como hogar debería evocarnos todos esos aspectos a los que acabamos de aludir, sabiendo que quien preside ese gran hogar es el Dios revelado en Jesucristo, comunidad de amor en sí mismo y en su relación con toda la comunidad de los hombres y con el mundo, y que quienes estamos invitados a formar parte de ese hogar somos una familia muy numerosa, la gran familia de los Hijos de Dios (toda la humanidad).

3. LA IGLESIA, “HOGAR DE LA HUMANIDAD”

Si nos atenemos al Diccionario, la palabra “humanidad” tiene dos acepciones fundamentales: 1) La primera acepción nos remite al “conjunto de todos los seres humanos”. En este sentido, afirmamos que la Iglesia es católica, universal, pues está cimentada sobre el amor universal de Cristo, desde el cual todos los seres humanos tienen cabida en ella, como acabamos de señalar. 2) La segunda acepción nos remite a la “cualidad o condición de humano”. Referida a la Iglesia, esta segunda acepción nos remite al modo como vivimos, o mejor, cómo debemos vivir en comunidad el proyecto humano y humanizador revelado por Dios en Jesucristo.

En la segunda acepción, que es la que más nos preocupa, es en la que centraremos nuestra reflexión. ¿Cómo se vive, o mejor, cómo debemos vivir los cristianos para que la Iglesia sea auténtico hogar de humanidad?

3.1. Una mirada a los orígenes de la Iglesia

Según afirman los exégetas actuales, en este contexto de casa y familia nace la Iglesia. Rafael Aguirre es muy claro a este respecto: “*La casa –dice Aguirre– es la estructura básica*

*de la sociedad en que el cristianismo nació y se desarrolló*², e “incluso parece que la casa era la forma básica de organización de la Iglesia en sus inicios (cfr. Rom 16,5; 1 Cor 16,19; Col 4,15; Fil 1-2)... Nos encontramos, por tanto, con la primera forma de constituirse la Iglesia y de relacionarse con el mundo, así como con una realidad que iba a condicionar decisivamente la reflexión teológica”³.

Las cartas paulinas son una fuente importante para comprender la importancia que en los primeros momentos de la vida de la Iglesia tuvieron las Iglesias domésticas. La primera carta de Pablo a los Corintios concluye con el envío de saludos: “Las iglesias de Asia (Pablo está escribiendo la carta desde Éfeso) os saludan. Os envían muchos saludos Aquila y Prisca en el Señor, junto con la iglesia que se reúne en su casa” (1 Cor 16,19). En repetidas ocasiones en el libro de los Hechos, aparece la casa vinculada a una determinada persona: “Cornelio y toda su casa” (Hch 10,2), “Lidia y su casa” (Hch 16,15).

Las iglesias domésticas, además de ser el espacio de reunión de los cristianos que vivían en el mismo lugar, cumplían además la función de acoger y servir de plataforma o “campamento-base” a los misioneros cristianos (cfr. 2 Jn 10).

¿Cómo viven los cristianos en ese contexto de casa y familia?

San Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, presenta tres sumarios, posiblemente muy idealizados, en los que destaca fuertemente la koinonía o relación fraterna entre los miembros de la comunidad, cosa que –según R. Aguirre– “sólo se puede explicar a partir de la vida de las iglesias domésticas”⁴. En la primera comunidad cristiana, “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones... Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el

2. R. AGUIRRE, *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana*, DDB, Bilbao 1987, p. 65.

3. *Ibid.*, p. 66.

4. *Ibid.*, p. 69.

alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2, 42-47).

El sumario del capítulo 4 dice así: “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hch 4,32-35).

El tercer sumario (Hch 5, 12-15) insiste en la fuerza del Espíritu que mantiene unidos a los creyentes y en el poder milagroso de los apóstoles.

En el pequeño espacio de la casa, los primeros cristianos vivían su fe desde una experiencia profunda de fraternidad. Debía ser así porque eran bien vistos por el pueblo. Las casas eran espacios privilegiados de predicación. Así aparece también en el libro de los Hechos cuando Pablo dice a los presbíteros de Éfeso que “les predicaba en público y por las casas” (Hch 20,20), lo cual expresa claramente que la casa era el lugar en que se reunían los cristianos.

Una lectura atenta y reposada de estos textos neotestamentarios nos ayuda a descubrir la trascendencia que las iglesias domésticas tuvieron en el cristianismo primitivo. A este propósito, dice nuevamente Rafael Aguirre: *“Estas reuniones en las casas permitieron obtener a los primeros cristianos conciencia de su identidad y de su diferencia con el judaísmo. Es obvia también la sencillez y facilidad de este tipo de reuniones; las iglesias domésticas hacían posible la vida comunitaria, eran plataformas misioneras, lugar de acogida para los predicadores itinerantes, sostén económico del naciente movimiento. El cristianismo comenzó afirmándose socialmente en un espacio no sacro sino de la vida cotidiana, en comunidades pequeñas... y en relación estrecha con la estructura social básica, que era la casa”*.

3.2. *La Iglesia, fermento de nueva humanidad*

Fuera como fuera el desarrollo posterior de la Iglesia a partir del siglo IV, nos interesa destacar que la Iglesia siguió siendo depositaria del mensaje humano y humanizador heredado de Jesús, que se sentía urgida a predicar y vivir en los nuevos contextos sociales y culturales. Me fijaré en tres aspectos humanizadores que me parecen fundamentales en el evangelio y en la tradición bíblica y que la Iglesia ha cultivado y debe cultivar aún más para ser denominada con solvencia “hogar de la humanidad”. Me refiero a la libertad, a la compasión y a la hospitalidad.

4. LA IGLESIA, HOGAR DE LIBERTAD

Como portadora del ideal de humanidad revelado en Jesucristo, la Iglesia está llamada a ser “hogar de libertad”. Sí, porque, como decía el profesor Rafael Larrañeta: *“Hacer libre al hombre es hacerlo hombre de verdad... Es inútil querer conducir al hombre a su felicidad por sendas lejanas a la libertad. Un intento tal ya está frustrado en su principio mismo, pues la falta de libertad es la negación práctica de toda posibilidad de plenitud. El bien no adquirido libremente ya es mal para el individuo y para la sociedad, ya es la negación de la esencia misma de lo humano”*⁵.

La Sagrada Escritura no sólo está de acuerdo con esta afirmación de carácter antropológico, sino que, además, la fundamenta en el hecho de que el hombre es imagen de Dios. Porque Dios es libre, lo es también el ser que ha creado a su imagen y semejanza. Ahora bien, ¿cómo entiende Jesús la libertad? *“La libertad de Jesús no se traduce en el poder, la fuerza, la valentía de un superhombre. Es la obediencia fiel de un hombre a la voluntad del Padre, que señala el verdadero camino de la liberación... No es una libertad formal y vacía, que disfruta con el simple juego de la elección. Es una libertad marcada por un camino que hace libres. No es una opción caprichosa entre el bien y el mal, entre el mesianismo político o el mesianismo del Siervo de Yahvé. Es un mantenerse decididamente firme en el servicio mesiánico al reino*

5. R. LARRAÑETA, *Una moral de felicidad*, San Esteban, Salamanca 1979, pp. 219-220.

de Dios que hace de la historia humana una historia de liberación y comunión fraterna. No es una libertad para afirmarse a sí mismo frente a Dios o frente a los hermanos. Es una libertad para el amor, para el servicio, para permitir a los demás ser libres"⁶.

Nos centramos brevemente en algunos rasgos más significativos de la libertad tal y como es percibida en la tradición evangélica⁷:

El tema de la libertad aparece como uno de los temas centrales tanto en la predicación como en la praxis de Jesús. A nivel de predicación, no es casual que en la presentación pública que el evangelista Lucas nos hace de Jesús en la sinagoga de Nazareth aparezca el siguiente texto del profeta Isaías: "*El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor*" (Lc 4,18-19). En esta escena, el auténtico protagonista es el Espíritu de Dios que, como en los antiguos profetas, se ha derramado en Jesús para llevar a cabo la liberación definitiva del pueblo, expresada en tres colectivos privados de libertad: los cautivos, los oprimidos y los esclavos (el año de gracia del Señor contemplaba la liberación de los esclavos). El Espíritu derramado sobre Jesús es el Espíritu del Dios que había liberado a los esclavos israelitas de la opresión de los egipcios (Ex 1-15) y a los judíos deportados a Babilonia (Is 40-55) y que ya estaba presente, "aleteando sobre las aguas" (Gn 1,1), en el momento de crear el mundo y al ser humano (Gn 2,7). La predicación de Jesús es situada en este contexto de liberación amorosa y gratuita por parte de Dios de todo aquello que esclaviza al hombre.

Situado en esta perspectiva del Dios liberador, Jesús se siente portador de ese mismo mensaje y se propone llevarlo a la práctica con su vida. Por eso, es necesario dirigir nuestra mirada a la praxis de Jesús, a su vida comprometida en favor de todos los seres humanos, especialmente de los más abandonados

6. F. MARTÍNEZ, *Caminos de liberación y de vida*, DDB, Bilbao 1989, pp. 73-74. J. ESPEJA, *El evangelio en un cambio de época*, Verbo Divino, Estella 1996, pp. 57-77.

7. B. HÄRING, *Libertad y fidelidad en Cristo. Teología moral para sacerdotes y seglares*. Herder, Barcelona 1981.

y desfavorecidos, para comprender el auténtico mensaje liberador que anuncia y realiza.

En el vivir y con-vivir diario, Jesús va percibiendo las distintas esclavitudes que atenazan a los hombres y mujeres de su tiempo. Unas son de tipo interior y se expresan en forma de múltiples pecados (orgullo, envidia, afán de aparentar y sobresalir, hipocresía, egoísmo...), y otras son de tipo exterior (la absolutización de la ley, la sacralización del poder). Frente al pecado (reino del mal o de las tinieblas), Jesús es portador de un mensaje de liberación-salvación: el Reino de Dios. Este Reino se nos ofrece gratuitamente y, ante él, la primera y fundamental actitud es la acogida, la conversión a él. La conversión al Reino introduce a Jesús y a sus seguidores en un dinamismo moral marcado fundamentalmente por la gracia y el amor. De este modo, el cumplimiento de la ley deja de ser para el cristiano el camino de la salvación. Como dirá San Pablo en varias de sus cartas, “vosotros ya no estáis en régimen de ley, sino en régimen de gracia” (Rom 6,14; Gál 5,18). Es precisamente el amor gratuito lo que hace que Jesús se enfrente directamente con aquellas leyes que esclavizan al hombre y afirme de manera tan categórica que “el hombre no está hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre” (Mc 2,27). La ley judía –afirmará San Pablo– es una cadena de la que Cristo nos ha liberado (Rom 7,6) y hemos pasado a ser hijos en libertad (Gal 4,7; Rom 5,13; 6,14; 7,6; 8, 14 ss; 2 Cor 3,17). La única ley que salva es la Ley del Espíritu que da vida (Rom 8,2) y “donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Cor 3,17).

Esta concepción de la libertad enraizada en la gracia y que nos ha hecho hijos en el Hijo, es una libertad para el bien y para el amor; es decir, “que compromete en la justicia” (Rom 6,16; 18,19) y “no da pie a los bajos instintos” (Gal 5,13). Los cristianos, libres de la antigua esclavitud, se pondrán “los unos al servicio de los otros por medio del amor” (Gál 5,13) como el Espíritu les enseña (Gal 5,16-26). Para el cristiano la única esclavitud permitida es la esclavitud del amor; esclavitud que paradójicamente nos hace libres. La libertad es la vocación a la que definitivamente hemos sido convocados (Gal 5,1.13); una libertad que se expresa como fidelidad a la palabra y la praxis de Jesús, pues en ellas el creyente descubre “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Conocer esta verdad y comprometerse con

ella son las condiciones que se exigen a un buen discípulo y eso será lo que de verdad nos hará libres (Jn 8,31-32).

Desde este espíritu de libertad, Jesús previene a sus seguidores de la tentación del poder y del mal uso de la autoridad: “Sabéis que los jefes de las naciones los tiranizan y los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande que sea el servidor de todos...” (Mc 10,42-43). Igualmente previene frente a la tentación de erigirse en maestros del saber y manipuladores de la verdad. Por eso, ante la hipocresía de los escribas y fariseos, que les gusta pasearse con amplios ropajes para que los vea la gente, que les gusta que les hagan reverencias por las plazas y ocupar los primeros puestos en la sinagoga, y que la gente les llame Maestro (Rabbí), Jesús dice a la gente y a sus discípulos: “Vosotros no os dejéis llamar Rabbí, porque uno sólo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos... Tampoco os dejéis llamar Directores (Maestro de Justicia), porque uno solo es vuestro director: Cristo” (Mt 23,8-12).

Consecuencias de este mensaje para la Iglesia de hoy

1) Sin libertad, cualquier casa es un infierno, también la Iglesia. La libertad debe conducir a la comunión, pero no entendida ésta como uniformidad, sino como confluencia de dones al servicio de la comunidad. Hoy el pluralismo es un hecho constatable, pero, además, el pluralismo es un valor, es un bien que todos estamos llamados a apreciar. El pluralismo es fruto de la libertad, y la libertad –dice el Concilio Vaticano II– es el modo apropiado a la dignidad de la persona en la búsqueda de la verdad⁸, y condición indispensable para el progreso del conocimiento. La Constitución pastoral *Gaudium et Spes* es explícita en este tema: “*Los que se dedican a las ciencias teológicas... pondrán empeño en colaborar con los hombres versados en otras disciplinas, poniendo en común sus energías y sus puntos de vista. La investigación teológica debe procurar, al mismo tiempo profundizar el conocimiento de la verdad revelada y no descuidar la unión con el tiempo presente, a fin de facilitar a los diversos ramos del saber, un conocimiento más completo de la fe. Esta obra proporcionará grandes servicios a la formación de los*

*ministros sagrados, que podrán presentar a nuestros contemporáneos la doctrina de la Iglesia sobre Dios y la concepción cristiana del hombre y del mundo, de un modo que les sea más adaptado y, a la vez, más gustosamente aceptable por parte de ellos... Pero, para que puedan llevar a buen término su tarea, debe reconocerse a los fieles, clérigos o seculares, la justa libertad de investigación, la libertad de pensar y la de expresar humilde y valerosamente su manera de ver en aquellas materias en las que son expertos*⁹. Y todo esto fundamentado desde la “diversidad de dones con que el espíritu dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia, a la que guía hacia toda la verdad y unifica en comunión y ministerio”¹⁰.

Esta convicción nos invita a la confianza y no a la sospecha ante los otros, los de dentro y los de fuera de la Iglesia, nos invita a la apertura dialogal y no a la cerrazón, al capricho y al enclaustramiento. “*El mundo moderno –dice Jesús Espeja– viene siendo escenario donde la verdad emerge compartida, y donde la pretensión de poseer la verdad completa tiene que dar paso a la búsqueda de la misma. Entre creer o no creer, creer de un modo o creer de otro sólo hay una diferencia de grados, pues todos caminamos buscando todavía la verdad cuya plenitud sólo barruntamos*”¹¹. De la misma manera, los textos conciliares invitan a la unidad desde un sano pluralismo, que fomenta la humildad de quien reconoce que no tiene toda la verdad y que necesita de la luz de los demás, evita el orgullo de la autosuficiencia y de la excesiva seguridad y muestra confianza ética en los demás, de los cuales podemos aprender muchas cosas.

La pluralidad cultural, las constantes variaciones históricas, la comprensión de la subjetividad humana y la cada vez más compleja realidad de los problemas humanos, plantean a la Iglesia la aceptación y vivencia gratificante de un ineludible pluralismo. Si la Iglesia sabe integrar este desafío, ella misma conseguirá de este modo entender mejor el pluralismo de nuestra sociedad, defenderlo y alumbrarlo con la sabiduría evangélica, a la vez que ganará en credibilidad y significatividad para el mundo.

9. *Gaudium et Spes*, 62.

10. *Lumen Gentium*, 4.

11. J. ESPEJA, *El evangelio...*, Verbo Divino, Estella 1996, p.73.

2) Una Iglesia “hogar de la humanidad” evoca una comunidad en la que se respiren aires frescos de libertad para buscar la verdad y para tender hacia el bien. Evoca una comunidad participativa y creativa en todos sus miembros e instituciones. Frente a las nuevas y crecientes tendencias conservadoras que buscan sobre todo seguridades, apoyadas en el cumplimiento de lo mandado y establecido, es necesario recordar con Antonio Hortelano que *“el futuro va a premiar a los creadores y va a penalizar inexorablemente a los timoratos que no se atreven a columpiarse en el trapecio sin tener una red protectora debajo. Hay que saber arriesgar y abrir nuevos caminos”*¹². En las circunstancias actuales, de cambios veloces en todos los ámbitos de la vida, me encantaría que la Iglesia “hogar de la humanidad” supiese mirar al futuro y abrir creativamente horizontes humanizadores interesantes para los hombres y mujeres de hoy, que nos liberen del realismo de corto alcance, del pragmatismo y de la racionalidad instrumental que nos tienen amordazados.

*“Siguiendo el imperativo de la modernidad –señala nuevamente Jesús Espeja– hoy diríamos no sólo «atrévete a pensar», sino «atrévete a esperar», «atrévete a inventar y construir el futuro”*¹³. Christian Duquoc nos invita a que dejemos a Dios en libertad, a que acojamos su Espíritu libre que sopla donde quiere –a veces donde menos pensamos– porque *“la Iglesia no tiene la finalidad de imponer como algo universal y divino su legalidad, su estructura y su historia particulares, sino atestiguar con su práctica el movimiento siempre nuevo de Aquél a quien confiesa como su Dios”*¹⁴.

5. LA IGLESIA, HOGAR DE AMOR COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

Uno de los rasgos fundamentales y signos de identidad de la espiritualidad cristiana es la compasión. Esta palabra significa en primera instancia “padecer con” o “sufrir con”, y sugiere, en segundo lugar, “vivir con pasión” (apasionadamente), es decir,

12. A. HORTELANO, *Moral alternativa. Manual de Teología Moral*, San Pablo, Madrid 1998, p. 256.

13. Cfr. J. ESPEJA, *El evangelio...*, p. 79.

14. CH. DUQUOC, *Dios diferente. Ensayo sobre la simbólica trinitaria*. Sígueme, Salamanca 1978, p. 117.

vivir con profunda preocupación y responsabilidad todo lo que ocurre a nuestro alrededor, especialmente lo que les ocurre a las personas con las que nos encontramos cada día en el camino. Lo contrario del vivir apasionado es vivir sin tensión interior, con indiferencia.

Para los cristianos, la compasión está íntimamente ligada a la experiencia de un Dios que no es indiferente ante el sufrimiento de los seres humanos, sino que revela su rostro en la historia de los hombres como amor compasivo y misericordioso hacia ellos.

La compasión incluye dos dimensiones: una dimensión contemplativa, que nos ayuda a mirar el mundo con los ojos y con el corazón de Dios y a descubrirle a Él en los ojos y en el corazón sufriente de los hombres; y una dimensión comprometida, que nos impulsa a construir nuestra vida y a transformar el mundo conforme al proyecto que Dios nos ha revelado en Jesucristo. Cuando la fe y la vida comprometida compasivamente se unen es posible vivir la alegría que nace del descubrimiento del “tesoro” del Reino que anuncia Jesús como Buena Noticia.

A la hora de abordar esta dimensión de la Iglesia, me gusta partir de la unión de estas dos dimensiones del existir cristiano, porque demasiadas veces se han separado, dando lugar a dos estilos deformados de cristianismo: el de aquellos que sólo miran hacia lo alto para encontrarse con Dios en las alturas mientras se olvidan de los hermanos, y el de aquellos que buscando la eficacia del compromiso se olvidan de la fuente de donde éste brota y se alimenta. La espiritualidad cristiana no puede presentarse de otra manera; de lo contrario, ya la hemos deformado y desvirtuado en origen.

La compasión se despierta en el encuentro con el que sufre. Y para los cristianos, encuentra su fundamento en el Dios compasivo revelado en Jesús y anticipado en la tradición veterotestamentaria.

5.1. Dios es compasivo y misericordioso

En numerosas ocasiones, los libros del Antiguo Testamento presentan a Yahvé como un Dios misericordioso (Ex 34,6), incluyendo en esta expresión dimensiones como la compasión, la ternura, la clemencia, la paciencia, el perdón... La misericordia es el modo de ser de Dios, que se hace “visible” en el modo de

comportarse con su pueblo. Efectivamente, Dios hizo acto de presencia en la historia del hombre israelita en el marco dialogante de la Alianza. Las sucesivas renovaciones de la misma estructuran toda la teología bíblica. Ahora bien, la Alianza comenzó a fraguarse en el acontecimiento convocante de Israel como pueblo de Dios: el Éxodo. Los textos que narran este acontecimiento (Ex 3,7-12; Ex 6,2-8; Dt 26, 5-9) son un lugar bíblico fundamental para descubrir la idea que se formó Israel acerca de Yahvé. En las tres tradiciones, el grupo del Éxodo aparece como una clase social baja, oprimida en tierra extranjera. Y Dios aparece como el liberador del oprimido, como el que tiene compasión de aquellos que sufren y que los libera de sus opresores. No es un Dios neutral, sino que en una situación conflictiva como era aquella, toma partido a favor de Israel (el oprimido) y en contra del Faraón (el opresor). La opresión es pecado y no puede negociarse con ella, simplemente debe ser eliminada como forma de relación entre los seres humanos. Como leemos en uno de los Salmos, *“Dios que hace lo correcto está siempre del lado del oprimido”* (Sal 103,6).

El recuerdo de esta experiencia liberadora del Éxodo se hará presente en todas las fases de la historia del Pueblo de Dios (cfr. Dt 26,5-9; Jos 24,2-13; Os 13,4; Am 2,10; Jer 32,20-21; Ez 20,5-6; Dn 9,15...), y constituirá la razón definitiva de la conducta social que debe adoptar el pueblo. La comprensión de Yahvé como Dios compasivo y misericordioso está muy claramente reflejada en la oración del pueblo. Así se dirige a Él el salmista cuando lo invoca: *“Mas tú, señor, Dios clemente y compasivo, tardo a la cólera, lleno de amor y de verdad, ¡vuélvete a mí, tenme compasión!”* (Sal 86,15), o *“clemente y compasivo es Yahvé, tardo a la cólera y lleno de amor, no se querella eternamente ni para siempre guarda su rencor”* (Sal 103,8-9; cfr. Jer 3,12ss). El Señor es compasivo porque sabe de qué estamos hechos, *“se acuerda de que somos barro”* (Sal 103).

Mediante la fe en este Dios misericordioso y compasivo, el pueblo aprende a ser también respetuoso y compasivo con su prójimo. Los profetas, hombres de Dios y del pueblo, con gran sensibilidad religiosa y social, asumen plenamente las consecuencias de la Alianza y quieren volver a unificar fe en Dios y justicia con el hombre. Los profetas desenmascaran los ídolos que intentan suplantarse al Dios de la Alianza, y que necesitan de víctimas humanas para sobrevivir; denuncian un culto

vacío y desconectado de la práctica de la justicia y sueñan con una Nueva Alianza escrita en el corazón del hombre y centrada nuevamente en la compasión, la justicia y la liberación de los oprimidos. Oseas, por ejemplo, invita a purificar un culto descomprometido cuando pone en boca de Yahvé las palabras “misericordia quiero, y no sacrificios, conocimiento de Dios, más que holocaustos” (Os 6,6). Y algo parecido siente Isaías cuando dice: “¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de la maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa, que cuando veas a un desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes?... Entonces brotará tu luz como la aurora... te precederá tu justicia, la gloria de Yahvé te seguirá” (Is 58, 6-8).

5.2. La actitud compasiva de Jesús

Pero donde verdaderamente se revela este Dios compasivo y misericordioso es en el Nuevo Testamento, en la predicación y en el actuar de Jesús. Los evangelistas ofrecen numerosos pasajes en los cuales aparece esta actitud de Jesús. Sólo a título de ejemplo, hacemos referencia a algunos de ellos:

Cuando recorría ciudades y aldeas proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia, Jesús se compadece del pueblo desprotegido y desorientado. “Al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36. cfr. Mc 6,34). Ante esta situación, dice a sus discípulos: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” y es entonces cuando envía a los Doce, dándoles poder para “expulsar demonios (es decir, luchar contra las fuerzas del mal) y para curar toda enfermedad y toda dolencia” (Mt 9,37-10,1).

La misma actitud compasiva manifiesta Jesús ante la muchedumbre que no tiene para comer, como muestran los textos evangélicos de la multiplicación de los panes y los peces. Antes de la primera multiplicación: “Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos” (Mt 14,14; cfr. Mc 6,34). Y antes de la segunda multiplicación de los panes: “Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: Siento compasión de la gente, porque hace ya tres días que

permanecen conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino” (Mt 15,32; Mc 8,1-3).

La compasión de Jesús no sólo se manifiesta ante las multitudes desprotegidas o hambrientas, sino que se dirige también a las personas individuales concretas, aquejadas de sufrimiento en múltiples formas. En este sentido, los textos evangélicos son numerosos: Antes de curar a un leproso: “Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: “Si quieres, puedes limpiarme”. Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: “Quiero, queda limpio”. Y, al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio” (Mc 1,40-42).

Después de curar al endemoniado de Gerasa, Jesús le dijo: “Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti” (Mc 5,19).

Ante la viuda de Naím, que había perdido a su único hijo: “Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores”... y después dijo al hijo: “Joven, a ti te lo digo, levántate” (Lc 7,13-14).

Los dos ciegos de Jericó reclaman de Jesús compasión: “En esto, dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al enterarse que Jesús pasaba, se pusieron a gritar: “¡Señor, ten compasión de nosotros...!” La gente les increpó para que se callaran, pero ellos gritaron más fuerte: “¡Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!”... Movidó a compasión Jesús tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista; y le siguieron” (Mt 20, 29-34). Y lo mismo hace el ciego de Jericó, según la versión de Marcos (Mc 10,46-52) y de Lucas (Lc 18,35-43).

Finalmente, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la compasión y la ternura son rasgos fundamentales de la personalidad de Jesús, que se manifiestan de una manera muy clara en la acogida a los publicanos y pecadores, en la curación de enfermos y endemoniados, en el respeto y valoración que hace de la mujer, en la acogida de los niños y de los pequeños, en el perdón que dispensa a los enemigos y malhechores...

En los textos y acontecimientos mencionados se nos revelan algunos rasgos de la compasión de Jesús:

En primer lugar, la compasión es un sentimiento de responsabilidad que brota en Jesús ante la realidad sufriente del otro. El sufrimiento de aquel con el que Jesús se encuentra

en el camino le provoca de tal manera, que no puede eludir la pregunta interior: ¿Qué quieres que haga por ti, qué quieres que haga para aliviar tu sufrimiento? Ante el grito de dolor y el sufrimiento de los otros, Jesús no puede desentenderse o hacerse el sordo, se ve obligado a responder, es decir, a dar una respuesta adecuada a su necesidad, sea ésta de carácter físico, cultural, social, moral o religiosa.

En el comportamiento compasivo de Jesús, el sentimiento de responsabilidad ante el otro siempre se actualiza como compromiso real para con él. La compasión nace como un sentimiento afectivo (de la mente y del corazón) y se despliega en un compromiso eficaz (efectivo), transformador.

La compasión comienza con la aproximación al otro. El acercamiento, el contemplar cara a cara, en su inmediata cercanía, es lo que puede despertar en nosotros la compasión por el otro, que más tarde terminará en amor misericordioso y eficaz hacia él.

Jesús siente compasión hacia las personas individuales, pero también hacia las multitudes. Siente compasión del ciego de nacimiento..., pero también de la multitud que anda descarriada como ovejas que no tienen pastor. La actitud compasiva es responsabilidad ante el sufrimiento de personas individuales y ante el sufrimiento colectivo de grupos sociales, regiones o países enteros.

5.3. *La compasión como exigencia evangélica*

En el discurso de la llanura, San Lucas pone en labios de Jesús el consejo que da a los discípulos para que se ejerciten en la compasión: “Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36). San Mateo, en el sermón del monte, utiliza el término “perfección”, asociando así la compasión a otras exigencias de hondo calado evangélico, cuando invitaba a vivir en plenitud: “Vosotros sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48). La compasión, la no violencia, el perdón, la generosidad, el amor... expresan el modo de ser de Dios; y esos son los materiales con los que los discípulos han de construir su vida para que tenga consistencia humana (cfr. Lc 6,27-49).

San Mateo, en la parábola del siervo sin entrañas (Mt 18,23-35), presenta un ejemplo claro de la compasión humana

que brota de la fe en un Dios también compasivo: *“El Reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos... Primero le presentaron uno que le debía una gran fortuna. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que lo vendieran con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía hasta que pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies y postrado le decía: Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo. Movido a compasión, el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda.*

Al salir de allí, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que únicamente le debía unos pesos; lo agarró y, ahogándole le decía: Paga lo que debes. Su compañero, cayendo a sus pies, le decía: ten paciencia conmigo, que ya pagaré. Pero él no quiso, sino que fue y le metió en la cárcel, hasta que pagase lo que debía.

Al ver sus compañeros lo sucedido, se entristecieron mucho y fueron a contar a su señor lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?

Y encolerizado su señor, lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano”.

En la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15,11-31), conocida como una de las tres parábolas de la misericordia, manifiesta Lucas la desmesura de la misericordia de Dios frente al pecador, y la pobreza de espíritu del hermano mayor que se enfada y considera injusto el proceder del padre que actúa con ese amor desmedido.

La parábola del Buen Samaritano, recogida también por el Evangelio de Lucas (Lc 10,25-37) nos presenta el modelo por excelencia de la opción compasiva y comprometida que Jesús anuncia y vive en favor de los pobres y de los “abandonados a la vera del camino”. El samaritano ve al herido, se aproxima, y se conmueve (tiene compasión). Toda una serie de movimientos –aproximación y mirada alterada misericordiosamente– que preparan la praxis eficaz: venda sus heridas, lo pone sobre su caballo, lo lleva a la posada y cuida de él todo el día y toda la noche... El modo de comportarse el

samaritano de la parábola con el herido a la vera del camino es lo que hizo Jesús en la vida real con todos los pobres y excluidos de su tiempo. Y ese es el comportamiento al que Jesús invita al legista –y con él a todos nosotros– que le había preguntado “¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”: “Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37).

5.4. *Tradición de la compasión*

A pesar de ser un mensaje tan claro en los evangelios, no todos los cristianos han entendido y practicado esta exigencia evangélica de la compasión hacia los necesitados. Y, al contrario, siempre ha habido hijos de la Iglesia que han levantado su voz para denunciar las injusticias y para despertar la conciencia comunitaria respecto a este compromiso evangélico.

- San Juan Crisóstomo (344-407) acusa a los terratenientes de inicuos y crueles por la explotación a la que someten a los pobres, y alerta a los cristianos con expresiones tan fuertes como éstas: *“Salimos de la Iglesia y contemplamos hileras de pobres que forman como murallas a uno y otro lado. Y pasamos de largo, sin conmovernos, como si viéramos columnas y no cuerpos humanos... Nuestra mesa está llena de cosas... y oímos como, abajo, esos desgraciados van gritando por las calles y se lamentan en lo más negro de las sombras y en la más absoluta soledad. Pero nada de esto nos conmueve... Y después de tamaña inhumanidad, nos atrevemos a levantar las manos al cielo y pedirle a Dios misericordia y perdón para nuestros pecados”*¹⁵.
- San Basilio (330-379) advierte a aquéllos que *“ayunan, hacen oración, gimen y suspiran, practican toda piedad que no suponga gasto, pero no sueltan un duro para los necesitados. Y ¿de qué les va a servir toda esa piedad? ¡No se les admitirá en el reino de los cielos...! En cambio, los que discurren sensatamente habrán de pensar que las riquezas nos han sido dadas para administrarlas, no para gastarlas en placeres; y, caso de desprenderse de*

ellas, habrán de alegrarse como quien devuelve lo ajeno, no irritarse como aquél a quien se priva de un bien propio”(Homilía contra los ricos. PG, 280 A ss.) y es radical al afirmar que “si no se remedia el hambre, se es homicida”.

- San Ambrosio afirmaba que “al ser generoso con el pobre, tú le das de aquello que le pertenece” y aconsejaba a sus fieles a que vendiesen las joyas y tesoros de la Iglesia para atender a los pobres, porque así se vuelve oro útil, oro de Cristo¹⁶.
- Durante muchos siglos, la Iglesia mantuvo viva esta “mecha humeante” de preocupación por los pobres, no faltando en ningún momento personas e instituciones eclesiales encargadas de poner esta dimensión en el centro de su vida y de sus preocupaciones. ¿Cómo pasar por alto, en este lugar y en este año de conmemoración del Vº Centenario, a la primera comunidad de Dominicos en América: Antón Montesinos, Pedro de Córdoba... más tarde, Bartolomé de las Casas...? Pero hemos de reconocer que en muchos momentos la iglesia jerárquica se convirtió en una aliada importante de los poderes civiles, quedando un tanto oscurecida esta dimensión profética de muchos de sus miembros.
- A finales del siglo XIX comienza a fraguarse la Doctrina Social de la Iglesia, lo cual supone un paso importante en la dinamización de esta preocupación eclesial en el marco de nuevas situaciones económicas, políticas y culturales. Pero será a mitad del siglo XX cuando la opción por los pobres recobra la fuerza que había tenido en la Iglesia de los primeros siglos, mediatizada –naturalmente– por las nuevas condiciones económicas, políticas, sociales y religiosas.
- Juan XXIII, en el anuncio mismo del Concilio el 11 de septiembre de 1962, proclamaba lo que había de quedar como expresión definitiva de toda una visión de la

16. S. AMBROSIO, *De Officiis Ministrorum*, lib. II. XXVIII, 136-140. PL 16, 139-141. Esto mismo había afirmado S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Evang. S. Matthaei, hom.* 50, 3-4: PG 58, 508-510. De estas afirmaciones de los Santos Padres se hizo eco JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 31.7.

Iglesia: *“La Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos, pero principalmente la Iglesia de los pobres”*.

- Pablo VI, al conocer los casos de tortura en Brasil, dijo en audiencia pública a las autoridades brasileñas, en enero de 1970: *“La Iglesia sabrá cómo hacer suya la ira de los pobres y de los no violentos, la rebelión contra la injusticia”*.
- Haciéndose eco de toda la tradición eclesial y teniendo en cuenta el proceso de socialización y creciente interdependencia de los pueblos, el Concilio Vaticano II recoge estas exigencias para con los hombres desde ámbitos individuales y colectivos: *“Habiendo como hay tantos oprimidos actualmente por el hambre en el mundo, el sacro Concilio urge a todos, particulares y autoridades, a que, acordándose de aquella frase de los padres ‘alimenta al que muera de hambre, porque si no lo alimentas lo matas’ (Decreto de Graciano), según sus posibilidades, comuniquen y ofrezcan realmente sus bienes, ayudando en primer lugar a los pobres, tanto individuos como pueblos, a que puedan ayudarse y desarrollarse por sí mismos”* (GS 69a).
- Partiendo de las intuiciones del Concilio Vaticano II, sería la Teología de la Liberación la que situaría la opción por los pobres no sólo como una exigencia ineludible del quehacer cristiano, sino como el eje organizativo de la misma y del quehacer teológico. Tanto la Conferencia Episcopal Latinoamericana en Medellín (1968) como en Puebla (1979), de forma más mitigada en Santo Domingo (1992), apostaron por la nueva corriente teológica y eclesial, desarrollando aspectos y categorías que desde entonces son esenciales a la hora de abordar este tema: comprensión de la pobreza como fruto de estructuras injustas y situaciones de pecado, comprensión del pobre no como objeto de ayuda sino como sujeto de transformación, superación del simple asistencialismo por la promoción humana, etc.
- Juan Pablo I, en una homilía el día de San Lorenzo, hacía suyas las palabras del diácono mártir al afirmar que *“el verdadero tesoro de la Iglesia son los pobres, los*

- humildes*”¹⁷. En una ocasión, al ser saludado como “príncipe de la Iglesia” reaccionó así: “¿Príncipe? ¿Cómo y de qué, si nuestra Iglesia es la Iglesia de los humildes?”.
- Juan Pablo II, en su abundante doctrina social, ha dejado bien patente que la opción por los pobres es una de sus máximas preocupaciones. Tal vez sea en la *Sollicitudo rei socialis* donde con mayor claridad ha manifestado esta opción. En el número 42.2 dice: “*La opción o amor preferencial por los pobres es una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la que da testimonio toda la tradición cristiana*”. Y un poco más adelante, afirma: “*Con sencillez y humildad quiero dirigirme a todos, hombres y mujeres sin excepción, para que, convencidos de la gravedad del momento presente y de la respectiva responsabilidad individual, pongamos por obra –con el estilo personal y familiar de vida, con el uso de los bienes, con la participación como ciudadanos, con la colaboración en las decisiones económicas y políticas y con la propia actuación a nivel nacional e internacional– las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres*” (SRS, 47.5).
 - El documento de los obispos españoles, *La Iglesia y los pobres*, firmado por la Comisión Episcopal de Pastoral Social el 21 de febrero de 1994, ha dicho cosas muy importantes sobre este tema, precisamente en un momento en que la opción por los pobres parece haber entrado en su “noche oscura” (Pedro Casaldáliga). En este documento magisterial se dicen cosas como éstas:

“Ignorando al pobre que sufre hambre, que está desnudo, oprimido, explotado o despreciado, es al mismo Cristo al que desatendemos y abandonamos. De aquí que el encuentro con el pobre no pueda ser para la Iglesia y el cristiano meramente una anécdota intrascendente, ya que en su reacción y en su actitud se define su ser y también su futuro, como advierten tajantemente las palabras de Jesús. Por lo mismo, en esa coyuntura quedamos todos, individuos e instituciones, implicados y comprometidos de un

17. Cfr. JUAN PABLO I, “Autoridad y libertad en la iglesia”, *Ecclesia* 1904 (1978), 9.

modo decisivo... Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento” (n. 9).

Y también: “La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es, como Jesús, para evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido. Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concreta todo: el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres” (n.10). “Por tanto, la actuación, el mensaje y el ser de una Iglesia auténtica consiste en ser, aparecer y actuar como una Iglesia-misericordia; una Iglesia que siempre y en todo es, dice y ejercita el amor compasivo y misericordioso hacia el miserable y el perdido, para liberarle de su miseria y de su perdición. Solamente en esa Iglesia-misericordia puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y entrega a quienes no tienen nada más que su pobreza... La Iglesia-misericordia, que escucha y atiende el clamor de los pobres, revela en su vida lo más grande, lo más estupendo de Dios y de Cristo, tanto en la obra creadora como redentora” (n. 11).

Esta opción ha de ser realizada por todos los cristianos: *“Se trata de un deber de toda la comunidad, y no solamente de unos pocos digamos especializados en este ministerio... Debe ser común a todos los cristianos vivir y manifestar el amor entrañable... que Dios tiene hacia los pobres, tal como Jesús de Nazaret tan especialmente nos encomendó a sus discípulos... Ese testimonio de la misericordia de Dios debe manifestarse en toda su misión, y no en un pequeño grupo de personas, ni a ciertas horas en un despacho asistencial, ni predicando una vez al año el Día de la Caridad..., como si fuese una modesta parcela entre las muchas actividades de la vida eclesial y pastoral. No. En modo alguno. Mientras no tengamos una conciencia más honda y más concreta de que la misericordia hacia los pobres es la gran misión de todos y siempre, bien podríamos decir que la Iglesia y los cristianos no tenemos conciencia, y somos infieles*

a la misión que el señor con tanto empeño nos encomendó” (nn.14-15).

La enseñanza social (desde *Rerum novarum* de León XIII hasta *Caritas in veritate* de Benedicto XVI) es enormemente rica e importante, pero hasta ahora ha sido insuficiente para transformar los corazones de muchos cristianos y las prioridades de la Iglesia.

Y si la palabra es importante, mucho más importante es el testimonio de los cristianos dedicados en cuerpo y alma a atender y ayudar compasivamente a aquellos que sufren en nuestro mundo: misioneros (sacerdotes, religiosos y seculares) que hacen milagros como Jesús, multiplicando el pan a cada paso para repartirlo entre los hambrientos a modo de alimento, educación, salud, etc; instituciones cristianas (ONGs) comprometidas en la atención a las personas más desfavorecidas de nuestra sociedad (desempleados, familias desestructuradas, toxicómanos, enfermos, encarcelados, etc), en la educación solidaria y promoción y ayuda a un desarrollo humano y sostenible, en la defensa de los derechos humanos... Hoy es difícil no encontrar cristianos comprometidos voluntariamente en cualquier parte en donde esté cuestionada la dignidad humana.

Si en los primeros tiempos de la Iglesia hubo muchos mártires a causa de la fe, hoy los sigue habiendo –en muchos lugares del mundo– por denunciar injusticias y defender la justicia y la dignidad humana.

Dos ejemplos nada más:

Ayer, día 16 de Noviembre, se cumplieron veinte años del asesinato de los jesuitas de la UCA, de Julia Elba y Celina, en Salvador. Con este motivo escribía ayer mismo Jon Sobrino: *“Los mártires, ellos y ellas, nos confrontan con nosotros mismos sin escapatoria, iluminan las realidades más profundas de nuestro mundo y lo que hay que hacer con él. Tenemos que enfrentarnos a los ídolos que exigen víctimas en el tercer mundo, aunque sus raíces más hondas están en el primero, y tenemos que trabajar por revertir la historia, y salvar así a una civilización que está gravemente enferma, como decía Ignacio Ellacuría... A los cristianos los mártires nos señalan, mejor que nada y sin temor a equivocarnos, el camino a seguir. Son los que más nos empujan al seguimiento de Jesús y mejor nos introducen en el misterio de su Dios”*.

Hace unos días, llegaba a nuestros correos electrónicos esta noticia: La Hermana Geraldinha, dominica de la Congregación Romana de Sto. Domingo, ha sido amenazada de muerte por su constante defensa de los derechos humanos y su participación en las luchas del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), en la región brasileña de Minas Gerais. Ante esta situación, dice Geraldinha: *“Si fuera preciso daré mi vida, pero no voy a dejar mi trabajo”*. Y estas historias se repiten cada día en muchos países del mundo.

Todo ello justifica que la Iglesia sea llamada, con todo derecho, “hogar de la humanidad”.

6. LA IGLESIA, CASA DE PUERTAS ABIERTAS

La carta a los Hebreos recuerda a los seguidores de Jesús: “No olvidéis la hospitalidad” (Heb 13,2). Es normal, porque la hospitalidad es otro de los valores éticos fundamentales de la tradición judeo-cristiana. Para el cristiano, la hospitalidad no se contempla como un valor accidental en su itinerario de perfección ni como una añadidura moral, sino como un rasgo fundante y sustantivo de su personalidad ética. Para la Iglesia, “hogar de humanidad”, es un rasgo de su identidad y, por lo mismo, una exigencia fundamental.

Para Francesc Torralba, *“la hospitalidad busca recibir al extraño y transformarle en un invitado... En virtud de la hospitalidad, el extraño es reconocido como persona, como sujeto de derechos, como un ser dotado de intrínseca dignidad... Cuando se acepta al extraño en la propia casa, cuando se le ofrece comida y bebida, se le invita a participar en la red de relaciones sociales de la propia comunidad”*¹⁸.

En el mundo antiguo es conocido el deber de la hospitalidad hacia el forastero (los extranjeros, los pobres y los peregrinos) como un aspecto característico de la idiosincrasia de los pueblos semitas y mediterráneos. *“En la obra de Homero –Odisea VI, 207ss– el extranjero y el mendigo son enviados por Zeus y, por consiguiente, han de ser tratados al menos respetuosamente. Para los griegos (especialmente en Atenas) es un signo*

18. F. TORRALBA, *No olvidéis la hospitalidad. Una exploración teológica*, PPC, Madrid 2004, p. 15.

de barbarie tratar al extranjero arbitrariamente y el hecho de que carezca de derecho"¹⁹. Entre los griegos y los romanos, la costumbre de la hospitalidad se fundaba no sólo en el temor de los dioses, sino también en razones humanitarias. Por eso, la hospitalidad se entendía, a la vez, como una virtud religiosa y social. *"En estas culturas, al extraño no sólo se le invitaba a cobijarse y se le ofrecía alojamiento, sino que el anfitrión debía invitarle a contar su historia"*²⁰. De esta manera, el invitado revela su identidad, sus orígenes, su itinerario personal. Así, mediante la escucha, el anfitrión descubre en el ser inicialmente extraño a un sujeto próximo, un sujeto necesitado de ser acogido y escuchado. Por eso, *"la hospitalidad se puede definir también como una experiencia narrativa y hondamente dialógica. Como consecuencia de este intercambio de palabras, el otro extraño se transforma en invitado, pero también el anfitrión sufre una metamorfosis interior. Al escuchar atentamente la historia del huésped, su ser se altera y su mirada adquiere nuevas perspectivas... La hospitalidad, además de ofrecer confort y seguridad al extraño, permite la expansión de la red de relaciones humanas y el reconocimiento de la humanidad del otro"*²¹. La hospitalidad supone un derribo de fronteras y de muros que separan a unos seres humanos de otros.

6.1. La hospitalidad bíblica

Desde los orígenes, la hospitalidad constituye también una virtud fundamental en la tradición judeocristiana. Para los primeros cristianos, la motivación para ser hospitalarios hunde sus raíces en el amor sin límites de Dios, manifestado en la Creación y, de manera muy particular y concreta, en el Dios-amor revelado históricamente en Jesucristo. *"Jesús, expresión histórica del Dios-amor, no sólo ofrece hospitalidad a todo tipo de personas, sino que además acepta también la hospitalidad de los demás"*²². *"Se puede afirmar, sin cautelas, que la categoría de la hospitalidad no es un elemento accidental en la*

19. *Ibid.*, p. 16.

20. *Ibid.*, p. 18.

21. *Ibid.*, p. 21.

22. *Ibid.*, p. 24.

*ética que se desprende de la Biblia, sino uno de los valores más referidos y más reiterados a lo largo del Antiguo Testamento y del Nuevo*²³.

En el Antiguo Testamento son muchos los pasajes en los que aparece la hospitalidad con el forastero como un deber del israelita. El fundamento del derecho de los extranjeros se refiere a la propia experiencia de Israel como extranjero y a la propia historia. En el contexto literario del libro del Éxodo se habla de esta manera a la generación de la salida de Egipto. El acto de liberación divina y la opresión que el pueblo había sufrido anteriormente marcan su impronta en la conciencia de las personas... La memoria del sufrimiento se convierte en el fundamento de la práctica de la hospitalidad. Se puede leer en Ex 22,21: "Al extranjero no maltratarás ni oprimirás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto". Y en Ex 23,9: "No oprimirás al extranjero, porque vosotros conocéis el alma del extranjero, ya que vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto". Y en el libro del Levítico (19,33ss) se dice: "Cuando un extranjero resida con vosotros en vuestra tierra, no lo maltratéis. El extranjero que resida con vosotros os será como uno nacido entre vosotros, y lo amaréis como a vosotros mismos, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto".

No se trata, pues, de una fundamentación en la razón o en el sentimiento, sino en la *anámnesis*, es decir, en la capacidad de recordar lo que sucedió en el pasado. La memoria del sufrimiento padecido en la carne de las antiguas generaciones se convierte en el fundamento del imperativo moral de la hospitalidad... Al recordar la vulnerabilidad en la propia piel, el israelita toma conciencia de la vulnerabilidad ajena y se abre al otro para recibirlo y acogerlo... A partir de esta experiencia, los distintos códigos legales se encargarán de recordar y velar para que la práctica de este ideal de la hospitalidad se lleve a cabo en los distintos momentos y circunstancias de la historia del pueblo de Israel; esto no quiere decir que en todos los momentos fuese vivido de igual manera este ideal, o incluso que en algunos momentos fuese sencillamente olvidado o, incluso, traicionado.

23. *Ibid.*, p. 35.

Para el cristiano, el fundamento último de la hospitalidad es Dios mismo, amor en su esencia y en su relación con el ser humano y con el mundo. El Dios bíblico sale de sí mismo para revelarse al hombre y darse a conocer a él de un modo personal. La revelación tiene como fin dar a conocer el modo de ser de Dios, es decir, relación de amor entre personas (eso queremos decir al referirnos a Dios como Trinidad). Esta apertura de Dios hacia el otro también puede manifestarse, analógicamente, en el ser humano, creado a su imagen y semejanza. *“En cuanto imagen de Dios, el ser humano tiene la potencia de salir de sí, tiene la capacidad de revelarse a los otros, de establecer una alianza con sus coetáneos, de abrirse a la alteridad del otro y superar las tendencias egocéntricas que laten en su interioridad. Lo propio de la experiencia religiosa es esta apertura al Otro a través de los otros”*²⁴.

La condición de posibilidad de la hospitalidad radica en la salida de uno mismo. Desde la perspectiva religiosa, la apertura a los otros se interpreta como una salida hacia el Otro, que está presente en aquellos. En el pensamiento judeocristiano, el acceso a Dios pasa necesariamente por la apertura amorosa a los otros, por la práctica de la hospitalidad y por el ejercicio de la compasión.

Una de las expresiones de la hospitalidad en el Antiguo Testamento la hallamos en la institución de las ciudades-refugio. En el libro de los Números se dice que Dios edifica seis ciudades que servirán de refugio a los israelitas, a los emigrantes y a los criados que vivan con ellos (Num 35,15)... Esto indica que, en el AT, la hospitalidad no sólo es una virtud de tipo personal que practica un individuo con respecto a sus semejantes, sino que tiene que ser considerada como un rasgo ideal de las instituciones, y también de las ciudades, que deseen alcanzar ciertas cotas de excelencia.

6.2. *Relatos ejemplares de hospitalidad en la Biblia*

Son muchos y tienen por protagonistas a personajes de muy variada condición: Hay hombres de Dios como Abrahán

24. *Ibid.*, p. 73.

(Gn 18,1-8), Lot (Gen 9,1-11), Tobit (Tob 2,1-5); hay personajes de baja condición, como Rahab, la prostituta (Jos 2,1-7), el forastero de Guibeá (Jue 19,11-30), la viuda de Sarepta que acoge y da de comer a Elías (1 Re 17,10-16); hay personajes con una vida normalizada en el pueblo, como el suegro de un levita emigrante (Jue 19, 1-10) o la sunamita que acoge al profeta Eliseo (2 Re 4,8-17). La mayoría de estas historias ejemplares se desarrollan en un contexto general de hostilidad o indiferencia, por parte de la mayoría de la gente, hacia el que necesita ayuda (casos de Lot, Tobit, Rahab, el forastero de Guibeá...)

6.3. *La hospitalidad cristiana*

“Desde una perspectiva cristiana, sólo es posible explorar el sentido de la hospitalidad en su expresión más genuina a partir de las palabras, los hechos y los silencios de Jesús de Nazaret” (p. 114). La hospitalidad es uno de los ejes fundamentales de la predicación y de la vida de Jesús, Él es la hospitalidad encarnada. De un modo explícito, Jesús se refiere al amor al extranjero, a la acogida del vulnerable y al deber de hospitalidad, en parábolas como el Buen Samaritano (Lc 10,30-35), donde se practica la hospitalidad lejos de casa. Eso hace Él mientras va de camino, pues no tiene donde reclinar la cabeza (cfr. Mt 8,20): invita a seguirle a personas de todas las clases sociales, acoge y cura a los enfermos, acaricia a los niños, acepta como discípulas a las mujeres, perdona a los pecadores (prostitutas, publicanos...) e invita a sus discípulos a perdonar siempre (Mt 18,21-34). Denuncia las injusticias que alejan (crean distancia) a unos seres humanos de otros, no se fija en las apariencias, sino que mira al interior de las personas y ahí descubre su dignidad inalienable. A la vez, se hace huésped agradecido cuando busca hospitalidad en la casa de familiares o amigos, como la suegra de Pedro (Lc 4,39) y Lázaro, Marta y María (Lc 10,38-42), o en casa de pecadores, como Leví (Lc 5,29-32) o Zaqueo (Lc 19,1-10), o con los fariseos (Lc 7,36-50; 11,37; 14, 1ss)... Su predicación y su vida contienen un mensaje radical de apertura y no exclusión. La lógica que rige en el proyecto de Reino de Dios anunciado y

realizado en Jesús sólo tiene una ley, la ley del amor, que tiene unas características muy claras:

- 1) El amor de Jesús es universal, se extiende a todos, incluso a los enemigos (Mt 5,43-46; Lc 6,27-35; cfr. Rom 12,20-21).
- 2) El amor de Jesús libera y humaniza a la persona amada, la transforma, la integra en la comunidad...
- 3) El amor exige la justicia; pero, a la vez, la justicia es plenificada por el amor.
- 4) El amor abre al ser humano la posibilidad de vivir ya aquí anticipadamente la plenitud anunciada para el más allá. Al contrario, la falta de amor, la inhospitalidad, cierra al ser humano a la plenitud. Es el mensaje de la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro (Lc 16,19-31).

El evangelio de Lucas, evangelio de la hospitalidad por excelencia, prácticamente termina con la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús. En este pasaje, como en el caso de Abraham (en Mambré), la hospitalidad se convierte en acontecimiento revelador de la presencia de Dios, en encuentro teologal. En ellos se cumplió lo que dice la Carta a los Hebreos: "Algunos, sin saberlo, al hospedar a los extraños, hospedaron a los ángeles" (Heb 13, 2) o al mismo Jesucristo.

La hospitalidad en la Iglesia también ha sido una constante a lo largo de la historia. Ya nos referimos a las iglesias domésticas. Los monasterios siempre cuidaron esta dimensión de acogida, creando casas de acogida, albergues de peregrinos, etc. Incluso se fundaron órdenes religiosas dedicadas exclusivamente a esta tarea humanitaria (Los hermanos de San Juan de Dios). Una experiencia interesante del pasado es la siguiente: *Hasta no hace mucho tiempo, en muchos pueblos de la provincia de León, en el mío también, estaba institucionalizada la costumbre denominada "el palo de los pobres". Se trataba de un simple trozo de madera que se pasaba por turno de casa en casa, de forma que la casa-familia en que se encontrase el "palo de los pobres" era el lugar en el que debía acogerse al necesitado que llegase al pueblo.*

Aunque hayan desaparecido costumbres y formas de ejercer la hospitalidad, sin embargo, la práctica de la misma se

mantiene hoy dentro de la Iglesia: muchos de los albergues para personas sin techo o casas de acogida para los pobres (dentro de los cuales se encuentran mayorías inmigrantes) están atendidos por personas pertenecientes a la Iglesia. En Salamanca, Cáritas es un ejemplo extraordinario de hospitalidad organizada. A muchos conventos, monasterios y parroquias acuden cada día personas en busca de comida o un poco de calor humano. ¿Cómo se hace la acogida en cada caso? ¿Cuántas veces se les sienta a la mesa y se les permite o se les invita a contar su historia?... No podemos olvidar a muchas familias y personas cristianas que comparten sus bienes materiales, su tiempo y sus propias personas, voluntaria y gratuitamente, para hacer posible la acogida en las instituciones eclesiales y contribuyen así a hacer un mundo más humano. A principios de los noventa, me llamó la atención en la Comunidad Nueva Esperanza de El Salvador –una comunidad de refugiados que volvió al país una vez terminada la guerra y empezaba a reconstruirse– cómo la mejor casita del poblado, todavía construido con tablas, era la Casa Comunal de Acogida a los huéspedes.

Sin descuidar y profundizando más en lo que se viene haciendo, me parece importante que pongamos nuestra voz al servicio de todas estas personas desprotegidas y exijamos a las instituciones públicas la responsabilidad social y ética que tienen también para con todas ellas. En cualquier caso, las prácticas ya existentes me parecen razón suficiente para que podamos referirnos a la Iglesia como “hogar de la humanidad”.

7. CONCLUSIÓN FINAL

Este rostro más humano de la Iglesia no es el más visible, como todos sabemos, pero está ahí. Es la Iglesia invisible, la que no interesa a los grandes medios de comunicación... Pero es la Iglesia que manifiesta su rostro más auténtico, verdadero “hogar de la humanidad”. Es el espejo en el cual la gran Iglesia (y toda la sociedad) debemos mirarnos, pero no para lavarnos la cara oscura y menos humana que arrastramos, sino para convertir nuestro corazón y transformar nuestras estructuras conforme al modelo de comunidad que inició Jesús de Nazaret al llamar a sus primeros discípulos.

A nivel concreto, me atrevo a señalar un par de desafíos en los que será necesario que la Iglesia concentre su atención ya desde ahora:

1. En relación a sí misma, el principal desafío es construir la fraternidad al interior de la propia Iglesia. La confesión del Misterio Trinitario y el reconocimiento del protagonismo del Espíritu Santo en la Iglesia, como expresión de fecundidad, de comunión y de dinamismo misionero, a la vez que ha revelado la riqueza de las diversas vocaciones y de las formas de vida en la Iglesia, ha subrayado la correlación y complementariedad entre ellas. La Iglesia “hogar de la humanidad” es aquella en que la acogida, el diálogo, la corrección fraterna (Mt 18,15-17) y el perdón (Mt 18,21-34), se imponen al autoritarismo, al silencio impuesto, a la condena y a la excomunión.
2. En relación al mundo, el principal desafío hoy consiste en cambiar las prioridades para promover las dinámicas de la proximidad compasiva. El desafío más importante es aquel de ponerse en acción, dando prioridad al necesitado, a las personas y no a los negocios, a los itinerarios terapéuticos y no a las normas sagradas que nos despojan de la compasión, como aconteció al sacerdote y al levita de la parábola del Buen Samaritano. La Iglesia samaritana, “hogar de la humanidad” se constituye en torno a Jesús y al lado del pueblo. Es la comunidad de los que están con Él y comparten su compasión por la humanidad y son enviados, como Él, para “hacer el bien y luchar contra las fuerzas del mal” (Hch 10,38).

Rutas de análisis y propuestas al mundo de hoy

Ética compasiva para una sociedad globalizada y enferma*

1. VIVIMOS EN UN MUNDO GLOBALIZADO Y ENFERMO

1.1. La globalización, clave de análisis de nuestra sociedad

De unos años a esta parte, se ha convertido en lugar común el considerar la globalización como una de las características fundamentales de nuestro mundo. En un sentido amplio, la globalización expresa el intenso, variado y acelerado flujo de relaciones que, gracias al desarrollo de las nuevas tecnologías, se establecen actualmente entre unos seres humanos y otros y de éstos con la naturaleza, y que están dando lugar a una sociedad verdaderamente mundial. La globalización es un hecho que está afectando y transformando todos los niveles de construcción de la vida individual y social: economía (producción, consumo, mercado, sistemas financieros...), política (soberanía de los Estados, formas de gobierno, gestión del poder, asociacionismo...), cultura (ideas, creencias, valores, informaciones...), etc. De una manera más concreta, “la globalización no es algo que sobrevuele nuestras cabezas, sino que se trata de un fenómeno profundamente presente en nuestras vidas. Tiene que ver con nuestros electrodomésticos, con nuestros fondos de pensiones, con las pateras que llegan a nuestras costas –también con las que no llegan–, con nuestras vacaciones, con nuestros correos electrónicos, con la evolución de nuestros ahorros, (*con la crisis actual y sus*

* Publicado en *Ciencia Tomista*, 137 (2010), pp. 439-575.

consecuencias –desempleo, hipotecas, hambre, reajustes presupuestarios, huelga general, etc–, con el terrorismo y las guerras, con el narcotráfico...) con la Unión Europea... Podemos decir que la globalización es el nuevo clima social en el que transcurren nuestras vidas”²⁵.

En el sentido amplio al que nos estamos refiriendo, la globalización aparece ante nosotros como un fenómeno sumamente complejo que “está redefiniendo todos los puntos fundamentales de referencia de la sociedad humana y el análisis social”²⁶. Y es en este sentido en el que debemos entender afirmaciones como la que sigue: “Cuando en el futuro los historiadores traten de definir los rasgos más característicos de la época que vivimos, con seguridad se resaltarán que por primera vez en la historia de la humanidad se cobró conciencia no sólo que vivimos en el mismo planeta, sino que todos los seres humanos dependemos los unos de los otros y que nada de lo que ocurre en el mundo nos es ajeno”²⁷. Situados en esta perspectiva, la globalización es un hecho que abre al ser humano a nuevas posibilidades de desarrollo y realización, pero que no está exenta de ambigüedades y peligros. Orientar este proceso con responsabilidad y sentido ético es uno de los retos más importantes del momento histórico actual.

En sentido más restringido, hablamos de globalización para referirnos al modo como se están llevando a cabo las relaciones mundiales entre los distintos agentes sociales dentro del único sistema global: el capitalismo neoliberal²⁸. Con

25. F. J. MARTÍNEZ REAL, “La globalización asimétrica”, *Cuadernos de Formación Acción Verapaz* 3 (2002) 7. El texto en cursiva es mío.

26. W. I. ROBINSON, “Nueve tesis sobre nuestra época”, *Alternativas* 7 (1996), 67.

27. FUNDACIÓN DE COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO (FCD), *La cooperación al desarrollo. Informe 1995*, Madrid 1996, p. 31.

28. P. MONTES, *El desorden neoliberal*, Trotta, Madrid 1996. Este autor se ha servido del título de la obra de McLUHAN y POWERS, *La aldea global*, Gedisa, Barcelona 1995 (el original en inglés es de 1989) para reflejar el proceso de globalización experimentado por la economía mundial y defendido como una de las principales tesis del neoliberalismo actual. “*En lo económico, el mundo debe ser una aldea global. El intento de convertir en un gran mercado la economía mundial constituye un atributo esencial, y al mismo tiempo un objetivo coherentemente irremediable, de la doctrina neoliberal*”, p. 91.

la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento del sistema comunista de los países del Este europeo, se desarrolla esta nueva fase del capitalismo, cuya mentalidad liberal va a aplicarse de una manera radical a la sociedad mundial. El núcleo básico del proceso de globalización actual reside precisamente en esto, en la mundialización sin competencia del modelo económico capitalista neoliberal, el cual opera fundamentalmente a través de grandes empresas multinacionales, capaces de controlar no sólo la economía de países enteros, sino también a los gobiernos de los mismos. El capitalismo ha tenido siempre como objetivo la obtención del máximo beneficio con los menores costos (ley de la acumulación capitalista) y la concentración del capital cada vez en menos manos. Para lograr este objetivo, las estrategias seguidas por el actual modelo de capitalismo neoliberal son fundamentalmente tres: *liberalización total del mercado, desregulación por parte del Estado y privatización.*

Con la liberalización total del mercado se busca lograr las condiciones que favorezcan la movilidad mundial de mercancías y, sobre todo, del capital financiero sin trabas ni barreras (fuera aranceles, fuera proteccionismos y controles). La competitividad desenfadada es la única ley que debe imperar en este gran escenario que es el mercado global.

El neoliberalismo reivindica, en segundo lugar, la eliminación, o cuando menos la reducción al mínimo, del papel del Estado en las actividades económicas y la desregulación por parte de los Estados nacionales de la actividad del capital transnacional en sus territorios, por considerarse inhibidores de la actividad productiva, de las inversiones y de los intercambios. El debilitamiento de los Estados nacionales y la ausencia de una autoridad política mundial hacen que tanto la producción como la distribución de bienes y servicios quede exclusivamente a merced de los mecanismos del mercado y bajo el control de las grandes empresas multinacionales y los agentes sociales asociados a ellas. Mediante estos mecanismos, el neoliberalismo se propone poner fin a la capacidad del Estado para impedir el lucro excesivo de unos pocos y redistribuir ciertos beneficios entre todos los ciudadanos, entrando así en crisis de legitimación el modelo de Estado de bienestar, modelo capitalista desarrollado a partir de la Gran Depresión de principios de los años treinta del siglo pasado. Y

a falta de gobierno y de un marco político global, se pretende que la cara más humana de las sociedades dependa hoy de voluntades privadas: familia, amigos, ONGs, voluntariado...

Una acotación: A pesar de querer reducir al mínimo (o eliminar si ello fuera posible) la intervención del Estado en el marco económico, el capitalismo neoliberal requiere que los estados liberales desempeñen algunas funciones, todas ellas al servicio del capital, como son: Adoptar políticas fiscales y monetarias que garanticen la estabilidad macroeconómica internacional; ofrecer la infraestructura básica necesaria para la actividad económica global; y brindar control, orden y estabilidad social. Y en situaciones de crisis como la actual, el capital multinacional no tiene empacho en contradecirse a sí mismo y renunciar a cualquiera de sus postulados y estrategias, con tal de conseguir su objetivo primordial que es seguir obteniendo beneficios. Así se explica que los grandes bancos mundiales hayan reclamado a los gobiernos de medio mundo que intervengan, a su favor, claro, con millones de dólares o euros para evitar –se dice– una catástrofe financiera mundial.

En tercer lugar, la privatización. El debilitamiento del Estado en beneficio del mercado tiene su expresión también en la insistencia en una serie de medidas orientadas al traspaso de numerosos sectores de la economía que fueron en otras épocas regidos por el Estado a manos de la empresa privada. Se presume que en manos privadas estas actividades permitirían un mayor beneficio para productores y consumidores y un mejor reparto de los recursos disponibles. Empresas, medios de transporte, servicios de correo, seguridad social, sanidad, seguridad ciudadana... todo debe ser privatizado, según los defensores del modelo neoliberal.

Estos tres motores básicos de la globalización otorgan un gran poder estructural a las empresas que tienen una capacidad mundial de intervención y al capital transnacional plenamente móvil y libre, los cuales se imponen al poder directo de las naciones-estado, que pierden soberanía a cada paso. En la actualidad las grandes decisiones económicas y políticas se toman cada vez menos dentro de la nación y cada vez más dentro de instituciones regionales (UE, por ejemplo) o mundiales (OMC, FMI, BM), o en las sedes centrales de las grandes empresas multinacionales: IBM, General Motors... Y lo que es peor, las estructuras productivas de cada nación o se

reorganizan en función de las grandes decisiones adoptadas por estos organismos internacionales o tienen muy pocas posibilidades de supervivencia.

El modelo de globalización neoliberal se apoya y expresa también en un sistema de pensamiento (ideas y valores) que, al ser interiorizado por los individuos, se convierte en el gran factor legitimador de dicho modelo. El componente cultural-ideológico del sistema global actual exalta la libertad individual como valor; la competitividad como forma de relación entre los seres humanos, y el consumismo como aspiración máxima en la vida.

La exaltación de la libertad individual, sin referencia a la justicia social y a la fraternidad, es una de las manifestaciones más llamativas de esta corriente cultural y vital, que conduce a la despolitización de la vida y a una ética de carácter individualista. La cultura e ideología del neoliberalismo mundial funciona como neutralizador del protagonismo social transformador del ciudadano al afirmar que la libre competencia coloca a cada uno en el sitio que realmente le corresponde, según sus capacidades y según su esfuerzo. Los mismos gobiernos contribuyen a esta neutralización del papel del ciudadano reduciendo las cuestiones políticas a puras cuestiones de expertos y de tecnócratas; si excluimos de nuestra vida la preocupación por las cuestiones políticas (las cuestiones referidas a la *polis*), estamos anulando nuestra condición de ciudadanos y a los seres humanos sólo les queda preocuparse por su supervivencia y la mejora de sus condiciones de vida individuales, aprovechándose de la abundante oferta de materiales de consumo ofrecidos por el mercado. En una visión antropológica de naturaleza tan individualista, la ética dominante no puede ser otra que la del “sálvese quien pueda”.

La libre competencia siempre ha sido la ley suprema del sistema económico capitalista que busca, por encima de todo, la obtención de los mayores beneficios con los menores costos posibles. Esta dinámica, por sí misma, nos retrotrae a la ley de la jungla, donde los más fuertes y agresivos (que no los mejores) son los que resultan siempre vencedores. La interiorización de este principio está conectada directamente con la violencia pues, desde él, el “otro” siempre es percibido como un adversario o un enemigo, como alguien con el que hay que luchar y al que es preciso ganar para salir adelante. La

competitividad crea una distancia ideológica entre los humanos, que en muchas ocasiones vendrá a legitimar cualquier tipo de acción frente a ellos. Queramos reconocerlo o no, esta dinámica competitiva y violenta, asentada sobre la “ley del más fuerte”, alimentada por los empresarios en los lugares de trabajo, por los sistemas educativos y por los medios de comunicación social, se ha apoderado de nuestro mundo y es la que rige no sólo en los asuntos económicos, sino también en los ámbitos políticos, sociales, educativos, lúdicos, etc. Y lo más grave de esta situación es que la violencia encerrada en la dinámica competitiva o ha dejado de ser considerada como tal, o cuando menos es percibida como condición de posibilidad para el crecimiento y desarrollo humano. El individualismo competitivo legitima la supervivencia personal, y lo que se requiera para lograrla, por encima del bienestar colectivo.

El consumismo proclama que el bienestar, la tranquilidad y la finalidad de la vida se logran mediante la adquisición de mercancías. La dinámica capitalista es fundamentalmente consumista y depredadora, es decir, necesita producir mucho y consumir sin tregua para que el proceso de acumulación no se detenga. Ahora bien, una característica del consumismo actual es que lo que parece interesar al sistema no es un mayor número de consumidores en el mercado, sino más dinero en las manos de los actuales consumidores. Por eso se explica que en una casa haya tres o cuatro vehículos lujosos y en otra ninguno; o que una persona tenga trajes almacenados que usó una vez y nunca más volverá a usar, mientras otros no tienen ropa que ponerse; o que una familia disponga de segunda o tercera vivienda mientras otros son incapaces de pagar el alquiler de la primera, malviven en chozas de lata y cartón, o simplemente forman parte del colectivo de los sin techo. Por otra parte, el capitalismo parece haberse olvidado de producir para todos los grupos sociales. Cada vez aparecen mayores cantidades de bienes superfluos, ofrecidos como si fueran mercancías imprescindibles, y productos caros, sólo accesibles a aquellos que tienen dinero.

Desde estas constataciones, uno empieza a sospechar que al neoliberalismo no le importa tanto el progreso como el mercado; no tanto la producción cuanto la especulación; no tanto la calidad de los productos cuanto su éxito publicitario;

no tanto el valor de uso de un producto, cuanto la marca que lo envuelve. Muchas veces se compra un producto por el aura que lo rodea y que, se supone, promoverá el status de su propietario. De este modo no es la persona la que imprime valor a la mercancía, sino al contrario, la mercancía la que otorga “valor” a su usuario. La marca del fabricante de una camisa o de un coche de lujo pasan a funcionar como elementos de los que depende la valoración social de su dueño. La consideración y respeto que todo ser humano se merece no está en función de su dignidad de persona, sino en función de los bienes de consumo que adornan su figura. Desde la óptica consumista neoliberal, la persona parece no tener valor en sí misma; por eso, quien no posee bienes es ignorado, despreciado o excluido, todo lo contrario de lo que ocurre con quien los posee en abundancia.

Es el triunfo del tener frente al ser. En nuestra sociedad, el hombre se valora por lo que tiene y no por lo que es. Lo que uno tiene es propiedad privada y, por lo mismo, intocable. Hay que protegerlo, con los medios que sean, aunque sea la vida y la dignidad de los demás la que entre en el juego. La violencia se alimenta así en un nuevo humus, a partir del cual adquirirá dimensiones especialmente dramáticas. La lógica del capitalismo neoliberal, basada en la propiedad privada sin límites (es decir, sin referencia al “destino universal de los bienes”) y la ley de obtención del máximo beneficio, está condenando a más de mil millones de personas a vivir en la pobreza absoluta, mientras poco más de dos centenares de personas acaparan mayor cantidad de bienes que el 50% de la población mundial. Y lo peor de todo es que, desde la ideología neoliberal, la pobreza no es considerada fruto de la injusticia, sino el justo castigo que la ineficacia (resultado de la ignorancia y de la pereza) merece.

1.2. Una sociedad gravemente amenazada y enferma

¿Hacia dónde nos está encaminando la globalización tal y como se está desarrollando? Desde luego, no a la construcción de un mundo más interdependiente, integrado, igualitario y justo.

Los informes sociológicos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) han sido reiterativos a lo largo

de los últimos veinte años en afirmar que los procesos de globalización han conducido al afianzamiento de mundos separados por abismos crecientes de desigualdad y de pobreza. Y otras muchas organizaciones de carácter internacional han llegado a las mismas conclusiones: *“Todos los países, más allá de su ideología o de modelos económicos, forman parte de un único sistema económico internacional. Sin embargo, muchos de ellos están integrados de forma imperfecta, mientras que otros son excesivamente vulnerables. El proceso de reestructuración tecnológica, productiva, comercial y financiera que acompaña a la globalización, se refleja en la progresiva marginación de los países en vías de desarrollo (PVD). Las dificultades de acceso a los mercados, el empeoramiento de las condiciones de intercambio, los problemas de deuda externa, las crecientes necesidades financieras y un aparato productivo frágil y obsoleto, dificultan el desarrollo de muchos pueblos, naciones y regiones del mundo. Se trata de un círculo vicioso potenciado por carencias tecnológicas, de formación, de capital y de infraestructuras, que limitan la utilización eficaz de los recursos y afectan negativamente la competitividad de sus economías, obstaculizando aún más la débil inserción exterior de muchos PVD. En consecuencia, la integración en el contexto económico mundial del grupo de países más pobres se hace en condiciones muy poco favorables”*²⁹.

Esta doble polaridad, no integración y desigualdad, ha colocado a nuestro mundo en una situación de desequilibrio que, a su vez, produce situaciones crecientes de inestabilidad e inseguridad que afectan a todos. *“Las disparidades en la distribución de la renta y la riqueza, impulsan los flujos migratorios de personas que buscan mejores condiciones de vida (...). El acelerado proceso de deforestación y el deterioro de los suelos, extienden sus efectos con independencia de donde se produzcan y afectan a las condiciones climáticas de todo el mundo. La contaminación, al igual que las hambrunas, los conflictos*

29. FCD, *La cooperación al desarrollo...*, p. 31. El Informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1996, después de reconocer la globalización como *“una de las tendencias más visibles de los últimos años”*, dejaba bien sentado que *“ha contribuido en general al crecimiento de los países más fuertes y ha marginado a los países débiles”*. PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 1996*, Mundi-Prensa, Madrid 1996, p. 10. Y las mismas afirmaciones se han mantenido hasta la actualidad

étnicos o la desintegración social, tampoco respetan las fronteras"³⁰.

De los datos que ofrecen estos informes se deduce claramente que las relaciones potenciadas por la globalización actual entre las diversas regiones y países del mundo no son simétricas, sino asimétricas, es decir entre elementos cada vez más desiguales. Por eso podemos decir que la verdadera estructura de la globalización neoliberal no es la interdependencia, sino la dependencia de unos países respecto de otros, y de unas personas respecto de otras.

La situación se ha venido agravando de tal manera que en septiembre del año 2000, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó la Declaración del Milenio, en la cual 189 jefes de Estado se comprometían a trabajar juntos para construir un mundo más justo, igualitario y seguro antes del 2015. Para ello se propusieron ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), que venían a ser los deberes que la comunidad internacional se imponía para acabar con el hambre, eliminar la desigualdad de género, garantizar el acceso a la educación, a la salud y al agua potable y eliminar la degradación del medio ambiente. Diez años después, los datos que ofrecen los últimos informes de los organismos internacionales parecen afirmar que no sólo no se está avanzando en la medida de lo esperado en la consecución de esos objetivos para los plazos fijados, sino que en muchos aspectos se está retrocediendo.

En la presentación del Informe 2009 sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio, en plena crisis económica mundial, el Secretario General de Naciones Unidas, Ban Ki-Moon, decía:

"Hace nueve años, los líderes del mundo establecieron un conjunto de objetivos a largo plazo para liberar a una gran parte de la humanidad de las trabas de la pobreza extrema, el hambre, el analfabetismo y las enfermedades. Establecieron metas para lograr la igualdad entre los sexos y el empoderamiento de la mujer, la sostenibilidad medioambiental y una alianza mundial para el desarrollo. En pocas palabras, aprobaron un plan para un mundo mejor y prometieron no escatimar esfuerzos en la materialización de esa visión.

Hemos logrado importantes avances en este esfuerzo y contamos con muchos éxitos en los cuales apoyarnos. Sin embargo,

30. FCD, *La cooperación al desarrollo...*, p. 31.

hemos avanzado muy lentamente hacia el cumplimiento de nuestros objetivos. Y hoy en día nos enfrentamos a una crisis económica mundial cuyas plenas repercusiones aún no se han hecho evidentes. Como mínimo, la crisis frenará el progreso en algunas áreas clave, sobre todo en los países en desarrollo. En el peor de los casos, podría impedirnos cumplir nuestras promesas, lo que sumiría a millones de personas más en la pobreza y elevaría el riesgo de disturbios sociales y políticos: una consecuencia que debemos evitar a toda costa”³¹.

¿En qué situación se encuentran actualmente estos objetivos del milenio, según datos del Informe 2009?

- A nivel mundial, alcanzar la meta de reducir la tasa de pobreza a la mitad entre 1990 y el 2015 (objetivo 1) parece factible. Sin embargo, algunas regiones no podrán hacerlo y posiblemente alrededor de 1000 millones de personas permanecerán en la pobreza extrema en dicha fecha.
- Respecto al acceso a la educación primaria universal (objetivo 2), que se proponía como meta para el 2015 que “todos los niños y niñas puedan terminar un ciclo completo de enseñanza primaria”, todo parece indicar que para ese año al menos 29 millones de niños seguirán sin escolarizar. Desde 1999 el número de niños no escolarizados en edad de cursar primaria ha disminuido en 33 millones. A pesar de ello, en el año 2007, unos 72 millones de niños en el mundo no tuvieron acceso a la educación. Casi la mitad de ellos vive en África subsahariana, y en Asia meridional dicha cifra asciende a 18 millones (p. 15).
- Para alcanzar el objetivo número 3, “promover la igualdad de género y la autonomía de la mujer”, se proponía como meta “eliminar las desigualdades entre los géneros en la enseñanza primaria y secundaria, preferiblemente para el año 2005, y en todos los niveles de la enseñanza para 2015”. Los resultados no son nada halagüeños:

31. BAN KI-MOON, *Prólogo*, en NACIONES UNIDAS, *Objetivos de desarrollo del milenio. Informe 2009*, Nueva York 2009, p. 3.

- “De momento, la primera meta no se ha conseguido. En más de 90 países la desigualdad por relación al género se mantiene en todos los niveles educativos” (p. 15). Del total de menores sin escolarizar en el mundo, el 60% son niñas; en cuanto a la población adulta, son mujeres dos tercios de los 880 millones de analfabetos que todavía existen en el mundo. “Las mujeres siguen siendo las más vulnerables en el mercado laboral, ya que asumen la mayor parte del empleo no remunerado” (p. 21), y, a pesar de los avances conseguidos, la participación política de las mujeres sigue siendo discriminatoria (p. 23).
- El cuarto objetivo del milenio es “reducir la mortalidad infantil” y la meta fijada para el 2015 es “reducir en dos terceras partes la tasa de mortalidad de los niños menores de 5 años”. El informe 2009 señala lo siguiente: “El número de muertes de niños menores de cinco años ha disminuido a un ritmo constante en todo el mundo. En el 2007, la tasa de mortalidad de menores de cinco años era de 67 por cada 1000 nacidos vivos, una mejora respecto a la cifra de 93 registrada en 1990. En dicho año, más de 12,6 millones de niños de temprana edad murieron fundamentalmente por causas prevenibles o tratables; en la actualidad, esta cifra ha disminuido hasta casi 9 millones, pese al crecimiento demográfico registrado. En el caso de las regiones en desarrollo en su conjunto, la tasa de mortalidad de menores de cinco años disminuyó desde 103 en 1990 hasta 74 en el 2007. Aún así, todavía hay muchos países, en particular del África subsahariana y Asia meridional, donde se ha registrado poco o incluso ningún progreso. Los niveles más altos se registran en el África subsahariana, donde, en el 2007 casi uno de cada siete niños moría antes de cumplir los cinco años de edad. Esto, sumado a los altos niveles de fecundidad, ha resultado en un aumento del número total de muertes de menores de cinco años (de 4,2 millones en 1990 a 4,6 millones en el 2007)” (pp. 24-25).
 - El Objetivo 5 es “mejorar la salud materna”. El Informe 2009 al que nos estamos refiriendo es categórico al respecto: “Es evidente la carencia de recursos financieros para programas que permitan lograr el ODM 5, que es

el objetivo en el que menos se ha avanzado hasta ahora” (p. 29).

- Sobre el objetivo n° 6, “Combatir el sida, el paludismo y otras enfermedades”, el Informe 2009 ofrece algunos datos esperanzados, pero la situación sigue siendo crítica y este objetivo necesitará de un plazo mucho más largo para cumplirse. “La cifra estimada de muertes a causa del SIDA parece haber alcanzado su punto máximo en el 2005, cuando la enfermedad cobró 2,2 millones de vidas, desde entonces disminuyó hasta llegar a 2 millones en el 2007. Esto se ha logrado en parte gracias a un mayor acceso a los medicamentos antirretrovirales en los países más pobres. A pesar de la disminución en el número de nuevas infecciones, la cantidad de personas viviendo con el VIH en el mundo continúa aumentando, en gran parte debido a que la gente infectada con el virus sobrevive por más tiempo. En el 2007, se estima que 33 millones de personas vivían con el VIH. Dos terceras partes de las personas que viven con el VIH se encuentran en África subsahariana y la mayoría son mujeres” (pp. 32-33). “A nivel mundial, se estima que en el 2007 había unos 9,3 millones de casos nuevos de tuberculosis, un aumento respecto a los 9,2 millones de casos registrados en el 2006 y a los 8,3 millones en el 2000. La mayoría de los casos notificados en el 2007 se registraron en Asia (55%) y África (31%). De los 9,3 millones de casos nuevos registrados en el 2007, aproximadamente 1,4 millones (15%) se dieron entre personas seropositivas de VIH, la mayoría de las cuales (79%) vivían en África” (p. 38). En el tratamiento de la malaria, los avances han sido grandes, pero todavía “casi un millón de personas siguen muriendo todos los años a causa del paludismo, la mayoría son niños de corta edad del África subsahariana” (p. 35).
- Respecto al objetivo 7, “Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente”, la problemática es tremendamente compleja y grave. Sólo me fijaré en un dato en el que el Informe se muestra esperanzador, es el referido al acceso al agua potable. “El mundo –se señala en el Informe– está cumpliendo antes de lo programado la meta sobre el acceso al agua potable fijada para el

2015. Sin embargo, en algunos países la situación aún es muy difícil: 884 millones de personas en el mundo todavía utilizan fuentes de agua no mejoradas para beber, cocinar, bañarse y otras tareas domésticas” (p. 46). Enfrentar cambio climático producido por emisiones contaminantes debe seguir siendo una prioridad mundial: “El constante incremento de las emisiones mundiales confirma que enfrentar el cambio climático debe seguir siendo una prioridad para la comunidad internacional. Por ello, es extremadamente importante conseguir avances significativos en la próxima ronda de negociaciones de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que se celebrará en diciembre del 2009 en Copenhague. También será importante demostrar que el mundo puede enfrentar el problema del cambio climático, incluso en medio de una crisis económica mundial, y aprovechar las nuevas oportunidades para un crecimiento ecológico. La gestión de la crisis económica podría y debería convertirse en una oportunidad para abordar el cambio climático de manera más amplia y eficiente” (p. 41).

- El Objetivo 8 consiste en “fomentar una alianza mundial para el desarrollo”. Todos los datos apuntan a la inexistencia de una verdadera y decidida voluntad internacional para que este objetivo se cumpla y, desde él se avance en la consecución de los objetivos anteriores. Veamos los datos aportados por el Informe 2009: “En el 2008, los desembolsos netos de asistencia oficial para el desarrollo (AOD) aumentaron un 10,2% hasta los 119.800 millones de dólares, la cifra más alta jamás registrada, que equivale a un 0,30% del ingreso nacional combinado de los países desarrollados. Los gastos en programas y proyectos de ayuda bilateral se han incrementado en los últimos años, aumentando un 12,5% en valores reales entre el 2007 y 2008 (un indicio de que los donantes están ampliando sus principales programas de ayuda). Dicho esto, la cantidad total de ayuda sigue estando muy por debajo de la meta fijada por las Naciones Unidas del 0,7% del ingreso nacional bruto. En el 2008, los únicos países que alcanzaron o sobrepasaron la meta de las Naciones Unidas fueron Dinamarca, Luxemburgo, Noruega, los Países Bajos y Suecia” (p. 48).

En conclusión, los datos presentados por este Informe nos parecen suficientemente claros como para que tomemos conciencia de que afirmar que nos hallamos en una “aldea global” gravemente amenazada y enferma no tiene nada de demagógico, sino que es una pura realidad. Por si fuera poco, mientras todos estos objetivos están pendientes de resolución, veamos qué uso estamos haciendo de nuestros recursos. Un solo dato puede resultarnos suficiente, al menos como contraste: El gasto en armamento y preparativos militares en el mundo supera ya el billón de dólares, que aproximadamente es el coste estimado para alcanzar en el 2015 los ocho Objetivos del Desarrollo del Milenio (ODM). Según los informes anuales difundidos por el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI), en 2007 el gasto mundial en armamento militar creció un 6% hasta los 1,4 billones de dólares (858.000 millones de euros). Esa cifra se corresponde con el 2,5 por ciento del Producto Interior Bruto mundial y supone un aumento del 45 por ciento desde 1998. Y desde entonces, en plena crisis económica mundial, el gasto militar global ha crecido el 4% y ya ha alcanzado la cifra récord de US\$ 1,464 billones, el 50% más que en 1999. Esa cifra equivale a 217 dólares por cada habitante del planeta. La pregunta es inevitable: ¿para qué nueva guerra nos estamos preparando?

1.3. *Una sociedad ¿en alza o en “caída libre”?*³²

La enfermedad de la sociedad capitalista no es algo que descubramos ahora, sino que viene ya de muy lejos. Pero el derrumbe del proyecto comunista a finales de los ochenta desató nuevamente la euforia y prepotencia de los defensores de un sistema que se resisten a aceptar las causas de su enfermedad y, por lo mismo, a adoptar las medidas necesarias en orden a su curación. Efectivamente, a pesar de los datos ofrecidos por los informes de los organismos internacionales y grupos de expertos en las distintas áreas del saber, la euforia

32. Esta expresión está tomada del título del último libro de Joseph E. STIGLITZ, Premio Nobel de economía en 2001, sobre la actual crisis económica mundial: *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*, Taurus, Buenos Aires 2010.

prepotente y orgullosa con que se ha ido imponiendo este sistema capitalista neoliberal durante las dos décadas pasadas ha sido escandalosa y sólo han saltado las alarmas cuando se ha desatado la actual crisis financiera y económica mundial, sólo comparable –al decir de los expertos– con la gran depresión de principios de finales de los años veinte del siglo pasado.

¿Por qué esta situación? Por la misma lógica del sistema de dominación vigente. Es la lógica egoísta y prepotente del tener y la acumulación la que lleva a la humanidad a situaciones de crisis económicas globales agudas cada cierto periodo de tiempo (crisis alimentarias, crisis petroleras, crisis financieras), y que tiene sumidos a muchos millones de seres humanos y al mismo planeta tierra en una crisis humanitaria de supervivencia y de sentido de manera permanente. Esta es la enfermedad de la sociedad en la que nos ha tocado vivir: la falta de humanidad.

Pero tampoco la crisis mundial desatada en estos dos últimos años parece suficiente para convencer a los acérrimos defensores y beneficiarios de este sistema de que el modelo no da más de sí. Al contrario, el sistema se resiste nuevamente a aceptar el cáncer que lleva en sus entrañas y que terminará acabando con él, la lástima es que sea después de producir otras muchas muertes y sufrimientos a su alrededor.

2. LA LÓGICA DE LA ACUMULACIÓN INDIVIDUALISTA: SU CRISIS

Es la lógica del sistema de dominación vigente. Es la lógica que lleva a la humanidad a situaciones de crisis económicas globales agudas cada cierto periodo de tiempo, y que tiene sumidos a los seres humanos y al mismo planeta tierra en una crisis humanitaria de supervivencia y de sentido de manera permanente.

Fijémonos en la situación de crisis actual para descubrir esta lógica perversa de comportamiento en la que el mundo se halla envuelto. La preocupación por la crisis en nuestro caso no es meramente teórica, sino que surge precisamente de la compasión (ingrediente fundamental de la lógica del don y la fraternidad) ante los millones de víctimas inocentes de la misma, que son los millones de pobres y hambrientos de nuestro

mundo, que la crisis ha incrementado, y también de la contemplación de los rostros de personas y familias de nuestros barrios y de nuestros pueblos, aquí en el mundo rico: jóvenes que encontrarán dificultades para formalizar una familia; trabajadores precarios que irán a engrosar las listas del paro; inmigrantes, con o sin papeles, que ven frustrada su esperanza de un futuro mejor y a los que sólo se les da como alternativa el retorno a sus países; parados con pocas perspectivas de recuperar un puesto de trabajo, en las ciudades y en el campo...

2.1. *Magnitud de la crisis*

Mientras nuestros gobernantes se resistían a admitir la realidad de la crisis, el escritor Arturo Pérez Reverte ya la anunciaba y describía con pelos y señales hace más de 10 años en un artículo titulado “Los amos del mundo “ (cfr. Suplemento dominical El Semanal, ABC, 15 de noviembre de 1998). He aquí algunas de sus afirmaciones:

“Usted no lo sabe, pero depende de ellos. Usted no los conoce ni se los cruzará en su vida, pero... tienen en las manos, en la tecla intro del computador, su futuro y el de sus hijos.

Usted no sabe qué cara tienen, pero son ellos quienes lo van a mandar al paro en nombre de un tres punto siete, o un índice de probabilidad de cero coma cero cuatro”.

“Usted no los conoce ni en pintura, pero esos conductores suicidas que circulan a doscientos por hora en un furgón cargado de dinero van a atropellarlo el día menos pensado, y ni siquiera le quedará el consuelo de ir en la silla de ruedas con una recortada a volarles los huevos, porque no tienen rostro público, pese a ser reputados analistas, tiburones de finanzas, prestigiosos expertos en el dinero de otros. Tan expertos que siempre terminan por hacerlo suyo. Porque siempre ganan ellos, cuando ganan; y nunca pierden ellos, cuando pierden”.

“Eso es lo que viene, me temo. Nadie perdonará un duro de la deuda externa de países pobres, pero nunca faltarán fondos para tapar agujeros de especuladores y canallas que juegan a la ruleta rusa en cabeza ajena.

Así que podemos ir armándonos los machos. Ese es el panorama que los amos de la economía mundial nos deparan, con el

cuento de tanto neoliberalismo y tanta mierda, de tanta especulación y de tanta poca vergüenza”.

Hoy, años después, este escrito de Pérez Reverte parece como si se tratase de una visión de Nostradamus. Hoy todos sabemos que la crisis es global, porque afecta a todos los países, ricos y pobres, aunque sus víctimas sean sobre todo estos últimos. Y sabemos que, además de la crisis financiera, que es de la que más se habla, hay otras crisis igualmente globales y no menos graves y con no menor incidencia sobre los pobres: la crisis alimentaria, fruto de la especulación sobre el precio de los alimentos, controlado por las multinacionales de la alimentación, y la crisis ecológica, efecto de un sistema económico que no ve más allá del beneficio inmediato y que no tiene en cuenta los efectos de la sobreexplotación del planeta tierra.

2.2. La crisis como oportunidad

Puesto que no queremos ser agoreros, sino sembradores de esperanza en medio de una crisis que conlleva sufrimiento para tanta gente, no quisiéramos dejar de señalar que la crisis podría ser también una oportunidad, si la aprovechásemos para ser menos crédulos con las propuestas del los ‘amos del mundo’, más capaces de pensar por nosotros mismos y de actuar hacia una dirección más conveniente para el conjunto de la humanidad, aunque menos ventajosa para unos pocos.

“Las crisis –escribía L. Boff recientemente– no surgen en vano. Emergen de aquella Energía de fondo, cargada de propósito, que dirige el universo, la Tierra y a cada uno de nosotros, y que está exigiendo un nuevo estadio de civilización, capaz de diseñar otro futuro distinto con esperanza”.

Por su parte, Albert Einstein escribía al respecto: “La crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países, porque la crisis trae progresos. La creatividad nace de la angustia como el día de la noche. Es en la crisis donde nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. El problema para las personas y los países no son las crisis sino la pereza para encontrar salidas y soluciones. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno”.

El humorista El Roto, que ha sido con sus viñetas un analista certero de la crisis, decía en uno de ellos: “La crisis ha desvelado los mecanismos perversos del sistema y ha abierto los ojos a mucha gente. Sólo queda esperar a que volvamos a cerrarlos”.

Vamos a intentar situarnos ante la crisis con un talante positivo y esperanzador, viendo en ella una oportunidad para el diagnóstico crítico de lo que hay, en nuestro caso del sistema económico que nos ha llevado a ella, y un momento para hacer un pronóstico y una apuesta por el nacimiento de una nueva lógica, fruto de una nueva conciencia y una nueva civilización, en la que lo que se debería buscar no es salvar el sistema, volver a las andadas, sino salvar a la humanidad, la vida amenazada y al planeta en su conjunto.

No somos ingenuos y sabemos que la pereza, a la que aludía Einstein, y el miedo al riesgo y a lo nuevo es muy fuerte, así como lo son las fuerzas y poderes que se oponen a este cambio. “Lo viejo –decía Antonio Gramsci– se resiste a morir y lo nuevo no consigue nacer”. Siendo conscientes de todas estas dificultades, mantenemos nuestra apuesta por la esperanza fundada en un estilo de vida que se base en la solidaridad (don y fraternidad) y no en la ambición desmedida, el consumo irracional y depredador y la competencia inmisericorde.

2.3. ¿Crisis en el sistema o crisis del sistema?

Antes de dar las razones de por qué mantener viva la esperanza pensando en el futuro y cómo hacerlo, es oportuno ofrecer una visión crítica del sistema que ha llevado a esta crisis, de lo que ha sido, es en sí mismo y puede esperarse de él.

Evidentemente, nuestro diagnóstico se fijará más en los aspectos éticos que en los económicos, aunque sabemos que ambos aspectos están íntimamente relacionados y de hecho para emitir nuestro juicio, para hablar del sistema y de su funcionamiento nos vamos a basar en palabras de expertos en economía.

Comenzamos por un texto de Carlos Berzosa, economista y anterior Rector de la Universidad Complutense de Madrid, en el que se señala uno de los graves fallos del sistema y que ha resultado desencadenante de la crisis: “La crisis es el claro resultado de un modelo de crecimiento inadecuado. Era

un crecimiento que favorecía las desigualdades y aniquilador además del medio ambiente. Lo que algunos han enunciado como crisis financiera es mucho más que eso: es una crisis global, pues supone el agotamiento de un modelo de crecimiento que modifica el equilibrio ecológico, que también afecta a los alimentos, la energía y que no ha sido capaz de combatir la pobreza, el hambre y la exclusión social, aunque haya venido acompañado todo ello de progresos indudables.

El sistema financiero ha engordado y se ha beneficiado durante años basándose en prácticas poco ortodoxas en las que ha predominado el enriquecimiento rápido y fácil. Esta crisis no se puede solucionar sólo con medidas de política económica, sino que es necesario plantearse otros modos de crecer o/y consumir” (“Crisis financiera, crisis global”. El País, 10 de febrero de 2009).

A otro profesor de economía, Pedro José Gómez, le escuché en una charla un diagnóstico a la luz de la moral no carente de ingenio sobre la actual crisis. El fallo moral del sistema, nos decía, está en los siete pecados (capitalistas). ¿Os acordáis de los siete pecados capitales de la moral: 1) soberbia (orgullo), 2) avaricia (codicia), 3) lujuria, 4) ira, 5) gula, 6) envidia, 7) pereza. Todos ellos serían propios del sistema económico vigente y habrían intervenido en el desencadenamiento de la crisis:

- El orgullo de los que habían alcanzado el éxito económico considerándolo la meta de la vida y que confiaban que la economía de mercado funcionaría perfectamente sin ninguna necesidad de control social o político.
- La codicia de los directivos que llegaban a ganar 365 veces el sueldo de los empleados más modestos de las empresas y que, además, tenían contratos blindados que nunca les conducirían al paro como a muchos de sus trabajadores.
- La lujuria de los especuladores que se entusiasmaban y deleitaban ante las subidas exageradas de las bolsas y del precio de las viviendas, en donde habían colocado sus dineros buscando ganancias fáciles y rápidas.
- La ira de los que no podían alcanzar un estilo de vida digno realizando un trabajo honrado en plena sociedad de consumo, cuando veían, al mismo tiempo, el gran

reconocimiento social que tenía el comportamiento de los ‘avispados’ o los ‘listos’.

- La gula de los inversores que no se contentaban con los beneficios habituales que da una empresa normal y la de los consumidores que siempre necesitaban comprar más cosas para intentar saciar sus insaciables necesidades.
- La envidia de los distintos actores económicos, fueran de clases altas, medias o bajas, que querían no ser menos que los de al lado, aunque esto significara gastar por encima de las propias posibilidades.
- La pereza de los responsables económicos nacionales e internacionales que no vigilaron con la debida atención los comportamientos arriesgados e irresponsables de ciertos bancos y de algunos de sus clientes.

Aparte del ingenio y cierto humor que subyace a este análisis moral de la presente situación, lo cierto es que coincide totalmente con el veredicto que se hace desde la Doctrina Social de la Iglesia, cuando se refiere a los fallos radicales que afectan al actual sistema económico, y que se definen como “pecado estructural” o “estructuras de pecado” (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, nº6).

Para expresar lo que se entiende por “pecado estructural” esta encíclica habla de la “*existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo rígidas las situaciones de riqueza de unos y de pobreza de los otros*” (Ibid., nº16).

Estos mecanismos se describen en este mismo documento pontificio como “*factores negativos, que actúan contrariamente a una verdadera conciencia del bien común universal y de la exigencia de favorecerlo, que parecen crear, en las personas e instituciones, un obstáculo difícil de superar*” (nº. 36)... ¿Cuáles son esos factores? En el documento se citan una larga serie de ellos: egoísmo, estrechez de miras, cálculos políticos errados, decisiones económicas imprudentes, afán de ganancia exclusiva, la sed de poder..

Este análisis del sistema nos lleva a la pregunta: ¿se trata de una crisis en el sistema o de una crisis del sistema? Las dos externalidades mayores –la social y la ambiental– no ocupan un lugar central, pero son tan graves que ponen en jaque

las soluciones contempladas, sostenibles solamente a corto y medio plazo. La crisis social mundial es aterradora. Los datos del PNUD de 2007-2008 prueban que el 20% de los más ricos absorbe el 82,4% de las riquezas mundiales, mientras que el 20% de los más pobres tiene que contentarse con el 1,6%. Hay más de 900 millones de hambrientos y cada cuatro segundos muere un ser humano, de hambre". Todo indica que es el sistema el que está en crisis.

3. LA SOLIDARIDAD: UNA PROPUESTA PARA EL CAMBIO DEL SISTEMA

Es más fácil destruir que construir, señalar lo que no nos gusta y sus razones que trazar un programa alternativo, pero este es nuestro objetivo.

Antes una pregunta, ¿la Doctrina Social de la Iglesia, que ha hecho una crítica muy a fondo de este sistema, está a favor de su superación o se conforma con corregirlo? A nuestro parecer hay una cierta ambigüedad en su postura, pues a pesar de que se hace una dura crítica de los fallos del sistema no se deja de reconocer la posibilidad de la existencia de un "capitalismo de rostro humano".

Esto parece un poco la cuadratura del círculo, por eso dentro de la Iglesia hay voces cualificadas que apuestan por la superación del sistema y ven en la crisis una confirmación de ello y la oportunidad para cambiarlo: "La crisis económica actual es una crisis global de humanidad que no se resolverá con ningún tipo de capitalismo humano; el capitalismo sigue siendo homicida, ecocida, suicida" (P. Casaldáliga: *Hoy ya no tengo sueños*. Circular 2009).

Sin embargo, antes de exponer con más detalle esta propuesta que se sitúa fuera del sistema, vamos a referirnos a algunas propuestas frente a la crisis que se dan dentro del sistema.

3.1. *Propuestas de reforma del sistema*

Son muchos los que siguen confiando en el sistema actual y explican las crisis actuales simplemente como disfunciones dentro del mismo. Entre los defensores de este sistema están nuestros políticos, con dos propuestas fundamentales:

la propuesta neoliberal y la propuesta socialdemócrata. Sin embargo, no son pocos los movimientos, organizaciones, grupos y personas que piensan que “otro mundo es posible”, otro mundo distinto del mundo capitalista actual y del mundo socialista ensayado durante el pasado siglo en la Europa del Este. Para entender la propuesta que hacen estos grupos, es conveniente conocer las recetas que se dan desde el sistema.

1) Propuesta neoliberal

Es la propuesta de los poderes financieros globales, con el respaldo de organismos internacionales como la UE, el FMI, la OCDE... Desde esta óptica se reconoce que se trata de una crisis aguda, pero transitoria, que durará dos o tres años hasta que se saneen los mecanismos financieros.

Sus recetas son: intervención transitoria del Estado para corregir la situación actual y restaurar la dominación del mercado global, continuar con las políticas privatizadoras para tener más espacio de negocio privado, reducir los impuestos directos que afectan más a los ricos y aumentar los de la población en general por la vía de los impuestos indirectos.

2) Propuesta socialdemócrata

La propuesta proviene de ámbitos más de izquierda y, por tanto, más interesados en aliviar la situación de los más perjudicados que en procurar la recuperación de los beneficios de unos pocos privilegiados. Propone reactivar la economía productiva y disminuir el desempleo a base de incrementar la demanda mediante el incremento de los salarios, del gasto público y garantizando siempre los derechos sociales y laborales de los trabajadores.

En esta propuesta se mantiene la vigencia de una economía de libre mercado, pero insistiendo en una mayor regulación del mercado por parte de las instituciones del Estado, asignando a éste también la tarea de una distribución más equitativa de los beneficios mediante un sistema de impuestos que grave más a los que más tienen que a los que menos tienen.

Es evidente que hay notables diferencias entre una y otra propuesta, pues mientras la primera es la vuelta a las andadas, capitalismo puro y duro, con máxima libertad del mercado

y mínima intervención del Estado –eso sí, después que éste les haya sacado las castañas del fuego de los desaguisados cometidos por ellos mismos–; la segunda concede un papel importante al Estado tanto para la regulación de la libertad de mercado como para una redistribución más equitativa de los beneficios.

Las lecciones que se sacan de la crisis sobre el funcionamiento de los mecanismos del mercado y del capitalismo, tanto del puro y duro propiciado por la propuesta neoliberal como del atenuado de los socialdemócratas, no invitan a confiar mucho en este sistema por varias razones.

Primera, porque la crisis ha puesto de relieve que este sistema tiende a privatizar los beneficios y a suavizar las pérdidas. Esto con una clarividencia inusitada ya lo ponía de relieve Pérez Reverte en el artículo citado de hace años: “Las pérdidas, el mordisco financiero, el pago de los errores de quienes juegan con la economía internacional como si jugaran con el *Monopoly* recaen directamente sobre las espaldas de todos nosotros.

Entonces resulta que mientras el beneficio es privado, los errores son colectivos, y las pérdidas hay que socializarlas, acudiendo con medidas de emergencia y con fondos de salvación... Y esa solidaridad, imprescindible para salvar la estabilidad mundial, la pagó con su pellejo, con sus ahorros, y a veces con su puesto de trabajo Mariano Pérez Sánchez, de profesión empleado de comercio y los millones de infelices Marianos que a lo largo y ancho del mundo se levantan cada día a las seis de la mañana para ganarse la vida”.

Segunda, porque cabría sospechar que los mecanismos en los que se basa el funcionamiento del sistema, que ciertamente no funcionaron convenientemente y por ello provocaron la actual crisis, ¿no son o se acercan mucho a lo que la Doctrina Social de la Iglesia define como “estructuras de pecado” o “mecanismos perversos” que indefectiblemente generan la división y hasta el abismo entre pobreza y riqueza?

Y, por último, los mismos que jugaron a la ruleta de la especulación financiera y provocaron el actual terremoto económico, ¿no volverán a las andadas una vez que el papá Estado haya contribuido a deshacer el entuerto?

En fin, que casi todo invita a creer que más que un fallo en el sistema se trata de un fallo del sistema y que éste pide

urgente recambio y que se dé un nuevo enfoque al sistema productivo, organizándolo de modo que se pueda dar respuesta a las necesidades del conjunto de la humanidad y a las propias exigencias del planeta Tierra, tan puestas en entredicho por un sistema depredador y consumista. Se trataría del “socialismo del siglo XXI”, que según el Foro Social Mundial debería abogar por un desarrollo socio-económico equitativo y ecológicamente sostenible.

3.2. *La propuesta de la Encíclica “Caritas in veritate”. La lógica del don y la fraternidad*³³

Amor como don

6. “*Caritas in veritate* es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral. Deseo volver a recordar particularmente dos de ellos, requeridos de manera especial por el compromiso para el desarrollo en una sociedad en vías de globalización: la justicia y el bien común.

Ante todo, la justicia. *Ubi societas, ibi ius*: toda sociedad elabora un sistema propio de justicia. La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo «mío» al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es «suyo», lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo «dar» al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es «*inseparable de la caridad*», intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad o, como dijo Pablo VI, su «medida mínima», parte integrante de ese amor «con obras y según la verdad» (1 Jn 3,18), al que nos exhorta el apóstol Juan. Por un lado, la caridad exige la justicia, el reconocimiento y el respeto de los legítimos derechos de las personas y los pueblos. Se ocupa de la construcción de la «ciudad del hombre» según el derecho y la justicia. Por otro, la caridad supera la justicia y la completa siguiendo la lógica de

33. Se reproducen textos de *Caritas in veritate*, encíclica de Benedicto XVI.

la entrega y el perdón. La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teologal y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo”.

7. “Hay que tener también en gran consideración el bien común. Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese «todos nosotros», formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz. Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como polis, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *polis*. Ésta es la vía institucional —también política, podríamos decir— de la caridad, no menos cualificada e incisiva de lo que pueda ser la caridad que encuentra directamente al prójimo fuera de las mediaciones institucionales de la polis. El compromiso por el bien común, cuando está inspirado por la caridad, tiene una valencia superior al compromiso meramente secular y político. Como todo compromiso en favor de la justicia, forma parte de ese testimonio de la caridad divina que, actuando en el tiempo, prepara lo eterno. La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana. En una sociedad en vías de globalización, el bien común y el esfuerzo por él, han de abarcar necesariamente a toda la familia humana, es decir, a la comunidad de los pueblos y naciones, dando así forma de unidad y de paz a la ciudad del hombre, y haciéndola en cierta medida una anticipación que prefigura la ciudad de Dios sin barreras”.

Fraternidad

11. “Por lo demás, sólo el encuentro con Dios permite no «ver siempre en el prójimo solamente al otro», sino reconocer en él la imagen divina, llegando así a descubrir verdaderamente al otro y a madurar un amor que «es ocuparse del otro y preocuparse por el otro»”.

19. “... la visión del desarrollo como vocación comporta que su centro sea la caridad. En la Encíclica *Populorum progressio*, Pablo VI señaló que las causas del subdesarrollo no son principalmente de orden material. Nos invitó a buscarlas en otras dimensiones del hombre. Ante todo, en la voluntad, que con frecuencia se desentiende de los deberes de la solidaridad. Después, en el pensamiento, que no siempre sabe orientar adecuadamente el deseo. Por eso, para alcanzar el desarrollo hacen falta «pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo». Pero eso no es todo. El subdesarrollo tiene una causa más importante aún que la falta de pensamiento: es «la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos». Esta fraternidad, ¿podrán lograrla alguna vez los hombres por sí solos? La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos. La razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad. Ésta nace de una vocación trascendente de Dios Padre, el primero que nos ha amado, y que nos ha enseñado mediante el Hijo lo que es la caridad fraterna. Pablo VI, presentando los diversos niveles del proceso de desarrollo del hombre, puso en lo más alto, después de haber mencionado la fe, «la unidad de la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres»”.

20. “Estas perspectivas abiertas por la *Populorum progressio* siguen siendo fundamentales para dar vida y orientación a nuestro compromiso por el desarrollo de los pueblos. Además, la *Populorum progressio* subraya reiteradamente la urgencia de las reformas y pide que, ante los grandes problemas de la injusticia en el desarrollo de los pueblos, se actúe con valor y sin demora. Esta urgencia viene impuesta también por la caridad en la verdad. Es la caridad de Cristo la que nos

impulsa: «*caritas Christi urget nos*» (2 Co 5,14). Esta urgencia no se debe sólo al estado de cosas, no se deriva solamente de la avalancha de los acontecimientos y problemas, sino de lo que está en juego: la necesidad de alcanzar una auténtica fraternidad. Lograr esta meta es tan importante que exige tomarla en consideración para comprenderla a fondo y movilizarse concretamente con el «corazón», con el fin de hacer cambiar los procesos económicos y sociales actuales hacia metas plenamente humanas”.

21. “Pablo VI tenía una visión articulada del desarrollo. Con el término «desarrollo» quiso indicar ante todo el objetivo de que los pueblos salieran del hambre, la miseria, las enfermedades endémicas y el analfabetismo. Desde el punto de vista económico, eso significaba su participación activa y en condiciones de igualdad en el proceso económico internacional; desde el punto de vista social, su evolución hacia sociedades solidarias y con buen nivel de formación; desde el punto de vista político, la consolidación de regímenes democráticos capaces de asegurar libertad y paz. Después de tantos años, al ver con preocupación el desarrollo y la perspectiva de las crisis que se suceden en estos tiempos, nos preguntamos hasta qué punto se han cumplido las expectativas de Pablo VI siguiendo el modelo de desarrollo que se ha adoptado en las últimas décadas. Por tanto, reconocemos que estaba fundada la preocupación de la Iglesia por la capacidad del hombre meramente tecnológico para fijar objetivos realistas y poder gestionar constante y adecuadamente los instrumentos disponibles. La ganancia es útil si, como medio, se orienta a un fin que le dé un sentido, tanto en el modo de adquirirla como de utilizarla. El objetivo exclusivo del beneficio, cuando es obtenido mal y sin el bien común como fin último, corre el riesgo de destruir riqueza y crear pobreza. El desarrollo económico que Pablo VI deseaba era el que produjera un crecimiento real, extensible a todos y concretamente sostenible. Es verdad que el desarrollo ha sido y sigue siendo un factor positivo que ha sacado de la miseria a miles de millones de personas y que, últimamente, ha dado a muchos países la posibilidad de participar efectivamente en la política internacional. Sin embargo, se ha de reconocer que el desarrollo económico mismo ha estado, y lo está aún, aquejado por desviaciones y problemas dramáticos, que la crisis actual ha puesto todavía

más de manifiesto. Ésta nos pone improrrogablemente ante decisiones que afectan cada vez más al destino mismo del hombre, el cual, por lo demás, no puede prescindir de su naturaleza. Las fuerzas técnicas que se mueven, las interrelaciones planetarias, los efectos perniciosos sobre la economía real de una actividad financiera mal utilizada y en buena parte especulativa, los imponentes flujos migratorios, frecuentemente provocados y después no gestionados adecuadamente, o la explotación sin reglas de los recursos de la tierra, nos induce hoy a reflexionar sobre las medidas necesarias para solucionar problemas que no sólo son nuevos respecto a los afrontados por el Papa Pablo VI, sino también, y sobre todo, que tienen un efecto decisivo para el bien presente y futuro de la humanidad. Los aspectos de la crisis y sus soluciones, así como la posibilidad de un futuro nuevo desarrollo, están cada vez más interrelacionados, se implican recíprocamente, requieren nuevos esfuerzos de comprensión unitaria y una nueva síntesis humanista. Nos preocupa justamente la complejidad y gravedad de la situación económica actual, pero hemos de asumir con realismo, confianza y esperanza las nuevas responsabilidades que nos reclama la situación de un mundo que necesita una profunda renovación cultural y el redescubrimiento de valores de fondo sobre los cuales construir un futuro mejor. La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a damos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyamos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. De este modo, la crisis se convierte en ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo. Conviene afrontar las dificultades del presente en esta clave, de manera confiada más que resignada”.

27. “En muchos países pobres persiste, y amenaza con acentuarse, la extrema inseguridad de vida a, causa de la falta de alimentación: el hambre causa todavía muchas víctimas entre tantos Lázarus a los que no se les consiente sentarse a la mesa del rico epulón, como en cambio Pablo VI deseaba. Dar de comer a los hambrientos (cf. Mt 25,35.37, 42) es un imperativo ético para la Iglesia universal, que responde a las enseñanzas de su Fundador, el Señor Jesús, sobre la solidaridad y el compartir. Además, en la era de la globalización, eliminar el hambre en el mundo se ha convertido también en una meta que se ha de lograr para salvaguardar la paz y la estabilidad

del planeta. El hambre no depende tanto de la escasez material, cuanto de la insuficiencia de recursos sociales, el más importante de los cuales es de tipo institucional. Es decir, falta un sistema de instituciones económicas capaces, tanto de asegurar que se tenga acceso al agua y a la comida de manera regular y adecuada desde el punto de vista nutricional, como de afrontar las exigencias relacionadas con las necesidades primarias y con las emergencias de crisis alimentarias reales, provocadas por causas naturales o por la irresponsabilidad política nacional e internacional. El problema de la inseguridad alimentaria debe ser planteado en una perspectiva de largo plazo, eliminando las causas estructurales que lo provocan y promoviendo el desarrollo agrícola de los países más pobres mediante inversiones en infraestructuras rurales, sistemas de riego, transportes, organización de los mercados, formación y difusión de técnicas agrícolas apropiadas, capaces de utilizar del mejor modo los recursos humanos, naturales y socio-económicos, que se puedan obtener preferiblemente en el propio lugar, para asegurar así también su sostenibilidad a largo plazo. Todo eso ha de llevarse a cabo implicando a las comunidades locales en las opciones y decisiones referentes a la tierra de cultivo. En esta perspectiva, podría ser útil tener en cuenta las nuevas fronteras que se han abierto en el empleo correcto de las técnicas de producción agrícola tradicional, así como las más innovadoras, en el caso de que éstas hayan sido reconocidas, tras una adecuada verificación, convenientes, respetuosas del ambiente y atentas a las poblaciones más desfavorecidas. Al mismo tiempo, no se debería descuidar la cuestión de una reforma agraria ecuánime en los países en desarrollo. El derecho a la alimentación y al agua tiene un papel importante para conseguir otros derechos, comenzando ante todo por el derecho primario a la vida. Por tanto, es necesario que madure una conciencia solidaria que considere la alimentación y el acceso al agua como derechos universales de todos los seres humanos, sin distinciones ni discriminaciones. Es importante destacar, además, que la vía solidaria hacia el desarrollo de los países pobres puede ser un proyecto de solución de la crisis global actual, como lo han intuido en los últimos tiempos hombres políticos y responsables de instituciones internacionales. Apoyando a los países económicamente pobres mediante planes de financiación inspirados en

la solidaridad, con el fin de que ellos mismos puedan satisfacer las necesidades de bienes de consumo y desarrollo de los propios ciudadanos, no sólo se puede producir un verdadero crecimiento económico, sino que se puede contribuir también a sostener la capacidad productiva de los países ricos, que corre peligro de quedar comprometida por la crisis”.

30. “En esta línea, el tema del desarrollo humano integral adquiere un alcance aún más complejo: la correlación entre sus múltiples elementos exige un esfuerzo para que los diferentes ámbitos del saber humano sean interactivos, con vistas a la promoción de un verdadero desarrollo de los pueblos. Con frecuencia, se cree que basta aplicar el desarrollo o las medidas socioeconómicas correspondientes mediante una actuación común. Sin embargo, este actuar común necesita ser orientado, porque «toda acción social implica una doctrina». Teniendo en cuenta la complejidad de los problemas, es obvio que las diferentes disciplinas deben colaborar en una interdisciplinaria ordenada. La caridad no excluye el saber; más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser «sazonado» con la «sal» de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor. En efecto, «el que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez». Al afrontar los fenómenos que tenemos delante, la caridad en la verdad exige ante todo conocer y entender, conscientes y respetuosos de la competencia específica de cada ámbito del saber. La caridad no es una añadidura posterior, casi como un apéndice al trabajo ya concluido de las diferentes disciplinas, sino que dialoga con ellas desde el principio. Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor”.

32. “Además, se ha de recordar que rebajar las culturas a la dimensión tecnológica, aunque puede favorecer la obtención de beneficios a corto plazo, a la larga obstaculiza el enriquecimiento mutuo y las dinámicas de colaboración. Es importante distinguir entre consideraciones económicas o sociológicas a corto y largo plazo. Reducir el nivel de tutela de los derechos de los trabajadores y renunciar a mecanismos de redistribución del rédito con el fin de que el país adquiera mayor competitividad internacional, impiden consolidar un desarrollo duradero. Por tanto, se han de valorar cuidadosamente las consecuencias que tienen sobre las personas las tendencias actuales hacia una economía de corto, a veces brevísimo plazo. Esto exige «una nueva y más profunda reflexión sobre el sentido de la economía y de sus fines», además de una honda revisión con amplitud de miras del modelo de desarrollo, para corregir sus disfunciones y desviaciones. Lo exige, en realidad, el estado de salud ecológica del planeta; lo requiere sobre todo la crisis cultural y moral del hombre, cuyos síntomas son evidentes en todas las partes del mundo desde hace tiempo”.

34. “Al ser un don recibido por todos, la caridad en la verdad es una fuerza que funda la comunidad, unifica a los hombres de manera que no haya barreras o confines. La comunidad humana puede ser organizada por nosotros mismos, pero nunca podrá ser sólo con sus propias fuerzas una comunidad plenamente fraterna ni aspirar a superar las fronteras, o convertirse en una comunidad universal. La unidad del género humano, la comunión fraterna más allá de toda división, nace de la palabra de Dios-Amor que nos convoca. Al afrontar esta cuestión decisiva, hemos de precisar, por un lado, que la lógica del don no excluye la justicia ni se yuxtapone a ella como un añadido externo en un segundo momento y, por otro, que el desarrollo económico, social y político necesita, si quiere ser auténticamente humano, dar espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad”.

36. “La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la lógica mercantil. Debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política. Por tanto, se debe tener presente que separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de

la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios”.

37. “La doctrina social de la Iglesia ha sostenido siempre que la justicia afecta a todas las fases de la actividad económica, porque en todo momento tiene que ver con el hombre y con sus derechos. La obtención de recursos, la financiación, la producción, el consumo y todas las fases del proceso económico tienen ineludiblemente implicaciones morales. Así, toda decisión económica tiene consecuencias de carácter moral. Lo confirman las ciencias sociales y las tendencias de la economía contemporánea. Hace algún tiempo, tal vez se podía confiar primero a la economía la producción de riqueza y asignar después a la política la tarea de su distribución. Hoy resulta más difícil, dado que las actividades económicas no se limitan a territorios definidos, mientras que las autoridades gubernativas siguen siendo sobre todo locales. Además, las normas de justicia deben ser respetadas desde el principio y durante el proceso económico, y no sólo después o colateralmente. Para eso es necesario que en el mercado se dé cabida a actividades económicas de sujetos que optan libremente por ejercer su gestión movidos por principios distintos al del mero beneficio, sin renunciar por ello a producir valor económico. Muchos planteamientos económicos provenientes de iniciativas religiosas y laicas demuestran que esto es realmente posible.

En la época de la globalización, la economía refleja modelos competitivos vinculados a culturas muy diversas entre sí. El comportamiento económico y empresarial que se desprende tiene en común principalmente el respeto de la justicia conmutativa. Indudablemente, la vida económica tiene necesidad del contrato para regular las relaciones de intercambio entre valores equivalentes. Pero necesita igualmente leyes justas y formas de redistribución guiadas por la política, además de obras caracterizadas por el espíritu del don. La economía globalizada parece privilegiar la primera lógica, la del intercambio contractual, pero directa o indirectamente demuestra que necesita a las otras dos, la lógica de la política y la lógica del don sin contrapartida”.

38. “En la *Centésimus annus*, mi predecesor Juan Pablo II señaló esta problemática al advertir la necesidad de un sistema basado en tres instancias: el mercado, el Estado y la sociedad

civil. Consideró que la sociedad civil era el ámbito más apropiado para una economía de la gratuidad y de la fraternidad, sin negarla en los otros dos ámbitos. Hoy podemos decir que la vida económica debe ser comprendida como una realidad de múltiples dimensiones: en todas ellas, aunque en medida diferente y con modalidades específicas, debe haber respeto a la reciprocidad fraterna. En la época de la globalización, la actividad económica no puede prescindir de la gratuidad, que fomenta y extiende la solidaridad y la responsabilidad por el bien común en sus diversas instancias y agentes.

Se trata, en definitiva, de una forma concreta y profunda de democracia económica. La solidaridad es en primer lugar que todos se sientan responsables de todos; por tanto no se la puede dejar solamente en manos del Estado. Mientras antes se podía pensar que lo primero era alcanzar la justicia y que la gratuidad venía después como un complemento, hoy es necesario decir que sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia.

Se requiere, por tanto, un mercado en el cual puedan operar libremente, con igualdad de oportunidades, empresas que persiguen fines institucionales diversos. Junto a la empresa privada, orientada al beneficio, y los diferentes tipos de empresa pública, deben poderse establecer y desenvolver aquellas organizaciones productivas que persiguen fines mutualistas y sociales. De su recíproca interacción en el mercado se puede esperar una especie de combinación entre los comportamientos de empresa y, con ella, una atención más sensible a una civilización de la economía. En este caso, caridad en la verdad significa la necesidad de dar forma y organización a las iniciativas económicas que, sin renunciar al beneficio, quieren ir más allá de la lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo”.

39. “La victoria sobre el subdesarrollo requiere actuar no sólo en la mejora de las transacciones basadas en la compra-venta, o en las transferencias de las estructuras asistenciales de carácter público, sino sobre todo en la apertura progresiva en el contexto mundial a formas de actividad económica caracterizada por ciertos márgenes de gratuidad y comunión. El binomio exclusivo mercado-Estado corroe la sociabilidad, mientras que las formas de economía solidaria, que encuentran su mejor terreno en la sociedad civil aunque no se

reducen a ella, crean sociabilidad. El mercado de la gratuidad no existe y las actitudes gratuitas no se pueden prescribir por ley. Sin embargo, tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco”.

42. “Es necesario corregir las disfunciones, a veces graves, que causan nuevas divisiones entre los pueblos y en su interior; de modo que la redistribución de la riqueza no comporte una redistribución de la pobreza, e incluso la acentúe, como podría hacernos temer también una mala gestión de la situación actual”.

4. LA LÓGICA DEL DON Y LA FRATERNIDAD: REFLEXIÓN SISTEMÁTICA

4.1. *La solidaridad en la vida actual*

A nivel práctico, aunque reconozcamos que no estamos en un buen momento para soñar utopías, sobre todo utopías de carácter global, debemos reconocer que la realidad se ha ido poblando de prácticas alternativas, que han configurado una rica geografía de contracultura solidaria: redes de solidaridad que están saliendo al paso de los efectos destructores de la globalización económica; incipientes propuestas de economía social y políticas participativas; ideas y valores morales que cristalizan y orientan la vida y el quehacer de voluntarios/as a quienes interesa la dignidad, y la falta de dignidad, en el ser humano³⁴.

A nivel teórico, también se ha ido abriendo paso la imaginación solidaria. De unos años a esta parte, son numerosas las publicaciones que han intentado poner de relieve la importancia de la solidaridad como categoría antropológica, ética y teológica³⁵.

34. J. GARCÍA ROCA, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad. Prácticas, discursos y narraciones*, HOAC, Madrid 1998, p. 13.

35. J. DUVIGNAUD, *La solidaridad*, FCE, México 1990. I. ZUBERO, *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, DDB, Bilbao 1994. R. DÍAZ SALAZAR, *Redes de solidaridad internacional. Para derribar el muro Norte-Sur*, HOAC, Madrid 1996. L. de SEBASTIÁN, *Mundo rico, mundo pobre. Pobreza y solidaridad en el mundo de hoy*, Sal Terrae, Santander 1992; *La solidaridad. “Guardián” de mi hermano*, Ariel, Barcelona 1996. A. MONCADA, *La cultura de la solidaridad*, Verbo Divino, Estella 1989. A de FELIPE y L. RODRÍ-

A pesar del reconocimiento de las reflexiones y prácticas solidarias existentes, somos conscientes de que la relación entre solidaridad y vida feliz es más un deseo que una realidad. El muro de desigualdad creciente que divide al mundo y a los seres humanos nos habla de que el individualismo, el pragmatismo, la competitividad y el consumismo parecen imponerse a la solidaridad y la cooperación como modos más habituales de ser y de comportarse los seres humanos. Por eso, se nos antoja apremiante comprometer todas nuestras energías y capacidades al servicio de aquellos valores y modos de vida, uno de los cuales es la solidaridad, que expresen y contribuyan a ir creando de manera progresiva un mundo más humano y habitable para todos.

4.2. ¿Qué entendemos por “solidaridad”?

La solidaridad es una categoría compleja en la que confluyen múltiples dimensiones: jurídica, antropológica, ética, religiosa. No es nuestro propósito desentrañar cada una de estas dimensiones, sino destacar tan sólo algunos aspectos más fundamentales que nos ayuden a descubrir el hondo calado humano contenido en ella.

La categoría “solidaridad” procede del ámbito jurídico y, dentro de él, significa la obligación que varias personas contraen y asumen en común (“*in solidum*”). Por ejemplo, el pago de una deuda.

La antropología cultural entiende la solidaridad como equivalente a la ayuda mutua que se da al interior de los grupos sociales o entre diferentes grupos sociales, ya sea ésta de carácter interesado o desinteresado³⁶.

Aceptando básicamente esta noción, intentaremos, sin embargo, conferirle un sentido más amplio y globalizador, identificándola con un talante general o un estilo de vida que está llamado a afectar, en primer lugar, a la vida social en

GUEZ, *Guía de la solidaridad*, Temas de Hoy, Madrid 1995. W. L. ORTEGA CARPIO, *Las ONGs y la crisis del desarrollo. Un análisis de la cooperación con Centroamérica*, IEPALA, Madrid 1994. J. GARCÍA ROCA, *Solidaridad y voluntariado*, Sal Terrae, Santander 1994.

36. J. L. IZQUIETA ETULAIN y A. GARCÍA RIOBOO, “Altruismo y solidaridad”, *Estudios Filosóficos* 36 (1987) 439-478.

su conjunto, que debería estar presente, en segundo lugar, a la hora de organizarla y que sería necesario adoptar, en tercer lugar, como modo de comportarse y de actuar en la vida social. La solidaridad entendida de esta forma globalizadora parte de una serie de supuestos antropológicos y se construye en base a un cierto dinamismo ético.

4.2.1. *Comencemos por los supuestos antropológicos*

1) Nuestra idea de solidaridad tiene como primer supuesto “la afirmación de una condición humana común (condición “sólida”) a los diversos grupos humanos”³⁷; supuesto que expresaría muy bien la frase atribuida al poeta latino Terencio: “Soy hombre y nada de lo humano me es ajeno”. O como recientemente ha señalado Victoria Camps: “Explicar en qué consiste ser solidario no significa tratar de descubrir una esencia de lo humano, sino insistir en la importancia de ver las diferencias (raza, sexo, religión, edad) sin abdicar del nosotros que nos contiene a todos”³⁸.

2) Un segundo supuesto, que fluye necesariamente del anterior, es que a todas las personas, y también a los grupos sociales, les asiste el mismo derecho a poseer y disfrutar de los bienes inherentes a la condición humana, entre ellos la libertad, la cultura, un adecuado nivel de bienestar material, etc. La solidaridad apunta, en primer lugar, a dar a cada uno lo que le pertenece por ser persona, recogiendo de este modo aquello que tradicionalmente hemos expresado con la palabra “justicia”. La solidaridad es la forma de restablecer el equilibrio roto por la acumulación de unos que despoja a otros de algo que les pertenece. En segundo lugar, dada la necesaria vinculación que existe hoy entre los diferentes problemas (económicos, políticos, culturales...) y el carácter de globalidad que éstos presentan, la solidaridad ha de plantearse con carácter también universal.

37. J. HERNÁNDEZ PICO, *Valor humano, valor cristiano de la solidaridad*, VI Encuentro Internacional de los Comités de Solidaridad “Oscar Romero”, Madrid 1986, p. 104.

38. V. CAMPS, *Virtudes públicas*, Espasa Calpe, Madrid 1990, p. 45.

3) El tercer supuesto, que late en nuestra idea de solidaridad, se refiere al modo de relacionarnos con la naturaleza. La posesión y disfrute de los bienes inherentes a la condición humana supone entrar en relación con la naturaleza, que es la única que puede otorgarnos muchos de ellos, y supone, dado el carácter limitado de estos recursos naturales, un comportamiento respetuoso y no depredador ni destructor frente a la misma. En este sentido, la solidaridad exige tratar de tal modo a la naturaleza que podamos legar un mundo habitable a las generaciones venideras.

4) Una consecuencia de los supuestos anteriores es que la solidaridad no constituye únicamente una actitud individual, ni se reduce a formas aisladas de comportamiento, sino que implica una actitud colectiva y de carácter globalizador y hace que su presencia o ausencia no dependa tanto de los éxitos o fallos individuales, cuanto del modo en que la vida social esté organizada a nivel global y del estilo de funcionamiento de sus propias instituciones.

4.2.2. *Abordemos ahora el dinamismo ético*

Como realidad ética, la solidaridad tiene su origen en la llamada que hace la realidad al sujeto humano. Pero no se trata de una llamada cualquiera, sino del grito de dolor de todos los que sufren. Ese grito no manifiesta, de manera inmediata, la presencia de algo, sino la presencia de alguien que demanda ayuda, que exige de nosotros una respuesta. Eso es precisamente la responsabilidad: atender la llamada de quien solicita nuestra ayuda, especialmente ayuda que calme el dolor o el sufrimiento. “La presencia de los otros, los que sufren, los humillados del mundo, su miseria y su desnudez, invade y quiebra las tranquilidades, rompe la buena conciencia, interrumpe la lógica de las cosas como una exigencia inaplazable en la que nadie puede sustituirnos. La piel sufriente y herida del ser humano: ante él no puedo hacerme el sordo. Sólo puedo responder. Soy –somos– responsables de él y ante él”³⁹.

39. J. A. TUDELA, *Por una sociedad solidaria*, en J. BOSCH (ed.), *Hacia el tercer milenio. Caminando solidariamente*, Ra'yuera Acción Verapaz-Valencia, Valencia 1996, p. 133.

En segundo lugar, la solidaridad es una opción comprometida de la libertad humana. Efectivamente, la solidaridad parece ser una de las múltiples posibilidades que brotan de la relacionalidad esencial que caracteriza a los seres humanos. Si es posibilidad, quiere decirse que se trata de una realidad abierta y que, por lo mismo, está sometida al dictamen de la propia libertad. De hecho, la experiencia nos habla de la existencia de personas solidarias y de personas que no lo son, de personas de solidaridad reducida y personas de solidaridad más amplia. Ante el problema del dolor ajeno, hay personas que responden adecuadamente intentando paliarlo o suprimirlo, pero hay otras que ni siquiera son capaces de escuchar sus gritos o que, de hecho, prefieren distraerse y justificarse ante la interpelación que viene del otro.

Como ejercicio de la libertad humana, la solidaridad es una opción fundamental, una apuesta o una decisión mediante la cual un hombre o una mujer compromete responsablemente su vida en favor de la vida y dignidad de los demás seres humanos; se tratará de una solidaridad auténtica cuando esta apuesta práctica se haga extensible a todos los seres humanos sin excepción, especialmente en favor de los más necesitados.

La solidaridad así entendida es fruto de un largo y costoso proceso, que incluye capacidad de hacer suyo el dolor del otro (dimensión afectivo-compassiva), reconocimiento del otro como realidad personal (dimensión cognoscitiva), y lucidez creativa para poner en marcha prácticas –personales, grupales y sociales– que alivien el dolor de todos los otros y erradiquen las causas que lo producen (dimensión efectiva o transformadora).

4.2.3. *La solidaridad como realidad teológica*⁴⁰

Para el cristiano, el fundamento último de la dignidad de la persona y del respeto y amor incondicional que se merece (el fundamento de la solidaridad) radica en que todo ser humano es imagen de Dios. “Porque es el ser constitutivamente

40. B, CUESTA, “Recrear la moral: apuntes para una teología moral al final del milenio”, *Moralia* 22 (1999) 23-27.

religado a Dios, puede el hombre dialogar con el hombre de tú a tú. Toda vez que cada hombre es lo que yo soy, imagen de Dios, el otro no puede ser para mí un objeto, sino una persona. Antes de que yo me dirija a él, él es ya un tú, alguien a quien el mismo Dios se ha dirigido. No soy yo el que, relacionándome con él, le otorgo el estatuto de la personalidad; dicho estatuto es previo a nuestro encuentro y lo posibilita como encuentro interpersonal⁴¹.

De esta manera, para el cristiano la solidaridad, antes de ser una cuestión ética, es una realidad teológica, expresa el modo de ser de Dios. Porque Dios es solidario con todos los seres humanos (indicativo), especialmente con los más pobres y excluidos, por eso quienes se deciden a seguir sus pasos han de serlo también (imperativo). A este propósito, Clodovis Boff afirma lo siguiente: “Si la comunidad de los cristianos se pronuncia por los pobres es a partir de su fe en Cristo..., es porque opta por Cristo y por el padre de Jesucristo”⁴². En este sentido nos referimos a la opción por los pobres como uno de los temas más “tradicionales”, es decir, uno de los más ligados a las fuentes de la fe. ¿Es un “invento” de Dios, no una generosa idea de hombres sensibles?

La imagen del Dios solidario con los pobres fue apareciendo progresivamente en la historia del antiguo pueblo de Israel, una historia marcada por la tensión entre la insolidaridad conflictiva y la búsqueda esperanzada. En medio de la insolidaridad humana es donde el pueblo fue percibiendo con mayor fuerza el proyecto solidario de Dios, a partir de la praxis comprometida de “numerosos testigos de la fe que, animados por el Dios de la Alianza, mantuvieron la cohesión e identidad de todo un pueblo en los momentos más críticos de desavenencias, desconciertos y rupturas”⁴³.

Los textos que narran la salida del pueblo de Egipto (Ex 3,7-12; Ex 6,2-8 y Dt 26,5-9) son un lugar bíblico fundamental para descubrir la idea que se formó Israel acerca de Yahvé. En

41. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Sala Terrae, Santander 1988, pp. 181-182.

42. J. PIXLEY y C. BOFF, *Opción por los pobres*, Paulinas, Madrid 1986, p. 133.

43. J. HUARTE, “Fundamentación bíblica de la lucha por el hombre”, *Cuadernos Verapaz* 6 (1991).

estas narraciones, Dios aparece como el liberador del oprimido, como el que tiene compasión de aquellos que sufren y que los libera de sus opresores. No es un Dios neutral, sino que en una situación conflictiva como era aquella, toma partido a favor de Israel (la “víctima”). El recuerdo de esta experiencia liberadora del Éxodo se manifestará también en el culto. Así “la pascua, paso de la noche a la luz del día, será en lo sucesivo todo un símbolo del paso del miedo y la esclavitud a la convivencia en la justicia y la libertad”⁴⁴.

En un contexto de prepotencia monárquica, de orgullo nacionalista, de perversión del culto y de insolidaridad, los grandes profetas bíblicos desenmascaran los ídolos que intentan suplantarse al Dios de la Alianza, denuncian un culto vacío y desconectado de la práctica de la justicia y sueñan con una Nueva Alianza escrita en el corazón del hombre y centrada nuevamente en la justicia y la liberación de los oprimidos.

Esta dinámica histórica y teológica del pueblo de Dios es el marco adecuado para comprender la praxis y la predicación de Jesús. Su oferta de salvación universal se lleva a cabo desde una opción partidaria en favor de los pobres, marginados y excluidos. Efectivamente la pobreza y exclusión eran realidades cotidianas, tal y como recogen las parábolas que Jesús contaba al pueblo⁴⁵. Y en ese contexto resalta sobremedida que una de las señales de la llegada del Reino de Dios, centro de la vida y predicación de Jesús, sea que “a los pobres se les anuncia la Buena Noticia” (Mt 11,5). Es la señal que Jesús, citando a Isaías 61,1-2, da al comienzo de su ministerio en la sinagoga de Nazaret para indicar cuál es su misión: “El

44. J. HUARTE, *Ibid*, p. 66.

45. “Por ejemplo: el dueño de la tierra se apropia de los bienes de sus obreros y exige de ellos más de lo que debe y puede (Mt 25,26). Los trabajadores desempleados están a la espera de un trabajo (Mt 20,1-6). El patrón, que vive lejos, lo deja todo en manos de un casero o socio (Mt 21,33). El clima de violencia y de revuelta entre los obreros (Mt 21,35-38). El pueblo, endeudado y sin Go’el, es amenazado con ser esclavizado (Mt 18,23-26). La desesperación lleva al pobre a explotar a su propio compañero (Mt 18,27-30; 24,48s). La inseguridad de los caminos por causa de los asaltos (Lc 10,30). Funcionarios corruptos se enriquecen y benefician con los bienes de los demás (Lc 16,1-7). Riqueza que ofende a los pobres (Lc 16,19-21)”. C. MESTERS, “La vida religiosa inserta en medio de los pobres a la luz de la Palabra de Dios”, *Alternativas* 8 (1997) 113.

Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciara los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). La inauguración del reino de Dios entre nosotros incluye el anuncio de la liberación de los pobres como fruto del amor misericordioso y de la ternura de Dios.

Toda la vida de Jesús está marcada por el compromiso solidario con la causa de los pobres. Se trata de un comportamiento constante que frecuentemente lo pone en conflicto con otras personas o instituciones: acoge e insiste en la acogida a los pequeños (Mt 9,37; Mt 10,42; 18,10); cura en sábado, aunque estuviese prohibido por la ley (Lc 14,1-6; Jn 5,118); salva la vida de aquella mujer a la que los hombres quieren apedrear porque ha cometido adulterio (Jn 8,1-11); invita a sus discípulos a dar de comer a los que no tienen (Mt 14,16); elogia a la pobre viuda que, a pesar de vivir en la miseria, da de limosna lo que tiene, por contraposición a los ricos que dan de lo que les sobra (Lc 21,1-4); a quien organiza una fiesta le aconseja no invitar a sus vecinos ricos, sino a los pobres, li-siados, cojos y ciegos (Lc 14,12); llama bienaventurados a los pobres (Mt 5,3; Lc 6,20) y con ellos llega a identificarse hasta convertirlos en sacramento universal y criterio escatológico de salvación (Mt 25, 35-40); a quienes quieren seguirlo, los invita a desprenderse de las riquezas (Mt 19,21), pues estos bienes percederos acaparan al hombre (Mt 19,22), ahogan la buena semilla de la Palabra (Mt 13,22) y cierran el corazón a la miseria del otro (rico Epulón, en Lc 16, 19-22)... En su nacimiento –no hubo sitio para él en ninguna posada (Lc 2,7)–, en su vida –no tiene donde reclinar su cabeza (Lc 9,58)– y en su muerte –injustamente condenado, ejecutado y abandonado (Mt 14-15)–, Jesús se identificó con los pobres asumiendo compasiva y misericordiosamente su causa.

Es San Lucas quien, de un modo sumamente expresivo, describe todo el alcance subversivo de la solidaridad del Dios que anuncia Jesús. La parábola nos presenta dos modos diferentes de actuar: el del sacerdote y el levita (“vieron al herido y siguieron de largo”) y el del samaritano (“vio al herido, se conmovió, se acercó, vendó sus heridas...”). Pero no es esto lo que más preocupa a Jesús cuando responde con la parábola a las preguntas del legista: “¿Qué he de hacer para tener la vida

eterna?” y “¿quién es mi prójimo?”. A Jesús le interesa señalar el fundamento último de ambos comportamientos y, para eso torna las preguntas éticas en una cuestión de tipo teológico: ¿qué imagen de Dios subyace al comportamiento del sacerdote y del samaritano? Jesús contrapone dos modos de ser y de entender a Dios: el dios de la Ley, que fundamentaba la solidaridad de los grupos apocalípticos y el Dios del amor que Él anuncia. El dios de la Ley (el dios del sacerdote y el levita) es un dios de solidaridad limitada, que limitaba las proximidades, mientras que el Dios que revela Jesús, el Dios del buen samaritano, es un Dios que crea cercanía y aproximación al hombre, es un Dios de solidaridad total, un Dios Padre que sale al encuentro de todo hombre, especialmente de aquellos que se encuentran “heridos a la vera del camino”. Con Jesús y el Dios que Él anuncia, la proximidad ha roto todos sus límites. Desde esta comprensión de Dios, ya nada puede justificar la inhibición ante la necesidad del hombre que encontramos en el camino. Es siempre el prójimo que hay que amar como a uno mismo. Y esto exigirá una serie de movimientos que preparen el compromiso eficaz. Es lo que hace el samaritano de la parábola y lo que hizo Jesús en la vida real: ve al herido, se conmueve y se aproxima; a continuación, venda sus heridas, lo sube a la cabalgadura, lo lleva a la posada y cuida de él. El samaritano hace todo cuanto tiene que hacer, su solidaridad es afectiva y efectiva, transformadora. La parábola, que respondía a la pregunta del experto en la Ley “¿quién es mi prójimo?”, termina con otra pregunta de Jesús al legista: ¿quién de estos tres te parece que estuvo próximo?”. La respuesta era evidente: “el que tuvo misericordia”. La conclusión de Jesús es tajante: “vete y haz tú lo mismo”.

Este ha sido el imperativo moral que asumieron los mejores hijos de la Iglesia a lo largo de la historia y es el imperativo que desafía a los cristianos de este siglo apenas estrenado.

4.3. El aprendizaje de la solidaridad compasiva

4.3.1. En el contexto de la cultura actual

Cuando llegamos al mundo, casi todo en el ser humano es posibilidad abierta, muy pocas cosas son las que están decididas de antemano. La mayoría de nuestros comportamientos

tenemos que aprenderlos junto a otras personas, es decir, en un contexto social y en una cultura determinada. Teniendo esto en cuenta, ha llegado el momento de preguntarnos por algunas ideas y valores dominantes en nuestra sociedad, que han sido interiorizadas y asumidas por una gran mayoría de los individuos, y que son las que legitiman y hacen que la sociedad funcione como funciona.

En primer lugar, *la competitividad*. La libre competencia es la ley suprema del sistema económico capitalista que busca, por encima de todo, la obtención de los mayores beneficios con los menores costos posibles. Esta dinámica –queramos o no– nos retrotrae a la ley de la jungla, donde los más fuertes y agresivos son los que resultan siempre vencedores. La interiorización de este principio hace que el “otro” sea percibido como un adversario, y que en las relaciones humanas siempre haya uno que gane y otro que pierda. Esta dinámica no tiene nada que ver con esa fuerza interior que nos empuja a *ser más* (aspiración a la plenitud) por relación a lo que hemos llegado a ser en un momento determinado. La competitividad de la que hablamos es aquella que tiene siempre al otro como punto de comparación y, por tanto, aspira a *ser más que el otro* utilizando para ello todos los medios que sean necesarios, incluida la violencia.

En segundo lugar, *tener frente a ser*. En nuestra sociedad, el ser humano parece valorarse más por lo que tiene que por lo que es. La lógica del capitalismo neoliberal, basada en la ley suprema de obtención del máximo beneficio, está condenando a 1.300 millones de personas a vivir en la pobreza absoluta, mientras poco más de dos centenares de personas acaparan mayor cantidad de bienes que el 50% de la población mundial. Y lo peor de todo es que, desde la ideología neoliberal, la pobreza no es considerada fruto de la injusticia, sino el justo castigo que la ineficacia merece.

En tercer lugar, *la exaltación práctica de la desigualdad*. Por mucho que la filosofía, la teología y el derecho modernos se hayan empeñado en manifestar la radical igualdad de todos los seres humanos, uno percibe múltiples mecanismos ideológicos interiorizados a través de los cuales se sigue imponiendo una comprensión desigual de la realidad humana, que en la práctica viene a justificar la marginación y exclusión (la insolidaridad) ejercida sobre muchos colectivos humanos: la

diferencia de sexo, del color de la piel, de etnia, de rentabilidad económica, de salud, de parentesco, de afecto, de condición moral, de nacionalidad, de religión... siguen siendo factores que propician de hecho la desigualdad y la exclusión social de muchas personas. Muchos autores han señalado que “antes de ejercer una violencia destructiva el ser humano ya ha degradado al otro –persona, grupo, pueblo, raza– hasta convertirlo en una especie inferior. Puede observarse históricamente cómo la des-humanización verbal del adversario suele preceder y crear las condiciones de legitimación de su eliminación física. Los nazis llamaban ratas y cerdos a los judíos. Los comunistas soviéticos llamaban hienas a los disidentes... A las protestas del embajador español superviviente tras el asalto a la embajada española en Guatemala en el que murió tanta gente, se le respondió: “No eran gente, eran indios”.

Siendo conscientes de que estas actitudes y contravalores no son el humus más apropiado para que la solidaridad enraíce como valor universalizable, nos centramos ya en el proceso de aprendizaje de la solidaridad.

4.3.2. *Elementos que entran en juego*

A. La solidaridad nace y se construye sobre el sentido pasivo de la vida. “La acción solidaria brota en el campo sentimental y los afectos son sus herramientas indispensables, ya que sin afectos apropiados no hay actitud ni virtudes solidarias”. Estos sentimientos, entre los cuales se encuentra la piedad y la compasión ante la miseria y el dolor de los otros, tienen sus raíces en lo más profundo de la realidad humana y, por eso, “*hasta el más endurecido violador de las leyes de la humanidad los posee*” (A. Smith, *Teoría de los sentimientos morales*).

La compasión es un sentimiento que brota en la relación que establecemos con la realidad, especialmente con aquellos lugares donde la vida se muestra más indefensa y vulnerable. La compasión es el sentimiento por el cual quedamos afectados por la desgracia o el sufrimiento que padece el otro. Este sentimiento se desencadena cuando prestamos atención y nos hacemos vulnerables ante el grito de ayuda del que sufre alguna desgracia: dolor, soledad, sinsentido, etc. Lo contrario sucede cuando nos desentendemos (¿soy yo, acaso, el

guardián de mi hermano? Gn 4,9), nos hacemos los sordos, o nos desinteresamos por la suerte de los otros (indiferencia), y peor aún, cuando nos alegramos del daño del otro (crueldad), o nos entristecemos ante el bien del otro (envidia).

La compasión es un movimiento intersubjetivo que parte del caído, de su realidad herida, y fecunda (humaniza) al que se acerca a él. La compasión es la mirada que se realiza desde el corazón; se trata de una mirada alterada por la presencia del otro, es decir, una mirada que nos hace salir de nosotros mismos y simpatizar (padecer con) con el otro concreto, con “cada uno”, convirtiéndolo en prójimo (próximo, cercano). De esta manera, el prójimo no es alguien que yo encuentro en el camino, sino que soy yo cuando me aproximo, cuando me acerco misericordiosamente a él (acercamiento cordial), como muestra tan expresivamente san Lucas en la parábola del Buen Samaritano.

B. La solidaridad toma consistencia en el reconocimiento del otro como persona. La solidaridad comienza en la compasión, pero no acaba en ella. El sentimiento necesita del reconocimiento, y ahí es donde la solidaridad adquiere verdadera consistencia. Se trata de reconocer al otro (a todos los otros) como persona, lo cual significa, al menos lo siguiente:

- Descubrirle como alguien con valor absoluto, es decir, que no tiene carácter de medio, sino que es fin en sí mismo. Esta fue una de las afirmaciones fundamentales del gran filósofo de la modernidad Immanuel Kant. De este reconocimiento brota la exigencia de respeto absoluto a su vida y a su dignidad personal. El otro no es algo (objeto, cosa) que yo puedo utilizar, manejar o dominar a mi antojo; el otro es alguien (individuo-persona: con una singularidad intransferible) con capacidad para dar sentido, desde sí mismo (sujeto) a su vida.
- Descubrirle como alguien con el que yo puedo y estoy llamado a entrar en relación y diálogo (encuentro personal), sabiendo que en este encuentro es donde ambos (el “yo” y el “tú”) se reconocen y se construyen como personas. En el diálogo con el otro, en el “entre”, es donde el yo se encuentra a sí mismo. A este propósito dice Martin Buber: *“El hombre no puede hacerse enteramente hombre*

mediante su relación consigo mismo sino gracias a su relación con otro mismo"⁴⁶. En el reconocimiento producido en el encuentro interpersonal se rompe el anonimato y se descubre que los que sufren tienen vida, tienen nombre, tienen rostro, tienen historia, tienen capacidades y están llamados a desarrollarlas y, por lo mismo, a crecer. "Sólo cuando se destacan como personas, quedan dignificados para un proyecto transformador de su propia situación. El que sufre no debe considerarse como objeto de compasión, sino como un ser humano con unas exigencias de dignidad que la solidaridad activa"⁴⁷.

- De la misma manera, es la relación y el mutuo reconocimiento (reciprocidad) lo que hace que el yo y el tú puedan llegar a proyectar conjuntamente la vida⁴⁸. A este propósito, señala nuevamente García Roca: "A la solidaridad le resulta esencial aspirar a la reciprocidad; el escándalo mayor de la compasión es la desigualdad entre donante y beneficiario; éste, incapaz de ayudarse a sí mismo, sólo puede recibir, no devolver, ni responder. Amarlo únicamente por esta razón, amar su miseria, es desear proyectar sobre él, no nuestra nobleza de alma, sino nuestra voluntad de poder. Por esta razón, la solidaridad es la búsqueda de una reciprocidad libremente otorgada y, de este modo, trastorna radicalmente la relación de dominio que a veces planea sobre el ejercicio de la compasión... Hay una compasión que enaltece sin suplir, que dignifica sin sustituir, que aumenta las capacidades de aquel a quien ayuda; y hay otra compasión que rebaja el valor del otro, le hunde en su enfermedad, le postra en su fragilidad, le niega su

46. M. BUBER, *¿Qué es el hombre?*, FCE, México 1990, p. 93. Cfr. C. DIAZ, *La persona como presencia comunicada*, CCS, Madrid 1990, pp. 45-46. "Cuando me encuentro con el rostro del otro, cuando amo, "me pierdo" en el tú, y así me encuentro... Nadie había llegado en nuestra opinión tan lejos como Buber en la definición relacional de la persona" (p. 46).

47. J. GARCÍA ROCA, *o.c.*, p. 32.

48. Cfr. R. GUARDINI, *Mundo y persona*, Guadarrama, Madrid 1963. X. ZUBIRI, *Sobre el hombre*, Alianza, Madrid 1986. E. MOUNIER, *Manifiesto al servicio del personalismo*, Alianza, Madrid 1972. C. DIAZ, "La persona, fin en sí", *Cuadernos de formación del Instituto Enmanuel Mounier* 1 (1990).

*propia humanidad*⁴⁹. Al comprender al pobre (marginado o excluido) como sujeto de su propia historia, como dueño de su destino, convertimos a aquél no en objeto de favor, sino en sujeto de deseos y de derechos.

- Descubrirle como alguien digno de ser amado por sí mismo, en cuanto a su propia realización, no en cuanto me reporte a mí algún tipo de beneficio. Sin este reconocimiento, la solidaridad no será un valor auténticamente humano ni humanizador. Digo esto para salir al paso de algunas ambigüedades que pueden estar presentes en bastantes gestos tenidos por solidarios: compromisos y gestos “solidarios” surgidos de la necesidad de sentirnos reconocidos por los demás, de sentirnos superiores a los demás, de “sentimentalismos” ante las desgracias ajenas, de miedo a que las situaciones de miseria terminen por destruirnos a todos, etc.

C. *La solidaridad es la determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común.* Así la definía Juan Pablo II en la *Sollicitudo rei socialis*:

*“La solidaridad no es un sentimiento de vaga compasión o enternecimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Es, al contrario, la determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos”*⁵⁰.

Junto a la compasión y al reconocimiento, la solidaridad recupera aquí el imperativo de la universalidad, es decir, la exigencia de buscar el bien (los derechos) de todos y cada uno de los hombres y mujeres de nuestro planeta.

Pero en una situación de asimetría de las relaciones humanas, la solidaridad postula el imperativo ético y político a favor de los que sufren las consecuencias más negativas.

49. J. GARCÍA ROCA, *o.c.*, p. 33-34.

50. JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, n° 38,7. Luis de Sebastián propone esta definición de la solidaridad: “El reconocimiento práctico de la obligación natural que tienen los individuos y los grupos humanos de contribuir al bienestar de los que tienen que ver con ellos, especialmente de los que tienen mayor necesidad”. *La solidaridad...*, p. 16.

La apuesta solidaria no consiste sólo en reconocer al otro como persona, sino en vivir como ser-para-los-demás. La solidaridad es una manera de vivir y de convivir: *“solidaridad no es dar de lo que sobra, es compartir lo que se es y lo que se tiene: dinero, cultura, concienciación, capacidad de dirigir y reorientar la historia con criterios más humanos. Solidaridad es pensar en los problemas actuales y tratar de arreglarlos entre todos. Y solidaridad es también programar el futuro para los que vengan, aunque suponga determinadas renunciadas para los que vivimos en el aquí y el ahora”*⁵¹.

D. La solidaridad es una apuesta gratuita en favor de la dignidad de todos los seres humanos que se hace operativa y real a través de la praxis concreta en el hoy histórico. Es así como la solidaridad adquiere rasgos nuevos que completan el perfil que hasta ahora hemos desarrollado.

La solidaridad intenta responder a situaciones de desigualdad e injusticia. En la medida en que estas situaciones son fruto de estructuras económicas, políticas y culturales injustas, la solidaridad deja de ser una opción puramente individual para convertirse en una opción política. En un doble sentido: en cuanto es una opción de tipo colectivo, y en cuanto busca transformar las estructuras que producen el mal.

En un mundo lleno de conflictos y contradicciones, la solidaridad es una apuesta realizada desde la situación de aquellos que padecen la injusticia, desde los pobres y excluidos, las “víctimas” del sistema de globalización. Esta opción exigirá en unos casos hacer camino con ellos, con estrategias bien pensadas, en busca de un mundo más justo y más humano; en otros casos, la acción solidaria se hará presente, sin más objetivos ni cálculos que *“acompañar y guardar la dignidad sagrada del que ya no puede más, pero tiene el rostro herido del hermano”*⁵².

Sólo desde esa toma de postura consciente y lúcida a favor de los pobres y excluidos, la praxis solidaria se torna auténticamente liberadora y universal. Dada la globalización y

51. M. J. BARCO-P. FUENTES, *El animador solidario y comprometido*, CCS, Madrid 1993, p. 64.

52. J. A. TUDELA, *o.c.*, p 134.

mundialización de los problemas, este rasgo de la solidaridad es decisivo comprenderlo y valorarlo.

La solidaridad es simultáneamente camino y meta. Como meta, la solidaridad apunta a aquel ideal de humanización en que la irracionalidad y el egoísmo, la brutalidad, vigentes en nuestra sociedad se vean superados por la cordura y el amor.

Pero esto no va a llegar de la noche a la mañana, ni por arte de magia, sino a través de este largo proceso educativo que estamos analizando. Rafael Díaz Salazar, después de constatar que “vivimos instalados en la cultura de la insolidaridad”, afirma que es urgente “una pedagogía colectiva de iniciación a un compromiso ciudadano solidario a nivel nacional y, sobre todo, internacional⁵³. Esta pedagogía (mezcla de teoría y praxis) colectiva es el camino de la solidaridad. Así como “se hace camino al andar”, aprenderemos a ser solidarios en la medida en que nos comprometamos en prácticas concretas de solidaridad. Sólo desde la praxis concreta podremos comprender que la solidaridad no está únicamente al final del camino, sino que la solidaridad es el camino.

E. El signo de identidad de una solidaridad auténtica es la gratuidad. Ser gratuito es cultivar la donación como regalo y como gracia. La gratuidad es una de las múltiples maneras que tenemos de relacionarnos los humanos. Estamos de acuerdo con Eladio Chávarri cuando en su magnífico libro *Perfiles de nueva humanidad* señala la gratuidad como el grado supremo en el haz de relaciones humanas y como la forma más perfecta de convivencia⁵⁴.

¿Qué significa actuar bajo la impronta de la donación y la gracia?

En primer lugar, abrirse al otro tal y como es, en su inmediata concreción, sin ningún tipo de acotamientos. En la gratuidad, es el rostro del otro –con sus identidades– el que pone

53. R. DÍAZ SALAZAR, o.c., p. 73.

54. Este autor señala, en orden a una creciente humanización, cuatro grandes haces de relaciones humanas: relaciones de poder, relaciones reguladas, relaciones de justicia y relaciones de gratuidad. E. CHAVARRI, *Perfiles de nueva humanidad*, San Esteban, Salamanca 1993, pp. 253-279. W. LUIJPEN y J. GEVAERT, *Indiferencia, conflicto, justicia y amor*. Cfr. J. GEVAERT, *El problema del hombre*, Sígueme, Salamanca 1978, pp. 57-63.

mi libertad a la deriva sin otra finalidad que intentar responder a sus demandas. “Cuando te enfrentas al rostro del otro, cuando lo miras de tú a tú, en nada puedes refugiarte, nadie te puede sustituir en su demanda. La llamada es tan concreta que requiere una respuesta análoga; la responsabilidad no se puede camuflar; nadie es capaz de ocupar tu puesto. Sales de ti mismo sin cobertura alguna, sin saber hacia dónde te va a llevar ese rostro que miras”⁵⁵.

En segundo lugar, la gratuidad entraña una particular forma de amar. Se trata del amor libre de barreras y diferencias atrapadoras (como el yo, la belleza, la riqueza, la bondad, la simpatía, el sexo, el poder, la sabiduría, el color de la piel, etc), se trata de un amor universal, aunque concreto. En el amor gratuito no se busca la correspondencia por parte del otro, se da sin esperanzas de recibir. En algunas ocasiones, puede suceder que la donación gratuita engendre una generosidad recíproca, pero no siempre el camino de la gratuidad sigue esta dirección, no siempre es un camino de rosas; con cierta frecuencia, la personalidad del otro puede reaccionar con indiferencia, agresividad, egoísmo, incompreensión, mentira, etc., lo cual hará de las relaciones de gratuidad algo incómodo y, a veces, dramático. Pero la dificultad de las relaciones de gratuidad no nace únicamente de la posibilidad de que la persona con quien se entra en relación no corresponda de la misma manera; la mayor dificultad radica en aquellos que organizan su vida en función de otros tipos de relación, especialmente los que organizan su vida en función de relaciones de poder y superioridad. La historia humana es rica en experiencias en las que el poder ha aplastado a quienes han intentado “injertar” estas relaciones de gratuidad en el corazón de los hombres. La narrativa cristiana arranca de un acontecimiento de esta naturaleza, la muerte y resurrección de Jesús, y se sigue haciendo memoria viva en todos los crucificados por esta misma causa.

Tipos de relaciones gratuitas podemos encontrarlas hoy en el ámbito de la familia, en los pequeños grupos de amigos, en las múltiples formas de convivencia diaria. El voluntariado social en todas sus formas y manifestaciones es un terreno

55. E. CHAVARRI, *Ibid*, p. 266.

en el que este tipo de relaciones va extendiendo sus raíces. Las relaciones de gratuidad, pues, están en medio de nosotros, y lo que todos necesitamos es purificar nuestra mirada y nuestro corazón para saber reconocerlas y apreciarlas. Pero su consistencia, en el conjunto de las relaciones humanas, es todavía endeble. Por eso aparecen también ante nosotros como un horizonte a conquistar en el futuro. Quienes quieran apostar por una nueva humanidad, tendrán que transitar estos caminos –caminos a la intemperie y sin ataduras– solos con su libertad al servicio de los otros.

Una apasionante aventura que liberará a las personas y a la naturaleza de la corrupción y explotación a las que actualmente, se hallan sometidas.

Por estos caminos de donación gratuita es por donde discurre el modo de ser y de hacer de Dios. La medida del amor solidario de Dios en Jesús la expresa el Evangelio de San Juan: “Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros igual que yo os he amado” (Jn 15,12). Ya no se trata de amar al prójimo como a uno mismo (cfr. Lc 19,18; Lc 10,27), sino de amar como ama Dios, en total gratuidad. Por eso al discípulo se le exige esta misma actitud: “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (Mt 10,8); “amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os maltratan. Al que te pegue en una mejilla, ... porque Él, Dios, es bueno con los ingratos y perversos” (Lc 6,27-31). La generosidad del discípulo va más allá del simple compartir. Se trata de dar y darse hasta quedarse sin nada. Compartir es de estricta justicia, dada la igual condición de todos los hombres. Los que pertenecen al reino de Dios han sustituido la justicia, como patrón de comportamiento humano, por el amor como único mandamiento, como el mandamiento nuevo. La gratuidad y desprendimiento dan la medida del discípulo y manifiestan el amor hacia los demás de que es capaz. El discípulo debe eliminar en sus relaciones el provecho propio; es lo que quiere transmitir Jesús a uno de los jefes de los fariseos que lo invitó a comer a su casa: “Cuando des una comida o una cena no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; no sea que te inviten ellos para corresponder y quedes pagado. Cuando des un banquete invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso

tú entonces porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resciten los justos” (Lc 14,12-21).

La solidaridad, pues, es una manera de ser persona, en la que el “yo” sólo se construye en el “tú” y viceversa. Todo lo contrario de lo que ocurre con demasiada frecuencia en nuestra sociedad egocéntrica donde la competitividad, el prestigio y la arrogancia, en su afán de afirmar el “yo” a costa del “tú, lo que hacen es destruir a ambos.

5. ALTERNATIVA CRISTIANA: COMPASIÓN Y SOLIDARIDAD CON LAS VÍCTIMAS DEL ACTUAL SISTEMA GLOBALIZADOR

5.1. *Solidaridad y ética cristiana*

La ética cristiana incide en la sociedad de dos maneras: Por una parte, como anuncio y propuesta de una particular comprensión del ser humano, asentada sobre su dignidad inviolable derivada de haber sido creado a imagen de Dios, y de una particular manera de concebir el planeta tierra, como la casa común donde sea posible la vida en armonía; por otra, como denuncia de todo aquello que atente contra la vida y la dignidad humana o contra los derechos de la madre tierra.

El Concilio Vaticano II, en *Gaudium et Spes*, después de hablar de la dignidad de la persona humana, en el n° 22 afirma que *“en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, en Jesucristo, el cual, según expresa una de las primeras confesiones de fe de la historia del cristianismo, fue ungido por Dios y pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él”* (Hch 10, 34-43).

Para un cristiano, en Jesucristo se nos revela en plenitud el rostro misericordioso de Dios y el rostro ideal del ser humano, hacia el cual la ética debe encaminarnos como a su fin. Como cristianos, este es nuestro quehacer fundamental en medio del mundo.

El centro de la predicación de Jesús no es su propia persona, ni tampoco la explicación de la Ley, como podría esperarse de un maestro judío, ni tan siquiera Dios en sí mismo, sino

el reinado de Dios⁵⁶. El reino de Dios es el contenido central de los discursos y parábolas de Jesús que nos han transmitido las distintas tradiciones evangélicas, pero ha sido el evangelista Marcos quien mejor ha sintetizado el contenido de la predicación de Jesús al principio de su evangelio: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15). En este breve texto se dan dos elementos íntimamente relacionados: la notificación de un acontecimiento divino, que ha empezado a realizarse con la persona de Jesús, y la invitación a comprometerse con esa causa divina y humana a la vez. La categoría bíblica “reino de Dios” evoca un proyecto de vida, un ideal de humanidad hacia el que dirigir nuestros pasos. Este ideal de humanidad contenido en el evangelio no es extraño a la conciencia moderna; al contrario, está en el origen de muchos valores asumidos en un primer momento por el pensamiento de la modernidad (libertad, igualdad, fraternidad) pero que posteriormente fueron oscurecidos por ésta, especialmente la igualdad y la fraternidad. Vinculados a esta comprensión igualitaria y fraterna del ser humano aparecen en el evangelio muchos valores que la ética cristiana puede y debe ofrecer a la sociedad en que nos ha tocado vivir, en orden a la construcción de un mundo más humano y más habitable para todos. Son muchos, pero en este trabajo sólo nos fijaremos en dos valores inseparables: la compasión y solidaridad con las víctimas del sistema global injusto e inhumano en que vivimos.

5.2. Sufrientes y heridos a la vera del camino que reclaman nuestra. Solidaridad y compasión hoy

Abordar esta cuestión no resulta fácil y exige tomarla con sumo respeto y cuidado. En principio, todos los seres humanos que sufren, por las causas que sean, son destinatarios de nuestra compasión. Pero, en este momento histórico que nos toca vivir, existen personas y colectivos sociales especialmente vulnerables que reclaman nuestra compasión y solidaridad de

56. Cfr. R. AGUIRRE, *Reino de Dios y compromiso ético*, en M. VIDAL (coord.), *Conceptos fundamentales de ética teológica*, Trotta, Madrid 1992, p. 69.

una manera preferencial. A ellos nos referimos con el término genérico de pobres y excluidos o marginados sociales. En todos ellos late la misma pregunta: “¿Estos no son hombres?... ¿No estamos obligados a amarlos como a nosotros mismos?”, o mejor ¿no estamos obligados a amarlos como Dios los ama?

Si acudimos a estudios sociológicos e informes, no nos resultará difícil identificar una serie de colectivos sociales especialmente vulnerables que reclaman de nosotros compasión y solidaridad con carácter urgente y prioritario. Desde principios de los años noventa del siglo pasado, los informes anuales sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) identifican de manera inequívoca a los siguientes colectivos sociales como grupos “heridos a la vera del camino”: personas con bajos ingresos, mujeres, minorías étnicas, habitantes de las zonas rurales, discapacitados, refugiados y desplazados...

a) *Las personas con bajos ingresos* tienen dificultades para acceder a otros muchos aspectos de la vida social, económica y política. En casi todos los países –tanto desarrollados como en vías de desarrollo– las diferencias en el nivel de ingresos es enorme, y con tendencia a aumentar cada año. Según afirma el PNUD 2007, en la actualidad más de 1000 millones de seres humanos se ven obligados a sobrevivir con menos de un dólar diario. Por lo general utilizan más de la mitad de sus ingresos en alimentos para sus familias, lo que les deja aún menos para gastos de vivienda, agua, educación y cuidado de la salud. La mayoría de estas personas obtiene sus ingresos como puede, realizando tareas precarias, mal remuneradas y a veces inseguras. Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), unos 200 millones de personas en el mundo no tienen trabajo de ningún tipo. Muchos millones más, incluidos algunos relativamente educados, tienen empleo insuficiente. En un mundo como el nuestro, en el que el empleo remunerado es la fuente principal para la mayoría de las familias de tener acceso al dinero y, mediante el mismo, disponer de bienes de consumo, quienes carecen de empleo o acceden a él de manera insuficiente, están condenados a formar parte del colectivo de los pobres.

b) *Los niños* forman uno de los grupos humanos que, a nivel mundial corren mayores riesgos de pobreza y exclusión social. Un Informe reciente del Fondo de Naciones Unidas

para la Infancia (UNICEF) señala que de los 2.200 millones de niños que hay en el mundo, más de 1.000 millones carecen de uno o más servicios básicos para sobrevivir, crecer y desarrollarse. De las tasas de mortalidad infantil (antes de cumplir 5 años) y falta de escolarización en los países menos desarrollados ya hablamos al señalar el estado en que se encuentran los Objetivos del Milenio. Aunque la tasa de mortalidad infantil se ha rebajado bastante en los últimos años (en 1960 había una tasa para los países menos desarrollados de 170 por mil y ahora se sitúa en el 67 por mil), aún sigue siendo de auténtica pesadilla, mucho más si consideramos las posibilidades técnicas y humanas de que dispone el mundo actual para evitar esa “masacre”; de hecho, la mayoría de estas muertes a edades tan tempranas se deben a causas perfectamente evitables: enfermedades causadas por agua contaminada, falta de vacunación o vacunación inadecuada, heridas en guerras y conflictos civiles, altos niveles de pobreza y malnutrición, enfermedades controladas en muchos lugares y que siguen siendo mortales en muchos países empobrecidos, como el sida, la malaria o la tuberculosis. El problema de todo esto es, una vez más, la desigualdad. Junto con el problema sanitario, más de 200 millones de niños ven afectado su crecimiento por la desnutrición. Según el Informe Anual de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), más de 5 millones de niños mueren cada año en el mundo por el hambre, situación que afecta a más de 1000 millones de personas (cada 4 segundos muere un ser humano de hambre). La pobreza, el SIDA y los conflictos armados constituyen la peor amenaza para la infancia. De los 8,6 millones de personas que murieron en conflictos armados en los últimos años, casi la mitad (el 45%) eran niños.

c) *Las mujeres* son el grupo excluido más numeroso del mundo, exclusión que se da tanto en los países ricos como en los países pobres, aunque en éstos adquiera rasgos más acentuados. La discriminación contra la mujer constituye una profunda fisura que divide a todas las sociedades del mundo actual y se manifiesta en distinto grado: el 60% de los mil millones de personas más pobres del mundo son mujeres. La feminización de la pobreza y la exclusión social se manifiesta en indicadores como la educación, el empleo, la salud, la participación política, etc. A nivel educativo, las mujeres

representan dos terceras partes (550 millones) de los analfabetos del mundo (860 millones). A nivel laboral, las mujeres tienen menos posibilidades que los hombres de participación en el empleo remunerado. A nivel mundial, las mujeres ocupan el 60% de los empleos no estructurados, insuficientemente protegidos y mal remunerados. A esto habría que añadir el escaso reconocimiento que tienen los múltiples trabajos que realizan, como son las tareas domésticas, el cuidado de los niños y de los ancianos, etc. La exclusión de la mujer se manifiesta igualmente en el ámbito de la participación socio-política. En algunos países, ni siquiera les es reconocido el derecho a voto. A nivel mundial, su representación parlamentaria es muy inferior a la de los varones.

d) Otro grupo excluido de la participación son las *minorías étnicas y los grupos indígenas*. En repetidas ocasiones, los Informes de Naciones Unidas han aportado una serie de datos que manifiestan la situación de inferioridad en que se encuentran las comunidades negras en los países en que conviven con la población blanca. De igual manera, los grupos indígenas se ven sometidos diariamente a la marginación y a la exclusión y, muchas veces, a la persecución y al exterminio por parte de los grupos dominantes. Un caso significativo es el de los indígenas mayas de Guatemala, descrito así, hace ya algunos años, por los dominicos que viven y trabajan en la región de Alta y Baja Verapaz: *“Exclusión es sin duda alguna la palabra para designar el cúmulo de injusticias secularmente perpetradas en contra de los pueblos mayas, los primitivos y más verdaderos dueños de este país, que suman más del 60% de la población. Desde los tiempos de la conquista, los mayas y otros pobladores nativos de esta región fueron excluidos de su propia tierra, de su propia cultura y religión, de sus propias instituciones, de su libertad, y de su mismo derecho a la vida... La exclusión de la tierra es hoy un hecho generalizado en todo el territorio guatemalteco y determina la historia de Alta y Baja Verapaz... En Alta Verapaz, los nativos carecen de ella en su mayoría... La exclusión del derecho a la vida sigue siendo una realidad actual. Hoy podemos escuchar en Rabinal (Baja Verapaz) incontables y espeluznantes testimonios del genocidio que allí realizó el ejército en los años 80 al 83... La exclusión de su propia cultura e instituciones es otra injusticia heredada del pasado y plenamente vigente. La marginación étnica adquiere*

todos los rasgos del racismo. Ser indígena es ser inferior. Su lengua es prohibida en las escuelas y en todas las instituciones oficiales, su manera de vestir es discriminada y sus costumbres e instituciones son burladas. La mujer indígena, en especial, sufre múltiples formas de opresión y desprecio, a pesar de dar continuamente pruebas de una increíble capacidad de sufrimiento, de sacar adelante a su numerosa prole con los trabajos más duros incluso cuando está criando⁵⁷. La presión a que se encuentran sometidos los pueblos indígenas de la selva amazónica peruana en estos momentos por parte de las grandes compañías multinacionales y el olvido sistemático por parte de sus gobernantes, como testimonian también los dominicos misioneros que trabajan con los “hijos de la selva”, es ejemplo de la vulnerabilidad especial en que se encuentran estos colectivos secularmente marginados y olvidados. Desde la Segunda Guerra Mundial, 40 grupos étnicos de todo el mundo han sido perseguidos y asesinados colectivamente.

e) *Los habitantes de zonas rurales* es otro de los colectivos sometidos a múltiples formas de pobreza y exclusión, tanto en el mundo desarrollado como en los países en vías de desarrollo. En la actualidad, alrededor de las tres cuartas partes de los pobres del mundo vive en espacios rurales. Sin embargo, hemos de reconocer que el proceso migratorio hacia los cinturones de las grandes ciudades está siendo tan intenso que nos encontramos ante una pronta e irrefrenable urbanización de la pobreza a nivel mundial, lo cual está agudizando ya la gravedad de la misma.

En muchos de los países menos desarrollados, el ingreso rural per cápita es aproximadamente la mitad del correspondiente a las ciudades, y su acceso a determinados servicios (como educación, salud, abastecimiento de agua y saneamientos) resulta mucho más problemático. En los países desarrollados, la pobreza en el ámbito rural no viene mediata en primera instancia por la diferencia de ingresos personales o familiares, sino por la desigualdad de oportunidades a la hora de tener acceso a servicios públicos como infraestructuras adecuadas, sanidad, educación, cultura, etc. y por

57. IV COLOQUIO TEOLÓGICO DOMINICANO, *El pueblo como sujeto. Alternativas desde los excluidos*, Ed. Lascasiana, Guatemala 1993, pp. 13-14.

el abandono a que se ve sometido por parte de los sucesivos gobiernos y por parte de las instituciones públicas y privadas (incluida la Iglesia) y sus profesionales. El mundo rural, secularmente marginado, sigue siendo hoy escenario de pobreza, marginación y exclusión social que reclama nuestra mirada compasiva y solidaria.

f) *Los discapacitados* físicos y psíquicos es otro grupo con graves riesgos de engrosar las filas de la pobreza y la marginación. Forman parte de este grupo nada menos que el 10% de la población mundial. Se trata de personas afectadas por múltiples carencias, como falta de trabajo, escasa o nula escolarización, dificultad para acceder a servicios de rehabilitación,...

Todas estas carencias hacen sumamente problemática su participación en la vida de sus respectivos ámbitos sociales.

g) *Los refugiados y desplazados* a causa de conflictos bélicos, que actualmente conforman un colectivo superior a los 30 millones de personas. Son seres sin patria, sin hogar, sin posesiones y, en muchos casos, sin familia (huérfanos). Si a este grupo añadimos todos aquellos que, víctimas de la pobreza o de la destrucción del medio ambiente, abandonan zonas rurales para vivir en los cinturones de pobreza de las grandes ciudades, nos encontramos con más de 100 millones de personas totalmente desarraigadas, que forman el colectivo más pobre de la tierra.

h) *Los inmigrantes*. Los flujos migratorios internacionales y continentales producidos por hambrunas, guerras y desastres climáticos son un signo de nuestro tiempo. Si es verdad que en todas las épocas se han dado este tipo de flujos de población en busca de alimentos y mejores condiciones de vida, no es menos cierto que hoy han adquirido dimensiones y características inéditas. Los pobres, como las especies animales migratorias, saben donde hay comida y son capaces de hacer travesías peligrosas por encontrarla. La pobreza y el hambre es la razón que explica el insistente desfile de frágiles pateras cargadas de africanos en busca de costas europeas, o de no menos frágiles “yolas”, cargadas de haitianos y dominicanos, surcando el Mar Caribe con dirección a playas norteamericanas. La pobreza y el hambre son la razón que explica los flujos migratorios de todos los pobres del mundo.

El inmigrante pobre pone en peligro su vida para buscar mejores condiciones de vida, muchos de ellos mueren en el

intento, otros son repatriados inmediatamente, después de haber perdido lo poco que tenían a manos de mafias internacionales. Quienes llegan hasta nosotros y logran regularizar su situación, entran a formar parte de un nuevo submundo pobre y marginado socialmente. Los inmigrantes tienen más dificultades que las personas nacionales para acceder al mercado laboral, a no ser en aquellos sectores que requieren una menor cualificación profesional o demandan en un momento determinado abundante mano de obra (trabajo de temporada en el campo, o en la construcción durante los últimos años); en situación de crisis como la actual, estas dificultades se acentúan para el colectivo general de inmigrantes. La precariedad de trabajo, el alto coste del alquiler de la vivienda y la necesidad de ahorro para poder mandar algo de dinero a sus familias hacen que muchas de estas personas y familias se vean obligadas a vivir hacinadas en pisos de barriadas urbanas periféricas o en casas sin condiciones de habitabilidad en muchos pueblos de España. La peor suerte la corren los emigrantes ilegales, a los cuales la imposibilidad de un contrato de trabajo les obliga a vivir de actividades marginales, a la mendicidad, a la prostitución... y lo que es peor, a ser criminalizados como peligrosos delincuentes.

i) *Heridos en medio de los rascacielos.* La división social existente a nivel mundial se reproduce al interior de los países considerados más desarrollados. En todos ellos se va consolidando un estrato de población en el que confluyen muchas de las características señaladas anteriormente. Por supuesto que los pobres de los países desarrollados no lo son de la misma forma que los pobres de los países del Tercer Mundo. Comparados con éstos, poseen más oportunidades, evidentemente. Pero no se trata de comparar una pobreza con otra, sino de comparar cada una de las situaciones de pobreza con la situación de riqueza en que viven los sectores privilegiados de la misma sociedad. Aquí es donde cabe la equiparación de los pobres de aquí y de allá. En los países industrializados, los pobres conforman un submundo (el “cuarto mundo” le llamamos) rodeado de abundancia, en el cual ellos no encajan, ni participan, ni tienen voz, ni poder, ni perspectivas de futuro.

¿Cuántas personas conforman el colectivo de los pobres y excluidos en España y cuáles son sus señas de identidad?

Según datos de la Encuesta de Condiciones de Vida, publicada por el Instituto Nacional de Estadística a finales de noviembre de 2008, el número de personas situadas por debajo del umbral de la pobreza en España era del 19,7%, dato que muestra claramente que a pesar del proceso de crecimiento económico sostenido que se ha registrado en España en la última década, los índices de desigualdad y de pobreza apenas se han reducido.

De manera muy matizada el VI Informe FOESSA sobre Exclusión y Desarrollo Social en España 2008 afirma que la pobreza sigue afectando a una quinta parte de los hogares españoles, que la pobreza extrema afecta a entre un 2,6 y un 4% de la población, que la exclusión social es una realidad constatada en más de un 17% de los hogares españoles, y que las situaciones de exclusión severa afectan a un 5,3% de los hogares. El rostro de la pobreza en España sigue concentrándose en sectores históricamente marginados y excluidos por “estigma social”, impedimento físico o carencia absoluta de medios de vida: personas sin hogar (30.000 personas), discapacitados (en España más de 3,5 millones de personas padecen alguna discapacidad), drogadictos (no se dispone de ninguna estadística fiable a nivel nacional), alcohólicos (3 millones), prostitutas (100.000 según fuentes oficiales, y alrededor de 300.000 según otras fuentes; oficialmente el 90% de las prostitutas son extranjeras y el 80% víctimas de trata de seres humanos), gitanos (700.000 aproximadamente), enfermos de sida (se estima que, en España, entre 120.000 y 150.000 personas son seropositivas), encarcelados (más de 65.000, la mayoría de los cuales proceden de ámbitos marginales, el 33 por ciento inmigrantes pobres), bolsas de pobreza del mundo rural...

Junto a estos colectivos, están los denominados “nuevos pobres”, es decir, parados sin retorno, subempleados y en economía sumergida, un creciente número de jubilados y pensionistas y muchos inmigrantes extranjeros pobres, los cuales están multiplicando la diversidad en el espacio social de la exclusión, como hemos podido ver en las cifras anteriormente señaladas. Toda una pléyade de no productivos y no competitivos que no cuentan, que no hablan y que no están organizados, y cuya pobreza se torna, en la mayoría de los casos, circular o acumulativa e integral: falta de trabajo, bajo nivel educativo, baja cualificación laboral, deficiencias en los

niveles de salud, viviendo en hábitats marginales y desfavorecidos (zonas rurales deprimidas y barrios degradados de las grandes ciudades) y con un nivel vital sumamente vulnerable (carencia de motivación, fatalismo, resquebrajamiento de la autoestima, recorte del horizonte vital, etc.). Según afirma el VI Informe FOESSA (2008), la pobreza tiende a concentrarse y hacerse cada vez más grave en el colectivo de jubilados con bajas pensiones, en las mujeres (hogares monoparentales a cargo de una mujer) y en los niños.

j) *Nuevas víctimas surgidas de la crisis económica mundial.*

La crisis financiera y económica mundial desatada en 2008 está repercutiendo ya de manera dramática en todos los sectores tradicionalmente empobrecidos. Por relación a los países en vías de desarrollo, la crisis financiera ha venido a sumarse a la crisis alimentaria, motivada por la constante y desproporcionada subida de los alimentos a partir del año 2006. En septiembre del 2008, la FAO señaló que el alza de los precios de los alimentos en los dos últimos años había aumentado el número de personas desnutridas en el mundo en 73 millones. Según reconoció el Secretario General de la ONU, Ban Ki-Moon, durante una conferencia con motivo del Día Mundial de la Alimentación *“la situación sería de por sí alarmante si se limitara al problema del hambre, pero es aún más grave debido a que la escasez de alimentos desencadena otras amenazas que van desde la agitación social hasta la degradación ambiental”*. Por su parte, la Alta Comisionada de Derechos Humanos de la ONU, Navi Pillay, ha afirmado recientemente que la crisis alimentaria y la crisis financiera mundial *“están produciendo perversos y desproporcionados efectos en los países más pobres y en las vidas de las personas más vulnerables y de los grupos más marginados de la sociedad”*. A causa de estas crisis, todos los países más empobrecidos están sufriendo ya una desaceleración económica que está echando por tierra los logros conseguidos durante los últimos veinte años en materia de desarrollo. Las repercusiones de la crisis financiera mundial en los países en desarrollo se reflejan en la marcada reducción del crecimiento proyectado del PIB a tasas que no se registraban desde los años noventa. El crecimiento medio proyectado del PIB de los países en desarrollo en 2009 era apenas la cuarta parte, aproximadamente, de lo que se había previsto antes de que la conmoción financiera se intensificara hasta

convertirse en una crisis total en la segunda mitad de 2008, y un quinto de la tasa que se logró en el período de fuerte crecimiento hasta el año 2007. Las proyecciones de crecimiento al estallar la crisis daban a entender que durante 2009 el ingreso real per cápita disminuiría en más de 50 países en desarrollo. Ya hemos visto, que la marcada contracción del crecimiento puede retrasar gravemente los avances para reducir la pobreza y alcanzar otros Objetivos del Milenio (ODM).

Esta situación se convertirá en verdadera catástrofe humanitaria, no exenta de conflictos violentos, si los gobiernos e instituciones de los países más desarrollados adoptan políticas de reducción de la ayuda internacional para el desarrollo –cosa que ya está ocurriendo– en aras de proteger sus propias economías sin tener en cuenta la dramática situación de los pobres.

La crisis financiera mundial también está teniendo consecuencias graves en los países más desarrollados. La desaceleración económica es un hecho que se manifiesta en el cierre de muchas empresas y en el crecimiento del desempleo. A finales de agosto de 2010, en España había 3.969.661 personas* en paro, casi el 20% de la población activa. Muy relacionado con el desempleo se encuentra –como hemos podido comprobar a lo largo de este trabajo– la institucionalización de factores de diferenciación social como el sexo, la edad, la raza, la salud, etc. Se trata de características asignadas o impuestas a determinados grupos sociales, que les colocan en inferioridad de condiciones y oportunidades para acceder al mercado de trabajo. De esta manera, los inmigrantes, las mujeres, los jóvenes, las personas de mayor edad no jubiladas... han sido siempre, por asignación o imposición social, grupos de especial riesgo en el mercado laboral.

Señalo dos colectivos laborales a los que la crisis actual ya les está afectando de manera muy fuerte: los trabajadores inmigrantes y los jóvenes con hipotecas. Los trabajadores inmigrantes son los primeros que pierden sus empleos, no sólo porque se cuestione su status, sino porque están ocupados en los sectores más afectados por la crisis; el desempleo afectará

* En el momento de la edición de este libro, tres años después, hay más de 6 millones de personas en esta situación (26,8%).

negativamente su proceso de integración social y abocará a muchos de ellos a un proceso de exclusión social; en algunos casos, como Francia, a la expulsión del país, fruto de actitudes xenófobas incomprensibles e intolerables. La crisis laboral también afectará a grupos de personas, especialmente jóvenes, que hasta hace poco tiempo han formado parte del sector social intermedio con un aceptable nivel de bienestar y consumo y que, sin empleo, no podrán hacer frente a los ingentes costos de sus hipotecas, especialmente de vivienda, y se están viendo ya sumidos en una grave situación de pobreza. Esta situación acarreará a muchas de estas personas problemáticas psicológicas y sociales especialmente preocupantes.

Por supuesto, la crisis está repercutiendo en los sectores tradicionalmente pobres, que verán reducidas o al menos controladas sus prestaciones sociales, y que tendrán que compartir las reducidas ayudas sociales con un mayor número de personas necesitadas. Esto hará que la pobreza en muchas personas se agudice y pasen a padecer pobreza severa.

Para concluir este apartado, hemos de reconocer que los estudios e informes sobre la pobreza son importantes para acercarnos a esta realidad de nuestro mundo, una realidad que algunos quieren ocultar y otros prefieren no ver, pero que está ahí. Sin embargo, los estudios e informes no son suficientes para comprender la profundidad, significación y densidad humana que dicha realidad contiene. Esto sólo es posible lograrlo cuando los análisis sociológicos son completados con la experiencia de encuentro y con la opción comprometida a favor de los pobres y su causa. Desde esta perspectiva, la fuente del humano conocer es el rostro sufriente del otro y, desde ahí, el orden lógico del discurso cede terreno en favor del testimonio. Es lo que parece afirmar San Juan en uno de sus escritos: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos... os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (1 Jn 1,1-3). Es lo que hacen tantas personas que trabajan a diario con estos colectivos pobres, marginados y excluidos. Lo visto, vivido y escuchado... subyace de manera muy especial en nuestra reflexión, aunque no quede reflejado por el momento en este trabajo por falta de espacio.

6. CONCLUSIÓN

Detrás de todas las cifras ofrecidas en este estudio, hay personas humanas concretas que sienten, piensan, aman, luchan... y tienen unos derechos inalienables mundialmente reconocidos. Todos son seres humanos con los que Dios ha querido identificarse para revelar su rostro y en cuya acogida compasiva se juega el cristiano su bienaventuranza o su perdición, tal como recoge San Mateo en la alegoría del Juicio Final: *“Venid vosotros, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis, estuve desnudo y me visitasteis, enfermo y en la cárcel y fuisteis a verme... Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”* (Mt 25,34-40).

Por tener unos derechos que sistemáticamente les son conculcados, todos estos colectivos deben ser los destinatarios principales de las políticas de activación social por parte de los gobiernos del mundo, y del apoyo solidario por parte de todos. Es la urgencia que ya señalaba hace más de cuarenta años el Concilio Vaticano II y que citamos en una página anterior: *“Habiendo como hay tantos oprimidos actualmente por el hambre en el mundo, el sacro Concilio urge a todos, particulares y autoridades, a que, acordándose de aquella frase de los padres ‘Alimenta al que muera de hambre, porque si no lo alimentas lo matas’ (Decreto de Graciano), según sus posibilidades, comuniquen y ofrezcan realmente sus bienes, ayudando en primer lugar a los pobres, tanto individuos como pueblos, a que puedan ayudarse y desarrollarse por sí mismos”* (GS 69a).

Es la misma urgencia que Juan Pablo II recordó en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, en 1987: *“Con sencillez y humildad quiero dirigirme a todos, hombres y mujeres sin excepción, para que, convencidos de la gravedad del momento presente y de la respectiva responsabilidad individual, pongamos por obra –con el estilo personal y familiar de vida, con el*

uso de los bienes, con la participación como ciudadanos, con la colaboración en las decisiones económicas y políticas y con la propia actuación a nivel nacional e internacional— las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres” (SRS, 47.5).

Es la misma urgencia que Ban Ki-Moon, Secretario General de Naciones Unidas, presenta en el prólogo del Informe 2009 sobre el Desarrollo de los Objetivos del Milenio: *“No podemos permitir que un entorno económico desfavorable nos obligue a dejar de lado los compromisos contraídos en el año 2000. Por el contrario, nuestros esfuerzos para restablecer el crecimiento económico deben ser considerados como una oportunidad para tomar algunas decisiones difíciles pero necesarias para crear un futuro más equitativo y sostenible (...) La comunidad mundial no puede olvidarse de los pobres y los vulnerables. Debemos fortalecer la cooperación y la solidaridad mundial, y redoblar nuestros esfuerzos para alcanzar los ODM e impulsar una agenda más amplia de desarrollo. Nada menos que la viabilidad de nuestro planeta y el futuro de la humanidad están en juego. Insto a los encargados de formular políticas y a todas las partes interesadas a que presten atención al mensaje de este valioso y oportuno informe” (BAN KI-MOON, Prólogo. en NACIONES UNIDAS, Objetivos de desarrollo del Milenio. Informe 2009, Nueva York 2009, p. 3.).*

Para los cristianos, estos son los heridos a la vera del camino que reclaman hoy y siempre nuestra inaplazable compasión samaritana. Esto implica que deben ser ellos los destinatarios principales no sólo del interés prioritario de la Iglesia y de los creyentes, sino también de los recursos económicos y humanos de la Iglesia. Esto es lo que se dice al menos en textos como el documento “La Iglesia y los pobres”, firmado por la Comisión Episcopal de Pastoral Social a fecha 21 de febrero de 1994: *“La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres.*

Del dicho al hecho sólo media el compromiso. Ese paso es el que no sólo deseamos, sino el que sentimos como radical imperativo moral en estos momentos. Por otra parte, el compromiso compasivo y solidario necesita de mediaciones adecuadas para que resulte eficaz, lo cual exigirá de los cristianos acostumbrarnos a pensar y trabajar desde una pluralidad de

mediaciones, nunca agotadas en las que ya solemos ocuparnos. En este momento, necesitamos salir de nuestros reductos eclesiásticos e implicarnos más en proyectos alternativos de carácter económico, político y social, y aunque como Iglesia no dispongamos de soluciones técnicas para todos estos problemas, sí podemos pensar al lado de otros expertos en estas materias y, sobre todo, apoyar iniciativas y pequeñas experiencias que ya se están dando en todos estos campos y que apuntan a ese horizonte utópico de creación de un mundo más humano, justo y solidario.

IV

Rutas para ser cristiano en un mundo globalizado y en crisis

Ética y moral hoy*

INTRODUCCIÓN

De todos es conocido que, históricamente, el binomio fe-razón, especialmente la razón surgida de la modernidad, no han hecho buen maridaje dentro de la Iglesia católica. La Inquisición, el *Syllabus*, el Índice de libros prohibidos, el Santo Oficio, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe... son nombres referidos a instituciones eclesíásticas al servicio de la defensa de la fe que, con demasiada frecuencia, se opusieron a los principios de la recta razón e hicieron y aún hacen sufrir demasiado a personas y cristianos audaces que, apoyados en su fe y en su razón, se atrevieron y se atreven a pensar de manera distinta a como lo hacen quienes detentan el poder dentro de la Iglesia.

Como cristianos, asumimos que la razón y la fe son las dos fuentes básicas del conocimiento humano o, como dice Juan Pablo II al comienzo de la encíclica *"Fides et Ratio"* (14 de septiembre de 1998), *"la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad"*. Pero ¿qué pasa con todas esas personas para las cuales la fe en Dios se ha hecho irrelevante? ¿La sola razón es capaz de guiar al ser humano hacia la verdad y el bien?... Si nuestra identidad de cristianos es seguir a Jesús, (que pasó

* Conferencia pronunciada en el XIII Congreso de Justicia y Paz del Colectivo Verapaz. Vigo, 28-30 de marzo de 2008.

haciendo el bien y luchando contra las fuerzas del mal porque Dios estaba con Él) y acoger y comprometernos con la causa del Reino de Dios (que es reino de vida, reino de justicia, reino de verdad, reino de amor, reino de paz...), ¿cuáles han de ser nuestras actitudes y compromisos ante los hombres y ante el mundo? ¿De condena, de crispación... o de acogida, diálogo respetuoso y búsqueda compartida con ellos de la verdad y del bien?

Los cristianos de hoy formamos parte de una sociedad pluralista y secularizada, y es ahí donde estamos invitados a seguir a Jesús y a hacer visible el Reino de Dios. Por eso, lo que os propongo es reflexionar sobre una serie de cuestiones que me parecen fundamentales y, por lo mismo, deseables para que los cristianos de hoy nos situemos adecuadamente en medio del mundo en que nos toca vivir. La perspectiva en la que me situaré, como ya señalé, es la perspectiva ético-teológica.

1. PUNTO DE PARTIDA: LA EXPLORACIÓN DE CANAÁN (NUM 13,1-14,9)

Yahvé habló a Moisés y le dijo: “Envía algunos hombres, uno por cada tribu paterna, para que exploren la tierra de Canaán que voy a dar a los israelitas. Que sean todos principales entre ellos”. Los envió Moisés, según la orden de Yahvé, desde el desierto de Parán... Moisés los envió a explorar el país de Canaán, y les dijo: “Subid ahí al Négueb y después subiréis a la montaña. Reconoced el país, a ver qué tal es, y el pueblo que lo habita, si es fuerte o débil, escaso o numeroso, y qué tal es el país en que viven, bueno o malo; cómo son las ciudades en que habitan, abiertas o fortificadas; y cómo es la tierra, fértil o pobre, si tiene árboles o no. Tened valor y traed algunos productos del país... Ellos subieron y exploraron el país...”

Al cabo de cuarenta días volvieron de explorar la tierra. Fueron y se presentaron a Moisés, Aarón y a toda la comunidad de los israelitas, en el desierto de Parán, en Cadés. Les hicieron una relación a ellos y a toda la comunidad, y les mostraron los productos del país.

Les contaron lo siguiente: “Fuimos al país al que nos enviaste, y en verdad que mana leche y miel; éstos son sus productos. Sólo que el pueblo que habita en el país es poderoso; las ciudades, fortificadas y muy grandes; hasta hemos visto allí descendientes de Anaq...”

Caleb acalló al pueblo delante de Moisés, diciendo: "Subamos y conquistaremos el país, porque sin duda podremos con él". Pero los hombres que habían ido con él dijeron: "No podemos subir contra ese pueblo, porque es más fuerte que nosotros". Y empezaron a hablar mal a los israelitas del país que habían explorado diciendo: "El país que hemos recorrido y explorado es un país que devora a sus propios habitantes. Toda la gente que hemos visto allí es gente alta. Hemos visto también gigantes, hijos de Anaq, de la raza de los gigantes. Nosotros nos teníamos ante ellos como saltamontes, y eso mismo les parecíamos a ellos".

Entonces toda la comunidad alzó la voz y se puso a gritar; y la gente estuvo llorando aquella noche. Luego murmuraron todos los israelitas contra Moisés y Aarón, y les dijo toda la comunidad: "¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! Y si no, ¡ojalá hubiéramos muerto en el desierto! ¿Por qué Yahvé nos trae a este país para hacernos caer a filo de espada y que nuestras mujeres y nuestros hijos caigan en cautiverio? ¿No es mejor que volvamos a Egipto? Y se decían unos a otros: "Nombremos a uno jefe y volvamos a Egipto".

Moisés y Aarón cayeron rostro en tierra delante de toda la Asamblea de la comunidad de los israelitas. Pero Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Yefunné, que eran los que habían explorado el país, rasgaron sus vestiduras y dijeron a toda la comunidad de los israelitas: "La tierra que hemos recorrido y explorado es muy buena tierra. Si Yahvé nos es favorable, nos llevará a esa tierra y nos la entregará. Es una tierra que mana leche y miel. No os rebeléis contra Yahvé, ni temáis a la gente del país, porque son pan comido. Se ha retirado de ellos su sombra, y en cambio Yahvé está con nosotros. No tengáis miedo".

Protagonistas de este pasaje: 1) Comunidad creyente cansada (desesperanzada) en medio del desierto. 2) Jefes del pueblo (jerarquía) que envía exploradores por delante, mientras ellos acompañan a la comunidad. 3) Exploradores que son enviados por delante para servicio de la comunidad.

2. CONCILIO VATICANO II: ENVÍO DE EXPLORADORES

(Desesperanza en medio del desierto) En el campo de la moral, desde el Concilio de Trento se había impuesto en la Iglesia el modelo de moral casuística, una moral que había perdido sus raíces teológicas al desvincular el compromiso moral cristiano del acontecimiento salvador y gratuito de Dios en

Jesucristo, una moral más centrada en el cumplimiento de la ley que en la plenificación personal del ser humano, una moral individualista, incapaz de dar respuesta a los nuevos problemas surgidos en una sociedad que experimentaba cambios profundos en todas las dimensiones de la vida. Frente a esta moral carente de vitalidad habían reaccionado con serios intentos de renovación varios autores de la Escuela de Tubinga en el siglo XIX y a partir de la tercera década del siglo XX, pero su intento no había tenido el éxito esperado, al ser incomprensidos y censurados por la jerarquía católica, defensora del modelo moral casuista. Sin embargo, el movimiento renovador no se detiene y será Bernard Häring, al publicar su obra *La ley de Cristo* (1954), quien le dé el impulso definitivo. Aunque esta obra tampoco estuvo exenta de polémica, la nueva orientación de la moral cristiana estaba servida para ser abordada en la Asamblea Conciliar.

El diálogo entre los partidarios de la renovación de esta disciplina teológica y aquellos que querían seguir aferrados al modelo de propuesta moral casuística no fue fácil. El esquema presentado por la comisión encargada al efecto para la elaboración del documento sobre la teología moral era de signo continuista y fue rechazado en su totalidad por la asamblea conciliar y ya no fue sustituido por otro. Esta es la razón de que entre los documentos conciliares no aparezca ningún lugar en el que de manera orgánica y sistemática se estudie la teología moral, especialmente aquellas cuestiones relacionadas con su fundamento. A pesar de esta ausencia, el conjunto de los documentos conciliares contienen directrices y orientaciones que vienen a ser como auténticas bocanadas de aire fresco para la teología moral, tal y como ha sido reconocido y expresado por un gran número de especialistas en esta materia. Philippe Delhaye ha destacado el cambio operado en los siguientes términos: *“La obsesión de descubrir y medir pecados ha desaparecido... Se presentan los valores morales al lado de los valores intelectuales, afectivos, sociales; en una palabra, los valores humanos y culturales... El enfoque ya no es individualista, sino comunitario; se tiene la convicción de que es necesario pasar por una serie de reformas estructurales para hacer posible la aplicación de los imperativos morales... Se perfila una colaboración entre la teología y las ciencias humanas. El papel de la moral cristiana consiste en aportar el enfoque de*

la fe, el dinamismo de la caridad, la fuerza de la gracia cristiana en el interior mismo de estos hechos (conocidos por las ciencias humanas) para extraer mejor su sentido profundo y ofrecerles la posibilidad de superarse”⁵⁸.

(*Envío de exploradores*) Además de estas aportaciones contenidas en las grandes constituciones conciliares, hay un texto en el que, de forma expresa, la asamblea conciliar recomienda la renovación de la teología moral. Es un párrafo del decreto *Optatam totius*, el cual ha llegado a ser considerado como la “nueva carta magna” de la teología moral. Dice así: “Póngase especial cuidado en perfeccionar la teología moral, cuya exposición científica, más nutrida de la doctrina de la Sagrada Escritura, ilustre la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo, y su obligación de producir fruto para la vida del mundo en la caridad” (OT 16). Como puede observarse, en él se expresa no sólo una petición de renovación, sino que se enuncian también las características o líneas de fuerza que ha de tener la misma. A este texto nos remitimos, en primer lugar, para descubrir el deseo renovador del Concilio en el campo de la teología moral.

2.1. *Optatam totius*: nueva orientación para la teología moral

El decreto “*Optatam totius*” sobre la formación sacerdotal es un documento doctrinalmente menor por relación a las grandes constituciones conciliares –*Lumen Gentium*, *Dei Verbum*, *Sacrosanctum Concilium*, *Gaudium et Spes*–, sin embargo, la misma Asamblea Conciliar, siendo consciente de que “la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes”, propone en este documento un plan de formación sacerdotal en el que se incorporen “*las innovaciones que responden a las Constituciones y Decretos de este Santo Concilio, y a las cambiadas circunstancias de los tiempos*”⁵⁹. Se trata, pues, de un documento de vital importancia en orden a poner en práctica las nuevas orientaciones doctrinales emanadas del conjunto de los documentos conciliares. El capítulo V (nn. 13-18) de *Optatam totius* está

58. PH. DELHAYE, “El Vaticano II y la teología moral”, *Concilium* 75 (1972) 217.

59. CONCILIO VATICANO II, *Optatam totius*. Proemio.

dedicado a la “revisión de los estudios eclesiásticos”, y es en ese contexto donde se ubica el texto referido a la renovación de la moral, cuyas orientaciones pasamos a comentar.

a) Un saber con rigor académico y científico

El Concilio invita a perfeccionar la teología moral dotándola de rigor científico. Esta primera directriz se refiere a la ética teológica en cuanto materia de estudio, en cuanto saber organizado. La renovación o perfeccionamiento se ha de realizar mediante la incorporación de exigencias de criticidad teórica que hagan creíbles y aceptables –o al menos, respetables– sus análisis y proposiciones en una sociedad marcada por la secularización y el dominio de la razón crítica. Nuevas corrientes filosóficas nacidas de la modernidad (personalismo, filosofía de los valores, etc) vendrán a ocupar el puesto que desde la Edad Media había ocupado la filosofía aristotélica, sobre todo en la teología escolástica tomista, para otorgarle nueva consistencia argumentativa. Esta exigencia de racionalidad abrirá también el discurso teológico moral a las aportaciones de otro tipo de saberes científicos, que le proporcionarán un conocimiento más adecuado de la realidad humana sobre la cual la ética se pronunciará posteriormente, aportando un sentido humanizador a la misma. Como parte de la teología, la ética teológica ha de esforzarse por dar razón de los compromisos y exigencias históricas que brotan de los misterios revelados al ser humano por Dios en Jesucristo.

La invitación a dotar de un estatuto científico a la ética teológica busca, sobre todo, recuperar, en una sociedad ilustrada, la credibilidad y significación que la moral tradicional hacía tiempo que había perdido. La utopía del humanismo cristiano quiere ser relevante al lado de otros humanismos de carácter secular y frente a propuestas éticas de menor alcance humanizador; para ello, necesita pasar la prueba de la razón crítica en sus análisis y propuestas.

b) La Sagrada Escritura, fuente de la ética teológica

Dentro de las fuentes teológicas (sagrada escritura, tradición, magisterio), la sagrada escritura ha de ser la fuente principal de la teología y de la ética (DV 24). Durante mucho

tiempo, kerigma y moral habían caminado por separado, con el consiguiente empobrecimiento para ambas. La teología se había reducido a una reflexión sin conexión con la realidad, y la moral quedaba reducida a puro casuismo carente de vitalidad. La asamblea conciliar, consciente de la situación, propone como principio de renovación volver a conectar la moral con el acontecimiento salvador de Cristo (como habían hecho los Santos Padres de la Iglesia y Santo Tomás) y, para ello, es imprescindible volver a la Sagrada Escritura como fuente primera de la verdad revelada, iniciada en la creación y llevada a plenitud en Jesucristo. Una auténtica renovación de la ética teológica cristiana ha de partir de una vuelta a esta fuente originaria. Ahora bien, “*si se quiere mantener el rigor científico anteriormente postulado, una ética teológica penetrada de Escritura ha de estar basada sobre un conocimiento crítico del contenido ético expresado en ella, tal y como hoy se realiza en los modernos métodos exegéticos y hermenéuticos*”⁶⁰, y que con tanta claridad habían quedado explicitados en la Constitución *Dei Verbum*⁶¹.

c) Una ética que tiene por centro a Cristo

Una moral que *ilustre la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo*. En esta invitación conciliar se destacan una serie de deseos profundamente renovadores para la moral cristiana. En primer lugar, Cristo es el centro de la revelación bíblica y en Él ha de tener su centro la moral cristiana. Naturalmente, una ética que pretenda ser teológica ha de tener como referencia central a Dios; y una ética teológica cristiana ha de tener su centro en Cristo, el cual anuncia y realiza el reinado de Dios como don u oferta gratuita de salvación y perdón de los pecados para el ser humano. Con esta referencia fundamental, la teología moral cristiana quedará marcada por la gracia, a la cual no se puede corresponder desde la simple obediencia a la ley, sino desde la libertad y el amor. Desde esta perspectiva de amor gratuito es como debe entenderse el anuncio del Reino como Buena Noticia (Mt 4,23; Mc 1,1), las bienaventuranzas

60. J. VICO PEINADO, *Éticas teológicas ayer y hoy*, Paulinas, Madrid 1993, p. 89.

61. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, n° 12.

(Mt 5,1-12; Lc 6,20-23), la preferencia en el reino de los pequeños y sencillos (Mt 11, 25-27; Lc 10, 21-22; Mc 10,13-16), las enseñanzas sobre la Providencia que el Padre tiene sobre todos los hombres adelantándose a sus necesidades (Mt 6,25-34; Lc 12,23-31) y la mayoría de las parábolas (banquete nupcial, viñadores, hijo pródigo...). Sólo quien abre su corazón y entra en esta dinámica de gratuidad y agradecimiento (en eso consiste la conversión) recibe y actualiza el Reino, estableciendo un nuevo tipo de relaciones –relaciones de amor y comunión– con los demás. Y la misma perspectiva de donación gratuita es la que explica la praxis de Jesús, marcada por el amor incondicional al otro (al diferente, al prójimo) para lograr la comunión universal, que era cuestionada por leyes de pureza ritual, por razones de cálculo económico, por tradiciones culturales, por barreras sexuales, familiares y nacionales. En esta dinámica podemos entender también los milagros, las comidas de Jesús con publicanos y pecadores, su cercana relación con las mujeres, enfermos, extranjeros y toda suerte de marginados sociales. Este ideal de vida, marcado por el don y la comunión, tiene su expresión máxima en la entrega de su vida en la cruz, y se actualizará en las comidas fraternas después de la resurrección. Ese será precisamente el lugar donde a los discípulos se les “abrirán los ojos” y reconocerán al Dios vivo en medio de la comunidad (Lc 24,31). El amor será el signo en el que los demás reconocerán en los cristianos la condición de discípulos de Jesús (Jn 13,35)...

d) Una ética de santidad (ética positiva, de despliegue)

En segundo lugar, la invitación a la renovación de la moral para que *“ilustre la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo”* apunta hacia una ética de santidad, de plenitud. El horizonte escatológico del Reino de Dios (don, vida, perdón, comunión...) abre a los seguidores de Jesús a una moral de plenitud (de máximos): “vosotros, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,43-48). La teología moral deberá mostrar la excelencia de la vocación a la que han sido llamados los cristianos, es decir, expresar y vivir tensionalmente la utopía humanizadora contenida en el plan salvador de Dios manifestado en Cristo Jesús. Así, pues, la moral cristiana no deberá estar centrada en el pecado, ni habrá de

formularse negativamente (no hagas esto, no hagas lo otro), ni se identificará con el cumplimiento de exigencias éticas mínimas compartidas por todos en orden a posibilitar una convivencia democrática, sino que deberá formularse en clave de actualización personal y comunitaria del modelo de humanidad contenido en la utopía escatológica del Reino de Dios.

Se trata, pues, de una ética exigente, expansiva, creativa, una ética de la santidad, alimentada por la espiritualidad evangélica del amor servicial. Esta invitación es para todos los cristianos, porque *“en la Iglesia todos están llamados a la santidad”* (LG 39, 40, 41). La vocación como llamada a la salvación, a participar en la dinámica del reino de Dios, es un don (una gracia), de la cual se deduce una vida santa. El compromiso moral del cristiano brota, pues, como exigencia interior agradecida ante la grandeza del don recibido (“tesoro” o “perla” que llena las aspiraciones de quienes lo han descubierto), no como exigencia de códigos legales impuestos desde fuera.

e) Una ética enraizada en la historia de la salvación

La moral cristiana tiene su centro en el acontecimiento salvador de Jesucristo, pero los cristianos vivimos nuestro proyecto moral en una historia, historia de salvación, abierta y tensionada hasta la manifestación plena del Señor en el reino escatológico. Y es aquí, en esta historia, donde el Concilio Vaticano II nos pide renovar la teología moral para ilustrar la grandeza de la vocación a la que hemos sido llamados y a vivirla con un discernimiento de carácter evangélico. Es en la historia, siempre cambiante, donde estamos invitados a seguir a Jesús recreando su interioridad (experiencia de la cercanía benevolente de Dios, a quien llama Padre), su preocupación por la causa del Reino de Dios y su amor misericordioso por todos, especialmente por los débiles, para crear la comunidad de los Hijos de Dios. La experiencia de Dios como Padre sitúa la moral cristiana en un clima de gratuidad y agradecimiento; la causa del Reino aporta a la moral cristiana su horizonte escatológico de realización y el dinamismo intrahistórico como lucha contra las numerosas y variadas resistencias y fuerzas del mal que ocultan e impiden el crecimiento de ese Reino de Dios en el mundo; el amor preferencial por los pobres es uno de los signos de la presencia del Reino, uno de los criterios

fundamentales de veracidad y credibilidad de la moral de los seguidores de Jesús en el mundo actual.

f) Una ética al servicio de la comunidad eclesial

Los sujetos y destinatarios de esta ética a la que se pide renovación son “los fieles en Cristo”, es decir, la comunidad eclesial. La ética teológica ha de estar al servicio de la comunidad eclesial, iluminando y animando su caminar comprometido en el mundo, de forma que se haga visible en ella el misterio salvador de Cristo. Dado el carácter escatológico de la Iglesia, la vida cristiana ha de concebirse en proceso de conversión constante, y la teología moral como un saber abierto a las nuevas circunstancias históricas, sociales y culturales, un saber abierto al diálogo con otros proyectos éticos y religiosos... en medio de los cuales está establecida la comunidad eclesial. Un saber construido en libertad (la libertad de los Hijos de Dios), para así poder buscar la verdad conforme a la dignidad humana y a su naturaleza social (DH 3).

g) Una ética eficaz: fecunda en amor para la vida del mundo

La consecuencia de la llamada al seguimiento de Jesús es precisamente ésta: “Producir frutos de caridad para la vida del mundo”.

Efectivamente, colocar a Jesús en el centro de la teología moral es afirmar que el amor es su corazón y su alma. En esta perspectiva, las leyes y cualquier tipo de instituciones quedan supeditadas a la única ley que es capaz de romper las barreras entre los seres humanos, la ley del amor.

Este espíritu compasivo y misericordioso de Jesús ha de ser la fuente en la que continuamente beba la moral de sus seguidores si no queremos desvirtuarla. En la parábola del Buen Samaritano (Lc 10), la conclusión de Jesús es tajante: “Vete y haz tú lo mismo”, es decir, compórtate misericordiosamente, hazte próximo de los demás y ámalos como Jesús los ama: “Este es mi mandamiento, amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13,34). Esta será la señal por la que os reconocerán como discípulos míos. Y este ha sido el imperativo

moral que asumieron los mejores hijos de la Iglesia a lo largo de la historia y es el imperativo que desafía a los cristianos del presente milenio.

El amor de Jesús es universal, pero en una sociedad marcada por el desamor y la injusticia, su amor adquiere una predilección por el pobre, marginado, no amado. Y esto sigue siendo un auténtico desafío para la Iglesia y para la moral cristiana.

Esta intuición de que el amor debe ser el alma de la ética ya está claramente expresada en la *Lumen Gentium*: “La caridad, como vínculo de la perfección y plenitud de la ley, rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin. De ahí que la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo” (42).

Ética comprometida con la vida del mundo. La renovación de la teología moral ha de contemplar la superación de los planteamientos individualistas de la moral tradicional preconiliar. La formulación ética ha de tener en cuenta la dimensión individual de la persona, pero no puede desentenderse del mundo en el que le toca vivir. Y lo mismo puede decirse de la Iglesia, ha de estar descentrada de sí misma y centrada en testimoniar (hacer visible y operativa) la utopía del Reino de Dios en medio de y al servicio del mundo (cfr. LG 9).

Esta es su misión. Pero para cumplirla, se propone un método: es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos de cada época, e interpretarlos a la luz del evangelio. Escrutar los signos de los tiempos quiere decir, en primer lugar, analizar a fondo cada época histórica, en sus causas y en sus efectos. Sin este primer momento, la Iglesia y la moral se quedan desubicadas, se quedan reducidas a algo ahistórico, sin capacidad para identificarse con los gozos y las esperanzas, penas y tristezas de la humanidad (GS 1), y sin capacidad para incidir de manera transformadora sobre ellas.

2.2. *Gaudium et Spes: texto programático para elaborar la moral concreta*

Aunque *Gaudium et Spes* sea considerada la “constitución pastoral” del Concilio, su aportación a la teología moral es de tal importancia que algunos especialistas han llegado a

considerarla como “*el texto programático de lo que será la Teología moral social postconciliar*”⁶².

La primera parte de este documento ofrece a la nueva moral las bases teológicas, eclesiológicas y antropológicas sobre las cuales ha de apoyarse:

a) Cercanía afectiva entre la Iglesia y el mundo

El documento comienza afirmando la unión de la Iglesia con toda la familia humana: “*El gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta de hombres que, reunidos en Cristo, son dirigidos por el Espíritu Santo en su peregrinación hacia el reino del Padre, y han recibido, para proponérselo a todos, el mensaje de la salvación. Por ello esta comunidad se siente verdadera e íntimamente solidaria con la humanidad y con su historia*” (GS 1). Se trata, pues, de una nueva comprensión de la Iglesia, entendida como parte del mundo y de su historia, y vinculada a toda la familia humana por la solidaridad que nace del acontecimiento de salvación universal protagonizado por Dios, que es trinidad, es decir, comunión de personas. Desde esta comprensión eclesial, es como los cristianos deben sentirse urgidos a “*dar frutos de caridad para la vida del mundo*” (OT 16).

b) Dignidad del entendimiento, de la conciencia moral y grandeza de la libertad

Después del interesante “proemio”, la constitución conciliar *Gaudium et Spes* aborda en su primera parte el tema de “*La Iglesia y la vocación del hombre*”, donde se analizan una serie de principios doctrinales que van a resultar decisivos para la renovación de la teología moral. En primer lugar, la comprensión del ser humano, centrada en la dignidad de

62. J. QUEREJAZU, *La teología moral social postvaticana. Génesis e instancias*, en VV.AA., *La moral social hoy*, PS, Madrid, 1993, pp. 19-22.

la persona humana (capítulo 1, nn. 12-22) y en su comunitariedad (capítulo 2, nn. 23-32), principios que resultan de la afirmación bíblico-doctrinal del hombre, imagen de Dios en Jesucristo. La referencia cristológica es central en la comprensión antropológica conciliar: *“En realidad, el misterio del hombre no se aclara de verdad, sino en el misterio del Verbo encarnado. Adán, el primer hombre, era, en efecto, figura del que habría de venir, Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”* (GS 22). Se completa así la afirmación hecha en la constitución *Dei Verbum*: *“La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Jesucristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación”* (DV 2).

Una de las expresiones de la dignidad humana es la naturaleza intelectual de la persona humana, capaz de buscar y conocer la verdad y el bien (GS 15) y su naturaleza libre, sin la cual el hombre no puede entregarse al bien (GS 17). Ahora bien, esta libertad no ha de ser ciega, caprichosa o arbitraria, *“la auténtica libertad es una espléndida señal de la divina imagen en el hombre, ya que Dios quiso dejar al hombre en manos de su propia decisión, de modo que sepa buscar espontáneamente a su Creador y llegar libremente a la plena y feliz perfección, por la adhesión a Él. Por consiguiente, la dignidad del hombre requiere que obre según una libre y consciente elección, movido e inducido personalmente, desde dentro, no bajo un impulso ciego o una mera coacción externa”* (GS 17). Puesto que el ser humano es frágil y pecador, para que la libertad individual pueda elegir adecuadamente el bien necesita estar abierta a las “oportunas ayudas” exteriores y a la “gracia divina” (GS 17).

El lugar donde el ser humano percibe la verdad y el bien es la conciencia. *Gaudium et Spes* dedica un magistral apartado a resaltar la dignidad y el dinamismo de la conciencia moral: *“En lo hondo de la conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, a la cual debe obedecer y cuya voz suena oportunamente en los oídos de su corazón, invitándole a amar y obrar el bien, y a evitar el mal: haz tal cosa, evita tal otra. El hombre lleva en su corazón la ley escrita por Dios, en cuya obediencia consiste su propia dignidad y según la cual*

será juzgado. La conciencia es como un núcleo recóndito, como un sagrario dentro del hombre, donde tiene sus citas a solas con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de aquélla.

La conciencia le da a conocer de modo maravilloso aquella ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. Por la fidelidad a su conciencia, los cristianos se unen a los demás hombres en la búsqueda de la verdad y en la acertada solución de tantos problemas morales que surgen en la vida individual y social. De ahí que, cuanto más se impone la recta conciencia, tanto más los individuos y las comunidades se apartan del arbitrio ciego y se esfuerzan por ajustarse a las normas objetivas de la moralidad. Sin embargo, no pocas veces sucede que la conciencia yerra por ignorancia invencible, sin que por eso pierda su dignidad, lo cual no se puede decir cuando el hombre no se preocupa gran cosa por conocer la verdad y el bien, y la conciencia se pone así al borde de la ceguera por la costumbre del pecado” (GS 16).

La importancia que, para el Concilio, tiene la conciencia en el comportamiento moral es realizada en la Declaración “*Dignitatis Humanae*” sobre la libertad religiosa. Después de afirmar que el derecho a la libertad religiosa está fundado en la dignidad misma de la persona humana y que esta libertad debe orientarse a buscar la verdad y a ordenar toda la vida según las exigencias de la verdad (DH, 2), el Concilio hace un auténtico homenaje a la conciencia, en estos términos: “*Ahora bien, la verdad se debe buscar de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación y con el apoyo del magisterio o educación, de la comunicación y del diálogo, mediante los cuales unos y otros exponen la verdad que han encontrado, o que creen haber encontrado, a fin de ayudarse mutuamente en la investigación de la verdad; y una vez conocida esta verdad hay que prestarle firme adhesión con un asentimiento personal. El hombre percibe y reconoce por medio de su conciencia los dictámenes de la ley divina, y para llegar a Dios que es su fin, tiene obligación de seguir fielmente esa conciencia en toda su actividad. Por tanto no se le puede forzar a actuar contra su conciencia. Ni tampoco se le puede impedir que actúe según su conciencia, sobre todo en lo religioso” (DH 3).*

Las afirmaciones contenidas en estos textos conciliares son decisivas en orden a la construcción moral de los seres humanos como sujetos de su vida y de su historia. Y, como fácilmente se aprecia, nos remiten a un tema que no podemos pasar por alto a la hora de abordar el valor moral de la conciencia, es la necesidad de su formación. *Dignitatis Humanae* alude a este proceso formativo cuando se refiere a la “libre investigación, el apoyo del magisterio, la comunicación y el diálogo” como medios para buscar la verdad (DH 3).

La necesidad de formar la conciencia nace de su condición limitada y falible, de la posibilidad siempre abierta de caer en el error a la hora de percibir y adherirse a la verdad y al bien; por lo tanto, el objetivo que ha de perseguir la formación de la conciencia no puede ser otro que “hacerla objeto de conversión a la verdad y al bien”⁶³. Con unos acentos u otros, la llamada a formar la conciencia ha sido una constante a lo largo de la historia de la teología moral. Pero la novedad, complejidad y problematicidad del mundo y de las situaciones que viven actualmente las personas y que afectan también al resto de los seres, hacen que esta necesidad formativa de la conciencia sea algo absolutamente urgente y prioritario. En primer lugar, para tomar conciencia de los problemas que nos rodean y de los mecanismos causales que los producen; en segundo lugar, para poder enjuiciarlos convenientemente y, a partir de ahí, actuar como sujetos racionales y libres, capaces de orientar nuestra historia personal y comunitaria hacia un destino de plenitud y de sentido, y no permitir que la apatía, la ignorancia, el egoísmo, el totalitarismo de la razón instrumental... o, en fin, los pecados personales y estructurales, nos conduzcan hacia la catástrofe, la barbarie, la esclavitud o el sin sentido.

Una vez constatada la necesidad que todos tenemos de formar nuestra conciencia para “convertirnos a la verdad y al bien”, un problema serio surge cuando tratamos de precisar qué es la verdad y qué es el bien para cada uno. De todos es conocido que las distintas respuestas a este problema han dado lugar a la pluralidad de sistemas éticos habidos a

63. *Ibid.*, n° 64.

lo largo de la historia de los diversos pueblos y culturas. Pero el problema se agranda cuando la interrelación entre los pueblos y las culturas está rompiendo barreras y todos estamos llamados a convivir planetariamente. En este caso, no cabe opción más razonable que educarnos para el diálogo sincero y la búsqueda compartida de aquellos valores que sean reconocidos como patrimonio de toda la humanidad y, por lo mismo, como contenido y exigencia irrenunciable de una ética mundial y planetaria. Las progresivas declaraciones universales de los derechos humanos muy bien podrían ser consideradas como la base objetiva de esa ética universal (en esas formulaciones estarían esclarecidos el bien y la verdad reconocidos por todos), a la cual debería convertirse progresivamente toda conciencia bien formada.

Apoyándose en numerosas referencias evangélicas⁶⁴, el Concilio Vaticano II afirma en una de sus constituciones dogmáticas que *“la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Jesucristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación”* (DV 2). Ciertamente, la fe de la Iglesia confiesa que en Jesucristo se ha manifestado de manera plena la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre. El problema surge cuando los cristianos nos planteamos ser fieles (teórica y prácticamente), en cambiantes situaciones históricas, a una verdad que ha sido revelada y transmitida en un tiempo y en una cultura determinada y sometida, por tanto, al dinamismo de la historia. Esto hace que el acceso a la verdad objetiva no siempre sea fácil y que aquélla se torne para el hombre en pregunta abierta, que requiere una actitud de búsqueda constante y compartida de la verdad para poder

64. “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27). “La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (Jn 1,17). “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí” (Jn 14,6). “Padre glorifica a tu Hijo... y que dé vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17,1-3). “El mismo Dios... ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Cor 4,6). “En Cristo se nos dio a conocer el misterio de su voluntad” (Ef 1,9).

acceder a ella. El ser humano se convierte así de poseedor de la verdad en buscador incansable de la misma. Cuando pierde este carácter de buscador y se cree en posesión de la verdad, es entonces cuando corre el riesgo de “aprisionar la verdad con la injusticia” (Rom 1,18).

- c) El bien común, expresión de la dignidad de todos los seres humanos

La dignidad humana se manifiesta también en la esencial relacionalidad de los seres humanos. Creado a imagen y semejanza de Dios, *“el hombre es, en efecto, por su misma naturaleza, un ser social, y sin relacionarse con otros no puede ni vivir ni desarrollar sus propias cualidades”* (GS 12). También en este aspecto, ha sido Jesucristo, auténtica “imagen de Dios invisible”, quien nos ha reconciliado con Dios mediante su vida, muerte y resurrección y, mediante la acción de su Espíritu, nos ha capacitado para cumplir la nueva ley del amor (GS 22). Y esta será la clave fundamental para que el ser humano, todos los seres humanos sin excepción, puedan desarrollar su vida con dignidad y desarrollar su vocación: vivir en una relación de amor con los demás, pues tienen todos una e idéntica finalidad, que es Dios mismo. Por eso el amor a Dios y al prójimo es el primero y más importante de los mandamientos, y los escritos neotestamentarios nos enseñan que el amor de Dios no puede separarse del amor al prójimo. Este mandamiento, plenitud de la ley, cobra especial importancia en una sociedad en la que crecen cada día la interdependencia de los hombres y la unificación del mundo (GS 24).

Este amor, que es cultivado en el trato con los otros, la ayuda mutua, el diálogo (GS 25), deberá expresarse en la promoción del bien común, es decir, en el esfuerzo por garantizar a todos los seres humanos todo aquello que necesitan para llevar una vida dignamente humana: *“Alimento, vestido, vivienda, derecho de elegir libremente un estado de vida, derecho de fundar una familia, derecho a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una debida información, a obrar según la recta norma de su conciencia, a la protección de su vida privada y a una justa libertad incluso en el campo religioso”* (GS 26). Deberá expresarse también en el respeto incondicional a la persona humana, en el servicio

a todos, especialmente a los más pobres y necesitados, y en el rechazo radical de todos aquellos comportamientos que atenten contra la vida y la dignidad de toda persona humana (GS 27). Este respeto y amor ha de extenderse, a ejemplo de Cristo, también a los enemigos y adversarios (GS 28), “*reconociendo cada vez más la fundamental igualdad entre todos los hombres*” (GS 29). El Concilio establece así el marco adecuado para una sólida fundamentación ética de los derechos y deberes humanos.

El Capítulo II termina con una petición de superación de una ética individualista, pues “*el deber de justicia y de caridad lo cumple el hombre cada día mejor si, contribuyendo al bien común según su propia capacidad y las necesidades de los demás, promueve y favorece también las instituciones públicas o privadas que, a su vez, sirven para transformar y mejorar las condiciones de vida del hombre*” (GS 30). La responsabilidad, participación y solidaridad, por ser valores vinculados a la dignidad humana, serán claves fundamentales de la moral social diseñada en este texto conciliar.

d) Iglesia y teología moral abiertas al mundo

Un último principio doctrinal con implicaciones en la teología moral es el desarrollado en el capítulo 4 (nn. 40-45), al abordar la “*función de la Iglesia en el mundo*”. Si en la constitución dogmática *Lumen Gentium* el Concilio habló del misterio de la Iglesia, concebida como Pueblo de Dios (LG 9-17), en *Gaudium et spes* se habla de su misión en el mundo. Ya hemos señalado que la relación de la Iglesia con el mundo presentada y querida por esta constitución pastoral es de simpatía y mutuo diálogo y colaboración.

Respecto a la ayuda que la Iglesia ofrece al mundo, desde un punto de vista moral, está la de presentar a Cristo como ideal de hombre perfecto, de manera que quienes se deciden a seguirlo se hagan a sí mismos también más perfectos. En Jesucristo se encuentra la mejor garantía para defender la verdadera autonomía del ser humano, su dignidad inalienable y los derechos y deberes que vienen a proteger esa dignidad. En efecto, “*la personal dignidad y libertad del hombre no encuentra en ninguna ley humana mayor seguridad que la que encuentra en el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. Pues*

este Evangelio proclama y anuncia la libertad de los hijos de Dios, rechaza toda esclavitud como procedente, en última instancia, del pecado, respeta como cosa santa la dignidad de la conciencia y la libertad de sus decisiones, amonesta continuamente a revalorizar todos los talentos humanos en el servicio de Dios y de los hombres, encomienda por fin a la caridad de todos” (GS 41).

Por su parte, la Iglesia ha recibido y sigue recibiendo de la sociedad cambiante un caudal fecundo de riqueza cultural y sabiduría humana que *“abren nuevos caminos para la verdad”* (GS 44) y permiten *“conocer con más profundidad la realidad social de la misma iglesia, expresarla mejor y acomodarla de modo más adecuado a nuestros tiempos”* (GS 44). Todo aquello que promueva a la comunidad humana, en los distintos ámbitos en que ésta se construye (vida económica, social, familiar, política, cultural), ha de ser reconocido por la Iglesia como de gran ayuda en orden al cumplimiento de su propia misión en el mundo.

De esta manera, *“la Iglesia, cuando recibe ayuda del mundo o ayuda ella al mundo, no tiene más que una aspiración: que venga el Reino de Dios y se realice la salvación de todo el género humano. Todo el bien que el Pueblo de Dios durante su peregrinación terrena puede ofrecer a la familia humana procede de que la Iglesia es un “sacramento universal de salvación”, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre”* (GS 45).

Esta ingente y difícil tarea de exploración fue desarrollada en el inmediato postconcilio. Pero el camino no ha sido fácil ni tranquilo. Un estudioso de la historia de la teología moral postconciliar dice a este propósito: *“Los autores de la primera generación del Concilio estuvieron en el centro de la crisis e impulsaron la revolución. Correspondió a la segunda generación del Concilio, en un momento segundo, la difícil tarea de difundir la nueva ciencia moral escribiendo los nuevos libros de texto. Hubiera sido una falsa ilusión suponer que la nueva ciencia moral, formulada en los nuevos libros de texto, iba a convencer a todos. Esto no ha ocurrido nunca inmediatamente después de las revoluciones, ni siquiera cuando esas*

revoluciones han afectado a ciencias sometidas a controles experimentales"⁶⁵.

3. SÍNODO DE LOS OBISPOS DE 1985: RELATO DE LOS EXPLORADORES A LA COMUNIDAD

Un momento decisivo en la vida de la Iglesia postconciliar lo marcó el Sínodo de los Obispos de 1985, convocado por Juan Pablo II con ocasión del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio, para hacer balance de esos años. Ahí quedaron patentes (como en el desierto de Parán) dos interpretaciones divergentes: una que se fija en los efectos positivos de los 20 años del post-concilio, y otra que presenta un balance pesimista y sombrío de los mismos. El primer grupo reconoce que la práctica religiosa y la vida de la Iglesia se han hecho más auténticas en todos los ámbitos del existir creyente: en el ámbito de la liturgia y la celebración de los sacramentos (celebraciones más vivas y creativas); en el ámbito de la catequesis y del diálogo con la sociedad y la cultura modernas (mayor sensibilidad hacia los problemas sociales, mayor apertura a la interculturalidad y al diálogo ecuménico); en el ámbito del compromiso de la caridad (se ha asumido con responsabilidad y seriedad la lucha por la justicia y la paz, así como la opción por los pobres, oprimidos y marginados); en la forma de organización eclesial (más comunitaria y participativa). Según esa línea interpretativa, *"los límites y carencias se deben a que no se ha avanzado más en estas experiencias. Si se pecó, no fue por el camino escogido, sino por la timidez y vacilación al adentrarse por caminos tan prometedores"*⁶⁶. Y su propuesta será la de seguir avanzando por el camino iniciado procurando ganar en profundidad y coherencia, tanto en el ámbito de la reflexión como en el ámbito de las prácticas eclesiales.

Al lado de esta visión positiva, apareció en el Sínodo otra visión más negativa y pesimista de la trayectoria eclesial

65. V. GÓMEZ MIER, *La refundación de la moral católica. El cambio de matriz disciplinar después del Vaticano II*, Verbo Divino, Estella 1995, p. 183.

66. J. LIBANIO, *La Iglesia desde el Vaticano II hasta el nuevo milenio*, Mensajero, Bilbao 2004, pp. 117-118.

postvaticana, una visión que ya Pablo VI había anunciado al final de su pontificado: *“Habríamos imaginado que el día siguiente del Concilio sería un día de sol, pero, en lugar de sol, tenemos nubes, tempestades y tinieblas”*⁶⁷. Poco antes del Sínodo, el entonces cardenal J. Ratzinger anticipó la que sería esa visión sinodal negativa de la evolución seguida por la Iglesia postconciliar: *“El Concilio vaticano II se encuentra en la actualidad prácticamente sin luz. Es incuestionable que los últimos 20 años han sido nítidamente desfavorables para la Iglesia Católica. Los resultados que siguieron al Concilio parecen cruelmente contrarios a las expectativas de todos, comenzando por las del Papa Juan XXIII y después las del Papa Pablo VI. Se esperaba una nueva unidad católica y, en vez de eso, se ha llegado a una división que –para usar las palabras de Pablo VI– pasa de la autocrítica a la autodestrucción. Se esperaba un nuevo entusiasmo y, con mucha frecuencia, se acabó en el tedio y en el desánimo. Se esperaba un salto adelante, y, en vez de eso, llegó un proceso progresivo de decadencia, bajo la bandera de un supuesto “espíritu del Concilio” que, de ese modo, quedó desacreditado”*⁶⁸.

Con estos antecedentes, en el Sínodo se perfila una visión mayoritariamente negativa y catastrofista, cuyos indicadores afectan también a todas las dimensiones de la vida de la Iglesia: superficialidad y subjetivismo en la liturgia, en la moral y en la interpretación de la Palabra de Dios; crecimiento de la secularización, del ateísmo, del materialismo, de la indiferencia y de la injusticia en el mundo, lo que trae consigo el crecimiento de la desafección de la sociedad hacia la Iglesia; ruptura eclesial entre el Pueblo de Dios y la jerarquía; diversidad y pluralidad doctrinal que produce en muchos fieles desconsuelo e inseguridad...⁶⁹.

Posiblemente ninguno de los dos grupos se inventa los hechos, las luces y las sombras están presentes en todos los procesos humanos. La diferencia está en dónde se ponen los acentos y en la interpretación y valoración que se hace de la realidad y del camino elegido para avanzar. Para el segundo

67. J. LIBANIO, o.c., p. 81.

68. J. RATZINGER y V. MESORI, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985.

69. *Ibid*, pp. 119-120.

grupo, mayoritario, lo que ha ocurrido es una grave pérdida de identidad católica, que es preciso recrear en viejos moldes (*Vuelta a Egipto*). Estos moldes son el reforzamiento de la autoridad y la unidad de pensamiento en una “doctrina sana y segura”, en orden a crear una Iglesia internamente cohesionada, disciplinada y con identidad clara y firme, para afrontar un mundo secularizado, materialista, hedonista, subjetivista y relativista, que ha perdido sus raíces cristianas. Para lograr esa cohesión interna es imprescindible reforzar la autoridad de la jerarquía en sus diversos estamentos (Papa, obispos, sacerdotes), revalorizar el sentido de la obediencia y fidelidad a la autoridad superior en cada uno de dichos estamentos jerárquicos y en el conjunto de los fieles cristianos, y escoger personas obedientes y de “doctrina segura” para la enseñanza y para las tareas de gobierno... (*Se nombra a otro jefe para volver al pueblo a Egipto*). Para este grupo, el pluralismo moral está afectando negativamente a la vida de la Iglesia porque crea en muchos fieles desconcierto y relativismo. Por eso, es importante recuperar la uniformidad moral que el proceso de renovación postconciliar parece haber hecho añicos.

Esta división no era nada novedosa en la Iglesia, había estado presente en el preconcilio y en la misma asamblea conciliar. Lo que ocurre es que ahora la situación era muy diferente, porque el Concilio había apostado por la renovación y en este momento el grupo con más poder de decisión en la Iglesia adoptaba una postura de repliegue, en muchos aspectos, a esquemas y métodos autoritarios del pasado, cosa que, por fidelidad al propio Concilio, quienes tenían una visión más positiva del mismo no iban a aceptar fácilmente.

Respecto al desarrollo de la teología moral fundamental postconciliar, sus logros y desafíos de futuro, ya escribí en otro lugar⁷⁰ y allí remito al lector. En esta andadura, un momento especialmente crítico fue la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, aprobado por Juan Pablo II el 25 de Junio de 1992 y mandado publicar mediante la Constitución Apostólica “*Fidei depositum*” el 11 de Octubre de 1992, trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II,

70. B. CUESTA, “Recrear la moral: apuntes pra una teología moral al final del milenio”, *Moralia* 81 (1999) 11-38.

“donde se contiene una exposición completa y sistemática de la doctrina moral cristiana”, y la encíclica Veritatis splendor, publicada por Juan Pablo II el 6 de Agosto de 1993, la cual tiene por objeto específico “afrontar algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia, bajo la perspectiva de un necesario discernimiento sobre problemas controvertidos entre los estudiosos de la ética y de la teología moral” (VS 5). De manera más amplia y concreta, en la misma introducción a la encíclica, se dice que el objeto de la misma es “reflexionar sobre el conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia, con el fin preciso de recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas. En efecto ha venido a crearse una nueva situación dentro de la misma comunidad cristiana, en la que se difunden muchas dudas y objeciones de orden humano y psicológico, social y cultural, religioso e incluso específicamente teológico, sobre las enseñanzas morales de la Iglesia. Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales, sino que, partiendo de determinadas concepciones antropológicas y éticas, se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral. En la base se encuentra el influjo, más o menos velado, de corrientes de pensamiento que terminan por erradicar la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad. Y así, se rechaza la doctrina tradicional sobre la ley natural y sobre la universalidad y validez permanente de sus preceptos; se consideran simplemente inaceptables algunas enseñanzas morales de la Iglesia; se opina que el mismo Magisterio no debe intervenir en cuestiones morales más que para “exhortar a las conciencias” y “proponer los valores” en los que cada uno basará después autónomamente sus decisiones y opciones de vida. Particularmente hay que destacar la discrepancia entre la respuesta tradicional de la Iglesia y algunas posiciones teológicas –difundidas incluso en seminarios y facultades teológicas– sobre cuestiones de máxima importancia para la Iglesia y la vida de fe de los cristianos, así como para la misma convivencia humana. En particular, se plantea la cuestión de si los mandamientos de Dios, que están grabados en el corazón del hombre y forman parte de la alianza, son capaces verdaderamente de iluminar las opciones cotidianas de cada persona y de la sociedad entera ¿Es posible obedecer a Dios y, por tanto, amar a Dios y al prójimo, sin respetar en todas las circunstancias estos

mandamientos? Está también difundida la opinión que pone en duda el nexo intrínseco e indivisible entre fe y moral, como si sólo en relación con la fe se deban decidir la pertenencia a la Iglesia y su unidad interna, mientras que se podría tolerar en el ámbito moral un pluralismo de opiniones y de comportamientos, dejados al juicio de la conciencia subjetiva individual o a la diversidad de condiciones sociales y culturales” (VS 4).

Estos textos manifiestan a las claras la doble perspectiva existente al interior de la Iglesia a la hora de sentar los fundamentos de la vida moral: la perspectiva renovadora en que vienen trabajando representantes cualificados de la denominada “moral renovada” y la perspectiva del magisterio supremo de la Iglesia y de los moralistas afines a él. Ante tal diversidad de enfoques, la encíclica dedica los nn. 109-113 a clarificar cuál es el servicio de los teólogos moralistas: *“Ellos tienen el grave deber de instruir a los fieles –especialmente a los futuros pastores– acerca de todos los mandamientos y las normas prácticas que la Iglesia declara con autoridad. No obstante los eventuales límites de las argumentaciones humanas presentadas por el Magisterio, los teólogos moralistas están llamados a profundizar las razones de sus enseñanzas, a ilustrar los fundamentos de sus preceptos y su obligatoriedad, mostrando su mutua conexión y la relación con el fin último del hombre. Compete a los teólogos moralistas exponer la doctrina de la Iglesia y dar, en el ejercicio de su ministerio, el ejemplo de un asentimiento leal, interno y externo, a la enseñanza del Magisterio, sea en el campo del dogma como en el de la moral. Uniendo sus fuerzas para colaborar con el Magisterio jerárquico, los teólogos se empeñarán por clarificar cada vez mejor los fundamentos bíblicos, los significados éticos y las motivaciones antropológicas que sostienen la doctrina moral y la visión del hombre propuestas por la Iglesia” (VS 110).*

Las reacciones a esta encíclica no se hicieron esperar. Muchos autores, representantes cualificados del modelo que hemos llamado de “moral renovada”, salieron a la palestra pública con infinidad de artículos en los que no sólo dejaban constancia del cambio de dirección que la Encíclica y el Catecismo marcaban por relación a la trayectoria que ellos venían desarrollando y en la cual se venían formando las nuevas generaciones de teólogos, sino que se quejaban del vuelco conservador que ambos documentos magisteriales contenían. En

el prólogo a una obra de colaboración⁷¹, su director, Dietmar Mieth, dice: “Con motivo de la publicación de *Veritatis splendor*, y también con la mirada puesta en las secciones morales del *Catecismo de la Iglesia Católica*, editado algunos meses antes, se reunió un grupo de moralistas, entre ellos un buen número de los que podían sentirse “aludidos” por la encíclica, para hacer un análisis de los problemas planteados por este documento doctrinal pontificio, de las tesis en él afirmadas y de las conclusiones impuestas con carácter preceptivo...Una cosa es segura: A muchos de nosotros no nos parece que merezca la pena entablar discusiones interminables con la moral neointegrista que se ha venido desarrollando en los últimos 15 años en algunos centros, ciertamente escasos, pero que gozan de la protección romana y están a la espera de las consignas de las autoridades eclesiásticas. No obstante, en nuestra condición de teólogos de la Iglesia, no podemos rehuir la tarea de llevar a cabo una labor de mediación hacia el futuro y hacia el pasado, aunque sea cada vez más difícil transmitir a una amplia opinión pública eclesial, y más difícil aún a una opinión pública social, la auténtica naturaleza de los temas debatidos... No se han visto cumplidas las esperanzas de algunos neointegristas de poner punto final, por la vía de la imposición disciplinaria, a esta controversia, dejando, por así decirlo, a la teología moral en fuera de juego, como se hizo en el pasado, también sin éxito, con las modernas ciencias bíblicas”⁷². Por el tono del texto, fácilmente podemos percibir el horno de tensiones existentes entre dos formas de entender e interpretar en la actualidad aquellas intuiciones y deseos de renovación suscitados en el Concilio Vaticano II. Mientras unos intentan recuperar la identidad católica en la actualidad mediante un control doctrinal asentado en certezas y verdades inamovibles y en la obediencia al magisterio jerárquico, otros autores prefieren seguir elaborando, de manera libre, responsable y creativa una teología moral capaz de reconciliar las grandes tradiciones del pasado con las complejas necesidades de la vida moderna.

71. VV.AA., *La teología moral ¿en fuera de juego? Una respuesta a la encíclica Veritatis splendor*, Herder, Barcelona 1995.

72. *Ibid.*, pp. 7-8.

En el campo de la moral especial o concreta, ha sido la moral social la que ha experimentado, desde mi punto de vista, una evolución más homogénea y menos traumática. En esta evolución influyó, sin duda, la nueva orientación que la doctrina social de la iglesia tomó con las encíclicas sociales *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963) de Juan XXI-II, y que profundizó el Concilio en *Gaudium et Spes* (1965) y Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio* (1967) y la carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971). Todos estos documentos supusieron el punto de partida de una renovación que aún sigue en camino.

Sobre la base de los nuevos planteamientos magisteriales en materia social, las teologías postconciliares fueron ofreciendo nuevos enfoques y perspectivas que la teología moral fue incorporando a su discurso y que vinieron a enriquecerlas y a hacerlas evangélicamente más significativas. La conciencia de la significación pública de la fe en cuanto crítica a los sistemas de dominación (teología política) supone un cambio radical por relación a la significación pública de la fe como soporte ideológico y justificador de determinados poderes establecidos, tal y como se había manifestado en el antiguo régimen. La irrupción de la categoría “pobre” como hermenéutica fundamental de la teología a través de la teología de la liberación supuso un nuevo desafío a la hora de concretizar las exigencias de la justicia y del bien común. La evolución positiva de la DSI en el postconcilio, tanto en el orden de la fundamentación⁷³ como en el de los análisis, valoraciones y

73. Rasgos de identidad de la DSI que ha señalado Juan Pablo II en la encíclica *SRS* y que han contribuido a la elaboración del nuevo estatuto epistemológico y operativo de la Teología Moral Social. Enumeramos esos rasgos: a) Instrumento del cual se sirve la Iglesia, “experta en humanidad” (PP 13), para realizar su misión (*SRS* 41). b) No es una ideología ni una tercera vía (*SRS* 41). De acuerdo con el Concilio Vaticano II se reconoce la autonomía de las realidades temporales y se concibe la DSI como una intervención dialogante y respetuosa de la secularidad y de la laicidad. c) La DSI forma parte de la teología moral social (*SRS* 41). Su discurso ha pasado de la filosofía social a la teología moral, por lo cual ha de articularse dentro de un proyecto unitario de Teología Moral Social. d) Su discurso se formula mediante tres niveles de distinta vinculación: principios de reflexión, criterios de juicio y directrices de acción (*SRS* 8). e) A partir de MM, la DSI prefiere el método inductivo al método deductivo...

propuestas concretas en las distintas áreas de lo social ha contribuido también a la consolidación paulatina de un proyecto de teología moral social evangélicamente significativo, aunque en la práctica el compromiso social de los cristianos diste mucho de ser coherente con las propuestas formuladas en las obras de moral social y en los documentos de la Doctrina Social de la Iglesia.

La moral individual, en sus dos dimensiones de ética de la sexualidad y del matrimonio y ética de la vida humana ha sido el área de la teología moral que ha suscitado mayores problemas a la hora de acometer la invitación conciliar de “perfeccionamiento y renovación”. Uno de los temas que ya habían aparecido en el Concilio era el del control de la natalidad y los medios para llevarla a cabo. Pablo VI crea una comisión de especialistas para estudiar el caso, pero las conclusiones no son unánimes. La mayoría de los miembros de la Comisión juzga que el uso de medios anticonceptivos artificiales no es intrínsecamente deshonesto, mientras que una minoría piensa lo contrario. Pablo VI se reserva para sí la decisión final y publica el 25 de Julio de 1968 la encíclica *Humanae vitae*, en la cual “*asume la posición de la minoría y decide la cuestión de manera autoritaria, retirándola del ámbito de la discusión libre dentro de la Iglesia*”⁷⁴. La postura de Pablo VI venía a confirmar los posicionamientos de Pío XI en la encíclica *Casti connubii* (1930) y las enseñanzas de Pío XII sobre el tema, si bien lo hace en un contexto de reflexión más amplio y rico (en el contexto de una visión global del hombre, de su vocación terrestre y celeste, del amor conyugal, de la paternidad responsable, de la naturaleza y finalidad del acto matrimonial de unión y procreación). Pero “las reacciones en todo el mundo revelan tiempos nuevos. En vez del acatamiento silencioso y obediente, las voces de perplejidad, de rechazo, de críticas acerbas, de profunda decepción se multiplican... Incluso en el seno de la Iglesia las opiniones son divergentes... Las posiciones más respetuosas intentan conjugar la enseñanza pontificia y la decisión personal del cristiano. Un caso típico es el documento del episcopado alemán. Por un lado, insiste en la obligación de que “*los fieles estudien seriamente las afirma-*

74. J. LIBANIO, *o.c.*, p. 67.

ciones de la encíclica” y de que “los predicadores las espongan rectamente”, pero, por otro, “los pastores al servicio, particularmente, de la administración de sacramentos, deberán respetar las decisiones tomadas en conciencia y responsablemente por los fieles”⁷⁵. No es nuestro propósito entrar ahora en el debate sobre este tema, sino únicamente dejar constancia de la nueva situación creada en la Iglesia postconciliar, donde empieza a reinar una conciencia fuerte de libertad y corresponsabilidad, frente al acatamiento obediente de las imposiciones externas de la ley y la autoridad. Esta discrepancia ha traído consigo muchos conflictos entre algunos teólogos moralistas y la jerarquía eclesiástica; y lo que es peor, muchos sufrimientos. Y como muestra de que la discrepancia no es sólo teórica (moral formulada), sino práctica (moral vivida), veamos lo que le decía Bernard Häring al Papa Juan Pablo II, en una carta de fecha 1 de Diciembre de 1988: “Me impresionó lo que leí hace poco en la revista *Weltbild* (nº 23-24, del 4 y 28 de noviembre de 1988), adicta al Papa. De sus 6.000 lectores, sólo están dispuestos a seguir la enseñanza del Papa en cuestiones de moral sexual el 12 por 100 de los fieles menores de cincuenta años, y no más del 25 por 100 de los mayores de cincuenta... Parecidos resultados obtuvieron encuestas semejantes en otras partes del mundo”⁷⁶. A pesar de todo, la enseñanza moral del magisterio en materia sexual se ha mantenido firme y sin variaciones en la ya larga etapa postconciliar.

En cuestiones relacionadas con la moral de la vida, los documentos magisteriales posteriores al Sínodo de 1985 han sido abundantes. Hacemos mención a dos de los más importantes: la instrucción *Donum vitae* o *El respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación* publicada por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe en 1987, y la encíclica *Evangelium vitae. Valor y carácter inviolable de la vida humana*, publicada por Juan Pablo II en 1995. En el primer documento se abordaron desde el punto de vista ético algunos problemas relacionados con las nuevas técnicas biomédicas

75. *Informationes Catholiques Internationales* 320 (1968) 18. Citado por J. LIBANIO, o.c., p. 68.

76. En B. HÄRING, *Mi experiencia con la Iglesia*, PS, Madrid 1989, p. 159.

aplicadas a la reproducción humana (respeto de los embriones humanos, intervenciones sobre la procreación humana, moral y ley civil). La encíclica *Evangelium vitae* aborda todas aquellas cuestiones relacionadas con la salvaguarda del valor de la vida humana, desde el momento de la fecundación hasta la muerte. Algunos posicionamientos magisteriales en estos documentos han sido vistos como excesivamente radicales y cerrados por parte de muchos cristianos y bastantes teólogos moralistas. Éstos –para salvaguardar a la persona humana concreta– han seguido haciendo planteamientos más flexibles y abiertos en determinados casos y situaciones. En el terreno de la praxis, el distanciamiento entre las enseñanzas magisteriales en estas materias y el sentir de muchos bautizados es sencillamente abismal.

4. SUBAMOS... YAHVÉ ESTÁ CON NOSOTROS... NO TENGÁIS MIEDO

¿Dónde desembocará todo esto? Yo no lo sé ni creo que a nadie le resulte fácil predecirlo. En 2005 se cumplieron otros veinte años desde el balance conciliar realizado en el Sínodo de 1985, y los Obispos nuevamente se reunieron en Sínodo. A mí me hubiera gustado que se hubiera hecho una evaluación a fondo de los resultados de la propuesta evangelizadora asumida en 1985, en base a algunas de estas preguntas: ¿la desafección a la Iglesia (preocupación fundamental para los padres sinodales de 1985) ha decrecido o aumentado?, ¿los cristianos actuales hemos avanzado en la personalización de nuestra fe?, ¿somos más críticos o más sumisos y obedientes?, ¿estamos más comprometidos con la causa del reino de Dios (con la justicia, la paz, el desarrollo de los pueblos, la vida y dignidad de todos los seres humanos) o estamos tan ocupados en mirarnos a nosotros mismos que no tenemos tiempo de ocuparnos de los demás?, ¿la Iglesia desarrolla su misión en diálogo más sincero y profundo con el mundo, o se ha vuelto más hostil y agresiva hacia él?, ¿qué ha sido de los pobres, con cuyos gozos y esperanzas, tristezas y angustias hemos de sentirnos especialmente afectados los cristianos?, ¿y los jóvenes, por los cuales se apuesta prioritariamente en aquella época, se apuntan o pasan cada vez más de la Iglesia?, ¿y las mujeres...?, ¿hemos profundizado la participación de los laicos

en la Iglesia o hemos acentuado el clericalismo eclesial? ... En fin, son muchas cuestiones las que necesitan evaluación a nivel eclesial. A nivel moral, algunas cuestiones que me preocupan son las siguientes: ¿La Iglesia, los cristianos de hoy estamos siendo ejemplo de vida moral evangélica para nosotros mismos, y para los demás? ¿Se nos reconoce por el amor y la compasión hacia los otros, como a los cristianos de las comunidades neotestamentarias?, ¿vivimos bajo el régimen de la libertad y la gracia o seguimos empeñados en vivir bajo el régimen de la ley que nos hace esclavos? ... Nuestra narrativa cristiana parte de la historia del crucificado, a manos de las autoridades políticas y religiosas, por defender la justicia y la igualdad de todos los seres humanos. Sin descuidar otras causas, ¿son las víctimas de nuestro mundo las que reclaman hoy nuestra atención preferencial?, ¿podemos desentendernos de las víctimas producidas al interior de la misma Iglesia?

Y para terminar, algunas CONVICCIONES PERSONALES. Nací el año en que Bernard Häring publicó *la Ley de Cristo* (1954), una obra que abría nuevas perspectivas para la moral cristiana, una obra que sintetizaba los intentos de renovación moral habidos durante la primera mitad del siglo y que habían sido sistemáticamente silenciados y condenados, una obra que adelantó algunas de las propuestas renovadoras de la moral durante el Concilio Vaticano II. A finales de los setenta estudié teología en una facultad de teología en la que tuve la suerte de encontrarme con un grupo de jóvenes profesores que, con entusiasmo, elaboraban y nos enseñaban una teología abierta y estimulante; en teología moral, el profesor Rafael Larrañeta nos presentó la moral cristiana como una moral personalista y de felicidad, una moral teológica capaz de dialogar críticamente con la racionalidad moderna, una moral elaborada en libertad y comprometida con el mundo. Aquella orientación me abrió nuevos horizontes y me entusiasmó. Por supuesto, entonces no me imaginaba que iba a ser yo quien le sustituyera tan tempranamente en la tarea docente.

Con cincuenta y tres años bien cumplidos me parece apasionante poder ofrecer, unido y agradecido a todos los que se dedican a esta misma tarea eclesial, una moral con rostro humano: que ayude a los hombres y mujeres de hoy a ser más felices, más libres y más solidarios, especialmente con los más

pobres y humillados, y que les abra horizontes de esperanza... Esta misión la veo imposible si no es desde una actitud humilde de búsqueda constante y compartida de la Verdad y del Bien, siempre inabarcable, y si no es desde una actitud de escucha constante y permanente de los gozos y esperanzas, tristezas y angustias que afectan a las personas concretas con quienes compartimos a diario la existencia. Por eso, confieso que me resulta preocupante el afán actual de muchos cristianos, laicos y clérigos, por apuntalar certezas “eternas” y refugiarse en seguridades, cuando la realidad humana es esencialmente abierta y cambiante y cuando existencialmente estos cambios se producen a distintas velocidades en unos seres humanos y en otros, en unas comunidades y en otras. La metafísica y la teología actuales ya no nos hablan de esencias fijas y eternas, sino de la realidad (Dios, hombre, mundo) como algo en movimiento, la experiencia nos confirma a diario esas afirmaciones filosóficas y teológicas. Todo esto exige de nosotros una espiritualidad de búsqueda y de exploración compartida.

Así mismo me preocupa la insistencia con que muchos eclesiásticos pretenden imponer su verdad en nombre de la “unidad eclesial”. Me parece más real, más humana y, por lo mismo, más cristiana, la unidad lograda en el respeto a la libertad responsable y a la diversidad y pluralismo. Lo contrario es uniformidad que empobrece a las personas y desacredita a las instituciones. Creo que el espíritu abierto y confiado con el que Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II es el espíritu con el que vivió Jesús, y en ese mismo espíritu debemos vivir los cristianos más allá de los triunfos o fracasos que cosechemos en el camino.

5. CLAVES DE UNA MORAL EVANGÉLICA. PENSAR Y VIVIR COMO JESÚS

El Concilio Vaticano II, en *Gaudium et Spes*, después de hablar en varias páginas de la dignidad de la persona humana, en el n° 22 afirma lo siguiente: “*En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación... El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo*

hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre... El ser humano..., asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección” (GS 22).

La historia del Dios-con-nosotros encontrará su definitivo anuncio (kerigma) en Hechos de los Apóstoles. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: *“Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato. Él ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buena Nueva de la paz por medio de Jesucristo que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo (luchando contra las fuerzas del mal), porque Dios estaba con él; y a quien llegaron a matar colgándole de un madero; a éste Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados” (Hch 10, 34-43).*

Para un cristiano, en Jesucristo se nos manifiesta el rostro misericordioso de Dios y el rostro ideal del ser humano (“pasó haciendo el bien y luchando contra las fuerzas del mal porque Dios estaba con él”).

- Pensar y vivir: Una cuestión de coherencia que da consistencia a la vida.
- Dos fuentes: Fe y razón. No enfrentadas, sino abiertas y complementarias.
- Un arte, que busca equilibrio, armonía y comunión (Dios-hombre, individuo-comunidad; Dios-ser humano-mundo).

5.1. *Una aspiración como ideal: Una moral de plenitud*
(Sermón del Monte)

- Una ética que pretenda ser teológica tiene como referencia central al Dios revelado en Jesucristo, el cual nunca se presenta como enemigo del hombre, sino como su salvador. La ética cristiana descansa sobre el hecho de que algo ha sido realizado para y por nosotros y que ese algo lleva la marca de Jesús. A través de Jesús conocemos en qué consiste la relación de Dios con nosotros: en una entrega total. Y nosotros hemos sido creados a su imagen. Perder esto de vista es salirse del ámbito de la ética cristiana.
- Colocar a Jesús en el centro de la teología moral es afirmar que el amor es su corazón y su alma (cfr. OT 16). El núcleo de la *predicación de Jesús es el reinado de Dios*, presentado como un don, una oferta gratuita de salvación y de perdón de los pecados. El anuncio del Reino es una Buena Noticia, porque es gracia y don (Mt 4,23; Mc 1,1).
- La perspectiva del Reino (don, vida, perdón, comunión...) abre a los seguidores de Jesús a una moral de plenitud (de máximos): “vosotros, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,43-48). En esta perspectiva, las leyes y cualquier tipo de instituciones quedan supeditadas a la única ley que es capaz de romper las barreras entre los hombres, la ley del amor. Se trata, pues, de un ideal. *“Los ideales son como las estrellas, nunca se alcanzan, pero iluminan el camino” (Demócrito)*.
- La experiencia de Dios como Padre sitúa la moral cristiana en un clima de gratuidad y agradecimiento; la causa del Reino aporta a la moral cristiana su horizonte escatológico de realización y el dinamismo intrahistórico como lucha contra las numerosas y variadas resistencias y fuerzas del mal que ocultan e impiden el crecimiento de ese Reino de Dios en el mundo. “El centro de la predicación de Jesús no es su propia persona, ni tampoco la explicación de la Ley, como podría

esperarse de un maestro judío, ni tan siquiera Dios en sí mismo. Anuncia el reinado de Dios⁷⁷.

¿Cómo entiende Jesús el reinado de Dios? Frente a los rabinos, que identificaban el reinado de Dios con el cumplimiento de la Ley, y frente a la tradición cultural, que celebraba el reinado de Dios como la soberanía que Dios tiene sobre toda la creación, Jesús se sitúa en continuidad con la tradición profética, la cual entiende el reinado de Dios como *“la afirmación histórica de la soberanía de Dios por medio de una nueva intervención salvífica suya”*⁷⁸. Pero lo peculiar del mensaje de Jesús es la afirmación de que el reinado de Dios (es decir, esa intervención histórico-salvífica por parte de Dios) está teniendo lugar ya con su persona y con su actuación (Mt 12,28; Lc 11,20), aunque todavía se siga esperando su manifestación plena y definitiva (Mt 8,11; 22,2-10; Lc 13,28; 14,16-24). Frente a la mentalidad apocalíptica, que *“anuncia la cercanía de un Dios que va a afirmar el “mundo futuro” tras la destrucción de “este mundo”, que está radical e insalvablemente empecatado”*⁷⁹, la mentalidad profética *“también denuncia con vigor el pecado y alienta la esperanza en la salvación futura, pero, a la vez, invita a descubrir los signos de la presencia de esa salvación de Dios en el corazón de la historia”*⁸⁰. Esto es lo que hace Jesús: anuncia el futuro reinado de Dios, denuncia el pecado y todo aquello que se le opone; pero, sobre todo, *“proclama como buena noticia que Dios ya está presente con el poder de su amor en medio de los hombres e invita a descubrirle y a vivir desde esta realidad”*⁸¹. Las distintas parábolas de la semilla que crece y da fruto (Mc 4,2-9; 4,26-29; Mt 13,1-9; Lc 8,4-8), aunque sea en medio de muchas dificultades (Mt 13,24-30), la parábola del grano de mostaza que crece hasta hacerse un árbol (Mc 4,30-32; Mt 13,31-32; Lc 13,18-19), o la levadura que hace fermentar toda la masa (Mt 13,33; Lc 13,20-21) son ejemplos de este dinamismo del reino que ha empezado a crecer ya en medio de la historia con la persona y

77. R. AGUIRRE, *o.c.*, p. 69.

78. *Ibid.*, p. 70.

79. *Ibid.*, p. 72.

80. *Ibid.*, p. 72.

81. *Ibid.*, p. 72.

la forma de actuar de Jesús. Es más, “*la certidumbre de que en su actuación puede ya verse y experimentarse en el presente el reino de Dios, y de que se impone dinámicamente frente a todas las resistencias, le daba también la seguridad de su venida “en gloria” merced al poder invencible de Dios*”⁸².

Este dinamismo del Reino, presente y actuante en la historia, exige del creyente fe, conversión y compromiso⁸³. A través de la *fe*, el creyente es capaz de descubrir esta acción amorosa y transformadora, a veces invisible, de Dios en la historia y en la vida de todas y cada una de las criaturas; este descubrimiento sitúa la vida del creyente en un horizonte nuevo de confianza y de libertad. “*Quien de verdad cree que vive sostenido por el amor de Dios ni se angustia ni se obsesiona por las preocupaciones de la vida, ni por sus necesidades materiales, ni por su futuro; su máxima preocupación es “buscar el reino y su justicia”, es decir, hacer en la historia la voluntad del Padre celestial (Mt 6,33)*”⁸⁴. La conversión a Dios y a su reinado, bien absoluto o valor supremo que da sentido pleno a toda la existencia del creyente, nace del descubrimiento previo del amor de Dios. Las parábolas del tesoro y de la perla (Mt 13,44-46) manifiestan la alegría que supone el hallazgo de este valor, por cuya adquisición merece la pena “vender” todo lo que se tiene. El Reino de Dios, convertido en absoluto para el creyente, radicaliza el *compromiso* de éste (Mc 1, 16,20; 10,17-27); Mt 6,24; 13, 44-46) y configura un talante moral, cuyos componentes esenciales podrían ser los siguientes: a) El compromiso no es una exigencia impuesta desde fuera, sino algo que brota del interior de la persona. La fuente del compromiso moral no es la ley, sino la libertad que responde a la gracia y al amor⁸⁵. b) Capacidad reflexiva y crítica para descubrir las fuerzas del mal que, en cada circunstancia de tiempo y lugar, se oponen a ese ideal de justicia y fraternidad querido

82. R. SCHNACKENBURG, *El mensaje moral del Nuevo Testamento I*, Herder, Barcelona 1989, p. 35.

83. Cfr. *Ibid.*, pp. 33-76. Cfr. también G. MORA BARTRÉS, *La dimensión moral de los sinópticos*, en VV.AA., *Praxis cristiana I*, Paulinas, Madrid 1980, pp. 133-195.

84. R. AGUIRRE, *o.c.*, p. 78.

85. *Jesucristo, revelación del misterio del hombre*, San Esteban, Salamanca 1997, p. 207.

por Dios, y coraje para enfrentarse a ellas. Esto es lo que hizo Jesús: “Ungido por el Espíritu y con poder, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38). c) Dado que el ideal escatológico del Reino de Dios no se identifica con ninguna de las realizaciones intramundanas, el talante moral del cristiano debe incluir como uno de sus rasgos esenciales la relativización de todas las realizaciones históricas (económicas, políticas, sociales, culturales y religiosas) y la apertura permanente para generar y apoyar proyectos viables, y todo lo que de positivo pueda surgir en la historia, en orden a la realización del ideal humanizador contenido y expresado con la categoría reino de Dios: reino de vida, de verdad, de justicia, de amor y de paz. La proclamación y realización del reino “comporta la construcción de la comunidad, el inicio de nuevas relaciones reales con la realidad y con los demás, hechas de desprendimiento, libertad, servicio, amor”⁸⁶.

La mística de Jesús por el reino no puede entenderse sin la *experiencia de intimidad que mantiene con Dios, al que llama Padre (Abbá)*. Dirigiéndose a Dios como Padre, Jesús expresa la confianza y cercanía total que mantiene con Él, al cual experimenta como amor misericordioso y como fuente de la vida y del bien; al mismo tiempo, manifiesta una actitud de total disponibilidad para cumplir su voluntad. *“Esta experiencia de Dios es la raíz última que explica el mensaje de Jesús, las actitudes de su vida y la conciencia de su misión. Porque experimenta a Dios como amor proclama la venida de su reino, de su proyecto salvador para los hombres...; porque experimenta a Dios como Padre comprende que la afirmación histórica de su realidad es la fraternidad entre los hombres; porque Dios es Padre se manifiesta como fuente del ser, como comunicación de su propia vida en plenitud de todos los hombres”*⁸⁷.

86. G. MORA BARTRÉS, o.c., p. 159. José Ignacio GONZÁLEZ FAUS, en un reciente y breve estudio comparativo entre Jesús y Pablo, abunda en esta misma idea: “El reino de Dios no consiste en un egoísmo insolidario, sino en una justicia interhumana que brota de la gratuidad, y en la paz que brota de esa justicia”. “Jesús y Pablo: Reino de Dios y justificación por la fe”, *Sal Terrae* 1039 (2000) 836.

87. R. AGUIRRE, o.c., p. 74.

5.2. Una moral de felicidad (las bienaventuranzas como gracia y como tarea)

Para expresar esta doble dimensión, los griegos utilizaron dos términos: *eudaimonía*, que traduce literalmente el significado general de la felicidad (ser favorecido por un buen destino) e insiste en la dimensión de conquista por parte del hombre (Aristóteles), y *makaría*, que acentúa más el carácter de regalo divino (Platón). Esta es precisamente la terminología que encontramos en Mateo y Lucas al presentar las bienaventuranzas (*makarioi* = bienaventurados) de Jesús (Mt 5,1-12; Lc 6,20-23). La terminología latina también es doble: *felicitas* y *beatitudo*. *Felicitas* significa fertilidad, fecundidad, prosperidad. Aspirar a la felicidad es lo mismo que aspirar a hacer nuestra vida fecunda y próspera. *Beatitudo* procede del verbo *beo*, que significa “colmar” o “llenar totalmente”, y se utilizó entre los pensadores latinos para referirse a la felicidad colmada y plena, a la perfección total de la naturaleza humana. Santo Tomás, por ejemplo, se refiere a la felicidad plena como fruto de la contemplación “beatífica” de Dios, ese estado transhistórico donde la felicidad supera todos los límites a que inevitablemente está sometida en cuanto realidad histórica.

Estos sentidos originarios, separados y desintegrados en algunos momentos de la historia de la moral, son los que deberíamos recuperar, integrándolos, en el concepto actual de felicidad. La felicidad, como meta de la moral, no debemos pensarla como fruto exclusivo de la suerte o del destino, tampoco como don exclusivo por parte de Dios, sino como resultado del esfuerzo responsable del propio sujeto por dar satisfacción a sus deseos preferidos. En la moral cristiana, la dinámica felicitante no se cierra en los límites intrahistóricos, sino que se abre a la trascendencia y será ahí donde experimentará su auténtico desbordamiento de plenitud. La felicidad humana es don y tarea, y para constituirse en fin de la moralidad, ha de poder experimentarse ya aquí; pero esto no implica cerrar la posibilidad de una plenificación en un futuro más allá de la historia. Es más, estoy convencido de que el dinamismo que la fe imprime a la moral cristiana responde mejor a estas ansias infinitas de felicidad que tiene el ser humano que cualquier proyecto ético intramundano, pues en el proyecto creyente cristiano la infinitud de los

deseos individuales puede llegar a satisfacerse, mientras que en los proyectos intramundanos llega un momento, la muerte, en que esos deseos quedan definitivamente truncados. En uno y en otro caso, la felicidad terrena ha de asumirse en su específica precariedad y limitación; de lo contrario, no estaremos hablando de una felicidad que se presenta como meta del quehacer moral.

5.3. *El amor como ley fundamental*

Un segundo aspecto de la mística de Jesús por el reino, derivado de su experiencia religiosa de intimidad con el Padre, es la *preocupación y el amor misericordioso hacia los pobres*.

Para comprender a Jesús es preciso encuadrarlo en el marco histórico y teológico del Pueblo de Dios. San Lucas ha sabido sintetizarnos al comienzo de su evangelio esta convicción fundamental en los cánticos del *Magnificat* y del *Benedictus* (Lc 1, 46-56. 67-79). Dios hace su oferta universalista de salvación en favor de los hombres desde la opción preferencial por los más humildes⁸⁸, representados en María. Ella acoge, a su vez,

88. R. SCHNACKENBURG sale al paso de la discutida polémica entre universalidad de la salvación y la opción por los pobres, en estos términos: "Podría aceptarse como seguro que Jesús ha incluido en su mensaje de salvación el anhelo de liberación de los pobres enraizado en su pueblo. En la respuesta a la pregunta de Juan Bautista... a los hechos "mesiánicos" de Jesús se añade la sentencia de Is 61,1: "Se anuncia a los pobres la buena nueva" (Lc 7,22/Mt 11,5). La frase reaparece en Lc 4,18, en el contexto de la predicación de Jesús de Nazaret. Aunque tal vez no sean palabras personalmente pronunciadas por Jesús, reflejan sin duda su predicación. No es casualidad que sea la bienaventuranza de los pobres la que abre la serie de macarismos. Si se tienen en cuenta las amenazas contenidas en los discursos de Jesús contra los ricos y su afectuosa inclinación hacia los despreciados, los pequeños, las gentes insignificantes, entonces es patente que debe hablarse de una "opción por los pobres" de Jesús. La expresión ha sido acuñada en el contexto de la teología de la liberación latinoamericana y se halla bajo el fuego cruzado de la crítica. Ahora bien, si "opción" se entiende en el sentido de "preferencia", pero sin pretensiones de exclusividad, a favor de la redención de los pobres, la expresión tiene su fundamento y su razón de ser en el mensaje de Jesús. Jesús se sabe enviado a todo Israel, *todos* son "ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt 10,6). Ahora bien, están preferentemente necesitados de compasión los grupos marginados y oprimidos del pueblo, entre los que se encuentran los pobres. También los ricos pueden

la Promesa hecha a Abrahán y recordada en la santa alianza a través de Juan Bautista, “profeta del Altísimo”, en cuyo contexto histórico hará su aparición pública Jesús (Lc 3, 1-6).

Entre los signos de la presencia del Reino señala Mateo los siguientes: *“Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y la Buena Noticia es anunciada a los pobres”* (Mt 11,5). La buena noticia consiste precisamente en estos actos, los mismos que pone Lucas en boca de María cuando reza el Magníficat: *“Él derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”* (Lc 1,52-53). Es exactamente la misma señal que Jesús da al comienzo de su ministerio en la sinagoga de Nazaret para indicar cuál es su misión: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18-19, que cita a Isaías 61, 1-2).

Así, pues, la inauguración del Reino de Dios entre nosotros incluye el anuncio de la liberación a los pobres como fruto del amor misericordioso y de la ternura de Dios. Y en esta causa, compromete Jesús toda su vida. A lo largo de su vida pública, Jesús hace suya la causa de los marginados, de los pequeños, de los pobres. Desde las numerosas curaciones que realiza a favor de los enfermos (Mc 1,23-34; 2,1-12; 3,1-5; 5,25-34; 6,53-56; 7,24-35; 10,46-52; Mt 8,1-16; 9,1-8.20-22.27-32; 15,21-31; 20,29-34; Lc 4,38-40; 5,12-25; 7,1-10; 8,43-48; 13,10-17; 14,1-6; 17,11-19; 18,35-43; Jn 5,1-15; 9,1-40) hasta las enseñanzas a favor de los pequeños, a los que Dios hace comprender sus secretos (Mt 11,25-27; Lc 10,21-22), Jesús está siempre al lado de los marginados, tanto si la causa de su marginación es social como si es religiosa. El salva la vida de aquella mujer a la que los hombres quieren apedrear porque ha cometido adulterio (Jn 8,1-11); elogia a la pobre viuda que, a pesar de vivir en la miseria, da de limosna lo que tiene, por contraposición a los ricos que dan de lo que les sobra (Mc 12,41-44; Lc

y deben ser salvados, a condición de que escuchen la llamada de Jesús y se aparten de las riquezas esclavizadoras”. En *El mensaje moral del Nuevo Testamento...*, pp. 168-169.

21,1-4); pone como modelo de comportamiento al samaritano que practicó la misericordia con el herido tirado a la vera del camino (Lc 10,29-37); llama bienaventurados a los pobres (Mt 5,3; Lc 6,20), y con ellos llega a identificarse hasta convertirlos en sacramento universal y criterio escatológico de salvación (Mt 25, 35-40).

Al anunciar la Buena Noticia a los pobres y al comprometerse gratuita y misericordiosamente con su causa, Jesús está indicando, en primer lugar, el modo como Dios actúa cuando interviene en la historia. Pero Jesús va más allá; al identificarse con el que pasa hambre o sed, el que está desnudo o en la cárcel... (Mt 25,35-40), Jesús convierte a los pobres en lugar de manifestación y de encuentro con el Señor. Por eso, para los cristianos, no es posible afirmar nuestra fe en Dios y prescindir de esta opción a favor de la justicia y la solidaridad con los pobres. Lo contrario será manipulación de Dios y, por tanto, idolatría. *“En nuestra actitud ante el prójimo necesitado se pone de manifiesto la naturaleza auténtica y profunda de nuestra relación con el Misterio del Ser y con el Amor infinito, más allá de las verbalizaciones que de ella podamos hacer. El hombre tiene una capacidad enorme de autoengaño y fácilmente confunde la trascendencia real (lo que nos hace salir, en verdad, de nosotros mismos) con una imagen mental de la trascendencia, que sigue estando dentro de nosotros mismos, y que quizá nos sirve como compensación psicológica ante tantos problemas de la vida o como objeto de un hábil trabajo profesional. Pero es ante todo el clamor de justicia y de amor de los sufrientes donde, de verdad, nos trascendemos y salimos de nosotros mismos. La reflexión de la primera carta de Juan ha tematizado de muchas formas y reiteradamente estas ideas: “Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4,20); “Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7-8)”*⁸⁹.

Si las relaciones de la Alianza culminan en la persona de Jesús como presencia dinámica y operativa de Dios (Hch 10,38), a partir de Jesucristo ya no es posible falsificar o manipular la imagen de Dios en el hombre. El camino de la Verdad

89. R. AGUIRRE, *Ibid.*, p. 77.

y la Vida (Jn 14,6) pasa por la fraternidad, y ésta es mediada a través de la opción preferencial por los pobres. Si seguir a Jesús es “*asumir su proyecto. Comprometerse y dar la vida por la misma causa por la que El la dio. Gastarse y desgastarse como él por acercar hacia nosotros el Reino, el proyecto de Dios, buena noticia para los pobres, salvación para todos los hombres*”⁹⁰, a partir de Jesucristo ya no es posible desentenderse de su causa. Esta es la invitación con la que termina la parábola del Buen samaritano: “Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10,37).

5.4. *El seguimiento de Jesús como cauce o proyecto de vida*

La moral cristiana se resuelve, en último término, en el *seguimiento de Jesús*⁹¹, que consiste en recrear la conducta de Jesús en las nuevas situaciones por las cuales vamos transitando los humanos. No se trata de una imitación exterior, sino de recrear interiormente el espacio interior de Jesús: su experiencia de la cercanía benevolente de Dios, a quien llama Padre; su preocupación por la causa del Reino de Dios y su amor misericordioso por todos, especialmente por los débiles. Se trata, pues, “de *hacerse conforme a Él*, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la cruz”⁹². La experiencia de Dios como Padre sitúa la moral cristiana en un clima de gratitud y agradecimiento; la causa del Reino aporta a la moral cristiana su horizonte escatológico de realización y el dinamismo intrahistórico como lucha contra las numerosas y variadas resistencias y fuerzas del mal que ocultan e impiden el crecimiento de ese Reino de Dios en el mundo; el amor preferencial por los pobres es uno de los signos de la presencia del Reino, el criterio de veracidad y credibilidad de la moral de los seguidores de Jesús.

Los estudiosos del Nuevo Testamento suelen distinguir dos sentidos a la hora de hablar del seguimiento de Jesús: el sentido prepascual y el sentido postpascual. Senén Vidal

90. J.M. VIGIL, *Opción por los pobres. Síntesis de espiritualidad*, en VV.AA., *La opción por los pobres*, Sal Terrae, Santander 1991, p. 140.

91. JUAN PABLO II lo afirma de una manera categórica: “*Seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana*”. En *Veritatis splendor*, 19

92. *Veritatis splendor*, 21.

dice a este propósito: “*El seguimiento de Jesús expresa una dimensión esencial de la existencia cristiana. El mismo término «seguimiento» la marca como un algo dinámico, en camino. Es decir, como un acontecer en tensión hacia el final, igual que un acontecer hacia la plenitud es aquello en que se funda: el acontecimiento maravilloso del reino de Dios, iniciado con la misión de Jesús (seguimiento prepascual), y el acontecimiento de su resurrección, que la fe pascual interpretó como el comienzo de la nueva humanidad y de la nueva creación (seguimiento postpascual)*”⁹³.

5.4.1. *El seguimiento prepascual*

Se refiere al seguimiento *real* de Jesús de Nazareth por parte de un grupo de personas que lo acompañaban en su actividad misionera de anuncio del Reino de Dios. El punto de partida de este seguimiento es la invitación que Jesús hace a los que él quiere: a los primeros discípulos (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11), a Leví (Mc 2,13-14; Lc 5,27-28) o Mateo (Mt 9,9), a los Doce (Mc 3,13-19; Mt 10,1-4; Lc 6,12-16), al joven rico (Mc 10,17-22; Mt 19,16-22; Lc 18,18-23), el cual declina la invitación, y a otras muchas personas que aparecen en el Evangelio ejerciendo la misión de discípulos o discípulas⁹⁴.

El seguimiento tiene una *función específica*, colaborar en la *misión* carismática y profética que Jesús ha inaugurado (Lc 4, 16-22), y que no es otra que aquella que había anunciado el profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Is 61,1-2). Mateo certifica la realización de esta misión por parte de Jesús cuando pone en sus labios estas palabras: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la

93. S. VIDAL, *El seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento. Visión General*, en VV.AA., *El seguimiento de Cristo*, PPC, Madrid 1997, p.13.

94. Los setenta y dos discípulos que son enviados (Lc 10,1), el discípulo que pide enterrar primero a su padre (Mt 8,21-22), algunas mujeres que le seguían (Lc 8,1-3; Mc 15, 40-41; Mt 27,55-56).

Buena Nueva” (Mt 11, 4-5). *La misión de Jesús es el anuncio y la realización del reino de Dios*, expresados en las acciones que acabamos de mencionar. Y a esta misma misión es a la que se invita a los discípulos. Llamó a doce “para que estuvieran con él, para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios” (Mc 3,13-15); el evangelista Mateo amplía y explicita el contenido de la misión de los doce: “Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia... A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: ... Id proclamando que el reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios...” (Mt 10,1). En sentido imperativo, esta es también la misión de los setenta y dos discípulos narrada por Lucas: “Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió delante de sí, a todas las ciudades y sitios a donde él había de ir. Y les dijo: ...En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan, curad los enfermos que haya en ella, y decidles: el reino de Dios está cerca de vosotros...” (Lc 9, 1-2.8-9). *“Los seguidores participan de la tarea y de los poderes del mismo Jesús: son los trabajadores en la gran “cosecha” definitiva, proclamando el comienzo del acontecimiento salvador del reino de Dios y actualizando su potencia maravillosa, ya actuante en el presente, por medio de signos efectivos de liberación del poder del mal (“exorcismos”) y de renovación de la existencia humana (curaciones)”*⁹⁵.

Esta misión exige del que sigue a Jesús un *estilo de vida* peculiar, similar al del Maestro, que los relatos evangélicos han sabido expresar con extraordinaria claridad. Señalamos algunos rasgos configuradores de ese estilo de vida:

1) *Condición ambulante*. Esta es precisamente una de las tesis sociológicas del exégeta Gerd Theissen, que “Jesús no fundó primariamente comunidades locales, sino que dio a la luz un movimiento de carismáticos ambulantes”⁹⁶. Esta condición ambulante suponía una serie de opciones con fuertes

95. S. VIDAL, *o.c.*, p. 16.

96. G. THEISSEN, *Sociología del movimiento de Jesús. El nacimiento del cristianismo primitivo*, Sal Terrae, Santander 1979, p. 13. Para este apartado nos basaremos en esta obra, sobre todo en las pp. 15-20.

connotaciones éticas: a) *Renuncia a un lugar estable*: Esto era una condición básica, una obligación (Mt 10,5) del seguimiento. Los llamados dejaban sus posesiones –redes y barcas (Mc 1, 16-20), casa, hacienda, “todo” (Mc 10, 28-29)– seguían a Jesús y le acompañaban en su estilo itinerante de vida. b) *Renuncia a la familia*: El que se decidía a seguir a Jesús debía dejar también padre, madre, hijos, hermanos, hermanas (Lc 14,26; Mc 10,29; Mc 1,20), lo cual suponía incomprendimientos por parte de la propia familia (Mc 3,21) y dificultades para aceptar la llamada al seguimiento (Mt 8,21-22). c) *Renuncia a tener propiedades*: En tercer lugar, el seguidor de Jesús debía renunciar a cualquier tipo de riqueza y de propiedad. Al joven rico le dice: “... Cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres...; luego, ven y sígueme” (Mc 10, 21; Mt 19,21; Lc 18,22). En este aspecto, la radicalidad de la instrucción de Jesús al enviarlos es total: “No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón...” (Mt 10,9-10; Mc 6,8-9; Lc 9,3; 10,4). Tampoco esta condición resultaba fácil, y por eso el joven rico se resistió a la invitación (Mc 10,22; Mt 19,22; Lc 18,23). Sin embargo, esta opción por la pobreza radical era la garantía de credibilidad del misionero a la hora de denunciar proféticamente a quienes producían injusticias o, simplemente, a quienes ponían su confianza en las riquezas (Mc 10,23-25; Mt 19,23-24; Lc 18,24-25) o en el dinero (Lc 16,13-14). La pobreza de Jesús y sus seguidores era expresión de la confianza fundamental en la bondad y en la providencia de Dios, el cual cuida de las flores del campo, de las aves del cielo y, con más razón, de aquellos que le siguen (Mt 6, 25-26; Lc 12,22-31). 4) *Renuncia a la propia defensa*: La condición de ambulantes desprotegidos exigía también esta opción de renuncia a la propia defensa. Para Theissen, este es el ambiente originario del precepto que ordena no hacer resistencia al malo y ofrecer la mejilla izquierda al que golpea la derecha (Mt 5,38-39). Pero este tipo de renuncia a la propia defensa no sólo se ejercía en la calle o por los caminos, sino también ante las autoridades y tribunales de justicia: “Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando os

entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros” (Mt 10,17-20).

Este estilo de vida ambulante configuraba al grupo de seguidores de Jesús como un grupo desarraigado socialmente y marginado

2) *Pluralismo grupal*. Un segundo rasgo es que dentro del grupo de los seguidores de Jesús había personas de variada procedencia y significación social, incluidos pecadores (Leví) y algunas mujeres, lo cual resultaba insólito y escandaloso para la tradición rabínica de aquella época. Este hecho, junto con el simbolismo de “los doce”, manifiesta el sentido universalista de la misión y del acontecimiento del reino de Dios.

Junto con una misión específica y un estilo peculiar de vida, el seguimiento de Jesús tiene *un sentido*: ponerse al servicio del acontecimiento salvífico universal del reino de Dios, inaugurado con la misión de Jesús. “En función de esa oferta universal estaba la invitación que Jesús hizo a algunos a “seguirlo”, para participar en su misión ambulante *en servicio de la instauración del reino*. La invitación de Jesús equivalía, entonces, a una elección profética, y en consecuencia, la función del “seguidor” era esencialmente profética, es decir, de proclamación y actualización del acontecimiento liberador de Dios. El seguimiento de Jesús no tenía, entonces, la intención de formar un grupo especial de “elegidos” (al estilo de una “secta”) o de “aprendices” de sus enseñanzas para su transmisión posterior (al estilo de una “escuela”). Su sentido no era tampoco la “imitación” de Jesús, ni siquiera, exactamente, el estar “en compañía” suya o el “compartir su vida”, sino, precisamente, el participar y colaborar en su misión al servicio del reino. Claro está, eso exigía una comunión con él y una participación en su destino, pero el centro clave era el acontecimiento del reino de Dios, cuya magnitud superaba los límites de la misma misión de Jesús de Nazareth”⁹⁷.

97. S. VIDAL, *o.c.*, pp. 21-22. Sobre el radicalismo de las exigencias que supone el seguimiento de Jesús, cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 70.

Como Jesús, el servicio al Reino habrían de realizarlo los discípulos de dos maneras, mediante la proclamación (anuncio de la presencia del reino) y a través del compromiso y del propio testimonio (actualización del reino). Es importante destacar esta dimensión testimonial, pues –como muy acertadamente señala Senén Vidal– “el mismo hecho del “seguimiento” y su realización concreta fue signo de la presencia de Dios y de su potencia transformante. Así, el grupo plural e integrador de los “seguidores”, formado por varones y mujeres de diferente procedencia, era un signo estupendo de la nueva humanidad pacificada y universal, cuyo inicio iba a ser el Israel completo renovado (su signo era el grupo de los “doce”). El desprendimiento de la familia era signo de la formación de la nueva familia universal (cf. Mc 3,31-35 par.; 10,29-30 par.), no determinada ya por la estructura del poder “patriarcal” (cf. Mc 9,33-37 par.; 10,13-16.35-45 par.). El desprendimiento de las posesiones y la vida ambulante en indigencia y en marginación eran una demostración de la esperanza en el cuidado de los pobres e indefensos por parte de Dios y en la abundancia de su reino (cf. Lc 12,22-34; Mt 6,19-21.25-34; Mc 10,29-30 par.). La anomalía del comportamiento era signo de la nueva realidad del reino de Dios, asentada en unos principios nuevos...”⁹⁸. De esta manera, el grupo de seguidores ambulantes que Jesús aglutina en torno a sí, se convierten para el pueblo sencillo y pobre en manifestación concreta y real de que la utopía del reino que anunciaban era posible realizarla.

5.4.2. *El seguimiento postpascual*

La experiencia pascual supuso una nueva interpretación del seguimiento de Jesús. A partir de ahora, “ya no se referirá al “seguimiento” real de Jesús en su misión ambulante, sino a la *relación con el Señor exaltado*, fundada en la fe en él”⁹⁹. Los distintos escritos neotestamentarios, en función del contexto en el que nacen y de los centros de interés de quienes los

98. *Ibid.*, p. 22.

99. *Ibid.*, p. 24.

escriben, se encargarán de destacar unos u otros aspectos de esa comunión con el resucitado.

Para Marcos, por ejemplo, el “seguimiento” consistirá fundamentalmente en la participación en el *destino* del crucificado, que es mucho más que acompañarle en los momentos de éxito. Para descubrir esta insistencia nos fijaremos en los textos que anuncian la pasión-resurrección y las instrucciones (catequesis) que, con tal motivo, Jesús da a sus discípulos. El *primer anuncio de la pasión y la resurrección* (Mc 8,31-33) supone para los discípulos una enseñanza nueva. Jesús empieza a explicarles la verdadera identidad de su mesianismo, la cual –en contra de lo que pensaban los discípulos– no pasa por el triunfalismo, sino por la humillación, el sufrimiento y la muerte. Después que Pedro le ha confesado como el Cristo (el Mesías), Jesús “comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días” (Mc 8,31). Es este camino el que Pedro se niega a aceptar y, ante tal negativa, Jesús invita a él y a los demás discípulos a “ponerse detrás de él” y a no poner obstáculos en el camino. Sólo así podrán comprender cuál es la misión de Jesús y su propia misión según el pensar y querer de Dios. A continuación, Jesús los instruye sobre las condiciones que ha de tener este seguimiento: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8,34). Negarse a sí mismo y tomar la cruz son dos aspectos de una misma decisión. Renunciar a sí mismo es convertirse al reino y no buscar “salvar la vida” a toda costa. Tomar la cruz es aceptar perder la vida por causa de Jesús y del evangelio. El discípulo está llamado a entregar su vida por amor a los demás y a dar testimonio de su fe, aún en medio de la incompreensión y la persecución¹⁰⁰. Este será el modo adecuado de salvar la vida.

100. Cfr. J. DELORME, *El evangelio de San Marcos*, Cuadernos Bíblicos 15-16, Verbo Divino, Estella 1998, p. 76. “Es fácil de ver la situación concreta a que se alude: la de las persecuciones, que pueden llevar a los discípulos hasta el sacrificio de sus vidas, por fidelidad a Jesús y al evangelio. Resulta peligroso seguir a Jesús; por tanto, hay que decidirse a ello con todo conocimiento de causa” (pp. 76-77).

Ante el *segundo anuncio de la pasión y resurrección* (Mc 9,30-32), los discípulos siguen sin entender, pero tienen miedo y no se atreven a contradecir ni a preguntar a Jesús. Pero él aprovecha la situación para instruirlos nuevamente (Mc 9,33-37), tomando como pretexto la discusión que los discípulos han mantenido por el camino sobre “quién era el mayor”. En esta ocasión, la instrucción de Jesús versará sobre el “servicio” como otra de las condiciones del discipulado: “Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35). Con esta sentencia, Jesús invierte la jerarquía de valores que regulan la vida e invita a que sus discípulos hagan lo mismo (el orgullo y el afán de poder deben ceder el primer puesto a la actitud de servicio). Después, “Jesús tomó un niño, lo puso en el medio, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquel que me ha enviado” (Mc 9,36-37). Esta enseñanza viene a completar la primera: al acoger a los sencillos, a los insignificantes, a los que no cuentan, se acoge a Jesús y en él al Padre. Aquí radica precisamente la grandeza del ser humano.

El *tercer anuncio de la pasión y resurrección* (Mc 10,32-34) nos presenta a Jesús caminando delante con paso decidido y a los discípulos siguiéndolo, pero llenos de miedo y sin comprender las instrucciones que Jesús ya les había dado. Ante la ambiciosa petición que le hacen Santiago y Juan (Mc 10,35-37) y la indignación de los otros diez discípulos (Mc 10,41), que sienten la misma ambición que los hijos de Zebedeo, Jesús vuelve a instruirlos sobre el servicio como condición para el seguimiento y una de las señas de identidad del discipulado: “Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos” (Mc 10,42-44). Ante la ceguera de los discípulos, tiene lugar la curación del ciego de Jericó (Mc 10,52; Mt 20,34; Lc 18,43) que, al recobrar la vista, “seguía a Jesús por el camino”.

En resumen, para Marcos, seguir a Jesús es: a) Negarse a sí mismo, tomar la cruz y perder la propia vida (cfr. Mc 8,34-38), es decir, descentrarnos de nosotros mismos y poner nuestro centro en el Reino, que es amor gratuito a los demás.

Así encontraremos la verdadera vida. b) Ser los últimos y los servidores de todos (cfr. Mc 9,33-37), es decir, romper con nuestros deseos de sobresalir o de aparentar, y optar por el lugar de los insignificantes y, desde allí, ponernos al servicio de los demás. c) Ser servidores y esclavos de los demás (cfr. Mc 10,41-45), es decir, renunciar al poder sobre los otros y pasar a su servicio por amor. En definitiva, “el discípulo debe romper con la lógica del poder, del tener y de la gloria, y abrazar la lógica salvadora de la cruz”¹⁰¹. Hacer este camino no es fácil, sólo se puede recorrer siguiendo, en actitud de discípulos, las huellas del Maestro, el cual “no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,45).

Mateo desarrolla el tema del “seguimiento” en una perspectiva netamente eclesiológica y ética. Desde el principio, los discípulos son llamados a “ser pescadores de hombres” (Mt 4,19; Mc 1,17), es decir, al establecimiento de una comunidad nueva y universal (Mt 16,18; 18,17), en la cual todos sean discípulos bajo un único maestro: Cristo (Mt 23,10). Lucas insiste en este mismo universalismo, pero desde otra perspectiva, no como consecuencia de la infidelidad del pueblo de Israel (Mt 21,33-45; 22, 1-14; 8,11-12), sino como designio de Dios desde el principio (Lc 2,31-32; 10,25-37; 13,29-30; 17,11-19). Sin embargo, la insistencia fundamental de Lucas es su teología de la pobreza. El desprendimiento de los bienes y la ayuda a los necesitados son, para el autor del tercer evangelio, rasgos fundamentales del seguimiento de Jesús, como puede apreciarse en el discurso de la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30), en la respuesta que da Jesús a Juan Bautista, cuando éste le pregunta desde la cárcel (Lc 7,22), en la bienaventuranza de la pobreza (Lc 6,20), en el abandono de las riquezas como condición exigida a todo aquel que quiera ser discípulo de Jesús (Lc 14,33)... Para Lucas la pobreza es un mal del que los pobres son víctimas; este mal tiene que desaparecer, y la venida del reino pondrá fin a este sufrimiento. Eso se inicia ya en Jesús, pero su realización total sólo se realizará en la etapa escatológica de la consumación. Para Juan, el “seguimiento”

101. S. GUIJARRO (coord.), *El auténtico rostro de Jesús. Guía para una lectura comunitaria del Evangelio de Marcos*, Verbo Divino, Estella 1996, p. 83.

equivale a la fe en Jesús y a la participación en su camino de muerte-resurrección. Jesús es el camino para ir al Padre (Jn 14,6), la puerta de la salvación (Jn 10,9). En el Antiguo Testamento, camino tiene sentido moral (Is 40,3), pero “en Juan, Jesús camino indica algo más que una norma moral, es la posibilidad de conocer al Padre, de tener acceso a Él”¹⁰². Ahora bien, conocer a Jesús es amarlo, y amarlo supone guardar sus mandamientos (Jn 14,15; 14,21.23), y todo esto es lo que trae la paz (Jn 14,27-31). Pablo utiliza una terminología muy variada para referirse a la comunión con la persona y la obra del Señor resucitado: vivir en Jesucristo (2 Tim 3,12), vivir en su Espíritu (Gál 5,16-25; 1 Cor 12,3-11; 2 Cor 3,17), imitarle (1 Cor 11,1; 2 Tes 1,6), vivir su Espíritu en nosotros (Rom 5,5; 8,5-16; 15,16; Gál 2,20; 4,6; 1 Cor 2,12; 3,16; 1 Tes 4,8), amarle (1 Cor 16,21), creer en él (Rom 3,21-25).

6. IMPLICACIONES DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS PARA LA VIDA MORAL DEL CRISTIANO

Espero que el análisis del sentido bíblico del “seguimiento de Jesús” nos haya ayudado a tomar conciencia de que nos encontramos ante una categoría globalizadora de la existencia y la teología cristianas. Evidentemente, el seguimiento de Jesús tiene una dimensión moral importante, la cual “se concreta en el desarrollo de lo que significa la forma de vida que corresponde a aquellos (de forma individual o en grupo) que han recibido la “llamada” (y han respondido) a seguir al profeta para ser anunciadores y signos del Reino de Dios”¹⁰³. La categoría de “seguimiento” proporciona a la moral el entronque básico en el conjunto de la fe cristiana, y “de esta suerte la moral adquiere la fundamentación teológica que la justifica y que la constituye y se siente permanentemente articulada en el significado global de la existencia cristiana... La vida moral pone de relieve un aspecto –el del compromiso intramundano a fin de transformar la realidad histórica–, pero lo hace dentro de la unidad en la que convergen y de la que brotan las

102. J.L. ESPINEL, *Evangelio según San Juan. Introducción traducción y comentario*, San Esteban, Salamanca 1998, p. 212.

103. M. VIDAL, *o.c.*, p. 166.

restantes dimensiones: la del sentido teológico, la de la vivencia espiritual, y la del servicio pastoral”¹⁰⁴.

6.1. *Un principio: la libertad de los Hijos de Dios*

Hemos de reconocer que la historia de la moral cristiana lleva sobre sus espaldas muchas acusaciones de ser opresora y de haber impedido el desarrollo autónomo e integral de las personas; y esta acusación sigue todavía presente en el ánimo de muchos y es previsible que continúe por mucho tiempo. Sin embargo, el modelo moral revelado en el evangelio de Jesús nos invita a cambiar la perspectiva, aunque nuestra propia naturaleza libre está sometida al pecado y necesita constantemente ser liberada también. La solución, pues, al problema de la autonomía humana no está en hacer desaparecer a Dios del horizonte (eso pretendían los maestros de la sospecha), sino en hacer colaborar al hombre (desde un compromiso libre y responsable) con Dios (gracia) en la tarea de la liberación-salvación de las múltiples esclavitudes que permanentemente acompañan al ser humano. En Jesús se nos revela ese modelo de relación. “La libertad de Jesús no se traduce en el poder, la fuerza, la valentía de un superhombre. Es la obediencia fiel de un hombre a la voluntad del Padre, que señala el verdadero camino de la liberación. No es una libertad formal y vacía, que disfruta con el simple juego de la elección. Es una libertad marcada por un camino que hace libres. No es una opción caprichosa entre el bien y el mal, entre el mesianismo político o el mesianismo del Siervo de Yahvé. Es un mantenerse decididamente firme en el servicio mesiánico al reino de Dios que hace de la historia humana una historia de liberación y comunión fraterna. No es una libertad para afirmarse a sí mismo frente a Dios o frente a los hermanos. Es una libertad para el amor, para el servicio, para permitir a los demás ser libres”¹⁰⁵.

104. *Ibid.*, p. 166.

105. F. MARTÍNEZ, *Caminos de liberación...*, pp. 73-74. J. ESPEJA, o.c., pp. 57-77.

Nos centramos brevemente en algunos rasgos más significativos de la libertad tal y como es percibida en la tradición evangélica¹⁰⁶:

El tema de la libertad aparece como uno de los temas centrales tanto en la predicación como en la praxis de Jesús.

Situado en esta perspectiva del Dios liberador, Jesús se siente portador de ese mismo mensaje y se propone llevarlo a la práctica con su vida. Por eso, es necesario dirigir nuestra mirada a la praxis de Jesús, a su vida comprometida en favor de todos los seres humanos, especialmente de los más abandonados y desfavorecidos, para comprender el auténtico mensaje liberador que anuncia y realiza.

6.2. *Una desmesura: La gratuidad y el perdón. Parábolas de la misericordia: (Lucas 15)*

6.2.1. Este capítulo, que se ha llamado con razón el corazón del evangelio de Lucas, contiene tres parábolas: la oveja y la dracma perdida, y el hijo pródigo. Recibe esa denominación, porque estas parábolas dejan de manifiesto lo que impulsó la vida de Jesús, el ardor y la fuerza de su mensaje o predicación. Es un capítulo que se confecciona para responder a las acusaciones críticas de los que escuchan y ven a Jesús actuar de una forma que pone en evidencia su concepción de Dios y de la religión.

6.2.2. Las dos parábolas “gemelas” (de la oveja y la dracma perdidas, respectivamente), que preceden a la del hijo pródigo (que debería llamarse del padre misericordioso), vienen a introducir el tema de la generosidad y misericordia de Dios con los pecadores y abandonados. En las dos narraciones, la del pastor que busca a su oveja perdida (una frente a noventa y nueve) y la de la mujer que por una moneda perdida (que no vale casi nada), pone patas arriba toda la casa hasta encontrarla, se pone de manifiesto una cosa: la alegría por el encuentro. Estas parábolas, junto a la gran parábola del padre y sus dos hijos, intentan contradecir muchos comportamientos que parecen legales o religiosos, e incluso lógicos, pero que ni

106. Una obra importante para desarrollar esta temática es el manual de B. HÄRING, *Libertad y fidelidad...*

siquiera son humanos. El Reino de Dios llega por Jesús a todos, pero muy especialmente a los que no tienen oportunidad de ser algo. Jesús, con su comportamiento, y con este tipo de predicación profética en parábolas, transmite los criterios de Dios. Los que se escandalizan, pues, no entienden de generosidad y misericordia.

6.2.3. Comienza todo con esa afirmación: “se acercaban a él todos los publicanos y pecadores”. Es muy propio de Lucas subrayar el “todos”, como en 14,33 cuando decía que quien no se distancia (*apotássomai*) de todos los bienes... Y también merece la pena tener en cuenta para qué: “para escucharle”. Escuchar a Jesús, para aquellos que todo lo tienen perdido, debe ser una delicia. También se acercaban, como es lógico, los escribas de los fariseos, pero para “espíar”. Serían éstos, según las palabras de Is 6,9-10, los que escuchaban pero no podían entender, porque su corazón estaba cerrado al nuevo acontecimiento del Reino que Jesús anunciaba en nombre de su Dios, el Dios de Israel. Con esas palabras se despidió Pablo del judaísmo oficial romano de la sinagoga en Hch 28. No debemos olvidar que en las tres parábolas de Lc 15 se quiere hablar expresamente del Dios de Jesús. Por tanto, no solamente en la parábola del padre de los dos hijos (entre ellos el pródigo), sino también en la del pastor y en la de la pobre mujer que pierde su dracma.

6.2.4. Así, pues, se acercaban a él, para escucharlo, los publicanos y pecadores, porque Jesús les presentaba a un Dios del que no les hablaban los escribas y doctores de la ley. Un Dios que siente una inmensa alegría cuando recupera a los perdidos es un Dios del que pueden fiarse todos los hombres. Un Dios que se preocupa personalmente de cada uno (como es una oveja o una dracma) es un Dios que merece confianza. El Dios de la religión oficial siempre ha sido un Dios sin corazón, sin entrañas, sin misericordia, sin poder entender las razones por las cuales alguien se ha perdido o se ha desviado. Es curioso que eso lo tengan que hacer ahora las terapias psicológicas y no esté presente en la experiencia religiosa oficial. No se trata de decir que Dios ama más a los malos que a los buenos. Eso sería una infamia de un fundamentalismo religioso irracional. Lo que Dios hace, según Jesús, según el evangelista Lucas, es comprender por qué. La terapia del reino debería ser la clave del cristianismo. Y la mejor manera para

abandonar la vida sin sentido no es hablar de un Dios inmisericorde, sino del Dios real de Jesús que espera siempre sentir alegría por la vuelta, por la recomposición de la existencia y de la dignidad personal.

6.2.5. Ser gratuito es cultivar la donación como regalo y como gracia, es ofrecer siempre nuevas oportunidades. La gratuidad es una de las múltiples maneras que tenemos de relacionarnos los humanos.

6.3. *Aspiración a la paz como “fruto de la justicia y del amor”*

La vida de Jesús se desarrolla en un momento histórico del pueblo de Israel con fuertes tensiones y conflictos, muchos de ellos con graves dosis de violencia. Ahora bien ¿Cómo se define Jesús frente a estas situaciones conflictivas? Aunque no existe un consenso decisivo entre los exégetas sobre algunas cuestiones concretas, existe bastante unanimidad en torno a los siguientes puntos:

- Jesús se sitúa en la trayectoria del pacifismo de los profetas. Isaías había señalado que “la obra de la justicia será la paz” (Is 32,17; cfr. Sal 85,11); para Jeremías y Ezequiel, es una estafa y un engaño proclamar la paz en la tierra mientras la idolatría y la injusticia permanecen (Ez 13, 10-16), mientras impera la injusticia y la infidelidad (Jr 6,14; 8,10-12). El texto programático de la sinagoga de Nazareth (Lc 4, 16-21) se coloca en esta misma perspectiva, situando la paz en el contexto de la liberación de los oprimidos.
- Su mensaje y su praxis chocan con las ideas y comportamientos morales de su tiempo. El sermón del monte (Mt 5, 21-48) supone un gran avance a la hora de concebir y organizar la convivencia humana desde la perspectiva de la reconciliación y la paz. En él quedan superados varios preceptos del decálogo y la Ley del Talión entonces vigentes, por el amor radical y el perdón, incluso a los enemigos. Jesús manifiesta aquí su profunda convicción de que es posible y deseable organizar la convivencia humana desde valores más perfectos. Se trata de vivir de acuerdo a como es Dios: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48).

- La voluntad de Jesús, por tanto, es la voluntad del Padre, es decir, que se realice el Reino, uno de cuyos ingredientes es la paz. Desde aquí podemos leer algunas bienaventuranzas (Mt 5,4.6.7.9), las antinomias del Sermón del Monte (“habéis oído que se dijo..., pero yo os digo...” Mt 5, 20-48), la ley nueva del amor (Jn 15, 12-13), etc.
- Pero la paz que anuncia Jesús no se construye eludiendo los conflictos vigentes, sino enfrentándose a ellos con el ánimo de superarlos. Por eso Jesús hace un cuestionamiento radical de la ideología dominante sobre la que se apoyaban graves injusticias, es decir violencias institucionalizadas. Denuncia un sistema basado en leyes y preceptos porque encubren la justicia y el amor (Mt 23,23); denuncia la hipocresía y la mentira porque invierten el orden moral (Mt 23, 27-28); denuncia la dominación, a saber: buscar los primeros puestos (Mt 23,6), cargar a los pobres fardos pesados, etc. (cfr. Mt 23,4).
- Jesús inaugura una nueva cultura alternativa de amor y de paz. El amor será el signo a través del cual serán reconocidos sus discípulos (Jn 13,35); el amor será la condición para heredar la vida eterna, como muestra la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,30-37); el perdón, actitud contraria a la venganza (Gn 4,15), será exigido hasta setenta veces siete (Mt 18,22), es decir, siempre.
- El amor y la paz que instaura Jesús sólo se puede conseguir transformando las estructuras y valores que se niegan a dejarla crecer, como la cizaña que ahoga el trigo (Mt 13, 24-30). Pero esta victoria no está asegurada. La violencia no acepta como compañera la paz e intenta –siempre que pueda– deshacerse de ella. Es lo que le pasa a Jesús: muere violentamente en la cruz. Pero él no devuelve mal por mal, la fidelidad a su proyecto (el reino de Dios) hace que asuma ser condenado por sus enemigos y al final pide el perdón para ellos. Y es así como instaura una paz universal, para todos los hombres y para la creación entera. Es lo que señala San Pablo en la carta a los Colosenses cuando dice: “Tuvo a bien reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col 1,19-20).

Como conclusión, podemos afirmar con toda claridad que, tanto en su mensaje como en su vida, Jesús aparece con una actitud pacífica y opuesta a cualquier tipo de violencia destructiva, basada en el deseo de venganza, en el odio o desprecio al semejante. Sin embargo, su no-violencia es profundamente activa y comprometida frente a las injusticias sociales e históricas. Conviene que no olvidemos ninguno de los dos aspectos.

6.4. Una pedagogía: Epistemología del Buen Samaritano

Este pasaje del Evangelio de Lucas (Lc 10,25-37) nos presenta el modelo por excelencia de la opción comprometida de Jesús en favor de los pobres y de los “abandonados a la vera del camino”.

En un momento determinado, un especialista en el tema de la Ley preguntó a Jesús para ponerlo a prueba (para tentarle): “Maestro, ¿qué he de hacer para tener la vida eterna?” (Lc 10,25). La pregunta tiene un sentido eminentemente práctico, es una pregunta moral. La respuesta de Jesús es clara y está remitida a la Ley: “¿Qué está escrito en la Ley”? El legista lo sabe, como lo sabían todos los niños judíos desde la primera catequesis sinagoga: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y al prójimo como a ti mismo”. Pero esta respuesta no resuelve la cuestión, sino que la centra en su punto clave: “Y ¿quién es mi prójimo?”. En los términos de nuestro planteamiento, la pregunta equivale a cuestionarse por la solidaridad, ¿cuáles son los límites de la solidaridad que nos marca el Reino de Dios esperado?

La parábola del Buen Samaritano, de un modo sumamente expresivo, describe todo el alcance subversivo de su comprensión de la solidaridad entre los hombres que establece el anuncio de la proximidad del Reino de Dios. Es una parábola de estructura simple. El camino entre Jerusalén y Jericó. Por el camino van y vienen los caminantes. Pero en el camino Jesús señala un punto crítico. Es el lugar aquel en el que un hombre yace medio muerto, después de haber sido asaltado y saqueado por unos bandidos. En la parábola aparecen una serie de personajes con una identidad social perfectamente definida: unos bandidos, un sacerdote, un levita, un samaritano, un posadero. Y está ese hombre que en la narración no

tiene ningún determinante social que lo identifique. No sabemos nada de él. Sólo que está allí, al borde del camino, con su necesidad apremiante de ayuda. Esta falta de determinación social marca ya la ilimitación del mensaje de solidaridad de Jesús. El prójimo, la proximidad, no viene determinada por ninguna cualidad de los hombres que los haga mis prójimos. Únicamente viene determinada por su presencia en el camino que uno anda, por el encuentro en el camino y por la necesidad que tiene de ser ayudado.

Jesús hace pasar ante aquel hombre a un sacerdote y a un levita. No se trata de un gesto demagógico, o de un signo de hostilidad anticlerical, frente a la religiosidad de Israel. Sacerdote y levita son hombres de Dios, hombres del primer mandamiento, que han hecho de su vida un servicio a Yahvé en su templo. Son hombres de la Alianza y la Ley. En la parábola se nos dice que ambos “ven al herido, dan un rodeo”, evitan el encuentro y siguen adelante. Es decir, hay una forma de ver al hombre, de percibir la realidad, que mantiene las distancias, que no hace próximos. (Por el contrario –señala Enrique Dusel– “la experiencia de la proximidad entre personas es la que constituye al otro como prójimo [próximo, cercano, alguien], como otro; y no como cosa, instrumento, mediación”¹⁰⁷). Y esa forma de ver puede tener su fundamento en la misma imagen de Dios, como sucede en el sacerdote de la parábola. “No se acercarán a un muerto, para no incurrir en impureza, pero podrán contaminarse por un padre, una madre, un hijo, una hija, un hermano o una hermana no casada”, prescribía Ezequiel en su Torá (Ez 44,25), de acuerdo con el Levítico (Lev 21,1-5). El Dios de la Ley, que fundamentaba la solidaridad de los grupos apocalípticos, limitaba la proximidad. Justificaba el guardar las distancias, el rodeo que podamos dar para evitar un encuentro.

Esto nos está indicando cuál es el fundamento más hondo de la afirmación de solidaridad y proximidad que hace Jesús. Es la idea de Dios que él revela y que tiene presente al anunciar su proximidad. Es un Dios Padre, un Dios amigo, que sale al encuentro del hombre, de todo hombre, sea el que sea. Un Dios que, en él y como él, se ha acercado a lo perdido, a

107. E. DUSSEL, *Ética comunitaria*, Paulinas, Madrid 1986, p. 17.

lo maldito por la Ley. Así la proximidad y la solidaridad han roto todos sus límites. Nada puede justificar la inhibición ante la necesidad del hombre que encontramos en el camino. Es siempre el prójimo que hay que amar como a uno mismo.

Por el punto crítico del camino pasa también un samaritano. Es un hombre que desde el punto de vista sociológico y religioso, marca un máximo de distanciamiento. Como dice San Juan, “los judíos no se tratan con los samaritanos” (Jn 4,9). Aquel samaritano *ve al herido, se conmueve y se aproxima*. Toda una serie de movimientos (mirada alterada misericordiosamente y aproximación) que preparan la praxis eficaz: baja de su cabalgadura, venda sus heridas, lo pone sobre su caballo, lo lleva a la posada y cuida de él todo el día y toda la noche. Al día siguiente, antes de proseguir su viaje, encarga al posadero que lo siga cuidando a su cuenta. La *praxis* como “*actualización de la proximidad, de la experiencia de ser próximo para el prójimo, del construir al otro como persona, como fin de mi acción y no como medio*”¹⁰⁸.

En el samaritano hay otra manera de ver que acorta toda distancia y hace la proximidad. El samaritano ve desde la compasión, desde el corazón. Ni desde la Ley ni desde las convenciones sociales. Esa manera de ver desde el amor es la que construye la proximidad. Por otra parte, la proximidad se traduce en actitudes y comportamientos concretos. El samaritano hace exactamente todo cuanto necesita el hombre herido. No lo abandona en su cuidado y preocupación hasta haber satisfecho su necesidad de ayuda. No le da una limosna que hubiera dejado las cosas a medias, se compromete hasta el fin. La proximidad no sólo es afectiva, sino también eficaz.

La parábola, que respondía a la pregunta del experto en la Ley “quién es mi prójimo?”, termina con otra pregunta de Jesús al legista: “¿Quién de estos tres te parece que estuvo próximo?”. La respuesta era evidente: “El que tuvo misericordia”. La conclusión de Jesús es tajante: “*Vete y haz tú lo mismo*”. La proximidad, la solidaridad hasta la identificación, “como a ti mismo”, no depende de ningún determinante sociológico o cultural, no tiene límites. Como el amor a Dios exige la totalidad. La proximidad la realiza el amor, que impone una

108. *Ibid.*, p. 17.

manera de ver y de situarse y relacionarse con los hombres. En la parábola es la actitud y la conducta del samaritano ante el judío abandonado y medio muerto al borde del camino. En la realidad fue la actitud y conducta de Jesús que acoge a lo perdido y apuesta radicalmente por los pobres y abandonados. En la parábola es un sacerdote y un levita que no se sienten afectados por el herido que encuentran en el camino. En nuestra realidad viva son los neo corporativismos de todo signo que sólo se conmueven y se mueven cuando se trata de defender intereses particulares, y somos muchos cristianos más preocupados por defender nuestra seguridad al interior de la Iglesia que por anunciar y vivir con sencillez la gratuidad del Reino de Dios.

7. CONCLUSIÓN: AVISO PARA LOS CRISTIANOS

No podemos terminar esta reflexión sobre Jesucristo sin apuntar alguna de las exigencias que implica nuestra fe cristiana.

- No es posible creer en un Dios que se ha hecho hombre buscando la liberación de la humanidad, y no esforzarse por ser más hombre cada día y trabajar por un mundo más humano y más liberado.
- No es posible creer en un Dios que ha querido compartir nuestra vida para restaurar todo lo humano, y al mismo tiempo, colaborar en la deshumanización de nuestra sociedad, atentando de alguna manera contra la dignidad y los derechos de la persona.
- No es posible creer en un Dios que se ha entregado hasta la muerte por defender y salvar al hombre y al mismo tiempo pasarse la vida sin hacer nada por nadie.
- No es posible creer en un Dios que se ha hecho solidario de la humanidad y, al mismo tiempo, organizarse la propia vida de manera individualista y egoísta, ajena totalmente a los problemas de los demás.
- No es posible creer en un Dios que busca para el hombre un futuro de justicia, liberación y amor, y al mismo tiempo no hacer nada ante la situación actual tan lejana todavía de esa meta final.

V

Rutas hacia la paz y en favor de la vida

1. VIOLENCIA Y CAMINOS PARA UNA CULTURA DE LA PAZ

Naciones Unidas cerró el siglo XX declarando el año 2000 como “Año Internacional de la Cultura de la Paz”. Con aquel motivo, el ex Director General de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, hacía una invitación general a iniciar el próximo siglo y milenio con un decidido y esperanzado compromiso: *“Arranquemos a la turbulenta historia de este siglo una nueva esperanza y dejemos que la rebeldía no violenta, la indocilidad creativa, la insumisión de quienes no se resignan a admitir lo inadmisibile, hagan posible la transición al diálogo y a la tolerancia para transformar la cultura de guerra y de violencia en una cultura de paz y conciliación”* ¹⁰⁹.

Desde que fueron pronunciadas estas palabras, la población mundial no ha cesado de ir de sobresalto en sobresalto. El siglo XXI no pudo comenzar con peores augurios para la paz. El 11 de septiembre de 2001, el brutal atentado terrorista contra el *World Trade Center* de la isla de Manhattan (Nueva York) y el Pentágono de Washington costó la vida a miles de personas y sembró el pánico entre la población mundial. Por primera vez en la historia, el país más poderoso de la tierra había sido agredido en su propio territorio y en el corazón de sus instituciones económico-financieras y militares, es decir, en los pilares que sostienen el actual orden mundial. La búsqueda de responsables fue inmediata y las sospechas se centraron, desde el primer momento, en Osama Bin Laden y la red terrorista *Al*

109. *El Correo de la UNESCO*, Enero 1999, p. 9.

Qaeda, supuestamente protegida por el régimen de los talibanes que gobernaba en Afganistán. La respuesta a la agresión no se hizo esperar y Estados Unidos, con la colaboración de otros muchos países, planifica y lleva a cabo un ataque bélico sobre todo el territorio de Afganistán. Desde la parte victoriosa, los resultados de este ataque fueron el cambio de régimen político en Afganistán, controlado ahora por el ejército norteamericano, desmantelamiento de la red terrorista *Al Qaeda* y captura de 650 supuestos terroristas e internamiento de los mismos en la cárcel de Guantánamo (Cuba), y desconocimiento del paradero de Osama Bin Laden; como “efectos colaterales”, miles de muertos y heridos, especialmente civiles, un país agujereado y destruido palmo a palmo por las bombas y las balas de la sofisticada maquinaria bélica norteamericana, miles de refugiados, hambre y miseria acumulada para los habitantes de uno de los países más pobres de la tierra. El recrudecimiento durante los tres últimos años del conflicto entre judíos y palestinos, sin voluntad internacional para resolverlo, es todo un símbolo de la barbarie humana y la cultura que la sustenta. Y qué decir de las constantes masacres llevadas a cabo en la R.D. del Congo a lo largo de los últimos años, con la indiferencia de la comunidad internacional y la complicidad interesada de algunos países occidentales... y de la caótica situación de Colombia, desangrada por todos los contendientes en una guerra cruel y fratricida... Y por si todo lo anterior no fuera suficiente, en el año 2003 ha explotado una nueva crisis mundial con la anunciada y planificada guerra contra Irak por parte del gobierno de Estados Unidos y sus incondicionales aliados, en su afán de terminar con el denominado “eje del mal” y, de paso, establecer su primacía incuestionable dentro del actual (des)orden internacional.

Todos estos hechos hacen que nos preguntemos: ¿Dónde ha quedado aquella decisión tomada por los pueblos después de la Segunda Guerra Mundial y recogida en la Carta fundacional de la Organización de Naciones Unidas: “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones futuras el horror de la guerra”?

Ante éstas y otras situaciones parecidas, son muchas las personas y organizaciones que han levantado su voz para reclamar el respeto de los derechos humanos fundamentales

para todos no por la vía del poder y de las armas, sino por la vía de la legalidad y de la ética. Las masivas manifestaciones celebradas en las grandes ciudades de todo el mundo el pasado 15 de febrero gritando ¡no a la guerra! quedarán para la historia como símbolo de una nueva sociedad que no está dispuesta a asumir el papel de súbdito que le asignan sus gobernantes ni a tolerar por más tiempo la guerra como medio de dirimir los conflictos entre los pueblos.

Por nuestra parte, asumimos el desafío propuesto por Mayor Zaragoza y nos sumamos a todos esos “rebeldes no violentos” ofreciendo nuestra humilde aportación al debate y a la construcción de la paz con la reflexión que ahora tienes en las manos. Sabemos que la violencia en nuestra sociedad es una realidad sumamente grave y preocupante, compleja y difícil de comprender y de explicar, mucho más de erradicar. A pesar de todo, estamos convencidos de que ninguna producción humana –tampoco la violencia, en sus múltiples formas, y la cultura en que se nutre– puede perdurar si juntos empeñamos nuestros esfuerzos por transformarla o hacerla desaparecer. Y con esta realidad hemos de enfrentarnos responsablemente los humanos si queremos sobrevivir con un mínimo de dignidad en los años venideros...

1.1. Vivimos en una cultura de guerra y de violencia

Esta afirmación, muy explícita en el texto que acabamos de mencionar, ha sido repetidamente afirmada por otros muchos autores. Vicenç Fisas, uno de los más preclaros investigadores españoles sobre la paz, escribía recientemente lo siguiente: *“Para alguien que se dedica a la investigación sobre la paz y el desarme, reflexionar sobre lo que podría ser una cultura de paz es una verdadera necesidad y un reto de primera magnitud, especialmente si se tiene la percepción de que la cultura de la violencia está muy presente en nuestra vida cotidiana, y afecta de manera especial a millones de personas de todo el planeta que han de soportar conflictos armados de gran crueldad o situaciones de injusticia, dominación, pobreza y sufrimiento”*¹¹⁰.

110. V. FISAS, *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Icaria & Antrazyt-Ediciones UNESCO, Barcelona 1998, p. 13.

La intervención de diez minutos del entonces Maestro de la Orden de los dominicos, en la reunión de superiores generales (Roma, noviembre 1993), causó impacto en la asamblea y en los medios de comunicación italianos al comparar nuestro mundo con el que describe Steven Spielberg en la película *Parque jurásico*. “Es ésta –dice Timothy Radcliffe– una historia que nos muestra un cuadro maravilloso del mundo en que hemos de vivir nuestra fe hoy... *Parque Jurásico* nos habla de un mundo violento, de una manada de dinosaurios vagabundeando por las llanuras y devorando cuanto encuentran a su paso. Se trata de una violencia a la que los seres humanos sólo pueden replicar con nueva violencia... *Parque Jurásico* nos presenta una resucitada selva darwiniana en la que los animales compiten para sobrevivir. El débil fracasa y muere llegando a extinguirse, como los dinosaurios”¹¹¹. Así es nuestro mundo, como una selva en la cual sobreviven los más fuertes y agresivos, mientras los débiles van cayendo muertos en las orillas de los caminos y extinguiéndose.

Pero no hace falta acudir a la autoridad intelectual de éstos u otros autores para percatarnos de la afirmación que intentamos justificar, es decir, que vivimos en una cultura de guerra y de violencia. Basta leer la prensa, escuchar las tertulias de radio, ver los informativos de las televisiones cada día o, simplemente, dialogar con los vecinos sobre los acontecimientos recientes para darnos cuenta de que, aunque en muchas ocasiones se mantenga en estado latente, la violencia forma parte de nuestro patrimonio cultural y vital.

1.1.1. *Violencias “a la carta”*

Las formas y modalidades que adquiere la violencia en nuestro mundo son tan pluriformes que podemos hablar de “violencias a la carta”. En primer lugar, nos referiremos a las “violencias institucionalizadas”, es decir, a aquellos tipos de violencia ejercidos desde los sistemas de poder (económico, político y cultural) que actúan a nivel mundial. Son violencias que yacen en las entrañas de los sistemas y actúan a través

111. T. RADCLIFFE, *El manantial de la esperanza*, San Esteban, Salamanca 1998, pp. 9 y 11.

de múltiples y sofisticados mecanismos, los cuales intentan a la vez ocultarla o legitimarla. Esto hace que se trate de un tipo de violencia que permanece escondida para mucha gente y, sin embargo, es la que produce la mayoría de las situaciones de opresión, marginación y exclusión social que sufre gran parte de la humanidad: hambre, analfabetismo, falta de trabajo, falta de vivienda y de atención sanitaria adecuada, agresiones a la naturaleza... Los sucesivos “Informes del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo” (PNUD) nos vienen ofreciendo, a lo largo de los últimos quince años, numerosos datos sobre la miseria y el sufrimiento humano que late tras las múltiples formas de desigualdad e injusticia.

En la violencia institucionalizada está el origen de otras múltiples formas de violencia. Es la violencia que pone actualmente en peligro el futuro y a la cual es preciso prestar especial atención si queremos construir una paz justa y duradera. Nuevamente acudimos a la autoridad en esta materia del ex Director General de la UNESCO: *“Las amenazas más graves a la paz y al porvenir de la humanidad han cambiado de signo en los últimos años. Si durante la Guerra Fría vivimos en un mundo bipolar que se vio en ocasiones al borde del holocausto atómico, tras la caída del Muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética estamos confrontados a otras fuerzas, que habían permanecido ocultas o reprimidas por la rivalidad entre las dos super-potencias. La violencia que pone en peligro el futuro asume ahora diversas formas: es la opresión y la tiranía que padecen muchos pueblos, la explotación y la miseria de los menos favorecidos; la exclusión y la intolerancia que aumentan, incluso en las sociedades más opulentas.*

Todo esfuerzo que la comunidad internacional lleve a cabo para construir una paz justa y duradera será inoperante, si no toma en cuenta estas fuentes profundas de los conflictos que constituyen el caldo de cultivo de las guerras y si no se orienta a erradicarlas, al tiempo que procura transmitir valores, forjar actitudes y elaborar dispositivos jurídicos capaces de sustituir a la decadente cultura de guerra en la que todavía nos hallamos inmersos”¹¹².

112. V. FISAS, *o.c.*, p. 9.

En segundo lugar, y en íntima relación con la violencia institucionalizada –para reafirmarla o para combatirla–, encontramos en nuestro mundo tipos de violencia mucho más visibles y para todos los gustos. Unas tienen un marcado carácter social y político: guerras y guerrillas localizadas, carrera de armamentos, imperialismos, represión, pena de muerte, terrorismo¹¹³, torturas, secuestros, tensiones y conflictos ideológicos provocados por la rivalidad y la competencia en los grupos políticos y medios de comunicación social, conflictos laborales... Otras remarcan más los caracteres inter-individuales de la violencia humana: homicidios, racismo y xenofobia, robos, atracos, violaciones, violencias cotidianas y rutinarias (en la familia, en la calle, en el trabajo, en la escuela, en espectáculos deportivos...), etc.

1.1.2. La dramática realidad de la violencia

Alguien puede pensar que el panorama de violencia al que nos estamos refiriendo no es algo novedoso, pues la violencia entre los humanos ha existido siempre. Es cierto, pero no es

113. A propósito de la relación entre el terrorismo islámico y la violencia institucionalizada llevada a cabo por los países más desarrollados, se ha pronunciado recientemente Baltasar Garzón, magistrado de la Audiencia Nacional, en estos términos: “Alguien ha dicho que el terrorismo, especialmente el integrista islámico, o fundamentalista, es una amenaza difusa, pero sobre todo es una realidad preocupante y cruel desde hace tiempo, y constituye un fenómeno al que, entre todos, y especialmente los países occidentales, hemos contribuido a dar forma con nuestra propia intransigencia, con la diferencia, con la imposición de “lo nuestro” frente a “lo otro”, con el rechazo de todo aquello que es diferente a nuestra cultura o incluso nuestra “religión civilizada”. Occidente y sus jerarquías políticas, militares, sociales y económicas han estado más ocupados del progreso abusivo y vergonzante de la producción, la especulación y el beneficio globalizados, que de una adecuada redistribución de la riqueza; de una política de exclusión social, que de una mayor atención a la integración de los pueblos o de una política de inmigración progresista y solidaria; del mantenimiento y exigencia de la deuda externa, que de la implementación de recursos en esos países a los que ahora se les pide ayuda o comprensión, o a los que se amenaza con la guerra final, con la “justicia infinita” o con la paz duradera. Por esas omisiones conscientes ahora se sufren las consecuencias terribles de una violencia irracional extrema y fanáticamente religiosa” (BALTASAR GARZÓN, *La respuesta*, EL PAÍS, 2 de Octubre de 2001).

menos cierto que la violencia en el momento actual ha adquirido unas dimensiones novedosas en cuanto a los mecanismos utilizados para ejercitarla y absolutamente dramáticas en cuanto a su capacidad destructora. Por otra parte, la cultura que envuelve y que alimenta la vida de los humanos en la era de la globalización es profundamente violenta, lo cual hace aún más difícil la tan pregonada y ansiada utopía de la paz. Acudamos a los datos, recogidos en distintos informes y estudios sociales, para dar razón de estas afirmaciones:

Eduardo Galeano ha escrito recientemente una obra que realmente hace pensar. Se titula *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*¹¹⁴. Uno de sus capítulos lo dedica a los alumnos de esta escuela: los niños. La descripción es impresionante, y por sí sola sirve para darnos cuenta del mundo tan monstruoso que hemos llegado a crear los humanos. Divide a los alumnos de la “escuela del mundo al revés” en tres categorías: “los de arriba, los del medio y los de abajo”, los tres tercios en que los analistas sociales suelen dividir la sociedad actual. En una breve introducción, el autor de *Las venas abiertas de América Latina*, dice: “*Día tras día, se niega a los niños el derecho a ser niños. Los hechos, que se burlan de ese derecho, imparten sus enseñanzas en la vida cotidiana. El mundo trata a los niños ricos como si fueran dinero, para que se acostumbren a actuar como el dinero actúa. El mundo trata a los niños pobres como si fueran basura, para que se conviertan en basura. Y a los del medio, a los niños que no son ricos ni pobres, los tiene atados a la pata del televisor, para que desde muy temprano acepten, como destino, la vida prisionera. Mucha magia y mucha suerte tienen los niños que consiguen ser niños*” (p. 11). A continuación, pasa a describir el mundo en el que se desenvuelven estos alumnos, comenzando por los de arriba. “*En el océano del desamparo, se alzan las islas del privilegio. Son lujosos campos de concentración, donde los poderosos sólo se encuentran con los poderosos y jamás pueden olvidar, ni por un ratito, que son poderosos. En algunas de las grandes ciudades latinoamericanas, los secuestros se han hecho costumbre, y los niños ricos crecen encerrados dentro de la burbuja del miedo. Habitan*

114. E. GALEANO, *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, Siglo XXI, Madrid 1998.

mansiones amuralladas, grandes casas o grupos de casas rodeadas de cercos electrificados y de guardias armados, y están día y noche vigilados por los guardaespaldas y por las cámaras de los circuitos cerrados de televisión. Los niños ricos viajan, como el dinero, en autos blindados. No conocen, más que de vista, su ciudad. Descubren el subterráneo en París o en Nueva York, pero jamás lo usan en Sao Paulo o en la capital de México. Ellos no viven en la ciudad donde viven. Tienen prohibido ese vasto infierno que acecha su minúsculo cielo privado. Más allá de las fronteras, se extiende una región del terror donde la gente es mucha, fea, sucia y envidiosa. En plena era de la globalización, los niños ya no pertenecen a ningún lugar, pero los que menos lugar tienen son los que más cosas tienen: ellos crecen sin raíces, despojados de identidad cultural, y sin más sentido social que la certeza de que la realidad es un peligro. Su patria está en las marcas de prestigio universal, que distinguen sus ropas y todo lo que usan, y su lenguaje es el lenguaje de los códigos electrónicos internacionales. En las ciudades más diversas, y en los más distantes lugares del mundo, los hijos del privilegio se parecen entre sí, en sus costumbres y en sus tendencias, como entre sí se parecen los grandes Centros Comerciales y los aeropuertos, que están fuera del tiempo y del espacio. Educados en la realidad virtual, se deseducan en la ignorancia de la realidad social, que sólo existe para ser temida o para ser comprada” (pp. 12-13). Respecto a los de abajo, la descripción que hace Galeano es para echarse a temblar. “En América Latina mueren 100 niños, cada hora, por hambre o enfermedad curable, pero hay cada vez más niños pobres en la calle y en los campos de esta región que fabrica pobres y prohíbe la pobreza. Niños son, en su mayoría, los pobres; y pobres son, en su mayoría, los niños. Y entre todos los rehenes del sistema, ellos son los que peor lo pasan. La sociedad los exprime, los vigila, los castiga, a veces los mata: casi nunca los escucha, jamás los comprende.

Esos niños, hijos de gente que trabaja salteando o que no tiene trabajo ni lugar en el mundo, están obligados, desde muy temprano, a vivir al servicio de cualquier actividad ganapán, deslomándose a cambio de comida, o de poco más, todo a lo largo y a lo ancho del mapa del mundo. Después de aprender a caminar, aprenden cuáles son las recompensas que se otorgan a los pobres que se portan bien: ellos, y ellas, son la mano de obra gratuita de los talleres, las tiendas y las cantinas caseras,

o son la mano de obra a precio de ganga de industrias de exportación que fabrican ropa deportiva para las grandes empresas multinacionales. Trabajan en las faenas agrícolas o en los trajines urbanos, o trabajan en su casa, al servicio de quien allí mande. Son esclavitos o esclavitas de la economía familiar o del sector informal de la economía globalizada, donde ocupan el escalón más bajo de la población activa del mercado mundial: en los basurales de la ciudad de México, Manila o Lagos, juntan vidrios, latas o papeles, y disputan los restos de comida con los buitres; se sumergen en el mar de Java, buscando perlas; persiguen diamantes en las minas del Congo; son topos en las galerías de las minas de Perú, imprescindibles por su corta estatura, y cuando sus pulmones no dan más, van a parar a los cementerios clandestinos; cosechan café en Colombia y Tanzania, y se envenenan con los pesticidas; se envenenan con los pesticidas en las plantaciones de algodón de Guatemala y en las bananeras de Honduras; en Malasia recogen la leche de los árboles del caucho, en jornadas de trabajo que se extienden de estrella a estrella; tienden vías de ferrocarril en Birmania; al norte de la India se derriten en los hornos de vidrio, y al sur en los hornos de ladrillos; en Bangladesh, desempeñan más de trescientas ocupaciones diferentes, con salarios que oscilan entre la nada y la casi nada por cada día de nunca acabar; corren carreras de camellos para los emires árabes y son jinetes pastores en las estancias del río de la Plata; en Puerto Príncipe, Colombo, Yakarta o Recife sirven la mesa del amo, a cambio del derecho de comer lo que de la mesa cae; venden fruta en los mercados de Bogotá y venden chicles en los autobuses de Sao Paulo; limpian parabrisas en las esquinas de Lima, Quito o San Salvador; lustran zapatos en las calles de Caracas o Santo Domingo; cosen ropa en Tailandia y cosen zapatos de fútbol en Vietnam; cosen pelotas de fútbol en Pakistán y pelotas de béisbol en Honduras y Haití; para pagar las deudas de sus padres, recogen té o tabaco en las plantaciones de Sri Lanka y cosechan jazmines, en Egipto, para la perfumería francesa; alquilados por sus padres, tejen alfombras en Irán, Nepal y en la India, desde antes del amanecer hasta pasada la medianoche, y cuando alguien llega a rescatarlos, preguntan: “¿Es usted mi nuevo amo?”; vendidos a cien dólares por sus padres, se ofrecen en Sudán para labores sexuales o todo trabajo. Por la fuerza reclutan niños los ejércitos, en algunos lugares de África, Medio Oriente y América

Latina. En las guerras, los soldaditos trabajan matando, y sobre todo trabajan muriendo: ellos suman la mitad de las víctimas en las guerras africanas recientes... La prostitución es el temprano destino de muchas niñas, y en menor medida, también de unos cuantos niños, en el mundo entero. Por asombroso que parezca, se calcula que hay por lo menos cien mil prostitutas infantiles en los Estados Unidos, según el Informe de UNICEF de 1997. Pero es en los burdeles y en las calles del sur del mundo donde trabaja la inmensa mayoría de las víctimas infantiles del comercio sexual. Esta multitudinaria industria, vasta red de traficantes, intermediarios, agentes turísticos y proxenetas, se maneja con escandalosa impunidad... Actualmente, medio millón de niñas brasileñas trabajan vendiendo el cuerpo, en beneficio de los adultos que las explotan: tantas como en Tailandia, no tantas como en la India. En algunas playas del Mar Caribe, la próspera industria del turismo sexual ofrece niñas vírgenes a quien pueda pagarlas. Cada año aumenta la cantidad de niñas arrojadas al mercado de consumo: según las estimaciones de los organismos internacionales, por lo menos un millón de niñas se incorporan, cada año, a la oferta mundial de cuerpos...

¿Y los demás niños pobres? De los demás, son muchos los que sobran. El mercado no los necesita, ni los necesitará jamás. No son rentables, jamás lo serán. Desde el punto de vista del orden establecido, ellos empiezan robando el aire que respiran y después roban todo lo que encuentran. Entre la cuna y la sepultura, el hambre o las balas suelen interrumpirles el viaje. El mismo sistema productivo que desprecia a los viejos, teme a los niños. La vejez es un fracaso, la infancia es un peligro... A muchos, que son cada vez más, el hambre los empuja al robo, a la mendicidad y a la prostitución; y la sociedad de consumo los insulta ofreciendo lo que niega. Y ellos se vengán lanzándose al asalto, bandas de desesperados unidos por la muerte que espera: según UNICEF, en 1995 había ocho millones de niños abandonados, niños de la calle, en las grandes ciudades latinoamericanas; según la organización Human Rights Watch, en 1993 los escuadrones parapoliciales asesinaron a seis niños por día en Colombia y a cuatro por día en Brasil” (pp. 14-19).

Y, finalmente, los niños y niñas del medio: “Entre los niños que viven prisioneros de la opulencia y los que viven prisioneros del desamparo, están los niños que tienen bastante más que nada, pero mucho menos que todo. Cada vez son menos libres

los niños de clase media... A estos niños les confisca la libertad, día tras día, la sociedad que sacraliza el orden mientras genera el desorden. El miedo del medio: el piso cruje bajo los pies, ya no hay garantías, la estabilidad es inestable, se evaporan los empleos, se desvanece el dinero, llegar a fin de mes es una hazaña... la clase media sigue viviendo en estado de impostura, fingiendo que cumple las leyes y que cree en ellas, y simulando tener más de lo que tiene... Está la clase media asfixiada por las deudas y paralizada por el pánico, y en el pánico cría a sus hijos. Pánico de vivir, pánico de caer: pánico de perder el trabajo, el auto, la casa, las cosas, pánico de no llegar a tener lo que se debe tener para llegar a ser. En el clamor colectivo por la seguridad pública, amenazada por los monstruos del delito que acecha, la clase media es la que más alto grita. Defiende el orden como si fuera su propietaria, aunque no es más que una inquilina agobiada por el precio del alquiler y la amenaza del desalojo. Atrapados en las trampas del pánico, los niños de la clase media están cada vez más condenados a la humillación del encierro perpetuo. En la ciudad del futuro, que ya está siendo ciudad del presente, los teleniños, vigilados por niñeras electrónicas, contemplarán la calle desde alguna ventana de sus telecasas: la calle prohibida por la violencia o por el pánico a la violencia, la calle donde siempre ocurre el siempre peligroso, y a veces prodigioso, espectáculo de la vida” (pp. 19-20).

Toda esta situación está favoreciendo la industria del miedo. El mismo Eduardo Galeano afirma que “el miedo es la materia prima de las prósperas industrias de la seguridad privada y del control social... En Canadá y en los EE.UU., la seguridad privada gasta el doble que la seguridad pública... En Argentina, el negocio de la seguridad mueve mil millones de dólares por año... En los EE.UU., no sólo se multiplica la policía privada, sino también las armas de fuego que están a la orden en la mesita de luz y en la guantera del automóvil... Actualmente hay doscientos treinta millones de armas de fuego en manos de los ciudadanos, casi un promedio de un arma por persona, aunque en realidad esas armas estén concentradas en un tercio de la población... La venta de armas de fuego está prohibida a los menores de edad en EE.UU., pero la publicidad los señala como posibles clientes, y con cierta frecuencia aparece algún niño que acribilla a balazos a algún compañero de clases o a alguno de sus profesores... En Colombia, las fábricas de chalecos antibalas venden cada vez

más las tallas infantiles... En todo el mundo crecen las alarmas, cada vez más perros se adiestran para la defensa de sus amos, en muchos lugares se instalan circuitos cerrados de televisión que controlan en pantalla a las personas... se busca que las cárceles sean cada vez más seguras, todas las ventanas de las casas tienen rejas, las puertas dos y tres cerraduras de seguridad... (cfr. pp. 107-117). "Quien más y quien menos, nos vamos volviendo vigilantes del prójimo y prisioneros del miedo" (p. 107).

Pero la violencia de la sociedad actual tiene otras muchas manifestaciones, algunas especialmente dramáticas. Vamos a referirnos brevemente a la violencia bélica y a cuanto la rodea. Vicenç Fisas aporta, en sus distintos escritos, numerosos datos sobre este tema. Señalamos algunos, a modo de ejemplo:

- Mientras el Programa transdisciplinar de la UNESCO sobre cultura de la paz tiene un presupuesto bianual ordinario de poco más de 9 millones de dólares, el mundo sigue dedicando 750.000 millones de dólares para fines militares (780.000 según el PNUD 98). Sólo un portaviones pequeño cuesta lo equivalente a 350 veces el presupuesto de la UNESCO para cultura de la paz. Según datos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) 1998, los costos anuales necesarios para satisfacer las necesidades básicas de todos los que experimentan estas carencias (nutrición, agua y saneamiento, educación básica, salud básica y salud reproductiva para las mujeres) serían de 40.000 millones de dólares, ni siquiera la quinta parte de lo que actualmente gasta el mundo en armamentos.
- Es bien sabido que las armas matan antes de disparar con ellas. Pues bien, antes de que un arma pueda ser fabricada, ha de pasar por las fases de diseño, prueba y desarrollo. Es la fase de *investigación*, motor de arranque de la carrera de armamentos. En esta fase de investigación participan más de *medio millón de científicos de todo el mundo*, es decir, en torno al 40 % de todos los científicos que se dedican a la investigación de altas tecnologías. El gasto mundial anual en este tipo de investigación es de unos 100.000 millones de dólares, una cifra equivalente al gasto anual de todos los países subdesarrollados en educación, y que duplica los recursos

que esos países destinan anualmente a sanidad. Es la prueba más evidente de la irracionalidad de las prioridades establecidas a nivel mundial en cuanto a la asignación de recursos.

Una vez que han pasado la fase de desarrollo, los armamentos entran en la *fase de producción*. La industria de armamentos mueve más de 250.000 millones de dólares anuales, dando empleo directo a más de 13 millones de personas, y formando auténticos grupos de presión en algunos países, donde este sector funciona por imperativos comerciales, con una importante autonomía respecto de las auténticas necesidades de la defensa. Este imperativo comercial se ha traducido en un *comercio de armamentos* sumamente activo en las dos últimas décadas, especialmente en la venta de armas al Tercer Mundo, que absorbe tres cuartas partes de las importaciones mundiales de armamento. A mediados de 1993, España negociaba la venta de 700.000 millones en armamento a dictaduras y países pobres (*El Mundo*, 3 de Mayo de 1993)... La autonomía de la industria militar y la dependencia de muchas empresas del mercado exportador son, sin duda, dificultades añadidas al esfuerzo por el desarme.

En conjunto, el mundo destina a los asuntos militares el 5,5% de su PIB, un porcentaje superior al que destina a salud (4,1%) o a educación (5%). Estos indicadores son aún más escandalosos si observamos lo que acontece en los países subdesarrollados, donde los gastos militares (5,2% del PIB) sobrepasan largamente los destinados a salud (1,6%) y educación (3,7%), negando de esta forma los capitales necesarios para su desarrollo, que es incompatible con el mantenimiento de niveles elevados de militarización.

- Pero las armas matan, sobremanera, cuando son utilizadas. A lo largo del siglo XX han muerto unos 110 millones de personas en guerras, la mayoría de ellas civiles. Sólo en el continente africano, en las cuatro décadas que van de 1955 a 1995 ha habido cerca de 8 millones de muertos en conflictos armados. Naturalmente, el coste social y psicológico de estas cifras es siempre tremendo y se necesitará mucho tiempo y un

esfuerzo gigantesco para cicatrizar las heridas (Fisas 39). Si las dos guerras mundiales sellaron de manera dramática la primera mitad del siglo, las dos décadas finales fueron prolíficas en aberraciones provocadas por enfrentamientos entre seres humanos. Según los datos que anualmente recoge el Departamento de Investigación sobre Paz y Conflictos de la Universidad de Uppsala (Suecia), desde 1989 hasta 1996 se han producido en el mundo 101 conflictos armados, de los cuales 36 seguían activos en 1996 (Fisas 48). Estos conflictos han dejado, entre 1990 y 1996, un balance de 3,5 millones de muertos, 24 millones de desplazados y 18 millones de refugiados (Fisas 49). Según un Informe de UNICEF (1997), en la pasada década murieron unos dos millones de niños y niñas en los conflictos armados, y unos 6 millones resultaron gravemente heridos.

La violencia se ejerce también sobre el medio ambiente. Distintos informes del PNUD (1998, sobre todo) y actas de las Conferencias internacionales (Río de Janeiro 1992) recogen este tipo de violencia en indicadores referidos al deterioro progresivo de los recursos renovables: el agua, los suelos, los bosques, los peces, la diversidad biológica, etc. Pero una contradicción más del injusto sistema actual es que mientras unos (los ricos) se apropian de los beneficios del consumo, las formas más severas de privación humana derivadas del daño medio ambiental se concentran en las regiones más pobres y afectan a los habitantes más pobres, incapaces de protegerse.

- Las consecuencias humanas del recalentamiento mundial de la atmósfera como resultado del dióxido de carbono serán devastadoras para muchos países pobres: con el aumento del nivel del mar, la superficie de Bangladesh podría reducirse en el 17%.
- Casi mil millones de habitantes de 40 países en desarrollo corren el peligro de perder acceso a su fuente principal de proteína, ya que la pesca excesiva impulsada por la demanda de exportación para pienso y aceites animales ejerce presión sobre las existencias de peces.
- Los 132 millones de habitantes de regiones cuyas aguas están sometidas a tensión viven predominantemente en

África y en partes de los Estados árabes y, si se mantienen las tendencias actuales, su número podría aumentar a entre 1000 y 2500 millones dentro de cincuenta años.

- La deforestación se concentra en los países en desarrollo. En los últimos veinte años América Latina y el Caribe perdieron siete millones de hectáreas de bosques tropicales y Asia y el África subsahariana, cuatro millones de hectáreas cada uno. La mayor parte de las pérdidas se ha producido para satisfacer la demanda de madera y papel, que se ha quintuplicado desde 1950.
- Anualmente se producen más de 2 millones de muertes por la contaminación del aire, por humo, en el interior de los hogares pobres.

Y para colmo, “las empresas más exitosas del mundo son también las más eficaces contra el mundo. Los gigantes del petróleo, los aprendices de brujo de la energía nuclear y de la biotecnología, y las grandes corporaciones que fabrican armas, acero, aluminio, automóviles, plaguicidas, plásticos y mil otros productos, suelen derramar lágrimas de cocodrilo por lo mucho que la naturaleza sufre. Esas empresas, las más devastadoras del planeta, figuran en los primeros lugares entre las que más dinero ganan. Son, también, las que más dinero gastan: en la publicidad, que convierte mágicamente la contaminación en filantropía, y en las ayuditas que desinteresadamente brindan a los políticos que deciden la suerte de los países o del mundo” (E. Galeano, *o.c.*, pp. 222-223).

Volvamos a la violencia en los países ricos. Un artículo publicado a principios de los noventa salía al paso del triunfalismo norteamericano con una serie de datos que producen escalofríos. *“En los últimos años –dicen los autores del artículo– hemos asistido a un fenómeno sociopolítico y económico inédito por su magnitud, influencia e incongruencia: Estados Unidos de Norteamérica se ha autoproclamado “infalible” en materia de convivencia social, de administración política y manejo económico. Ha insistido en todos los foros públicos que su modelo de vida debe ser adoptado por el resto de las naciones del globo por ser el más exitoso y el que reporta la verdadera felicidad, y para esto ha contado con numerosos adeptos alrededor del mundo. Inclusive, amparado en su supuesto irrenunciable*

deseo de libertad y justicia, ha ejercido presiones, muchas veces de carácter violento, sobre naciones, territorios o grupos de personas para que cambien su estilo de vida y convivencia. Pero la realidad dista mucho de las palabras..."¹¹⁵.

A partir de aquí, algunos datos que manifiestan la otra cara de la realidad, la violencia en medio de los rascacielos:

- La noche en las grandes ciudades USA tiene diferentes facetas ocultas. Cada noche, cerca de tres millones de personas buscan donde dormir, están solas, nadie las recibe. Vagos y mendigos (*homeless*) de todos los colores y razas, hombres desamparados.
- En 1991, sólo en el Estado de Nueva York había 40.000 niños menores de edad con diversas medidas de protección por problemas familiares, delincuencia y droga. Una parte importante de los 600.000 negros, entre 18 y 35 años, que está en la cárcel, viene de haber vivido una infancia con una medida de protección¹¹⁶.
- La violencia es alarmante. En 1991, se superaron los 24.000 homicidios, más de 100.000 mujeres violadas, 700.000 personas sufrieron robos, más de un millón fueron víctimas de asaltos y cerca de dos millones de vehículos fueron robados. Más aún, cerca de un 25% de las jóvenes menores de 21 años han sufrido violación o al menos violencia de tipo sexual; cada día más de 10 mujeres mueren golpeadas por sus esposos y cada 12 segundos una mujer es golpeada por su marido y/o conviviente. Por lo menos 2 millones de niños sufren abusos o abandono por parte de sus padres¹¹⁷.

115. L. CORNEJO-B. BARANDA, "Pobres en Estados Unidos. Una sociedad de "huérfanos" en la sociedad del materialismo", *Noticias Obreras* 1090 (16-28 febrero 1993) 28.

116. "En la ciudad de Nueva York, se registran más de un millón de personas que reciben algún tipo de atención social, 200.000 heroinómanos, 400.000 drogadictos de varias modalidades, 250.000 afectados por el SIDA y más de 100.000 delitos de sangre cada año. La tasa oficial de pobreza se sitúa en el 12,8% de la población; en el barrio de Harlem, la tasa de mortalidad infantil es comparable a la de muchos países del Tercer Mundo y los índices de mortalidad entre los 5 y los 65 años son más elevados que en Bangladesh" (A. MASLLO-RENS, *Cuarto mundo...*, p. 9).

116. *Ibid.*, 28-30.

Y ¿por qué ir tan lejos? La violencia la tenemos en nuestra propia tierra y en nuestra propia casa, y para que no nos olvidemos de ello, la TV se encarga de que nos acompañe como una “sombra alargada” o como una pesadilla. Parece que lo noticiable, lo que da dinero, no es la vida normal y pacífica sino la violencia. Según los MCS, “la historia parece consistir en una concatenación de hechos violentos, más que en el esfuerzo paciente de miles de ciudadanos...” (Alemany 430). Pero con un “valor añadido”, como es la descontextualización de los hechos a causa de la velocidad vertiginosa con que opera la información, lo cual “puede producir efectos contraproducentes. La repulsa que produce la violencia, sin un análisis sereno de sus causas y de su contexto, puede llevar a un reforzamiento del orden establecido quizá necesitado de profundas transformaciones. La alternativa se presenta con enorme simplismo: o la delincuencia o el orden existente” (Alemany 430). La violencia visualizada en la pantalla (cine o TV), cuando no existe capacidad para distanciarse de ella por parte de los espectadores, no cumple la función de purificación, sino de identificación. Y, de esta manera, se convierte en un mecanismo que viene a reforzar actitudes violentas. Ahora bien, gracias a la tele y a otros medios audiovisuales somos conscientes de hechos y realidades tan brutales e increíbles como la “caza del emigrante”, la semana pasada, en un monte de Andalucía, todo un símbolo de lo que es la cultura de la violencia en la que vivimos. O la batalla campal desatada en una cancha de baloncesto entre dos equipos de categoría internacional, también la semana pasada y la brutalidad de la guerra y del terrorismo, etc.

Una nueva modalidad de violencia es la de los *videojuegos*. Todos sabemos que los juegos que atraen a más son los juegos de competición, y todos sabemos también que en la mayoría de estos juegos se desatan violencias con demasiada frecuencia. El ejemplo más claro es el fútbol, pero lo mismo pasa en otros deportes, como acabamos de mencionar. Pero ahora quería hacer una mención a los videojuegos, los cuales cada vez ganan más adeptos y de todo tipo de edades. Eduardo Galeano, con el sentido crítico que le caracteriza, tiene para ellos palabras poco elogiosas: “*Los videojuegos hablan un lenguaje compuesto por el tableteo de las ametralladoras, la música pavorosa, los gritos de agonía y las órdenes categóricas: ¡Golpéalos!*,”

¡Remátalo!, ¡Dispárale! La guerra del futuro, el futuro como guerra. Los videojuegos de mayor difusión ofrecen campos de batalla donde el jugador está obligado a disparar primero y a volver a disparar después, contra todo lo que se mueva. No hay vacilación ni tregua posible ante la embestida de los malos, despiadados extraterrestres, robots feroces, hordas de humanoides, ciberdemonios de espanto, monstruos mutantes y calaveras que llamean. Cuantos más adversarios mata el jugador, más se acerca al triunfo. En el ya clásico Combate Mortal, se recompensan los golpes certeros: golpes que decapitan al enemigo, volándole de cuajo la cabeza, o le arrancan del pecho el corazón sangrante, o le revientan el cráneo en miles de pedacitos. Por excepción, también hay videojuegos no militares. Por ejemplo, carreras de autos. En una de ellas, una de las maneras de acumular puntos consiste en aplastar peatones” (p. 295).

En fin, ¿para qué seguir mencionando más hechos y situaciones de violencia, si serían interminables?...

1.1.3. ¿Por qué tanta violencia?

Ante un abanico tan amplio y extendido de manifestaciones violentas, seguro que la mayoría de nosotros nos hemos hecho alguna vez preguntas tan elementales como éstas: ¿Por qué tanta violencia?, ¿Cuáles son las razones que sustentan este tipo de comportamientos?, ¿La violencia es algo innato al ser humano, o es algo adquirido a lo largo de la vida?, ¿Se trata de algo inevitable o algo que se puede superar en las sociedades humanas? Estas mismas preguntas han sido formuladas en multitud de ocasiones por los teóricos que estudian el hecho y las fuentes del comportamiento humano: psicólogos, psicoanalistas, etólogos, antropólogos, sociólogos, endocrinólogos, etc. Y cada uno desde su campo de investigación ha intentado avanzar una respuesta.

No es este el momento de hacer un estudio pormenorizado de las variadas, y a veces contrapuestas, conclusiones a que han llegado los científicos, pero sí nos serviremos de algunas de ellas para expresar de manera muy sintética nuestras convicciones sobre el tema.

a) *La agresividad es algo instintivo en la especie humana*¹¹⁸

A pesar de que no hay acuerdo científico a la hora de catalogar al hombre entre las especies genéticamente agresivas, me parece razonable la postura de aquellos científicos (etólogos, sobre todo) que sitúan la agresividad intraespecífica, regulada por mecanismos inhibitorios, como uno de los instintos fundamentales de la especie humana, así como sus aportaciones en orden a explicar algunas manifestaciones desmedidas que a veces tiene la agresividad en el hombre. Por ejemplo, las afirmaciones de Konrad Lorenz sobre la violencia desarrollada a distancia, que hace que no se perciban los mecanismos-signos inhibitorios y tiene, por lo mismo, consecuencias mucho más graves que la violencia desarrollada en el “cuerpo a cuerpo” donde esos signos sí se perciben. Frente al hombre primitivo, en estado natural, que atacaba de cerca –con los puños, un garrote, etc–, veía el rostro del enemigo, sus gestos de apaciguamiento o demandas de perdón, lo cual refrenaría la agresividad, el invento de las armas arrojadas, las armas de fuego (y mucho más las armas actuales, con las cuales se puede agredir a cientos de kilómetros), hizo desaparecer el contacto con la víctima y los signos de angustia y sometimiento, lo cual hace que la agresividad pueda desarrollarse hasta

118. Quizás convenga en este momento hacer una distinción entre “agresividad” y “violencia”. Para decirlo de una manera sencilla, el término ‘violencia’ se utiliza para denominar una serie de comportamientos cuyo elemento definidor es la “fuerza” = “vis” (en latín). Situados en el ámbito de lo humano, se habla de violencia cuando el hombre –individuo o grupo– desencadena un proceso de fuerza que impide el desarrollo normal de la vida y libertad de otro/s hombre/s. Para Vicenç Fisas, “la violencia es el uso o amenaza de uso de la fuerza o de potencia, abierta u oculta, con la finalidad de obtener de uno o varios individuos algo que no consienten libremente o de hacerles algún tipo de mal (físico, psíquico o moral). La violencia, por tanto, no es solamente un determinado tipo de acto, sino también una determinada potencialidad. No se refiere sólo a una forma de “hacer”, sino también de “no dejar hacer”, de “negar potencialidad” (p. 20). *Agresividad* procede etimológicamente del verbo deponente latino “aggredior –gressus sum” que significa acercarse, dirigirse a, y también atacar. García Prada (cfr., 38), distingue en todo ser humano un *poder-de* (el de sus facultades y potencias) y un *poder-sobre* algo/alguien al que se domina. En sentido positivo, la agresividad es poder de ser y autoafirmación; en sentido negativo, la agresividad es poder sobre, que es explotador, cruel y destructivo, y que se alía o identifica con la violencia.

el fin (muerte del otro, incluso del inocente) y sin ningún tipo de sufrimiento por parte del agresor¹¹⁹.

El reconocimiento de esta dimensión instintiva de la agresividad, no es óbice para que estemos también de acuerdo con aquéllos que defienden la existencia de tendencias altruistas en la especie humana. En éste como en otros temas, el peligro está en la absolutización de una u otra tendencia. El ser humano no es “un lobo para el hombre”, como afirmaba Hobbes, ni es “el buen salvaje” defendido por Rousseau. Biológicamente es una mezcla de ambas dotaciones instintivas, con distintas proporciones en cada uno de los seres humanos.

En cualquier caso, la respuesta que da el ser humano a las demandas de la realidad no viene determinada por el instinto (sea agresivo o altruista), sino por la libertad responsable. La libertad es la encargada de regular las demandas instintivas en base al proyecto que cada ser humano va configurando como ideal de realización. Y en la elaboración de este proyecto juega un papel muy importante la sociedad en la que uno vive y la cultura con la que nutre su existencia.

Como realidad instintiva, la agresividad acompaña inexorablemente a los seres humanos, pero no tiene por qué manifestarse de una manera destructiva. Al contrario, la agresividad rectamente utilizada, es decir, canalizada por la razón y la libertad responsable, es fuente de creatividad, maduración y transformación humanizadoras, tanto a nivel personal como a nivel social. Y al revés, cuando la agresividad humana se escapa de los márgenes trazados por la razón solidaria y la libertad responsable, y es estimulada por el egoísmo o el afán de poder, entonces se convierte en un instinto cruel y asesino, capaz de destruir al individuo y a quienes lo rodean. Es entonces cuando la agresividad se transforma en violencia.

b) La violencia es una realidad adquirida

Para poder explicar la violencia actual necesitamos encuadrarla en el marco de la sociedad en que se desarrolla, y en la cultura y sistema de valores imperantes que intentan

119. Cfr. K. LORENZ, *Sobre la agresión. El pretendido mal*, Siglo XXI, Madrid 1976, pp. 260 y ss.

legitimarla. La violencia en las sociedades modernas aparece vinculada al ejercicio del poder; la violencia social estalla cuando dentro de un grupo humano uno o varios individuos buscan posiciones de privilegio y, sirviéndose de la “razón de la fuerza”, ejercen presión sobre los demás impidiéndoles el pleno ejercicio de sus derechos. Una vez establecidos los distintos grupos en función del poder que ostentan, los de arriba tienden a perpetuarse en su posición manteniendo la presión sobre los de abajo, mientras que los colocados en los estratos inferiores intentarán luchar para salir de su situación de inferioridad y ocupar posiciones cada vez más privilegiadas. Según Maquiavelo, en esto consiste el ejercicio de la política en las sociedades modernas: en la lucha por conseguir el poder, mantenerlo y, si es posible, aumentarlo. Y en función de este fin, cualquier medio sería éticamente aceptable, incluida la violencia.

Esto es lo que ocurre en nuestra sociedad, y es lo que explica muchas de las violencias que nos amenazan cada día. Las relaciones humanas (económicas, sociales y políticas) no están suficientemente mediadas por la racionalidad ética (que busca la felicidad como sentido de la existencia de todos y cada uno de los seres humanos), sino por la racionalidad instrumental (científico y técnica) preocupada sobre todo por encontrar medidas eficaces para la obtención de mayores beneficios económicos que, a su vez, nos garanticen posiciones de privilegio en el ejercicio del poder. Y para asegurar que el tinglado funcione, es necesario crear un sistema ideológico que lo legitime. Estamos de acuerdo con Max Weber y Paul Ricoeur cuando afirman que “la cuestión de la legitimidad es inextirpable de la vida social”, porque ningún orden social opera solamente por la fuerza, sino que procura el asentimiento de aquéllos a quienes gobierna, siendo ese asentimiento el que legitima el poder de quienes gobiernan¹²⁰. Y esto que ocurre a nivel político, ocurre también en el ámbito de los sistemas económicos, de las estructuras sociales, militares, etc. La organización de la sociedad necesita, para poder funcionar, de personas que asuman su lógica, sus ideas y valores, que la

120. Cfr. P. RICOEUR, *Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona 1989, p. 54-56.

interioricen. Cuando no existe o desaparece esta fuerza legitimadora, es cuando surgen los conflictos y se desencadenan nuevos procesos de transformación social.

Teniendo esto en cuenta, ha llegado el momento de preguntarnos por las ideas y valores dominantes en nuestra sociedad, que han sido interiorizadas y asumidas por una gran mayoría de los individuos y que están a la base de la violencia imperante en la misma.

En primer lugar, la *competitividad*. La libre competencia es la ley suprema del sistema económico capitalista que busca, por encima de todo, la obtención de los mayores beneficios con los menores costos posibles. Esta dinámica nos retrotrae –como nos ha recordado Timothy Radcliffe– a la ley de la jungla, donde los más fuertes son los que resultan siempre vencedores. La interiorización de este principio está conectada directamente con la violencia pues, desde él, el “otro”, el prójimo siempre es percibido como un adversario o un enemigo, como alguien con el que hay que luchar y al que hay que ganar como sea. La competitividad crea una *distancia ideológica* entre los humanos, convirtiendo al otro en enemigo, lo cual vendrá a justificar cualquier tipo de acción frente a él. Esta dinámica competitiva y violenta (la ley del más fuerte) se ha apoderado de nuestro mundo (alimentada por los sistemas educativos y los medios de comunicación social) y es la que rige no sólo en los asuntos económicos, sino en los políticos, sociales, educativos, lúdicos, etc. Y lo más grave de esta situación es que la violencia encerrada en la competitividad ha dejado de ser considerada como tal, o cuando menos es percibida como algo necesario y legítimo.

En segundo lugar, *tener frente a ser*. En nuestra sociedad, el hombre se valora por lo que tiene y no por lo que es. Lo que uno tiene es propiedad privada y, por lo mismo, intocable. Hay que protegerlo, con los medios que sean, aunque sea la vida y la dignidad de los demás la que entre en el juego. La violencia se alimenta así en un nuevo humus, a partir del cual adquirirá dimensiones radicales y especialmente dramáticas. La lógica del capitalismo neoliberal, basada en la ley de obtención del máximo beneficio, está condenando a 1.300 millones de personas a vivir en la pobreza absoluta, mientras poco más de dos centenares de personas acaparan mayor cantidad

de bienes que el 50% de la población mundial. Y lo peor de todo es que, desde la ideología neoliberal, la pobreza no es considerada fruto de la injusticia, sino el justo castigo que la ineficacia merece.

Finalmente, la *confianza ciega en el sistema y en la autoridad que lo representa*. A pesar de vivir en una sociedad en que la conciencia individual ha adquirido un puesto central a la hora de orientar el comportamiento, la confianza y obediencia a la autoridad de quien dirige el sistema sigue siendo muy fuerte. Y es esta confianza interiorizada en nuestra sociedad y en quienes la regentan la que nos convierte a todos, llegada la ocasión, en sujetos violentos, como violento es el orden social que la autoridad representa. Muchos experimentos llevados a cabo en el laboratorio, los del psicólogo-sociólogo norteamericano Stanley Milgram¹²¹ quizás sean de los más conocidos, han venido a demostrar que: 1) Las personas normales, el hombre de la calle, lleva en su interior un fuerte potencial

121. Stanley Milgram realiza este experimento sobre un buen número de personas elegidas representativa-mente de varias edades y diferentes estatus sociales. El experimento se desarrolla en Estados Unidos durante la guerra del Vietnam (1950-1963), en él participan “además del experimentador, un alumno que es sometido a pruebas de memoria y de asociación y un instructor, encargado de comunicar las órdenes, de observar las prestaciones y, sobre todo, de castigar los errores, infligiendo al alumno descargas eléctricas cada vez más intensas”, y “la pregunta que el experimentador intentaba verificar era la siguiente: ¿cuántas personas aceptarían participar en un experimento tan cruel? ¿Hasta qué punto llega el sometimiento de un sujeto normal a infligir penas, cada vez más severas, a una víctima que protesta enérgicamente y que grita de dolor? ¿En qué momento llega a ser más fuerte la conciencia que la obediencia? ¿En qué momento el sujeto rompe definitivamente con la autoridad del experimentador?”.

“Los resultados del experimento - dice Girardi- son desconcertantes e inquietantes. Ninguno de los sujetos reclamados rehúsa prestarse a esta operación aun después de haber comprendido perfectamente los objetivos de la experimentación. La gran mayoría de ellos (el 65%) persiste hasta el final produciendo corrientes de hasta 450 voltios, es decir, no cede nunca ante los gritos de las víctimas, aun los más desgarradores. Se mantiene dócil, aunque con algún conflicto, a las directrices del experimentador... De todo esto se deduce una conclusión preocupante: en la medida en que el experimento se muestra válido, su resultado no afecta ya solamente a los sujetos experimentados, sino a muchos otros. Cfr. G. GIRARDI, “Los cristianos y la paz”, *Misión Abierta* 4-5 (1983) 140-142.

de agresión y, por lo mismo, puede convertirse en agente de violencia y destrucción. 2) Este potencial de agresión no se manifiesta en la vida diaria, sino que aparece vinculado a las reglas de juego impuestas por el experimentador. La violencia contenida estalla cuando se dan las circunstancias de una autoridad que la dirija y con cuyos valores uno se identifique. 3) La violencia funciona siempre en la práctica (en situaciones concretas), no en abstracto. Así se explica que muchas personas de talante habitualmente pacífico, llegado el caso del experimento se comportasen de manera totalmente distinta. Afecta al hombre normal, a nosotros mismos¹²².

1.2. Juicio a la violencia desde la moral cristiana

Quizás me haya extendido demasiado en presentar la cultura de la violencia. Me parecía importante para señalar los espacios que sería necesario cambiar para ir construyendo una cultura alternativa de la paz. De todas formas, en estas circunstancias que hemos descrito, por más que Naciones Unidas lo proclame, parece muy razonable que algunos se pregunten: “¿Es posible hablar de una cultura de paz o de una educación para la paz?” (Alemany, p. 420). ¿Pretender una cultura de paz, educar para la paz, no será contribuir a generar seres desvalidos y no preparados para la dura competitividad de la vida real? Verdaderamente, el camino se presenta difícil, pero no imposible. Lo importante es que no caigamos en la necesidad de no hacer nada porque pensemos que sólo podemos hacer un poco (Alemany, p. 433). Aprendamos de Gandhi, gran maestro de la paz, cuando decía: “La fuerza no proviene de la capacidad física, sino de una voluntad indomable... La

122. “Nada sería más falso que la suposición de que estas personas tan obedientes tenían, pongamos por caso, una predisposición al sadismo. Tras minuciosos interrogatorios y diversas pruebas psicológicas, se mostraron más bien como ciudadanos amables, bondadosos, obedientes a las leyes, que jamás habían hecho nada a nadie. Pero en el momento en que pisaron el laboratorio y aseguraron su participación en el experimento, perdieron toda responsabilidad, se distanciaron emocionalmente de la situación con el siguiente lema: la autoridad debe saber perfectamente lo que hace; de lo contrario, no sería tal autoridad”. F. HACKER, *Agresión*, Grijalbo, Barcelona 1973, p. 309.

alegría está en la lucha, en el esfuerzo, en el sufrimiento que supone la lucha, y no en la victoria misma”. Con este empeño, abordamos la segunda parte de nuestra exposición

Una valoración moral certera y rigurosa de la violencia exigiría abordar por separado cada una de las manifestaciones en que aquélla se presenta. Por supuesto que no tiene idéntica valoración moral la violencia bélica que la violencia terrorista, la carrera armamentística que un secuestro, un homicidio que una violación, etc. Naturalmente, no podemos detenernos en este análisis pormenorizado. Nosotros nos limitaremos a abordar dos cuestiones únicamente: En este apartado, intentaremos hacer una valoración general de la violencia acudiendo a dos de las principales fuentes de la moral cristiana, a saber: el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia. En un punto aparte, abordaremos el discernimiento moral de comportamientos violentos que intentan salir al paso de la violencia institucionalizada.

1.2.1. El comportamiento de Jesús ante la violencia

La vida de Jesús se desarrolla en un momento histórico del pueblo de Israel con fuertes tensiones y conflictos, muchos de ellos con graves dosis de violencia. Ahora bien ¿Cómo se define Jesús frente a estas situaciones conflictivas? Aunque no existe un consenso decisivo entre los exégetas sobre algunas cuestiones concretas, existe bastante unanimidad en torno a los siguientes puntos:

- Jesús se sitúa en la trayectoria del pacifismo de los profetas. Isaías había señalado que “la obra de la justicia será la paz” (Is 32,17; cfr. Sal 85,11), para Jeremías y Ezequiel, es una estafa y un engaño proclamar la paz en la tierra mientras la idolatría y la injusticia permanecen (Ez 13, 10-16), mientras impera la injusticia y la infidelidad (Jr 6,14; 8,10-12). El texto programático de la sinagoga de Nazareth (Lc 4, 16-21) se coloca en esta misma perspectiva, situando la paz en el contexto de la liberación de los oprimidos.
- Su mensaje y su praxis chocan con las ideas y comportamientos morales de su tiempo. El sermón del monte (Mt 5, 21-48) supone un gran avance a la hora de

concebir y organizar la convivencia humana desde la perspectiva de la reconciliación y la paz. En él quedan superados varios preceptos del decálogo y la Ley del Talión entonces vigentes, por el amor radical y el perdón, incluso a los enemigos. Jesús manifiesta aquí su profunda convicción de que es posible y deseable organizar la convivencia humana desde valores más perfectos. Se trata de vivir de acuerdo a como es Dios: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48).

- La voluntad de Jesús, por tanto, es la voluntad del Padre, es decir, que se realice el Reino, uno de cuyos ingredientes es la paz. Desde aquí podemos leer algunas bienaventuranzas, las antinomias del Sermón del Monte, la ley del amor, etc.
- Pero la paz que anuncia Jesús no se construye eludiendo los conflictos vigentes, sino enfrentándose a ellos con el ánimo de superarlos. Por eso Jesús hace un cuestionamiento radical de la ideología dominante sobre la que se apoyaban graves injusticias, es decir violencias institucionalizadas. Denuncia un sistema basado en leyes y preceptos porque encubren la justicia y el amor; denuncia la hipocresía y la mentira porque invierten el orden moral (hacen aparecer como bueno lo que en realidad es malo, y viceversa); denuncia la dominación, a saber: buscar los primeros puestos, cargar a los pobres fardos pesados, etc (cfr. Mt 23,4).
- Jesús apuesta e inaugura una nueva cultura alternativa de amor y de paz. El amor será el signo a través del cual serán reconocidos sus discípulos (Jn 13,35); el amor será la condición para heredar la vida eterna, como muestra la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,30-37); el perdón, actitud contraria a la venganza (Gn 4,15), será exigido hasta setenta veces siete (Mt 18,22), es decir, siempre.
- El amor y la paz que instaura Jesús sólo se puede conseguir transformando las estructuras y valores que se niegan a dejarla crecer, como la cizaña que ahoga el trigo (Mt 13, 24-30). Pero esta victoria no está asegurada. La violencia no acepta como compañera la paz e intenta –siempre que pueda– deshacerse de ella. Es lo que le pasa a Jesús: muere violentamente en la cruz. Pero él

no devuelve mal por mal, sino que acepta ser condenado por sus enemigos y al final pide el perdón para ellos. Y es así como instaura una paz universal, para todos los hombres y para la creación entera. Es lo que señala San Pablo en la carta a los Colosenses cuando dice: “Tuvo a bien reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col 1,19-20).

Como conclusión, podemos afirmar con toda claridad que, tanto en su mensaje como en su vida, Jesús aparece con una actitud pacífica y opuesta a cualquier tipo de violencia destructiva, basada en el deseo de venganza, en el odio o desprecio al semejante. Sin embargo, su no-violencia es profundamente activa y comprometida frente a las injusticias sociales e históricas. Conviene que no olvidemos ninguno de los dos aspectos.

1.2.2. *La violencia en la tradición eclesial*

En este terreno, como en tantos otros, los cristianos no han mostrado ni unanimidad ni coherencia con los postulados evangélicos. Todos los estudiosos coinciden en señalar el cristianismo de los tres primeros siglos, el cristianismo perseguido, como realmente pacifista. Sin embargo, en sus reflexiones no aparecen sistematizaciones acerca de la violencia.

A partir de la conversión de Constantino, la Iglesia entra en alianza con las estructuras de poder civil y se convierte en brazo ideológico fundamental de las mismas. Se abandona el “pacifismo” de los primeros siglos y autores cristianos empiezan a elaborar teorías que justifiquen múltiples situaciones de violencia. San Agustín apuesta por un estado cristiano que ha de ser defendido incluso por las armas; él será también el que empiece a formular la doctrina de la guerra justa¹²³, “perfeccionada” más tarde por Santo Tomás¹²⁴ y la escuela de Salamanca, sobre todo por Francisco de Vitoria¹²⁵, y que la

123. Cfr. SAN AGUSTIN, *La ciudad de Dios*, libro XIX, cáp. 7.

124. Cfr. SANTO TOMAS DE AQUINO, *Suma teológica, II-II*, qq. 40 y 64.

125. FRANCISCO DE VITORIA, *Relección de los indios* (1539). Una edición facsimilar con traducción y notas es la realizada por R. HERNÁNDEZ, *Doctrina sobre los indios*, San Esteban, Salamanca 1989.

Doctrina Social de la Iglesia sigue justificando, como veremos más adelante.

La declaración de algunas guerras como “santas” y la “santa” inquisición fueron dos instituciones con las que la Iglesia llegó a justificar la violencia en nombre de Dios, traicionando así uno de los aspectos más nucleares del Evangelio de Jesús. La legitimación de la pena de muerte ha sido otra constante en la doctrina moral de la Iglesia, etc.

En general, y si exceptuamos los tres primeros siglos y el actual, la Iglesia a lo largo de la historia ha manifestado muy poca sensibilidad ante el fenómeno de la violencia humana, especialmente frente a la violencia de tipo social. En muchas ocasiones la propició ella misma, y en otras no fue suficientemente valiente para denunciarla y proponer alternativas. Pero *¿cuál es la actitud de la Iglesia actual frente a la violencia?* Nos ceñimos a la Doctrina Social de la Iglesia a partir de Juan XXIII y sintetizamos las aportaciones agrupándolas bajo dos epígrafes: 1) Pasos consolidados y 2) Cuestiones pendientes.

1) Pasos consolidados

- Consideración de la paz como fruto de la justicia y del amor. “La paz no es la mera ausencia de guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia... La paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar” (GS 78)¹²⁶.
- Defensa de la libertad de los pueblos para regir sus propios destinos (derecho de los pueblos a la autodeterminación). “Las relaciones internacionales deben ordenarse según una norma de libertad. El sentido de este principio es que ninguna nación tiene derecho a oprimir injustamente a otras o a interponerse de forma indebida en sus asuntos” (PT 120).

126. Cfr. MM 157; PT 91; GS 77; PP 76 (el desarrollo es el nuevo nombre de la paz); SRS 10,2 y 39,8 (la paz es fruto de la solidaridad); MEDELLIN, Paz IIb; Catecismo, n. 2304.

- Llamada a que los conflictos entre los pueblos no intenten resolverse mediante las armas, sino mediante la razonable comprensión recíproca (PT 93), mediante negociaciones y convenios (PT 127; GS 82), con medios de defensa que estén al alcance de los más débiles (GS 78) y mediante el “establecimiento de una autoridad pública universal reconocida por todos, con poder eficaz para garantizar la seguridad, el cumplimiento de la justicia y el respeto de los derechos” (GS 82), promoviendo los medios no violentos para restablecer la justicia (GS 77; Puebla 533) y mediante una renovación en la educación de la mentalidad de todos los ciudadanos (GS 82), apostando por la solidaridad como el verdadero y único camino para vencer los “mecanismos perversos” y las “estructuras de pecado” (SRS 40.3). Es importante el reconocimiento de la objeción de conciencia al servicio a las armas (GS 79; Catecismo 2311).
- Condena general de la violencia como anticristiana y antievangélica (Pablo VI, Bogotá 1968; Puebla 534), como indigna del hombre y como un crimen contra la humanidad (JUAN PABLO II, Discurso en Drogheda – Irlanda– el 29-9-1979), así como muchas de sus concreciones: violencia institucional (Puebla 43), genocidios (GS 79; Catecismo, n. 2313), la guerra total (GS 80.4; Catecismo 2314), la guerra de agresión, de conquista o de predominio (ES 99), la carrera de armamentos (PT 112; GS 81; PP 53; SRS 10.3), el comercio de armas (SRS 24.1), la violencia revolucionaria (EN 37¹²⁷; Puebla 43 y 532), el terrorismo (JUAN PABLO II, Homilía en Drogheda, Irlanda; Puebla 43 y 532; SRS 24.4), otros tipos de violencia: “la tortura física y psicológica, los secuestros, la persecución de disidentes políticos o de

127. Hay un texto de Pablo VI que deja una posibilidad abierta a la justificación de la violencia revolucionaria. Es el siguiente: “*Sin embargo, como es sabido, la insurrección revolucionaria –salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país– engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor*” (PP 31).

sospechosos, y la exclusión de la vida pública por causa de las ideas, son siempre condenables” (Puebla 531).

2) *Cuestiones pendientes*

Nadie puede negar que la actitud del magisterio actual de la Iglesia es muy positiva en favor de la paz. Pero quedan en la Doctrina Social algunos escollos que no acaban de traslucir una coherencia en la doctrina moral sobre esta materia. Enumero los más visibles.

- La doctrina moral sobre la guerra justa (en caso de legítima defensa), aceptada por el Concilio (GS 79.4) y por el Nuevo Catecismo (n. 2309 y ss.). Como ya señaló Juan XXIII, “en nuestra época, que se jacta de poseer la bomba atómica, resulta un absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado” (PT 127).
- Se condena la carrera de armamentos y, sin embargo, se mantiene una gran confianza en los ejércitos nacionales para garantizar la paz. ¿No son dos realidades íntimamente relacionadas? Frente a la estrategia tradicional de “si quieres la paz, prepárate para la guerra”, es necesario ir asumiendo la estrategia alternativa de “si quieres la paz, prepárate para la paz”. Una apuesta decidida por la paz tiene que incluir la desmilitarización de las sociedades y de las conciencias. Esto es lo que definden los insumisos sinceros, y es lo que el Magisterio de la Iglesia (ni el Papa ni la mayoría de los obispos) no termina de ver ni de aceptar (Catecismo 2311).
- Un tercer escollo es la aceptación, en casos de extrema gravedad y necesidad, de la pena de muerte para los malhechores (Catecismo 2266; *Evangelium vitae* 56). Esta posibilidad, por remota que sea, no guarda lógica moral con los principios cristianos más elementales. La gloria de Dios es que el hombre viva y que se convierta; la pena de muerte impide que se realicen ambas posibilidades.
- Y más allá de los principios y teorías está el testimonio de los cristianos, que en esta materia dejamos bastante que desear. Nos falta mucho para ser esos hombres y

mujeres de paz a que nos invita el seguimiento de Jesús. También nosotros estamos afectados por la cultura violenta imperante (cultura del tener y el poder, frente a los valores evangélicos del ser y compartir), y necesitamos educarnos en actitudes y valores alternativos.

1.3. Ante las distintas violencias ¿cabe la violencia legítima?

La pregunta que formulamos en este último punto sirve de base para el discernimiento moral de situaciones-límite en que se adopta una metodología violenta para combatir una violencia anterior. A este tipo de situaciones pertenecen algunas de las “cuestiones pendientes” que mencionábamos en el apartado anterior (por ejemplo: la “guerra justa” en caso de agresión y la aplicación de la “pena de muerte” para los malhechores) y, muy en concreto, el caso de la violencia revolucionaria planteada en situaciones de grave y persistente injusticia.

Acabamos de ver que la respuesta de la doctrina oficial de la Iglesia a esta cuestión ha sido afirmativa. En casos extremos y agotados los demás recursos, se puede combatir una violencia injusta con otros tipos de violencia, salvando eso sí una serie de condiciones. Tradicionalmente se ha defendido que para que una guerra pueda ser reconocida como moralmente justa se requiere: 1) Que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto. 2) Que sea el último recurso, es decir, que todos los demás medios utilizados para poner fin a la agresión hayan resultado ineficaces. 3) Que se reúnan condiciones serias de éxito. 4) Que no se produzcan daños mayores que los que se intentan eliminar. 5) Que sea decidida por el juicio prudente de la autoridad competente. 6) Que se respeten una serie de condiciones durante el proceso de desarrollo de la guerra: respetar a la población civil, a los soldados heridos y a los prisioneros... (cfr. Catecismo 2309-2314).

La pena de muerte ha sido justificada por la Iglesia mediante la aplicación a la sociedad del derecho de legítima defensa¹²⁸ y desde el principio de totalidad, a partir del cual se

128. Cfr. JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, nn. 55-56.

comprenden las partes (individuos) en función del todo (sociedad). “Cada persona singular se compara a toda la comunidad como la parte al todo; y, por tanto, si un hombre es peligroso a la sociedad y la corrompe por algún pecado, laudable y saludablemente se le quita la vida para la conservación del bien común”¹²⁹. Dado que es a la autoridad pública a quien compete el deber de proteger el bien común, será ella únicamente la que podrá aplicar la pena capital a los que atenten contra el bien de la sociedad.

La Iglesia ha sido más tajante a la hora de condenar la violencia revolucionaria. Pero ya vimos que Pablo VI, en uno de sus escritos más importantes (PP 31), dejó abierta una pequeña posibilidad (“en caso de tiranía evidente y prolongada”) a la legitimación moral de ese tipo de violencia.

¿Cómo planteamos nosotros la cuestión en estos momentos y en la sociedad concreta en que vivimos?

- Reconocemos un cierto desajuste entre la condescendencia y generosidad con que la Iglesia ha legitimado la guerra justa y la pena de muerte, y la postura condenatoria de la violencia revolucionaria. Da la impresión de medir por distinto rasero la violencia del poder instituido y la violencia que surge de la base del pueblo oprimido.
- Estamos de acuerdo con todos aquellos seres humanos que condenan la violencia como un mal moral. Efectivamente, la violencia es un mal porque atenta contra el derecho inalienable de la persona y de los pueblos a orientar su vida desde su libertad y responsabilidad. Desde el horizonte cristiano, la violencia es un mal reprochable porque no respeta la dignidad del hombre (imagen de Dios) llamado a la comunión con los demás y con el mismo Dios.
- La violencia que mata o que oprime al otro no puede plantearse en nuestra sociedad como mal menor ni como último recurso. Las condiciones que justificaron durante mucho tiempo la guerra justa, han devenido en nuestra época injustificables. Por una parte, la

129. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica II-II*, q.64, a.2.

proporcionalidad entre los bienes a conseguir y los males a evitar no existe. La capacidad de destrucción masiva del potencial armamentístico actual hace imposible toda proporcionalidad. Por otra parte, la internacionalización de la existencia y la capacidad de negociación y diálogo entre los países convierten en sumamente problemático el acudir a la guerra como último recurso.

Recurrir a la pena de muerte por su efecto disuasorio para otros posibles delincuentes, como medio de defensa del orden público o como expiación por el daño causado, entraña tales ambigüedades que es imposible legitimarla sin caer en graves contradicciones. En primer lugar, no está demostrado que la aplicación de la pena capital sea un factor de disuasión y de eliminación de la criminalidad. Sociedades donde se sigue aplicando esta pena (varios estados de Norteamérica, por ejemplo) no cuentan con menor índice de malhechores que otras en que ha sido abolida. En segundo lugar, la sociedad tiene el derecho y el deber de protegerse de quienes atentan contra ella, pero no por cualquier medio ni a cualquier precio. La vida de la sociedad no puede protegerse a costa de la muerte de algunos de sus miembros. La vida humana es un bien que todos debemos respetar y cuidar, pues sobre ese valor descansa la posibilidad de una auténtica personalización. La condición de malhechor o culpable (frente a la condición de inocente) no anula la dignidad que todo ser humano posee por el simple hecho de serlo. En tercer lugar, el fin que debe perseguir la sociedad no es castigar al malhechor, sino rehabilitarlo; la pena de muerte cierra la puerta de la esperanza a una posible recuperación. Finalmente, dejar a la autoridad la decisión sobre la vida y la muerte de las personas es otorgarle algo que no le pertenece y que de hecho se traduce en discriminación a favor de los más débiles.

- Ante una situación de violencia estructural prolongada, la tentación de acudir a la violencia para liberarse de ella ciertamente debe ser grande. Sin embargo, hay varias razones para que nos decantemos por su no legitimación moral: 1) Como en las situaciones anteriores, la acción moral debe buscar la coherencia entre el fin

perseguido y los medios empleados. 2) La experiencia nos va diciendo que en aquellas situaciones en que se ha recurrido a esta estrategia, los costos humanos se han disparado al reproducirse una violencia en espiral (violencia institucional-violencia revolucionaria-violencia represiva) donde los más perjudicados han terminado por ser los mismos pobres (masacres indiscriminadas, odio y desesperación, etc.). 3) Respetamos a quienes en situaciones desesperadas de injusticia y opresión han recurrido a la lucha violenta porque no fueron capaces de encontrar otras alternativas más eficaces, tal vez por encontrarse demasiado “solos ante el peligro”. Entendemos que en situaciones de injusticia y opresión es más coherente moralmente organizar la lucha desde la estrategia de no-violencia activa, pero eso compromete a toda la sociedad, especialmente a quienes nos pronunciamos en esta dirección, a colaborar con los que sufren la injusticia para que dicha estrategia pacífica pueda producir resultados positivos. No podemos condenar determinadas estrategias y luego “lavarnos tranquilamente las manos”. Todos tenemos parte de responsabilidad en las injusticias existentes y, por lo mismo, todos estamos llamados a colaborar para erradicarlas. Sin este compromiso, la violencia seguirá extendiéndose mientras nosotros reflexionemos sobre ella.

- Finalmente, pienso que el desafío más importante que tenemos como cristianos no está en dilucidar si podemos o debemos legitimar unos tipos u otros de violencia, sino en empeñarnos en la búsqueda de formas alternativas de convivencia y resolución de los conflictos, tanto en el ámbito personal como social, donde la violencia devenga totalmente innecesaria.

1.4. Caminos para una cultura de la paz

1.4.1. ¿Qué entendemos por paz?

La paz es el fruto de la justicia y del amor. *“La paz no es la mera ausencia de guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia...”*

La paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar”(GS 78)¹³⁰. Vicenç Fisas explicita, aunque sin referirse a ella, la anterior afirmación conciliar: “Si la ausencia de guerra podemos denominarla como paz negativa, la ausencia de violencia equivaldría a la paz positiva, en el sentido de justicia social, armonía, satisfacción de las necesidades básicas (supervivencia, bienestar, identidad y libertad), autonomía, diálogo, solidaridad, integración y equidad. Construir la paz, por tanto, significa evitar o reducir todas las expresiones de la violencia, empresa de tamaña magnitud que nos indica a las claras que la paz no es algo alcanzable de la noche a la mañana, sino un proceso, un camino, una referencia... En su afán didáctico, muchos estudios elaborados desde los centros de investigación para la paz suelen referirse a la paz como la conjunción e interacción de varias “D”: desarrollo, derechos humanos, democracia y desarme... La ausencia de cualquiera de estas “D” es un factor de violencia, sea a nivel personal, social o internacional, por lo que la paz bien puede entenderse como el proceso de fortalecimiento de cada uno de estos factores” (pp. 19-20).

Para Raimon Panikkar, “la paz es la síntesis de tres experiencias primordiales del hombre: libertad, justicia y armonía... (y el amor como criterio para que se establezca equilibrio entre las tres). La paz es una condición, un espacio necesario para el desarrollo de las posibilidades humanas. La paz no se identifica con la perfección humana. La paz es, más bien, aquella relación que existe entre los hombres y que hace posible la perfección, la felicidad... la salvación” (pp. 76-77).

Estas tres concepciones van mucho más allá del sentido de la paz entendida como fruto de la seguridad y del orden. Esa es la “paz del estado y de los políticos”, pero la paz de la que hablamos tiene un alcance mucho mayor, que nunca podremos identificar con la “conservación del *status quo*, entre otras cosas porque es inestable y, sobre todo, injusto”.

130. Cfr. MM 157; PT 91; GS 77; PP 76 (el desarrollo es el nuevo nombre de la paz); SRS 10,2 y 39,8 (la paz es fruto de la solidaridad); MEDELLIN, Paz IIb; *Catecismo*, n. 2304.

1.4.2. *Hacia una cultura de la paz*

La propuesta que hacemos quiere ser una propuesta de carácter global. Lo que está en juego es la sustitución de un modelo de civilización llamado a agonizar, por otro modelo que ofrezca mayores posibilidades de supervivencia y de felicidad para todos los pobladores del planeta. Señalamos algunas caminos (aunque Gandhi decía que “no hay caminos para la paz, sino que la paz es el camino”) que irían apuntando en la nueva dirección. Todas ellas se presentan como propuestas a desarrollarse simultáneamente, es decir, no son incompatibles entre sí. Unas dependen más de la voluntad de quienes detentan el poder y otras están más cerca de la ciudadanía, pero unas y otras llaman a la colaboración de todos y todas. Procedemos de lo más amplio y general a lo más específico y concreto.

1. Condena radical de cualquier forma de violencia (sea de tipo personal o institucional) por inhumana y deshumanizadora. En este sentido, la Iglesia tiene que caminar abiertamente a la superación de algunos escollos que aún le quedan a nivel doctrinal sobre este tema: La doctrina moral sobre la guerra justa (en caso de legítima defensa), aceptada por el Concilio (GS 79.4) y por el Catecismo (n. 2309 y ss.). Como ya señaló Juan XXIII, “en nuestra época, que se jacta de poseer la bomba atómica, resulta un absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado” (PT 127). Y la aceptación, en casos de extrema gravedad y necesidad, de la pena de muerte para los malhechores (Catecismo 2266; *Evangelium vitae* 56). Esta posibilidad, por remota que sea, no guarda lógica moral con los principios cristianos más elementales. La gloria de Dios es que el hombre viva y que se convierta; la pena de muerte impide que se realicen ambas posibilidades.
2. Si, como decía Pablo VI, “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, una apuesta imprescindible es la sustitución progresiva del actual orden económico mundial por otro que sea capaz de garantizar “procesos que permitan ampliar las oportunidades de las personas y los pueblos, promoviendo una distribución equitativa de los ingresos y de los recursos, sin agravar la situación

ecológica del planeta y sin hipotecar el futuro de las próximas generaciones". Se trata de sustituir el actual modelo de globalización asimétrica, que crea desigualdad, dependencia y antagonismo en las relaciones internacionales, por otro modelo apoyado fundamentalmente en el diálogo democrático y de cooperación entre todos los países y pueblos. Es una propuesta que, con unos matices u otros, está en la mesas internacionales desde hace muchos años (UNCTAD 1974), pero que los países ricos se han negado sistemáticamente a considerar. Sin justicia y sin desarrollo, ya sabemos, no es posible la seguridad ni la paz. A propósito de la seguridad, que tanto preocupa a la sociedad actual, nos parece "profundamente inmoral, además de estúpido, dedicar cifras astronómicas para alimentar las maquinarias de guerra, mientras se hace tan poco para superar las megacifras de la inseguridad correspondientes a la extrema pobreza, la falta de agua potable, el analfabetismo, falta de empleo, hambre y malnutrición, falta de vivienda, mortalidad prematura por falta de agua potable y otras condiciones de salubridad" (Fisas 252). La alternativa se llama hoy solidaridad, a la cual ha identificado Juan Pablo II con "el nuevo nombre de la paz" (SRS). Todo lo que se está haciendo y lo que se haga en el futuro en esta dirección es un aporte valiosísimo e imprescindible para la nueva cultura de la paz.

3. Otro camino para la paz es la democratización de la vida social. También este camino guarda una íntima relación con la seguridad. Si en la cultura imperante son muchos los que creen que la paz es consecuencia de la seguridad, nosotros alteramos el orden de factores, pues creemos que "no hay seguridad si no hay paz, y no hay paz si no hay consolidación democrática", en todos los ámbitos de alcance local, nacional e internacional. Desde hace mucho tiempo y desde diferentes instancias se viene proponiendo esta medida de democratización de los Organismos internacionales, pero los poderosos se resisten a aceptarla. Especialmente problemático está resultando la implantación del régimen democrático en algunos países empobrecidos, pero no es menos cierto y urgente que las democracias consolidadas en

los países del Norte necesitan avanzar también de una democracia formal y representativa a una democracia más real y participativa. Uniendo esta propuesta y la anterior, podemos concluir con Fisas Armengol que “un desarrollo democrático y participativo, orientado a la satisfacción de las necesidades humanas básicas y con un profundo respeto a los derechos humanos de carácter social, es la mejor garantía para disminuir el sufrimiento de muchos seres humanos y eliminar gran parte de los conflictos violentos. Trabajando y luchando en esta línea es como conseguiremos crear seguridad” (p. 258).

4. Una tercera propuesta de tipo global es el respeto ecológico. “Si en el actual estado de cosas, cada vez aumenta más el peso de lo ecológico como factor de inseguridad... parece razonable invertir en “ecoseguridad”, es decir, en *medidas de* protección que salvaguarden la calidad del medio ambiente del vandalismo, la polución y las actividades depredadoras de los humanos, y en medidas de utilización, es decir, procurando que toda explotación de recursos se lleve a cabo desde bases sostenibles para la naturaleza, evitando cotas de explotación que impidan la recuperación del medio ambiente” (pp. 258-259).
5. El desarme. A este propósito, estamos de acuerdo con Raimon Panikkar cuando afirma: “La paz no es posible sin el desarme. Pero el desarme requerido no es sólo nuclear, militar o económico. Hace falta también un desarme cultural, un desarme de la cultura dominante, que amenaza con convertirse en una monocultura que puede ahogar todos los demás cultivos y acabar asfixiándose a sí misma”¹³¹. ¿Dónde poner el énfasis en este momento? Parece evidente que el desarme militar es imposible sin el desarme cultural. Dentro de los parámetros culturales vigentes, desarmarse militarmente aparece como una locura improbable. Si es el equilibrio armamentístico el que sostiene la paz (estrategia

131. R. PANIKKAR, *Paz y desarme cultural*, Sal Terrae, Santander 1993, p. 112.

tradicional= si quieres la paz, prepárate para la guerra), entonces, si se desarma una parte, la otra se aprovechará; si no seguimos “progresando” en inventar armas mortíferas, los otros lo harán, y el equilibrio se romperá. Hay que ver quién aguanta más” (Panikkar, p. 112). Todos los datos apuntan a que durante la década pasada se hizo un esfuerzo por parte de las grandes potencias para reducir sus arsenales armamentísticos, pero esos esfuerzos han sido absolutamente insuficientes. La razón: se sigue con la misma estrategia de siempre, a pesar de que la historia demuestra tozudamente que por ese camino no hay posibilidades para la paz. Y esto precisamente es lo que hay que cambiar, la estrategia tradicional: “si quieres la paz, prepárate para la guerra”, y sustituirla por una nueva estrategia: “si quieres la paz, prepárate para la paz”.

Por otra parte, con esta estrategia del desarme no se quiere negar el derecho a la defensa que tienen los países, sino que se está apuntando a la búsqueda de nuevas vías para el ejercicio de esa defensa¹³², que no ha de pensarse en un sentido individual sino colectivo. “La seguridad colectiva –decía José Antonio Lobo antes de la caída del muro de Berlín– significa pensar, a la hora de la defensa, no sólo en la seguridad de la propia nación o bloque, sino también en la del resto de las naciones o en la del otro bloque. Una nación o el bloque a que ésta pertenezca estará más segura en la misma medida en la que las otras naciones y el bloque adversario se sientan, asimismo, seguros”¹³³.

6. El diálogo, la negociación y la reconciliación. Desde la DSI no sólo se ha condenado como inmoral y anticristiana la carrera de armamentos (PT 112; GS 81; PP 53; SRS 10.3) y el comercio de armas (SRS 24.1), sino que han hecho llamadas constantes para que los conflictos

132. El pacifista noruego Johan Galtung ha hecho propuestas para una defensa que contemple un desarme progresivo, en tres fases: defensa militar con sólo armas defensivas-convencionales dentro del propio territorio, defensa popular armada (guerra de guerrillas) y defensa popular no violenta.

133. J. A. LOBO, “Nuevas estrategias para la paz”, *Corintios XIII* 39-40 (1986) 81. “Nuevas estrategias para la paz”, *Cuadernos Verapaz* 6 (1991) 133.

entre los pueblos no intenten resolverse mediante las armas, sino mediante la razonable comprensión recíproca (PT 93), mediante negociaciones y convenios (PT 127; GS 82), con medios de defensa que estén al alcance de los más débiles (GS 78) y mediante el “establecimiento de una autoridad pública universal reconocida por todos, con poder eficaz para garantizar la seguridad, el cumplimiento de la justicia y el respeto de los derechos” (GS 82), promoviendo los medios no violentos para restablecer la justicia (GS 77; Puebla 533) y mediante una renovación en la educación de la mentalidad de todos los ciudadanos (GS 82), apostando por la solidaridad como el verdadero y único camino para vencer los “mecanismos perversos” y las “estructuras de pecado” (SRS 40.3). Todas estas propuestas nos parecen muy válidas para orientar la sociedad y la cultura vigentes hacia una sociedad y una cultura más pacífica.

Raimon Panikkar insiste también en que “sólo la reconciliación lleva a la paz” (p. 167), y “la reconciliación se consigue mediante el diálogo” (p. 173). Por contraposición, “la victoria no conduce jamás a la paz” (p. 163). “Poseemos unos ocho mil documentos históricos que nos cuentan del optimismo de los vencedores para instaurar su paz. Todos ellos repiten ingenua y trágicamente la misma cantinela: “Ahora, finalmente, tendremos la paz”... Y, mientras la tinta o las arcillas están todavía frescas, los cañones o las lanzas del vecino están ya dispuestas a contradecir estas afirmaciones... (p. 163). La historia nos demuestra que la victoria no ha conducido jamás a la paz, a pesar de la buena voluntad o la convicción de los vencedores” (p. 164). “Parece, pues, una irresponsabilidad, después de seis mil años de experiencia histórica, el no querer replantearse el incómodo problema de si no estará errada la dirección misma de la civilización. Pero si nosotros, en este momento histórico, no tenemos la capacidad intelectual y la fuerza espiritual de plantear el problema a este nivel, no creo que seamos dignos de llamarnos “intelectuales”, “pensadores” o “responsables” (p. 164).

Sólo la reconciliación conduce a la paz. En la verdadera reconciliación no hay vencedores ni vencidos. Todos

salen ganando, porque el todo, del cual todos formamos parte, se ve respetado... En el orden político no se trata sólo de hacer pagar al culpable, ni de escarmentar a los posibles transgresores de una cierta situación, sino de crear un nuevo orden de cosas (p. 173). Y la reconciliación se consigue a través del diálogo. Pero el diálogo no debe entenderse como un “meeting” en el que sólo hablan los que tienen altavoz y conocen la demagogia; el diálogo –señala nuevamente Panikkar– es una ciencia y un arte. “El diálogo es una ciencia, es decir, un saber que implica conocerse tanto a uno mismo como al otro; es la ciencia que sabe que ninguno de estos dos conocimientos es exhaustivo, ni en mí ni en el otro (p. 174)... El diálogo también es un arte, un hacer, una actividad, una praxis; el diálogo es un acto humano en el cual los hombres forjan su humanidad discutiendo con la palabra sus divergencias” (p. 175). Evidentemente, se trata de un saber y de un hacer difícil, pero “a pesar de todos los obstáculos, el camino hacia la paz consiste en querer caminar por él. Este deseo de paz es ya en sí pacificador. El deseo de paz equivale a deseo de diálogo, y el deseo de diálogo surge cuando pensamos poder aprender algo del otro, a la par que convertirle a nuestro punto de vista, si es posible. Fanatismos y absolutismos impiden caminar juntos, porque nos hacen creernos autosuficientes o en posesión plena de la verdad” (p. 176). Por eso nunca fueron buenos caminos para la paz. Como cualquier saber y cualquier arte, el diálogo se aprende y requiere una pedagogía; cualquier proceso de educación para la paz ha de tenerlo en cuenta.

7. Educar para la paz. No se trata de una estrategia más, sino de un medio a través del cual los seres humanos vayamos haciendo nuestra la nueva cultura de la paz y juntos gestemos proyectos que propicien su despliegue en todas las dimensiones señaladas anteriormente. Si afirmamos que “tanto la guerra como la paz nacen en la mente del ser humano, pues es allí donde se elabora la imagen del otro, o bien como un enemigo, o bien como un sujeto susceptible de ser amado y de cooperar con nosotros” (Lobo, p. 138), parece evidente la

urgente necesidad de ir elaborando en nuestra mente una nueva cultura de la paz, que sustituya a la actual cultura de guerra. Ahora bien, como en todo proceso de aprendizaje, la educación está llamada a jugar un papel importantísimo. De momento, no parece que vaya a ser la escuela oficial la que se plantee estos objetivos; como en tantas cosas, son personas y grupos marginales, las que han iniciado ya la tarea; desafío para todos/as es abrírnos a sus propuestas y secundarlas.

La educación para la paz es una nueva alternativa educativa que cuestiona profundamente todo el sistema educativo actual: su estructura, relaciones, contenidos, métodos, sujetos y destinatarios, límites espacio-temporales, etc. La Educación para la paz arranca de una comprensión positiva de la paz, no como ausencia de violencia o de guerra, sino como despliegue de relaciones en clave de igualdad, libertad, respeto, cooperación etc. Abarca todas las dimensiones de la persona: cognitiva, afectiva, relacional (interpersonal, sociopolítica y medioambiental), espiritual, teniendo siempre como base una opción ética basada en valores tales como la libertad, la igualdad, la cooperación, la solidaridad, el amor... “Frente a la competencia habrá que fomentar entre los estudiantes el mutuo apoyo y la cooperación, poniendo de relieve que tales son los valores sobre los que cimentarán en el futuro su existencia. Frente al clasismo deberá alentar la mutua afirmación, que supone no devaluar ni marginar a nadie, sino reconocer lo bueno que hay en cada uno, valorar sus cualidades y aptitudes buenas y encomiables: una sociedad pacífica nunca podrá edificarse sobre el menosprecio propio o ajeno, y sí sobre el propio aprecio y el aprecio de los otros. Frente a la jerarquización, la educación para la paz propicia la igualdad, el diálogo y la participación de todos” (Lobo, p. 142).

La educación para la paz contempla todas las propuestas que venimos señalando: educa para vivir en justicia y solidaridad (frente a la competitividad, la acumulación y el consumo), educa para el desarme y la resolución pacífica de los conflictos, educa para el respeto medioambiental y educa

para la desobediencia. Sí, he dicho bien, para la desobediencia... Aunque a algunos/as suene extraño, a estas alturas de nuestra exposición seguro que no nos resulta a nadie difícil entenderlo. Ya vimos que la confianza y obediencia ciega a la autoridad (representante del orden establecido) era uno de los valores más representativos de la cultura violenta que nos envuelve, sobre el cual se han asentado muchas tragedias. En una entrevista que se le hizo en 1985 a Thomas Wilson Farebee, lanzador de la primera bomba atómica sobre Hiroshima el 6 de Agosto de 1945, afirmaba: “No me siento culpable, porque cumplí una orden, pero me desagrada que tanta gente haya muerto. Tenemos que actuar de modo que no vuelva a ocurrir”. Esa era también la actitud del comandante del B-29, *Paul Tibbets*, el único que sabía que la aeronave albergaba en sus entrañas un artefacto atómico de 20 kilotonnes, 20 mil toneladas de trinitotolueno (TNT), capaz de reducir a cenizas hasta la ciudad más populosa del planeta, secreto que se guardó para sí, cumpliendo “órdenes superiores”¹³⁴.

La última frase de Thomas W. Farebee, “tenemos que actuar de modo que no vuelva a ocurrir”, puede interpretarse de dos maneras. La primera es como posiblemente la interpretaba el bombardero: actuar para que no se vuelvan a lanzar más bombas atómicas. Por nuestra parte, ojalá nunca más vuelvan a sonar las armas, de cualquier tipo que sean, pues ello sólo conlleva destrucción, sufrimiento y muerte, como desgraciadamente estamos hartos de comprobar a diario y en todos los continentes: Kosovo, Chechenia, Nigeria, Rwanda, Congo, Palestina, Colombia... España. Pero nuestra interpretación va más allá: “tenemos que actuar de modo que no vuelva a haber personas tan obedientes ante órdenes y autoridades tan siniestras”, como la del entonces presidente norteamericano Harry Truman. Evidente, porque no todas las órdenes deben cumplirse, sino sólo aquéllas que sean justas. Es importante empezar a reconocer la desobediencia como valor, algo que todavía pocos han llegado a asumir y que, sin embargo, es tan fundamental para dignificar la vida en el planeta. Los prejuicios, las conveniencias o la obediencia ciega a la autoridad,

134. Agencia ANSA, Diario *Hoy*. Santo Domingo, 18 de marzo de 2000, p. 1C.

como ocurrió en el caso que comentamos, se imponen con frecuencia a la autoridad moral de ese “santuario interior” que es la propia conciencia bien formada, la cual define con claridad la frontera que separa el bien del mal.

Aunque algunos no lleguen a reconocerlo jamás, Hiroshima y Nagasaki quedarán en la historia como símbolo de la barbarie humana, y todos los que intervinieron en ese holocausto nuclear, unos en mayor y otros en menor grado, culpables criminales de guerra. Unos por dictar órdenes injustas, y otros por obedecerlas.

Finalmente, *la educación para la paz* es una propuesta alternativa a la “escuela del mundo al revés”. Eduardo Galeano define a ésta como “la más democrática de las instituciones educativas. No exige examen de admisión, no cobra matrícula y gratuitamente dicta sus cursos, a todos y en todas partes”. La escuela del mundo al revés “premia también al revés”, es decir, “desprecia la honestidad, castiga el trabajo, recompensa la falta de escrúpulos, alimenta el canibalismo”. Es el soporte ideológico de un mundo que funciona también al revés: “en el mundo tal cual es, mundo al revés, los países que custodian la paz mundial son los que más armas fabrican y los que más armas venden a los demás países; los bancos más prestigiosos son los que más narcodólares lavan y los que más dinero robado guardan; las industrias más exitosas son las que más envenenan al planeta; y la salvación del medio ambiente es el más brillante negocio de las empresas que lo aniquilan. Son dignos de impunidad y felicitación quienes matan la mayor cantidad de gente en el menor tiempo, quienes ganan la mayor cantidad de dinero con el menor trabajo y quienes exterminan la mayor cantidad de naturaleza al menor costo”. No sé si será posible darle la vuelta al mundo y a la escuela, pero lo que sí parece urgente es intentarlo. Pues manos a la obra.

2. EL DERECHO Y EL DEBER DE LA VIDA

2.1. *La vida humana: una situación paradójica*

Desde los tiempos más remotos, los hombres de todos los lugares y culturas se han interrogado por las exigencias derivadas del respeto a la vida humana. Marciano Vidal señala

a este propósito: *“En el núcleo de la conciencia ética de la humanidad se asienta el respeto a la vida humana, a la vida del semejante y a la vida propia. Con formulaciones tabuísticas o racionales, con mentalidad sacral o secular, con expresiones precríticas o pretendidamente científicas, todos los grupos humanos han exteriorizado el misterio ético de la vida humana. En la historia evolutiva de las ideas morales puede encontrarse justificación a la afirmación de que el respeto a la vida humana es uno de los ejes primarios en torno a los cuales se ha desarrollado la conciencia ética de la humanidad”*¹³⁵.

Esta sensibilidad en favor de la vida humana se ha expresado en la cultura occidental, de forma negativa, en el quinto precepto de la religión judeo-cristiana: no matarás (Ex 20,13; Dt 5,17). De manera positiva, la misma sensibilidad ha sido formulada, durante este siglo sobre todo, en múltiples declaraciones de carácter jurídico. La Declaración Universal de los Derechos Humanos (10 de Diciembre de 1948) recoge esta sensibilidad y preocupación por defender la vida en uno de sus primeros artículos: “Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona” (art. 3). La misma expresión fue recogida en el artículo segundo de la Convención del Consejo de Europa para la protección de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales (4 de Noviembre de 1950). La Constitución Española, en su artículo 15, afirma: “Todos tienen derecho a la vida y a la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes. Queda abolida la pena de muerte...”. Las leyes penales de los distintos Estados castigan el atentado contra la vida (asesinato) como crimen.

A nivel teórico, no cabe duda que, tanto desde la perspectiva moral como jurídica, la conciencia de la humanidad descansa sobre el principio del carácter inviolable de la vida humana. Sin embargo, la violencia contra la vida humana es tan vieja como la historia de la humanidad. El relato bíblico de la muerte de Abel a manos de su hermano Caín es todo un símbolo de esta pesadilla que ha acompañado como una

135. M. VIDAL, *El discernimiento ético. Hacia una estimativa moral cristiana*, Cristiandad, Madrid 1980, p. 69.

sombra alargada a la humanidad a lo largo de su itinerancia histórica, y que ha llegado hasta nosotros con los rasgos de una tragedia brutal. Sin ánimo de ser pesimistas y reconociendo los avances que se han ido produciendo en orden a una mejor salvaguarda de la vida humana, sería suficiente una mirada a los titulares de los periódicos de un día cualquiera para darnos cuenta de que el ser humano no ha logrado desterrar de su horizonte la muerte como realidad impuesta y manipulada por el mismo hombre. Suicidios, homicidios de todo tipo, genocidios, guerras, penas de muerte, abortos, eutanasias, etc. son realidades que nos acompañan diariamente. Si a todas estas prácticas letales, añadimos todas aquellas que no respetan la integridad y dignidad de la persona humana y que, por lo mismo, pueden ser consideradas como antesalas de la muerte –torturas físicas o psicológicas, secuestros, violaciones, hambre, injusticias, discriminaciones–, entonces llegamos a la conclusión de que todavía vivimos en un “contexto hostil para la vida”¹³⁶, a pesar de las reiteradas declaraciones que se vienen haciendo en favor de la misma. La modernidad ha sido fructífera en la conquista y defensa de algunos derechos humanos fundamentales que no habían sido reco-

136. Como manifestaciones más palpables de este contexto hostil para la vida, Francisco Javier Elizari señala las siguientes: 1) La concepción utilitarista del hombre, que privilegia la dimensión productiva y discrimina a las personas “no-productivas”: ancianos, niños, disminuidos físicos o psíquicos... 2) El consumismo y la competitividad, que reducen al otro a objeto de consumo o a potencial enemigo que nos puede hacer la competencia. 3) La tiranía de la programación, que no es capaz de abrirse a la sorpresa y a lo no programado, y que resulta sumamente peligrosa para la vida humana. 4) La tiranía de las emociones. Cuando se imponen a la razón, también pueden traer consecuencias funestas para la vida humana. 5) Los dogmatismos fanáticos han constituido siempre una amenaza permanente para vida. 6) La concepción absolutista de la libertad. Una libertad que no encuentre límites en la libertad de los demás termina siendo una libertad deshumanizadora y generadora de muerte. 7) La idolatrización de la técnica. El hombre actual corre el peligro de idolatrar la técnica y ser devorado por ella. 8) La dificultad de asumir sacrificios en situaciones conflictivas. En estos casos, la vida y dignidad de los más débiles e indefensos corren auténtico peligro. 9) Las estructuras económicas, políticas y culturales, más orientadas a tener que a ser, favorecen un clima en el que la vida se hace sumamente vulnerable. *Moral de la vida y de la salud*, en VV.AA., *Praxis cristiana II*, Paulinas, Madrid 1981, pp. 75-79.

nocidos en épocas anteriores, pero no ha sido capaz de defender eficazmente el más elemental de todos ellos: el derecho a la vida. En éste como en otros muchos campos, la teoría de los derechos humanos ha quedado reducida a un ejercicio de retórica inoperante.

2.2. Planteamientos de la ética de la vida

Para poder entender el actual estatuto jurídico y moral de la vida humana, es importante conocer cómo se ha ido desarrollando a lo largo de la historia. Dado que, en todo Occidente y hasta épocas muy recientes, el judeo-cristianismo ha sido la matriz fundamental de valoración de la vida humana, resulta necesario remitir nuestro análisis a los planteamientos emanados de esta matriz judeo-cristiana tal como fueron formulados por los teólogos y asumidos por la comunidad eclesial.

Como principio general, podemos afirmar sin vacilaciones ni titubeos que la doctrina moral cristiana ha defendido siempre el valor moral de la vida humana, formulado en el quinto precepto del decálogo judío, “no matarás”, y profundizado en el mensaje evangélico y pacifista de Jesús. Pero ni la interpretación ni la puesta en práctica de este principio general ha sido uniforme ni unánime a lo largo de la historia, lo cual ha provocado no pocas incoherencias y ambigüedades, algunas de las cuales se mantienen aún vivas en el momento presente y crean dificultades a la hora de defender eficazmente el derecho y el deber de la vida.

De manera muy simplificada señalamos algunos momentos más importantes en la formulación de la doctrina moral tradicional sobre la vida:

2.2.1. El cristianismo primitivo

La cercanía al acontecimiento de Jesús hizo que los cristianos de los primeros siglos radicalizaran la exigencia del respeto a la vida, considerando cualquier atentado contra la misma como opuesto al mensaje evangélico. Para algún autor, ni siquiera resultaba aceptable la muerte del injusto agresor en

caso de autodefensa, pues “no parece que el cristiano, justo y sabio, trate de salvar su propia vida con la muerte de otro”¹³⁷.

2.2.2. *La síntesis medieval*

En la Edad Media, y siguiendo en algunos casos la doctrina elaborada ocho siglos antes por San Agustín, será la postura de Santo Tomás la que terminará imponiéndose a otros autores y escuelas teológicas y se convertirá en doctrina oficial de la Iglesia¹³⁸. Este gran teólogo dominico formula su doctrina moral sobre la vida en base a los siguientes principios:

a) *La vida humana es un bien que hay que proteger y salvaguardar*

- La vida es un bien individual, que por inclinación natural todos queremos conservar y proteger. Por eso, atentar contra la propia vida (suicidio) o contra la vida de los demás (homicidio) es una ofensa a la caridad para con uno mismo y para con el prójimo¹³⁹.
- La vida humana es un bien de la sociedad. El individuo pertenece a la comunidad “como la parte al todo”. Por eso, atentar contra la propia vida o contra la vida de los demás es cometer una injusticia contra la sociedad, pues se apodera uno de un bien que no le pertenece¹⁴⁰.
- La vida es un don dado al hombre por Dios y sujeto a su divina potestad. Por eso, sólo Dios puede disponer de la

137. SAN AMBROSIO, *De officiis ministrorum II*, IV, 27.

138. Francisco de Vitoria, numerosos autores de la “moral casuista” y San Alfonso María de Liguorio contribuirán a que esta doctrina se afiance como doctrina oficial durante más de seis siglos.

139. *Por relación al suicidio, afirma Santo Tomás: “Todo ser se ama naturalmente a sí mismo, y a esto se debe el que todo ser se conserve naturalmente en la existencia y resista cuanto sea capaz lo que podría destruirle. Por tal motivo, el que alguien se dé muerte es contrario a la inclinación natural y a la caridad por la que uno debe amarse a sí mismo; de ahí que el suicidarse sea siempre pecado mortal, por ir contra la ley natural y contra la caridad” (SANTO TOMAS, Suma Teológica, II-II, q. 64, a. 5).*

140. *“Cada parte, en cuanto tal, es algo del todo; y un hombre cualquiera es parte de la comunidad, y, por lo tanto, todo lo que él es pertenece a la sociedad; luego el que se suicida hace injuria a la comunidad” (ST, II-II, q.64, a.5).*

vida humana. De ahí que atentar contra la propia vida o contra la ajena es ofender a Dios, al cual únicamente está reservado este derecho¹⁴¹.

b) *La vida humana no es un valor que deba protegerse en todas las circunstancias*

Con los principios anteriores, Santo Tomás –y, en general, la doctrina tradicional católica– quería salvaguardar la vida humana, pero en su reflexión introdujo otra serie de elementos que, en la práctica, convirtieron el valor de la vida en un bien sumamente vulnerable. En el mismo Santo Tomás encontramos una serie de situaciones en las que la vida pierde el carácter de valor que debe ser defendido. En ellas centramos nuestra atención:

- “Sí es lícito matar a los pecadores” (II-II, q.64, a.2). La distinción inocente-malhechor (pecador) ha generado una notable ambigüedad en la praxis jurídica y en la valoración moral de la vida. Mientras que “de ningún modo es lícito matar al inocente”, a no ser “por mandato divino” (II-II, q.64, a.6), la condición de “pecador” o “malhechor” hace que se pierda este derecho inviolable a la vida. Santo Tomás argumenta desde el principio de totalidad: *“Cada persona singular se compara a toda la comunidad como la parte al todo; y, por lo tanto, si un hombre es peligroso a la sociedad y la corrompe por algún pecado, laudable y saludablemente se le quita la vida para la conservación del bien común... Cuando la muerte de los malos no entraña un peligro para los buenos, sino más bien seguridad y protección, se puede lícitamente quitar la vida a aquéllos”*. Además, *“el hombre, al pecar, se separa del orden de la razón y por ello decae en su dignidad humana, que estriba en ser el hombre naturalmente libre y existente por sí mismo; y se hunde en cierta forma, en la*

141. *“La vida es un don dado al hombre por Dios y sujeto a su divina potestad, que mata y hace vivir. Y, por tanto, el que se priva a sí mismo de la vida peca contra Dios... como peca el que se apropia la facultad de juzgar una causa que no le está encomendada, pues a solo Dios pertenece el juicio de la muerte y de la vida”* (ST, II-II, q. 64, a.5).

*esclavitud de las bestias, de modo que puede disponerse de él para utilidad de los demás... Por consiguiente, aunque matar al hombre que conserva su dignidad sea en sí malo, sin embargo, matar al hombre pecador puede ser bueno, como matar una bestia, pues peor es el hombre malo que una bestia y causa más daño*¹⁴².

De esta manera, quedaría justificada la pena de muerte para los malvados. Ahora bien, para su licitud se requerirá además que sea decretada por la “autoridad pública”, pues a ella está encomendado el cuidado del bien común¹⁴³. De hecho, la licitud de la pena de muerte ha sido una constante en la historia de la moral católica.

- “*Sí es lícito matar a alguien en defensa propia*” (II-II, q.64, a.7). La licitud de la muerte del agresor en caso de defensa personal y con la moderación debida también ha sido defendida, de manera permanente, por la moral católica.

Santo Tomás se sirve en su argumentación del “principio del doble efecto” y del “principio de proporcionalidad”: 1) “*Nada impide que un solo acto tenga dos efectos, de los cuales uno sólo es intencionado y el otro no. Pero los actos morales reciben su especie de lo que está en la intención y no de lo que es ajeno a ella, ya que esto les es accidental... Ahora bien, del acto de la persona que se defiende a sí misma pueden seguirse dos efectos: uno, la conservación de la vida, y otro, la muerte del agresor. Tal acto, en cuanto por él se intenta la conservación de la propia vida, nada tiene de ilícito, puesto que es natural a*

142. *Suma Teológica, II-II, q.64, a.2*. Esta misma doctrina sería expuesta algunos siglos más tarde por Francisco de Vitoria, inspirador del Derecho Internacional: “*Digo que, de intento y directamente, y atendiendo sólo al derecho divino y natural, es lícito matar al hombre nocivo a la república, porque siendo el hombre miembro de la comunidad y siendo lícito cortar un miembro corrompido y dañoso al cuerpo, también es lícito, por derecho divino y natural, matar a un hombre pernicioso y corruptor del bien común. Y aunque esto no esté escrito en el derecho divino, es bien sabido por la luz natural que el mayor bien debe preferirse al menor, y el bien común al particular*” (*Relecciones teológicas* (Madrid 1960), p. 1110).

143. Cfr. SANTO TOMAS, ST, II-II, q.64, a.3.

*todo ser el conservar su existencia todo cuanto pueda". 2) "Sin embargo, un acto que proviene de buena intención puede hacerse ilícito si no es proporcionado al fin; por consiguiente, si uno, para defender su propia vida, usa de mayor violencia que la requerida, este acto será ilícito. Pero si rechaza la agresión moderadamente, será lícita la defensa"*¹⁴⁴.

- Directamente vinculada con la muerte del agresor en caso de legítima defensa se sitúa la muerte del enemigo en la situación de guerra justa. En este caso, la legitimidad vendría avalada por la salvaguarda del bien común, del cual está encargada la autoridad pública. También esta excepción al principio de "no matar" ha sido una constante en la tradición moral católica¹⁴⁵.
- Junto a estas situaciones, encontramos en los manuales tradicionales otros múltiples casos en los que el carácter inviolable de la vida humana ha sido cuestionado: la muerte del tirano, el aborto indirecto, etc.

2.2.3. Planteamientos del magisterio actual de la Iglesia

El Concilio Vaticano II considera "lacrás que afean a la civilización humana y que contradicen el honor debido al Creador" todos los delitos que se oponen a la vida, como son "los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia o el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como la mutilación, las torturas corporales o mentales, incluso los intentos de coacción mental; todo lo que ofende la dignidad humana, como las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; así como ciertas condiciones ignominiosas de trabajo, en las que el obrero es tratado como un mero instrumento de ganancia y no como persona libre y responsable"¹⁴⁶. El criterio de valoración moral del Concilio

144. SANTO TOMAS, ST II-II. q. 64, a.7.

145. La teoría de la guerra justa ha sido defendida por toda la tradición moral, desde San Agustín hasta el reciente Catecismo de la Iglesia Católica, pasando por Santo Tomás y Francisco de Vitoria.

146. GS n°27.

no se reduce a la vida biológica, sino que se sitúa en una perspectiva de humanización y defensa radical de la dignidad humana, la cual se conserva siempre, incluso en el hombre que yerra¹⁴⁷.

El Catecismo de la Iglesia Católica, sin embargo, sitúa nuevamente la valoración de la moralidad de la vida en la perspectiva del quinto mandamiento. Sus afirmaciones fundamentales las podemos sintetizar en los siguientes puntos:

- La vida humana es sagrada, porque ha sido creada por Dios y a él está ordenada como fin. Sólo Dios es el Señor de la vida desde su origen a su término, y a nadie, pues, le está permitido decidir sobre la propia vida o la de otros (n.2258). Los hombres somos únicamente administradores y no propietarios de la vida que Dios nos ha confiado (n. 2280).
- El precepto de “no matar” es absoluto únicamente cuando se refiere a un ser humano inocente o cuando es llevado a cabo de un modo directo¹⁴⁸. Esto parece ser lo que el quinto precepto prohíbe: “No quites la vida del inocente y justo” (Ex 23,7). El homicidio voluntario y directo, el aborto, la eutanasia y el suicidio son siempre pecados graves. Por el contrario, siguiendo la argumentación de Santo Tomás, se sigue justificando la legítima defensa en virtud del principio del doble efecto (n. 2263), en virtud del amor debido a uno mismo (n. 2264) y del deber de aquel que tiene responsabilidad ante la vida de otros (n. 2265). Este deber de preservar el bien común es el que fundamenta “el derecho y el deber de la legítima autoridad pública para aplicar penas proporcionadas a la gravedad del delito, sin excluir, en casos de extrema gravedad, el recurso a la pena de

147. Cfr. GS, nº 28.

148. *“La decisión deliberada de privar a un ser humano inocente de su vida es siempre mala desde el punto de vista moral y nunca puede ser lícita ni como fin, ni como medio para un fin bueno. En efecto, es una desobediencia grave a la ley moral, más aún, a Dios mismo, su autor y garante; y contradice las virtudes fundamentales de la justicia y la caridad... Ante la norma moral que prohíbe la eliminación directa de un ser humano inocente, no hay privilegios ni excepciones para nadie”.* (Juan Pablo II. *Evangelium vitae*, n. 57).

- muerte. Por motivos análogos quienes poseen la autoridad tienen el derecho de rechazar por medio de las armas a los agresores de la sociedad que tienen a su cargo” (n. 2266). Sobre este último punto, el Catecismo invita a todos a “empeñarse por evitar las guerras” (n. 2308), pero la sigue justificando como último recurso y con las condiciones tradicionales que la han legitimado como “guerra justa”: En caso de agresión grave, que existan condiciones fundadas de éxito, que no se produzcan peores males que los que se quieren atajar, que sea declarada por la autoridad competente (n.2309).
- La moral de la vida no termina en la salvaguarda de la vida biológica, sino que se continúa en el respeto a la dignidad de las personas, lo cual exige, entre otras cosas, “evitar el escándalo” (nn. 2284-2287), procurar el “cuidado de la salud” (nn. 2288-2291), “respetar la integridad corporal” (n. 2297) y “defender la paz” (nn. 2302-2306).

Aunque hay aspectos de la argumentación y valoración moral que han evolucionado, el Catecismo de la Iglesia Católica, publicado en 1992, retoma el esquema de la moral tradicional, dejando en evidencia y sin resolver muchas de las ambigüedades que se le habían imputado a la moral preconiliar.

2.3. Dificultades de este planteamiento tradicional

Insistimos en que, de manera global, la moral católica ha contribuido a salvaguardar la vida y dignidad de la persona humana. Sin embargo, hay una serie de elementos que es necesario revisar si queremos avanzar en la línea de una mayor coherencia y en una defensa más eficaz del valor de la vida humana. Hoy todo el mundo percibe la contradicción existente entre la radicalidad con que se defiende el derecho a la vida del no-nacido, y la justificación moral y legal de la pena de muerte y de la guerra justa, por citar sólo un ejemplo muy llamativo.

Han sido muchos los autores que, a partir del Concilio Vaticano II, se han enfrentado a las ambigüedades de la moral tradicional –tanto en la valoración de la vida misma como en la argumentación moral– y se han esforzado por sentar unas bases morales sólidas que garanticen en el momento actual

el más elemental de los derechos humanos. Marciano Vidal¹⁴⁹ ha insistido en “cuatro pares de categorías éticas que condicionan la casuística relativa a las excepciones del principio general” y que es imprescindible revisar: la condición de “inocente” o “malhechor”, la autoridad “pública” o “privada”, la acción “directa” o “indirecta” y la “inspiración divina” o la “decisión humana”.

- Condición de “inocente” y “malhechor”. Argumentar desde esta distinción es negar de hecho un fundamento sólido al valor de la vida humana. Es verdad que lo que Ex 23,7 prohíbe es “no quitar la vida del inocente y justo”, pero no podemos convertir ese texto en norma absoluta de comportamiento moral para los cristianos. En primer lugar, porque existen otros códigos veterotestamentarios donde ese supuesto no aparece (Ex 20,3), y, en segundo lugar, porque en éste como en otros muchos aspectos, el pueblo de Israel fue creciendo y desarrollando paulatinamente su sensibilidad moral. En cualquier caso, la moral cristiana ha de remitirse últimamente al comportamiento moral de Jesús, el cual quiere “que todos tengan vida en plenitud” (Jn 10,10).
- La autoridad “pública” o “privada”. La moral tradicional católica ha concedido demasiada importancia a la autoridad pública a la hora de decidir sobre el valor sagrado de la vida que en principio, y para la misma doctrina tradicional, sólo pertenece a Dios. Esta generosa concesión a la autoridad pública favoreció de hecho el privilegio y fariseísmo de los más fuertes.
- La acción “directa” o “indirecta”. Esta distinción ha conducido en muchas ocasiones a una ética fisicista y farisaica. La moral actual prefiere plantear los problemas a la luz de una ética de “conflicto de valores”.
- La “inspiración divina” o la “decisión humana”. Esta argumentación se introdujo en la doctrina tradicional para justificar algunas situaciones bíblicas de homicidio y suicidio que no encajaban dentro de las argumentaciones más generales. ¿Cómo justificar el sacrificio

149. Cfr. *El discernimiento ético...*, pp. 75-77.

del inocente Isaac a manos de su padre Abraham? ¿O el “suicidio” de Sansón junto con un grupo de filisteos? San Agustín introduce la categoría de “inspiración divina” para justificar tales sucesos.

2.4. *Coordenadas para un planteamiento moral actual de la vida humana*

Si queremos seguir avanzando en la defensa del valor de la vida humana, necesitamos nuevas orientaciones que nos ayuden a superar las ambigüedades teóricas y las incoherencias prácticas en las que, consciente o inconscientemente, hemos caído. Como señalamos anteriormente, representantes cualificados de la moral renovada postconciliar hace años que iniciaron este esfuerzo de revisión crítica y de nuevas propuestas. Este proceso iniciado conviene profundizarlo, especialmente en este momento en que la vida humana está pasando por una “noche oscura”, debido a las constantes amenazas que la acechan, y en que para responder a esta problemática cobran nuevo impulso planteamientos del pasado incapaces de superar las clásicas y repetidas incoherencias.

Sin pretender ser exhaustivo, me atrevo a sugerir cuatro coordenadas o ejes de reflexión que nos ayuden a plantear nuevamente una moral que defienda eficaz y coherentemente la vida en su integridad (vida plena) y en su universalidad (vida de todos los seres humanos):

1) *La vida humana tiene consistencia en sí misma.* Tradicionalmente, el valor de la vida humana ha tomado consistencia a partir de una fundamentación de tipo religioso. La vida debe ser respetada como sagrada porque es don de Dios. Reconociendo la consistencia de esta fundamentación, creemos que la vida humana tiene suficiente consistencia en sí misma como para ser comprendida como un valor básico que hay que respetar y desarrollar.

En primer lugar, el ser humano se configura como ser existente por su condición de ser vivo (vida física). El ser viviente forma parte de la condición ontológica de la especie humana. Sobre este substrato biológico se apoyará cualquier posibilidad de desarrollo físico, intelectual, relacional y moral del ser humano. En este sentido, la vida física es un bien pre-moral que “no garantiza automáticamente una vida en libertad, en

solidaridad con los demás y abierta a Dios, pero sin ella queda radicalmente comprometido todo proyecto personal¹⁵⁰.

En cuanto la realidad del hombre es posibilidad abierta a desarrollarse en libertad y responsabilidad frente a todo lo que le rodea (el mundo, los otros y Dios), la vida –que incluye y se despliega en todo ese dinamismo existencial– se convierte en condición de posibilidad y en contenido fundamental de la moralidad y del sentido religioso humano. Desde aquí podemos entender que moral y religión no sean realidades contrapuestas ni enfrentadas, sino dimensiones complementarias de esas ansias de plenitud que acompañan al dinamismo de la vida humana.

En cuanto a realidad ontológica y existencial, la vida es condición de ser hombre, es posibilidad de ser hombre en plenitud y expresión de esa potencialidad cuando llega a desarrollarse. La vida es origen, camino y meta del ser humano. La vida humana, con todo su dinamismo, nos remite a un ser que es capaz de autodirigirse, desde la relacionalidad, hacia una plenitud y que, por tanto, no tiene carácter de medio, sino que es fin en sí mismo; un ser que contiene en sí y por sí una dignidad que merece respeto y protección. La vida humana es inviolable porque está referida a un ser cargado en sí mismo de dignidad. Y esta dignidad está presente en toda vida humana, aunque sus posibilidades de despliegue sean muy reducidas o se encuentren prácticamente agotadas. La capacidad relacional de toda vida humana siempre puede abrir nuevas e insospechadas posibilidades de plenificación.

2. *La moral de la vida debe plantearse en clave de humanización.* La tarea moral consiste en desarrollar desde el interior de cada persona el potencial humanizador que cada uno llevamos dentro. El ser humano está llamado, individual y colectivamente, a realizar la travesía que lo conduzca desde la brutalidad y la barbarie a la plena humanización. A nivel ontogenético, cada persona se ve obligada a realizar su particular andadura, que será estimulada o frenada por la comunidad donde viva; a nivel filogenético, la humanidad lleva ya un largo recorrido, pero es necesario seguir avanzando en ese éxodo hacia la humanización. Atrás han ido quedando formas

150. F. J. ELIZARI, *o.c.*, p. 54.

de convivencia tan inhumanas como la esclavitud, hemos avanzado en formas de convivencia más democrática y en la conquista de derechos fundamentales para todos los seres humanos, etc; pero la lista de comportamientos directamente relacionados con la barbarie es todavía interminable.

La moral de la vida no puede seguir planteándose de una manera negativa (“no matarás”), sino como exigencia positiva (“defiende y desarrolla la vida en todas sus potencialidades”, “humaniza la vida”). Un planteamiento de este tipo incluye no sólo el no matar a nadie ni malograr su integridad física y psicológica, sino también ofrecer a todos la posibilidad de desarrollar al máximo sus propias potencialidades de humanización. En el caso del malhechor, por ejemplo, la exigencia de humanización incluiría no sólo el respeto a su vida (no a la pena de muerte), sino ofrecer todos los medios posibles para su rehabilitación personal y su reinserción social. Esta perspectiva coloca a la sociedad no en una posición básicamente acusatoria, sino en una actitud de revisión de su responsabilidad en la creación de sus propios agresores. La doctrina moral tradicional ha adolecido de esta actitud autocrítica condenando severa y farisaicamente a los malhechores que ella misma, en no pocas ocasiones, había generado. Hoy la sociedad dispone de posibilidades técnicas y humanas suficientes para protegerse de sus agresores y para cubrir un objetivo que la pena de muerte impedía, la rehabilitación del culpable.

Una valoración semejante podemos aplicar al caso de la guerra. La guerra es y representa el estado de brutalidad tan grande en que aún se encuentran las sociedades humanas. La guerra siempre ha sido considerada un mal, porque en ella se atenta contra la vida y la dignidad de muchas personas, no sólo de inocentes. Aun así, siempre se ha intentado legitimar como algo justo cuando se daban una serie de condiciones. Las circunstancias en que se gestan y se desarrollan las guerras modernas hacen de ellas mecanismos de destrucción y brutalidad donde sólo se produce muerte y se afianza la ley del más fuerte. La capacidad destructiva de las armas modernas hace imposible cualquier proporcionalidad entre el derecho violado y los logros que se pretenden obtener. Frente a las posibles agresiones, las sociedades modernas tienen recursos suficientes, y/o posibilidades de crearlos, para resolver los eventuales conflictos entre las naciones y los distintos grupos

de una manera más humana y civilizada. Tampoco aquí resulta suficiente decir “no a la guerra”; hace falta una formulación positiva que nos estimule a todos a la creación de la auténtica paz basada en la justicia y el desarrollo igualitario. La apuesta ética es de mayor calado y alcance, y supone una apuesta por el desarme progresivo y total, la reconversión de todos los recursos económicos y humanos orientados a la preparación (investigación, fabricación y comercio de armas, etc) y al desarrollo de la guerra. La bienaventuranza “dichosos los que trabajan por la paz” tiene mucho mayor alcance que el simple precepto de “no matar”.

3. *Vida física y libertad humana.* La vida humana es un *continuum* que se va desarrollando y plenificando desde el nacimiento hasta la muerte, en relación con todo cuanto nos rodea. En la orientación de ese proceso, la libertad individual juega un papel muy importante, a pesar de los múltiples condicionantes externos e internos que la limitan. Es en el horizonte de una praxis libre y responsable donde aparecen los conflictos morales, que la propia libertad, en relación con las normas objetivas de moralidad, intentará discernir mediante juicios preferenciales. Los conflictos morales suelen producirse cuando dos o más valores no pueden realizarse simultáneamente. Como soporte y expresión de la existencia, la vida física es un bien que ha de ser respetado siempre, lo cual no significa que sea un valor absoluto. En algunas ocasiones, puede entrar en conflicto con otros bienes y valores superiores, y es entonces cuando aquella cede la primacía a éstos por proteger mejor el valor integral de la persona, que siempre es el valor absoluto a salvaguardar.

Nos fijamos en algunos conflictos en los que entre en juego el valor de la vida y señalamos en qué dirección han de orientarse los juicios preferenciales:

- La vida física puede entrar en conflicto con la fidelidad al proyecto que uno se ha marcado en la vida y con el cual ha identificado el bien total de su persona. Esta situación suele ser provocada desde el exterior por alguien que tenga intereses o un proyecto distinto o contrapuesto. Es el caso de los misioneros que asumen el riesgo de *ser matados* (ponen en peligro o permiten que se les arrebatte la vida) antes de abandonar a las

personas que los necesitan, o el caso de muchos mártires cristianos que prefirieron *dejarse matar* antes que apostatar de su fe. Es el caso de Jesús que muere (lo matan) por fidelidad a su proyecto de salvación para todos. En estos casos, hay un componente de violencia externa, manifiestamente injusta y reprobable, que produce la muerte física, pero hay también un componente subjetivo de asunción consciente de la propia muerte como consecuencia de la elección de un valor considerado como superior, y que resulta absolutamente laudable.

- La vida de una persona puede entrar en conflicto con la vida de otra. En este caso, el abanico de moralidad oscila entre la postura de quien decide salvar su vida aún a costa de la vida de la otra persona, y la postura de quien decide arriesgar o entregar generosamente su vida por salvaguardar la vida ajena. Dentro de la primera postura entraría el caso de “legítima defensa”, y dentro de la segunda se podrían considerar, a modo de ejemplo, el caso de alguien que arriesgando su vida se tira a un río por rescatar a una persona que se está ahogando, o el caso –muy raro hoy día– de la madre que en el parto elige salvar la vida de su hijo aún a costa de su propia vida. En el caso de legítima defensa, a primera vista no parece incoherente desde el punto de vista moral defender la propia vida frente a la vida del agresor; sin embargo, mayor altura moral manifestaría quien fuese capaz de inclinarse por la actitud de renuncia a la violencia y no provocar la muerte ajena. Los dos casos últimos reflejan la actitud de quienes por amor a los demás son capaces, en una decisión de donación amorosa, de entregar su vida por los demás. La vida como donación está muy presente en el Evangelio y es una dimensión que los cristianos nunca debemos olvidar.

En cualquiera de estos casos, la argumentación no puede formularse en torno al modo cómo se realiza la acción, si directa o indirectamente, sino en torno a la ponderación de bienes y males que entran en juego a la hora de tomar la decisión.

- La vida física puede entrar en conflicto con la “calidad de vida”. Tal es el caso del aborto, eutanasia e incluso el suicidio. Aunque cada una de las situaciones que se puedan presentar en cada uno de estos temas tenga su complejidad y necesite una valoración ponderada y específica, conviene tener en cuenta lo siguiente: a) La vida es el valor primario que hay que intentar salvaguardar siempre en los demás, aunque cada uno pueda subordinar voluntariamente la suya a otros valores preferentes. La razón de esta prioridad es que mientras hay vida, siempre puede haber alguna posibilidad de humanización. b) El tema del suicidio plantea en toda su crudeza la autonomía de la libertad humana y el señorío del hombre sobre su propia vida. Por dramático que resulte, el ser humano puede llegar a situaciones en que la vida física pierda su razón de ser porque ya no es soporte de nada, sino únicamente de vacío existencial. En estos casos, acudir a la argumentación de que sólo Dios es el señor de la vida para rechazar el suicidio, supone olvidar que la libertad es el principio de moralidad humana y otras muchas dimensiones que hacen del hombre un misterio para sí mismo y para los demás. Sin embargo, no debemos despreciar la postura de muchos humanistas que reconocen que sin fe en Dios resulta difícil rechazar tanto el suicidio como la eutanasia¹⁵¹.

4. *Vida humana y fe cristiana.* La fe no viene a anular la razón, sino a profundizarla. La revelación bíblica presenta a Dios como el autor de la vida y defensor de la misma frente a los ídolos que matan. La sangre de las víctimas le conmueve, e incluso protege la vida de los verdugos como Caín (Gn 4,15). Para el hombre bíblico la vida corporal y terrena es el bien supremo. Y aunque la ha recibido de su creador para un cierto período de tiempo, espera morir después de una vida larga, “en buena vejez, anciano y lleno de días” (Gn 25,7; 1Cro 29,28; Job 42,17; Sal 21,15). Con la bendición de la vida se asocian la paz, el gozo, la felicidad, la fertilidad de la tierra, la

151. Cfr. J. FUCHS, “La fe cristiana y la disposición de la vida humana”, *De lecciones de Teología* 26 (1987), 305.

salud y los muchos hijos. Dios no es sólo el dador de la vida, sino que es también el que, a través de las sucesivas promesas, le va confiriendo sentido como don gratuito y generoso. Dios aparece, además, como la meta y el fin de la vida, porque en la Resurrección de su hijo Jesucristo “la muerte ha sido vencida por la vida” (2 Cor 5,4).

De la experiencia de Dios como señor de la vida, el pueblo creyente fue aprendiendo a valorarla como sagrada e intocable. Una vida que al principio –como acabamos de señalar– se centra en los valores terrenos y que es preciso defenderla sobre todo en el establecimiento de la justicia y la paz del pueblo. Como la vida es frágil, es necesario protegerla a través de las leyes. Moral y derecho se dan la mano en el contexto bíblico.

Jesús profundiza la experiencia veterotestamentaria de la vida, sobre todo en su dimensión de donación generosa por los demás. Con Jesús, paradójicamente, será necesario entregar la vida para poder recuperarla en plenitud. Como afirma el evangelista San Juan: “El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida y la tengan abundante. Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas” (Jn 10,10-11). La plenitud de la vida es fruto del amor de unos a otros (Jn 15,12-15; Gal 2,19-20) y de la acción del Espíritu, que es sopro y vida por antonomasia (2 Cor 3,6). El sermón del monte y las bienaventuranzas es el nuevo contexto en el que Jesús sitúa el valor de la vida y todas sus exigencias.

Desde esta perspectiva bíblica, la vida humana y la de toda la creación adquiere un plus de fundamentación que orienta la moral en un sentido mucho más amplio del simple “no matar”. Se trata de ayudar a vivir mejor, de hacer posible una vida más digna y más humana, a pesar de todas las deficiencias imputables a la limitación humana. Defender la vida incluye luchar contra los ídolos asesinos, como son el tener y el poder insolidarios, luchar contra las fuerzas del mal, hacer las obras del Padre: dar de comer al hambriento, reinsertar al delincuente, ayudar a los heridos de la vera del camino, cuidar de toda la creación, pues “vio Dios que todo lo que había creado era bueno”.

Rutas que recogen y hacen vida la tradición dominicana

1. OPCIÓN POR LOS POBRES, LA JUSTICIA Y LA PAZ EN LA ORDEN DOMINICANA

Santo Domingo *“amaba la pobreza y exhortaba a los frailes y monjas a amarla*. Como ejemplo puede valer nos el episodio de su época de estudiante en Palencia, donde vende los libros *“porque no quiere estudiar sobre pieles muertas mientras los hombres se mueren de hambre”*. El voto de pobreza nos vincula a todos los religiosos/as de manera radical en el seguimiento de Jesús en su opción preferencial por los pobres, *“nos pone en más íntimo contacto con los pobres a quienes debemos evangelizar” (LCO 31,2)*.

Los últimos Capítulos generales han insistido hasta la saciedad en esta exigencia evangélica.

En Quezon City y Walberberg, la Orden hizo una opción radical en favor de los pobres. *“En un mundo –se decía– donde la pobreza no cesa de crecer, si damos la impresión de estar más comprometidos con los ricos que con los pobres, nuestra predicación no es digna de fe” (W.17)*.

El Capítulo de Roma nos recordaba que *“en la práctica quien no opta por los pobres, opta por los ricos” (R.234)*.

El Capítulo General de Ávila (1986) señala como espacios prioritarios de la misión de la Orden en el momento presente la frontera entre la vida y la muerte (reto de la justicia y la paz en el mundo) y la frontera entre la humanidad y la inhumanidad (el gran reto de los marginados). Sobre este punto el Capítulo dice lo siguiente:

“Sin la práctica de la comunión, la solidaridad y la reconciliación, no es posible la experiencia y la práctica del Reino, ni una

evangelización auténtica. Por eso, estas categorías de marginados son destinatarios preferibles de la misión dominicana. Su situación de marginalidad es un reto prioritario para nuestra reflexión, evangelización y práctica solidaria. Las situaciones de inhumanidad son signo manifiesto de la ausencia del Reino de Dios" (Cap. 2, n° 22).

Y un poco más adelante: *"Resultado y signo de la injusticia en el mundo son los pobres: las multitudes oprimidas o reducidas al silencio, desposeídos, desplazados, marginados, sistemáticamente ignorados o desfavorecidos. Son las víctimas de los poderes políticos o ideológicos, de los poderes económicos, de los privilegios sociales, de los egocentrismos nacionales o raciales, de los fariseísmos religiosos o morales, etc. Estas víctimas son el objeto de la opción prioritaria por los pobres, que es la opción de la Iglesia" (Av. 45).*

El Capítulo General de Oakland 1989, citando al de Ávila, nos recuerda una vez más que *"sin el compromiso por la justicia y la paz, no es posible la experiencia y la práctica del Reino ni la evangelización auténtica" (n° 68), y constata con preocupación que "subsisten comunidades y hermanos que no ven aun la relación entre la opción por la justicia y la misión evangelizadora de la Orden" (Ibid.).*

El Maestro de la Orden en su *Relación sobre el estado de la Orden* al Capítulo de Oakland decía: *"Noto con satisfacción que un buen número de hermanos están interesados por los problemas de la justicia. Este positivo interés está en consonancia con las enseñanzas de la Iglesia.: Sin embargo, no siempre es fácil para una comunidad y para los dominicos individualmente, aceptar esta prioridad y ver su implicación directa con el trabajo de la evangelización. Esta dificultad tiene una explicación, si bien parcial, en los prejuicios, en los miedos y en la oposición al cambio. Otra dificultad es que algunos hermanos piensan que se trata de problemas técnicos que deben ser resueltos por las ciencias sociales o a través de la acción política. Y, por último, hay otros hermanos que aceptan que esos asuntos son solo para algunos de entre nosotros pero no para toda la comunidad. En el fondo la razón principal es una falta de comprensión suficiente de las verdades bíblicas y teológicas con relación a la justicia y la paz. Para que toda la familia dominicana pueda aceptar esa prioridad y referirse a ella directamente en nuestra misión de evangelización, es necesario profundizar en las dimensiones bíblico-teológicas de la justicia y la paz y los problemas que*

presentan... Afirmar que la justicia y la paz tienen dimensiones bíblico-teológicas significa que son exigencia y práctica esencial en el Reino de Dios. No es posible concebir el Reino de Dios sin la justicia y la paz. Tampoco es posible establecer este Reino sin un compromiso por la justicia...".

A continuación, el Maestro de la Orden explicita dos aspectos de la justicia, a saber: remediar la necesidad (cfr. Mt 25) y transformar las estructuras sociales generadoras de injusticia. Dos dimensiones complementarias de una misma opción, pero que a veces se ven como contrapuestas. A este propósito, el Maestro cita lo que en cierta ocasión decía el obispo Helder Cámara: *"Cuando alimento a los hambrientos me dicen que soy un santo, cuando pregunto por qué están hambrientos me llaman comunista"*.

Quiero terminar la exposición con un viejo texto que manifiesta la fidelidad de Dios frente a la injusticia de los hombres, y con una pregunta. El texto es del profeta Isaías y dice así: *"Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar; tomad vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Prestad oídos, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David"* (Is 55, 1-3).

Y la pregunta es ésta: *Si la opción por los pobres es tan importante y esencial, ¿por qué los cristianos nos hemos olvidado, sobre todo en la práctica, de ella?; ¿Por qué sigue suscitando celos en tantas partes?*

Capítulo General Electivo de la Orden de Predicadores 1983

Celebrado en Roma, en el convento de Santo Domingo y San Sixto, desde el día 29 de Agosto al 29 de Septiembre de 1983. Fue elegido Maestro de la Orden Fr. Damián Byrne OP. Este Capítulo General "desea avanzar en el espíritu de los Capítulos de Quezon City y de Walberberg" (n. 28), especialmente en las cuatro prioridades":

- 1) Catequesis en un mundo descristianizado.
- 2) Promoción de la instauración del Evangelio en el contexto de las diversas culturas.

- 3) Justicia y Paz.
- 4) Comunicación humana a través de los medios de comunicación social (n.28; cfr. W, n.17).

Dentro del Capítulo II, “Apostolado en la Orden”, se recomienda como nota a realizar en nuestras parroquias la siguiente: “(Nuestros frailes) *Esfuércense en dar testimonio, individual y comunitario, de su efectiva solidaridad con los pobres (LO31, 119) y con todos cuantos por diversas causas se sientan marginados de la convivencia civil*” (n. 39 c).

En relación a los santuarios, se recomienda a los frailes que “*con solicitud y esmero transformen en gradual y ordenado progreso nuestros santuarios, depurándolos de toda especie de manipulación y comercio para que sean de verdad ... testimonios de solidaridad en que las colectas de limosnas sean destinadas, sobre todo, a ayudar a los pobres*” (n. 44 a) ... y *vivifiquen las expresiones de la piedad popular con predicación verdaderamente evangélica, que responda a las expectativas de justicia y fraternidad*” (n. 44 c).

Por relación al ecumenismo, se recomienda a los frailes “*que aprovechen de buen grado las ocasiones en que puedan trabajar juntamente con los hermanos separados (v. gr. A favor de la justicia, de la paz, de la caridad...)*” (n. 48).

Dentro del Capítulo III, “Misión de la Orden en África, América Latina y Asia”, se hacen anotaciones verdaderamente interesantes. En el n. 70 se hace alusión al Congreso celebrado en Madrid, del 20 al 26 de septiembre de 1982, en el que “*numerosos frailes, juntamente con las hermanas trataron con seriedad y ardor el tema de la predicación en los territorios del llamado Tercer Mundo, y quisieron presentar a este Capítulo proposiciones claras para tales regiones*” (n. 69). Y se recomienda a todos los hermanos, entre otras, las siguientes proposiciones de ese Congreso de Madrid: *Que hagan la opción preferencial por los pobres y se presten a escuchar la voz de los humildes, cuando se les ofrece la Palabra de Dios. Que consideren abiertamente la justicia coma parte integral de la predicación evangélica. Que apoyen y animen a las comunidades de nuevo estilo en la Iglesia, coma las llamadas comunidades “de base” que florecen en América Latina y África, y cuiden de preparar ministros laicos para dichas comunidades...*

En el n. 71 se recomienda hacer “análisis crítico de la realidad para llevar a cabo una labor viva y eficaz”.

En el n. 72 se recomienda que “al seleccionar una nueva fundación, prefíerese siempre la que pueda atender a las necesidades de las iglesias que viven en la pobreza”.

Estas prioridades fueron señaladas en el Capítulo General de Quezon City (n. 15) y definidas en el Capítulo General de Walberberg (n. 17). Así lo reconoce el Capítulo General de Roma (n. 63).

El capítulo XIV está centrado en JUSTICIA Y PAZ. El n. 234 dice lo siguiente:

“Tanto los últimos Capítulos Generales como el II Congreso Internacional Dominicano celebrado en Madrid en 1982, han despertado la conciencia de la Orden sobre la máxima importancia que las cuestiones de Justicia y Paz tienen en nuestra misión de evangelización. De esta forma, la Orden continúa en la dirección trazada por el Sínodo de los Obispos 1971, que afirma: “La acción por la justicia y la participación en la transformación del mundo, se nos presenta claramente como dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva” (cfr. QC, 19,5).

Este Capítulo quiere insistir en las mismas orientaciones al proponer que nuestra Orden asuma y lleve a la práctica las opciones siguientes: opción por los pobres, opción por la justicia y la opción por la paz.

¿Quiénes han de llevar a cabo estas opciones?

“Los últimos Capítulos propusieron a la Orden, con toda claridad, la prioridad de la justicia social. Sin embargo, es constatable que muchos hermanos consideran tales cuestiones como asunto reservado a algunos frailes especializados o como un eslogan de moda” (234 A,a).

“En los Capítulos de Quezon City y Walberberg la Orden propuso la justicia social como una prioridad de su ministerio. Ahora, nosotros, invitamos a nuestros hermanos y hermanas que hagan, nuevamente, su opción por los pobres, la justicia y la paz. Esta invitación no se refiere solo a los hermanos/as que viven en las regiones más pobres, sino, sobre todo, va dirigida a aquellos que viven en las naciones más ricas” (234 C).

2. LA “VERDAD” EN EL MODO DE SER DOMINICANO

A. *Punto de partida: comprensión del hombre a la luz del evangelio*

Una de las afirmaciones fundamentales del Concilio Vaticano II es la siguiente: “La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Jesucristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2).

Según este texto, el tema de la verdad en el pensamiento cristiano hace relación a dos realidades: la realidad de Dios y la realidad del hombre. Ambos aspectos confluyen de manera radical en Jesucristo, y se actualizan en la vida de cada uno de los cristianos.

La tradición evangélica es prolija en la afirmación de esta verdad de nuestra fe:

- “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27).
- “La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (Jn 1,17).
- “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí” (Jn 14,6).
- “Padre glorifica a tu Hijo... y que dé vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17,1-3).
- “En Cristo se nos dio a conocer el misterio de su voluntad” (Ef 1,9).

Desde un planteamiento cristiano, la verdad dice relación a Dios revelado en Jesucristo, el cual a su vez se presenta como Verdad profunda del ser humano (el misterio del hombre se revela en el misterio del Verbo encarnado y fuente de sentido para toda vida humana. Él es la Buena Noticia de parte de Dios para todos los seres humanos.

Ahora bien, ¿cómo acceder al conocimiento de esa verdad? La tradición dominicana utiliza la palabra CONTEMPLACIÓN para expresar de una manera global el encuentro del ser humano con esta verdad fundamental revelada en

Jesucristo: *“Contemplari et contemplata aliis tradere”*. Este es el lema fundamental de la Orden dominicana, conocida también como “Orden de Predicadores” y “Orden de la Verdad” (*“Veritas”* aparece frecuentemente en los escudos de la Orden).

Por contemplación entendemos nuestra búsqueda de Dios. Buscamos a Dios en el silencio y en la oración, en el estudio y en el debate, en la soledad y en el amor comprometido. Buscamos a Dios con todas las facultades del corazón y de la mente. Esto conlleva mirar y ver, saliendo uno de sí mismo, descentrándose de sí mismo. Cuando contemplamos el mismo rostro de Dios y dialogamos con Él, lo llamamos oración. Cuando contemplamos sus obras a través del conocimiento proporcionado por las distintas ciencias y saberes, lo llamamos estudio. Cuando contemplamos a nuestros semejantes y descubrimos en ellos el rostro de Dios, pasando de ser simples compañeros a hermanos, lo llamamos comunidad. Cuando esta dinámica contemplativa sale de uno mismo hacia los demás, lo llamamos predicación.

Aquí están las “grandes piedras” del modo de vida dominicano, recogidas en el n° 4 de la Constitución fundamental: *“Puesto que nos hacemos partícipes de la misión de los Apóstoles, imitamos también su vida según el modelo ideado por Santo Domingo, manteniéndonos unánimes en la vida común, fieles a la profesión de los consejos evangélicos, fervorosos en la celebración común de la liturgia, principalmente de la eucaristía y del oficio divino, y en la oración, asiduos en el estudio, perseverantes en la observancia regular. Todas estas cosas no sólo contribuyen a la gloria de Dios y a nuestra propia santificación, sino que sirven también directamente a la salvación de los hombres, puesto que conjuntamente preparan e impulsan a la predicación, la informan y son informados por ella. Estos elementos, sólidamente trabados entre sí, armónicamente equilibrados y fecundándose unos a otros, constituyen, en su síntesis, la vida propia de la Orden; una vida apostólica en sentido pleno, en la cual la predicación y la enseñanza deben redundar de la abundancia de la contemplación”*.

El arte de ser dominico o dominica está, pues, en aprender a vivir todos estos elementos de una manera armónica y equilibrada en los distintos contextos y circunstancias históricas. Esta es la auténtica novedad de la vida religiosa dominicana.

B. *El estudio, realidad carismática de la orden*

Todos los dominicos y dominicas sabemos que el estudio es uno de los valores esenciales de nuestro carisma religioso. Es una de las lecciones que los formadores y formadoras quieren que queden claras, desde el primer momento, a quienes piden formar parte de nuestra familia dominicana.

Se trata de un valor fundamental en la vida de Santo Domingo, como señalan todos los historiadores y comentaristas: *“Domingo de Guzmán, familiarizado desde niño con los libros, vivió en Palencia una intensa dedicación al estudio, primero de las “artes liberales” y luego de la teología. Maduró después esas enseñanzas en el retiro contemplativo del cabildo de Osma, dentro de un ambiente clerical ilustrado. Desde los primeros tiempos de su predicación en el Languedoc experimentó la necesidad de un sólido bagaje intelectual para hacer frente a la herejía. Años más tarde, rodeado ya de sus primeros colaboradores en la misión evangelizadora, cuidará de formarlos, consciente de la falta de preparación del clero. Una vez fundada la Orden, cuando decidiera dispersar a sus frailes en agosto de 1217, enviará un buen grupo de ellos a París, para que estudiaran y predicasen y fundasen allí un convento”*¹⁵².

Abierto y familiarizado con todas las ramas del saber y con las corrientes intelectuales de su época, Domingo pone como centro de su estudio la Sagrada Escritura y la Teología, entendida no sólo como conocimiento especulativo acerca de Dios, sino como experiencia sapiencial del misterio divino de salvación. *“Desde el principio, Domingo ha puesto el ideal del estudio más allá de las artes liberales. Su ideal es la sabiduría suprema: el saborear el misterio divino”*¹⁵³. El estudio queda así configurado como una manera privilegiada de “contemplación” de la verdad divina, como una dimensión espiritual y mística. Sin embargo, para Domingo, el estudio no es un fin en sí mismo, sino un instrumento al servicio de la *“predicación y salvación de las almas”*, auténtico fin de la Orden.

152. E. GARCÍA, “La teología en el carisma dominicano”, *Ciencia Tomista* CXII (1985) 8-9. Cfr. F. MARTÍNEZ, *Domingo de Guzmán...*, San Esteban, Salamanca 1987, p. 79 y ss.

153. F. MARTÍNEZ, *Ibid.*, p. 234.

El espíritu y el ejemplo de Domingo se extiende con rapidez entre los primeros frailes, que llegan a configurar un régimen de estudios bien estructurado, incorporando poco a poco saberes como la filosofía y la ciencia de su época (Rolando de Cremona, Tomás de Aquino, Alberto Magno,...), la literatura (Humberto de Romans), etc. Se crean centros de estudios teológicos, que pronto serán incorporados a las universidades medievales, en los conventos especialmente destinados a la formación (París, Oxford, Colonia, Montpellier, Bolonia). Cada convento, por su parte, quiere ser una auténtica escuela de teología¹⁵⁴, en la que todos los frailes se ejerciten en la actividad intelectual. Las primeras legislaciones de la Orden se encargaron de crear las instituciones conventuales necesarias para llevar a cabo esta prioridad carismática del estudio. De esta manera, el estudio quedó marcado por el modo de ser comunitario de toda la vida dominicana: *“El estudio dominicano no es asunto meramente individual, ni es privilegio o monopolio de los frailes específicamente dedicados a la actividad universitaria. El primer sujeto responsable del estudio dominicano es el propio convento, la propia comunidad dominicana... La reflexión, el estudio, la contemplación... son tarea comunitaria, son actividades compartidas por todos los miembros de la comunidad... así como es la propia comunidad dominicana la primera responsable del ministerio de la predicación”*¹⁵⁵.

A lo largo de la historia, a pesar de dolorosas carencias, esta intuición primera ha marcado el espíritu y la praxis de numerosos y fecundos hijos e hijas de Santo Domingo. Hacemos mención a los primeros dominicos misioneros en América (Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas...), que desarrollaron, en conexión con la Escuela Dominicana de Salamanca, una fecunda armonía entre misión y estudio. La fidelidad al Evangelio y la pasión por la verdad ante la nueva situación, que ellos perciben como inhumana e injusta, les hace profundizar el sentido de la predicación y del estudio al servicio de los más pobres y oprimidos. *“Insertos en sus culturas, aprenden las lenguas y asumen en su predicación las expresiones artísticas como método pedagógico*

154. Cfr. G. BEDOUELLE, *La fuerza de la palabra...*, pp. 186 y ss.

155. F. MARTÍNEZ, *Domingo de Guzmán...*, pp. 245-246.

de evangelización. Su compromiso comunitario con la justicia ayuda a la formulación del Derecho Internacional"¹⁵⁶.

En conexión con estos fecundos momentos de la Orden, los últimos Capítulos Generales, sobre todo a partir de 1974, se han aplicado con esmero a examinar las características del mundo en que vivimos, sugiriendo modos nuevos de proclamar el Evangelio y descubriendo y alentando exigencias también peculiares para nuestro estudio, desde la perspectiva de las *fronteras y prioridades*. La inspiración que debe animar ambas tareas se injerta en nuestra propia tradición: *"en la audacia apostólica de nuestro padre Domingo; en la lección de Tomás, que construyó el saber cristiano dándole un estatuto de evangelización, es decir, en confrontación y coexistencia con las novedades histórico-culturales de la Europa medieval; en el testimonio de Bartolomé de las Casas ante la causa de los oprimidos"*¹⁵⁷.

Teniendo en cuenta que las prioridades (1. Catequesis en un mundo descristianizado, 2. Evangelización en las diversas culturas, 3. Justicia y paz y 4. Comunicación humana a través de los medios de comunicación) *"no pueden separarse unas de otras ni menos elegirse una con desmérito de las otras, sino que todas se complementan y que cada una responde de distinta manera a las más apremiantes necesidades de las gentes de hoy"*¹⁵⁸, quiero detenerme en la tercera prioridad, la justicia y la paz, por la gravedad de su urgencia y por las carencias que se dan en la praxis de nuestros proyectos comunitarios. Esta prioridad ha sido objeto de minucioso tratamiento en todos los últimos Capítulos (Quezon City, Walbelberg, Roma, Ávila, Oakland y México). A la vista del estado de opresión y marginación de tantos hombres, los Capítulos recuerdan que la justicia es un elemento constitutivo de la predicación del Evangelio y que nuestro carisma nos urge a preocuparnos de los más pobres, adoptando un estilo de vida que nos haga solidarios con su causa, que dé credibilidad a nuestra palabra y que nos mueva a luchar unidos a ellos por un mundo más humano y fraterno. A nivel de estudios, el Capítulo Provincial de la Virgen del Camino (1986), en el n. 64, señala algunas

156. Oakland 68, 4.3

157. Quezon City 15,3.

158. Oakland 68,3.

acciones para llevar a la práctica. Citando al Capítulo General de Roma, invita a “*estudiar en la Teología y la Espiritualidad los problemas de la justicia y la paz, especialmente en lo que se refiere a la resistencia no-violenta a los nuevos aspectos de la guerra nuclear*” (Roma 242 a), a “*formar en los métodos de análisis de la realidad... que permitan descubrir las causas de las estructuras injustas de nuestra sociedad*” (Roma 242 c), a “*reivindicar los derechos humanos*” (Roma 242 d). En los números 91 y siguientes, se habla de algunas características que ha de tener nuestro estudio dominicano:

- *Conectado con la verdad, lo cual exige métodos que la descubran y no que la oculten.*
- *Apertura a la verdad, donde quiera que se encuentre.*
- *Profunda compasión, como Santo Domingo.*
- *Sensibilidad con las diversas visiones de la realidad que presentan otras religiones, culturas o filosofías.*
- *Crítico.*
- *Comunitario, ...*

A lo largo de este punto hemos intentado justificar la premisa de la que partimos: el estudio forma parte de nuestra identidad; es lo que queríamos decir al afirmar que el estudio es una dimensión carismática de la vida dominicana. El estudio es un medio privilegiado, no el único ciertamente, para acercarnos a la verdad de Dios, a la verdad del hombre y a la verdad del mundo. Es un medio privilegiado para descubrir las relaciones existentes entre esta triple realidad. Es un medio al servicio de la misión. El estudio prepara para la misión y, a la vez, es informado por ella. Entre una y otro se establece una fecunda y recíproca interacción. La misión (praxis evangelizadora) aporta los materiales sobre los que se ha de volver en la mesa de estudio. De la mesa de estudio saldrán nuevas razones para volver a la praxis y hacer de ésta algo más vivo y eficaz. El estudio no puede identificarse con el pasar muchas horas delante de los libros. Es eso y algo más. Es, sobre todo, una actitud (*studiositas*) de búsqueda impaciente y constante de la Verdad que aparece ante nosotros y que, cuando parece que ya la hemos poseído, se nos escapa y nos lanza a nueva búsqueda. La captación de esta verdad exige estudio asiduo, riguroso y técnico, pero no se agota ahí. La oración y la praxis

misionera son también formas peculiares de estudio, pues ahí se captan aspectos de la realidad (de Dios, del hombre y del mundo) que pueden quedar oscurecidos entre las páginas de los libros; de la misma manera, el estudio puede convertirse en una forma especial de actividad contemplativa y apostólica, pues no sólo es espacio de crecimiento y santificación personal, sino también factor de cultura y transformación social.

C. *¿Qué es estudiar?*

Si nos atenemos a una definición de diccionario, diremos que “*estudiar es ejercitar el entendimiento-inteligencia para alcanzar o comprender una cosa*”.

- Es un *ejercicio de la inteligencia*. Como todo ejercicio, algo costoso, que exige disciplina, método y entrenamiento.
- *Para comprender*, para aprehender (o hacer suya) de forma comprensiva (de manera total) una cosa. Para descubrir no sólo el qué, sino también el porqué y el para qué de las cosas, de la realidad. Para descubrir, en definitiva, la VERDAD de las cosas.

Este ejercicio puede hacerse de manera individual, pero siempre tiene una dimensión social. En primer lugar, para buscar la verdad de las cosas nos servimos de los aportes (verdades parciales) de los demás; libros, profesores, compañeros de clase... son medios de los que nos servimos en nuestros procesos de búsqueda de la verdad. En segundo lugar, nuestros hallazgos no son para guardarlos en nosotros mismos, sino para darlos a conocer a los demás. De esta doble dimensión social del ejercicio de estudiar surgen dos nuevos verbos íntimamente relacionados con estudiar: *enseñar y educar*.

Enseñar es igual por definición a instruir, es decir, ayudar a adquirir conocimientos, doctrinas, reglas o preceptos... *Educar* significa dos cosas: 1) Dirigir, encaminar... 2) Desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de una persona; y también desarrollar los sentidos o las fuerzas físicas por medio del ejercicio. La etimología de educar (del latín *educere*) apunta a este segundo significado: “hacer salir” o “sacar de dentro”, aquello que cada uno somos y que a veces mantenemos oculto. Se trata de hacernos, construirnos

personas, a partir del hombre y la mujer que somos inicialmente.

Esto exige todo un proceso muy complejo. No son sólo las facultades intelectuales las que entran en juego, sino todas nuestras facultades: físicas, psicológicas, sentimentales, éticas o morales. Y tomar conciencia, es decir, ser conscientes de ello, ya es un buen ejercicio intelectual.

Estudiar, pues, es un ejercicio intelectual para descubrir la realidad, el ser de las cosas: del mundo, del ser humano, de Dios. Hay que tener en cuenta, no obstante, que el acceso a estas realidades puede hacerse también por otros caminos. A título de ejemplo: Muchos místicos han accedido a Dios y a su verdad por la vía de la contemplación amistosa (oración de Santa Teresa). Muchas personas han descubierto la realidad humana a través del encuentro con el sufrimiento (personal o colectivo)...

D. Estudiar ¿para qué?

Alguien quiere contestar esta pregunta: ¿para qué estudias? Una respuesta de corto alcance puede ser la siguiente: “para ganarme el cocido, para encontrar, más tarde, un puesto de trabajo bien remunerado...”. Otra respuesta de más largo alcance puede ser ésta: “Para ser yo mismo/a, alguien en medio del mundo, sujeto transformador de la historia”.

- a. Efectivamente, podemos estudiar para conocer lo que ocurre en el mundo o lo que les pasa a los seres humanos, por simple curiosidad o para colgar títulos de las paredes de nuestra habitación...
- b. Podemos estudiar para instalarnos cuanto antes, según los patrones de comportamiento que nos marcan desde el exterior (modelo del hombre productor-consumidor). Y para ello buscaremos llenar nuestro “buche” de cosas y procuraremos repetirlas memorísticamente ante el profesor o tribunal para buscar nota...
- c. Podemos estudiar para descubrir lo que hay y para ser sujetos de transformación a favor de un mundo más humano. Es ésta una aventura que incluye libros y exámenes, pero que exige también otros elementos de aprendizaje. No sólo compromete el cerebro, sino el

corazón y la vida entera. El estudio se convierte así en una tarea verdaderamente apasionante y exigente. El estudio es entonces una vocación, una llamada a construirse como personas en un mundo de personas... En esta perspectiva, el estudiante se convierte en discípulo, alguien con capacidad para escuchar, contemplar y dialogar; y el profesor en maestro (maestro de vida y humanidad). ¿Es esto utópico? Pues sí, en dos sentidos: en cuanto apunta a lo deseable y en cuanto moviliza nuestras fuerzas hacia lo posible. En ambas direcciones se mueve el dinamismo utópico.

E. El estudio como búsqueda de la verdad

A lo largo de los siglos, el ser humano se ha preguntado insistentemente por esta cuestión: ¿Qué es la verdad? ¿Cuál es el ser de las cosas? Y las respuestas han sido enormemente plurales, siempre oscilando entre las propuestas de dos importantes filósofos griegos: Parménides y Heráclito. Para Parménides, “el ser es algo fijo e inmutable” (no hay evolución); para Heráclito, “la realidad es dinámica y cambiante” (uno no se baña dos veces en el mismo río).

Al margen de cualquier disquisición histórica, que exigiría un repaso por las grandes corrientes del pensamiento filosófico y científico, lo que parece claro es que hallar la verdad de las cosas resulta sumamente difícil para la mente humana. Miremos a los científicos: a pesar de los grandes avances realizados en la comprensión del universo y del ser humano, hay muchos puntos en los que la oscuridad del conocimiento es grande: enfermedades incontrolables (medicina), genoma humano (genética), agujeros negros del universo (cosmología y astronomía)... trastornos psicológicos (psicología)...

Cada uno de los saberes mencionados tiene por objeto una dimensión de la realidad o del ser humano. Hay otros saberes, cuyo objeto es la totalidad de lo humano. La *ética* tiene por objeto la bondad del ser humano (fin = hacernos buenos), la *teología* centra su objeto de estudio en la verdad de Dios y del hombre tal y como han sido revelados en Jesucristo (ofrece al ser humano un horizonte de sentido):

- Un Dios cercano, personal (Padre), misericordioso, bueno, un Dios que ama la vida y la paz. Un Dios diferente a las caricaturas que a veces hemos hecho de él.
- Un ser humano (hombre/mujer) libre, responsable-comprometido, solidario-fraterno, contemplativo, abierto-esperanzado, (al futuro, a los demás y a Dios) y agradecido.

Desde este horizonte cristiano, la verdad dice relación a Dios en Jesucristo, como ya dejamos claro al principio. Ahora bien, ¿cómo acceder al conocimiento de esa verdad? En esta pregunta entra de lleno nuestra realidad de hombres y mujeres. Y desde aquí la supuesta verdad objetiva se torna problemática búsqueda de la verdad, en la cual el ser humano va haciéndose a sí mismo.

El ser humano es un buscador, un buceador de la verdad. Cuando pierde este carácter de buscador y se cree en posesión de la verdad, es entonces cuando corre el riesgo de “aprisionar la verdad con la injusticia” (Rom 1,18). En esta actitud de búsqueda, en las distintas coordenadas históricas, es donde el ser humano ha ido descubriendo pequeños destellos de la verdad de Dios y de sí mismo. Ha descubierto a Dios como “camino, verdad y vida”, las tres cosas a la vez e interrelacionadas. Verdad en camino, así es el Dios vivo y verdadero. Y así es también el hombre vivo y verdadero.

Si la verdad está referida a una realidad global y en movimiento (Dios-hombre en el mundo-historia), si la verdad es la respuesta globalizante a la búsqueda humana, la posibilidad de acercarse a la misma es de todos los seres humanos y desde todos los ámbitos de la vida. Y, por lo mismo, para acceder al conocimiento de esa verdad es necesaria una *metodología interdisciplinaria* y no despótica de unos saberes sobre otros. Si esta metodología despótica la ejerció durante mucho tiempo la teología (*philosophia ancilla theologiae*), ahora parecen ejercerla las ciencias positivas y las técnicas asociadas a ellas. Sin embargo, todas las ciencias humanas aportan elementos importantes en la comprensión de las preguntas que afectan a la existencia del ser humano en el mundo. Cada uno de los saberes aporta visiones parciales de la realidad (ahí está su verdad, naturalmente relativa). Ningún saber ha de erigirse en superior a los demás, si bien es verdad que algunos saberes

comunican mayor carga de sentido que otros, por tratarse simplemente de saberes con un objetivo más globalizante.

Lo mismo podemos decir de cada sistema o corriente de pensamiento, de cada cultura o grupo social y, por supuesto, de las personas. Cada uno sabemos unas determinadas cosas, pero todos sabemos. Todos somos aprendices en el arte de buscar la verdad. La absolutización de un modelo fragmenta a los hombres en la tarea común de buscar la verdad (excluye, divide, crea fragmentos). Esto es lo que ha pasado en la modernidad con la absolutización de la razón (la “diosa razón”).

Todos los saberes y todas las personas están (estamos) al servicio de la realización personal, para dar sentido y destino a la vida del hombre/mujer. Esta es la *verdad universalizable*: hacer justicia al ser humano, dar respuesta a todas las demandas de vida y de sentido de todos y cada uno de los hombres y mujeres de nuestro mundo.

A la verdad no se accede únicamente a través de la racionalidad. La búsqueda de la verdad dice relación a una antropología mucho más global, en la que caben también los sentimientos, los afectos y otros muchos elementos de nuestra sensibilidad. No se refiere únicamente a momentos de reflexión y contemplación, sino que incluye todos los aspectos de la praxis de la vida cotidiana.

A la verdad se llega a través de la *hermenéutica histórica*. Decir hermenéutica es decir “interpretación” de los textos y primacía de la búsqueda de sentido sobre el interés exclusivo por la verdad objetiva. De aquí el derecho a disentir, a discrepar, a pensar de manera diferente..., derecho a la disidencia.

El estudio no puede reducirse a pura especulación intelectual, sino que ha de estar orientado a la acción a favor de los demás (*miserecordia veritatis*). Para los dominicos –y también para todos los cristianos– “el estudio, es decir, la vida intelectual de la orden implica formarse, investigar y discernir los valores de las sociedades para propiciar la dignidad humana y la aceptación de la Buena Nueva de Jesús” (LCO 76-77; Roma 71; Oakland 1989).

El estudio está orientado a contemplar la historia con ojos proféticos (cfr. Núm 13). Escuchar los interrogantes (gritos) de los seres humanos desde su situación existencial e histórica, y darles una respuesta (transformar la historia). Se trata, pues, de conocer al ser humano para serle fiel a su destino de felicidad.

F. Cristianos en la enseñanza hoy

Unas preguntas para comenzar esta parte de nuestra reflexión: ¿Qué os sugieren estos nombres: Nueva York, Porto Alegre, Génova, Islamabad... PNUD, FMI, OTAN, OPEP... deuda externa, antiglobalización, Plan Colombia...?

Son nombres que aluden a realidades sumamente graves y complejas y que han estado en la prensa diaria, realidades de enorme actualidad por tanto. Como EDUCADORES no pueden pasarnos desapercibidas, pues somos nosotros los que estamos llamados a ofrecer respuestas a los mismos. Se me ocurren una serie de desafíos que, como cristianos y EDUCADORES, debemos asumir en estos momentos de fuertes cambios, de inestabilidad e inseguridad, momentos en los cuales la vida humana se ha vuelto sumamente vulnerable.

1. *Tener los ojos abiertos a la realidad.* La enseñanza es un espacio privilegiado para abrir los ojos al mundo. Si el estudio es uno de los medios privilegiados para captar la verdad, el docente no puede vivir de espaldas al mundo, encerrado egoístamente en su torre de marfil (clases, piso, vacaciones, bares, movida...). Si las clases y las materias ofrecidas en la carrera que estoy estudiando o he estudiado no me abren los ojos al mundo, debo buscar otros espacios de formación complementaria. El docente debe crear sus propios espacios de encuentro y reflexión, no conformarse con las clases...
2. *Despertar a una conciencia crítica.* Tal vez la Universidad esté programada para ser espacio legitimador del modelo social existente, para reforzar el orden establecido. Pero si la verdad y el bien se presentan siempre como algo que se escapa a nuestras conquistas, parece evidente que ni éste ni ningún mundo están definitivamente acabados, y, por lo mismo, son susceptibles de crítica y de mejora. Descubrir y desenmascarar los mecanismos que crean mal en el mundo es una tarea importante del profesor.
3. *Despertar la utopía a través de los sueños diurnos.* En 1968 los estudiantes escribían en las paredes de la Universidad de París: "Sed realistas, pedid lo imposible". En un momento en que más de uno ha certificado la

muerte de las utopías y el fin de la historia (Francis Fukuyama y otros muchos neoliberales), me parece importante que la universidad vuelva a enarbolar la bandera irreductible de la utopía de que un mundo mejor es posible, de que la globalización neoliberal no es la única salida que cabe a los hombres y mujeres de hoy. Efectivamente, la utopía no ha muerto, a lo sumo duerme y es necesario despertarla ya de su letargo, pues hay muchas personas que están muriendo de hambre, de odio y de desprecio. Como cristianos/as hemos de pensar que lo que se nos ha anunciado como Reino de Dios (reino de paz y de justicia, reino de gratuidad, de amor y de perdón) dista mucho de hacerse realidad. La recuperación de la utopía hemos de hacerla a través de los sueños diurnos, “sueños soñados despiertos” los llama E. Bloch, es decir, a través de aquellos mecanismos de nuestra conciencia que ven posibilidades, aunque sean muy pequeñas y sencillas, de adelantar en el ahora lo que descubrimos como plenitud para el futuro. Movimientos de signo utópico los hay, lo que hace falta es sumarnos a ellos.

4. *Comprometerse con un nuevo humanismo.* Aunque los puntos anteriores están ya en esta dirección, en este punto quiero centrarme en los siguientes aspectos, que un profesor cristiano no debiera descuidar:
 - Pasión por la verdad, no fría y altiva, sino que se deja admirar y conmover por lo que toca (humilde compasión), pues detrás de todo saber siempre termina apareciendo la persona.
 - El estudio ha de ser contemplativo, de forma que a través de él obtengamos y ofrezcamos una visión convincente del mundo.

III
TESTIMONIOS

VII

Testimonios sobre Bernardo

1. TESTIMONIOS DE SUS HERMANOS DE COMUNIDAD Y OTROS DOMINICOS

Amigo Bernardo

Amigo Bernardo, cuarenta años de vida compartida son muchos años vividos llenos de ilusiones y esperanzas. Has sido un ejemplo de sencillez, humildad, sabiduría y entrega que te ha hecho grande entre nosotros. Has sido el amigo en quien podía confiar siempre, que amabas a los que yo amaba, un amigo que sufría con mis sufrimientos, un amigo que compartió mis alegrías y mis penas durante todos estos años.

Recuerdo unas palabras que dijiste en una ocasión: El Reino de Dios no “se lleva” a la gente, sino que se va descubriendo a medida que se comparte la vida con ellos. Creo que en el contacto con la gente: mayores, adultos, jóvenes y niños has descubierto que el Reino de Dios ha estado contigo. Siempre he admirado esa capacidad que tenías para acomodar el lenguaje a los distintos grupos a los que te dirigías: niños, jóvenes, adultos y mayores. Eras un gran conversador y comunicador de tus ideales.

En el funeral de Salamanca y de Riofrío recordaba unas palabras de San Pablo: “nadie vive solo, nadie muere solo, Cristo está con nosotros tanto en la vida como en la muerte”. Esta ha sido tu experiencia según unas de tus últimas palabras “En la enfermedad soy consciente de que el Señor me acompaña, aunque con mucho silencio. Sé que Él está ahí. Así que vosotros tranquilos...”.

Aunque sabemos que hay personas que viven solas y mueren solas y abandonadas por los hombres, tú has vivido y has muerto rodeado de muchas personas que te han querido y te

quieren. Estas pruebas de amor que te han transmitido en tu enfermedad y en tu muerte, han sido una fuerza muy grande para tu familia y para nosotros los dominicos de esta casa. Cuando hemos escuchado en la primera lectura la parábola del sembrador es lo que tú has hecho en tu vida. Y nosotros hoy, recogemos algunos de los frutos de tu siembra. Doy gracias a Dios por tu vida, por tu familia, por nuestros pueblos de las Villas y porque hemos aprendido de ti que el principal valor personal es el Comunitario y has trabajado para hacerlo realidad en los pueblos y en nuestra comunidad. ¡GRACIAS!

PEDRO DÍEZ DE ULZURRUN

Gracias, hermano, compañero, amigo

Querido Bernardo: hermano, amigo, maestro, confidente, compañero en múltiples luchas y fatigas durante los 25 años que estuvimos juntos, trabajador incansable que tratabas de inculcarnos el gusto por la verdad, la justicia, el amor por aquellos que menos cuentan, que quisiste y supiste estar lo más honradamente posible con aquellos que ante los ojos de Dios pensabas que eran los samaritanos tirados a la vera del camino, gracias por tus enseñanzas, gracias por tu saber estar, gracias por el tiempo que nos entregabas aún en menoscabo del tuyo propio, gracias por tus consejos siempre finos y acertados, gracias por guiarnos y llevarnos de la mano para que no nos desorientáramos y siempre encontráramos el camino, gracias... en definitiva por todo lo que nos diste a cada uno de nosotros y sobre todo gracias por tu fe y por tu testimonio de vida que no fue nada más que un reflejo de la coherencia, generosidad, honradez y entrega con la que intentaste vivir toda tu vida.

Nos has dejado el listón muy, muy, pero que muy alto, ¡ojalá no te defraudemos!. Gracias por todo Bernardo. No te olvides de nosotros. Te has quedado para siempre en nuestras vidas y en nuestros corazones. Los que todavía estamos intentaremos seguir tu estela. Hermano, amigo, ¡descansa en paz!

LUIS MARTÍN FIGUERO

Sementera de bendiciones

Ayer, en el “silencio” de la noche africana, pensaba en ti, Bernardo. Por mi mente iban pasando estampas de tu vida, igual que una película... y en aquel dar yo rienda suelta a mis recuerdos, me apareció tu vida, como una “Sementera de Bendiciones”.

Bendición fue tu llegada a nuestra familia aquel 20 de Agosto del 54, tu nacimiento. Yo tenía 7 años y ese día, papá me había confiado el cuidado de la vaca “bonita” que en una pelea había perdido un cuerno y no podía trabajar. Pasé el día en “Las Buergas” cuidando de ella. Mamá, no estaba muy bien esa mañana y ya tía Victorina andaba por casa. Ella era la partera, (vive aún, con 105 años). El día se me hizo eterno... ¡y no sé cuántas veces mediría mi sombra, para calcular la hora de volver a casa! Sé que volví muy pronto. Papá salió a mi encuentro y chispeándole los ojos de alegría, me dijo: ¡ya tenemos un niño! Corrí a verte... y te di mi primer beso....

Bendición fue tu infancia. Recuerdo tu alegría, tu risa contagiosa. Ya desde la escuela, tu amor al estudio era grande, tus cuadernos y libros impecables. Tenías una gran afición al juego de “los petacones” y hacías colecciones preciosas... Estabas lleno de vida,... y siendo aún pequeño, cuidabas de las cosas de casa, como si fueras grande.

Pasaron inviernos y veranos, primaveras y otoños..., y un día te sedujo Jesús de Nazaret y decidiste seguirle al estilo de Domingo de Guzmán. Los valores Dominicanos, junto con los que habías mamado en el seno de la familia, configuraron tu personalidad. Bendición fue tu vocación Dominicana. La pasión por la Verdad, el Estudio y la Compasión entre otros muchos rasgos de tu persona fueron dando forma a tu ser dominico...

Hombre de convicciones, luchador incansable, siempre cercano al pueblo y a la gente sencilla, te embarcaste luego en aquel proyecto de trabajar en el mundo rural. Y junto a otros hermanos, intrépidos como tú, os fuisteis a la zona de Las Villas. Y fuisteis una Bendición. Así lo dicen, desde los niños hasta los mayores, Sé que fuiste feliz entre la gente..., y que recibiste de ella mucho calor, mucho cariño. Está a la vista.

Bendición, formar parte de la comunidad de Babilafuente. Tu gran sentido de familia, se desplegó en la comunidad.

¡Qué bien se sentía una, cuando llegaba a vuestra casa! Erais una familia de hermanos. Predicabais, no sólo de palabra sino con vuestra vida entregada. Vuestra acogida a todo el que llegaba, tenía y tiene un calor especial. Supisteis hacer de vuestra casa, lo más parecido a una familia, y una casa de puertas abiertas...y en vuestra mesa, había siempre un lugar para el que llega, haciéndoos de todos servidores. Sé que te sentías bien en tu comunidad. Se te notaba cuando hablabas de ella. Cuantas veces asomaba a tus ojos la emoción cuando me compartías algunas de vuestras luchas... Os sentíamos a todos nuestra familia.

Bendición fueron tus clases de Moral en San Esteban. Tuve la suerte de asistir con los alumnos de la Escuela de Teología a tu último curso: "Pensar y vivir como Jesús. Claves de una Moral Evangélica". ¡Cómo gocé Bernardo! A pesar de la debilidad de tu cuerpo, tenían fuego tus palabras y traslucían tus convicciones. ¡Qué claro era el mensaje! Y cómo suscitabas en los alumnos el hacerse preguntas que con mucha naturalidad abrían un diálogo abierto y verdaderamente interesante. Más que un profesor, eras Bernardo, un maestro. A tu gran sencillez, se unía tu sabiduría y un don muy especial para transmitir aquellos valores que daban sentido a tu vida. Creías en lo que decías.

Soñaste un Mundo Nuevo, donde hubiera justicia, paz, solidaridad y dignidad para todos, ... y te empleaste a fondo en pasar esa llama que encendida hoy alumbra proyectos de esperanza. Es Acción Verapaz, la niña de tus ojos...

Sustento para el pobre, medicamentos, aulas, comedores, y tierras cultivadas. Secando muchas lágrimas y encendiendo conciencia de solidaridad...

...Y vuelvo a los recuerdos familiares, bendición eran tus vacaciones, tus visitas a casa, tu estar siempre presente cuando sabías que hacías falta... Te esperábamos todos con unas ganas locas. Después de los saludos, siempre cariñosos, desaparecías y madre decía luego: ya Bernardo está "visitando todos los altares". Luego, volvías junto a ella y le decías todas las alabanzas: ¡Qué plantas tan bonitas tienes, madre! ¡Qué fruta, qué pimientos, qué pavos, qué castañas!... –Te parecías a ella en muchas cosas, también en la capacidad de asombro– Y madre, se reía y te decía: tú todo lo ves bueno,... pero seguro

que también has visto donde echar una mano... Te conocía bien y sabía que si no había trabajo, te lo inventabas.

Recuerdo en los veranos, aquellas salidas que nos organizabas, para disfrutar toda la familia unos días fuera de casa, Con que ilusión lo preparábamos todo. Qué armonía entre todos ¡qué gozada!...encuentros familiares que quedaron grabados en el alma de grandes y pequeños...

Te veo trabajando la huerta, ... tus manos acariciaban la tierra, yo creo que la bendecían...

A pesar de haber vivido fuera del pueblo desde bastante niño, nunca perdiste tus raíces. Tu sencillez te acercaba a la gente. Eras feliz conversando con unos y con otros. Tenías tiempo para todo y para todos. No se sabía cuándo hacías las cosas. Fuiste un trabajador incansable.

Relator de detalles, de comas y de acentos con que gusto leía tus cartas, mensajero.

A la muerte de padre, tú cogiste el relevo...y hacías como él, cuando nos escribía a los que estábamos lejos, y nos hacías vivir, en medio de la escena, detalles que explicabas, igual que un libro abierto, la vida de familia, la fiesta, los encuentros...

Sigue tu sementera hermano mío del alma. *La luz en la que habitas, será nuestro mañana*, Juntos ya para siempre, en una eterna *Pascua*.

Te queremos

ESPERANZA CUESTA

Bernardo, te nos fuiste temprano

Bernardo, te nos fuiste temprano; sabes que es una expresión típica de República Dominicana que expresa muy bien este trago amargo por el que estamos pasando. Te agradezco tantos momentos de vida disfrutados intensamente. Me contagiaste tu pasión por la Moral que hoy continuo con mis alumnos. Pero, sobre todo, me diste un gran testimonio de vida evangélica. En los años compartidos en Las Villas, desde mi admiración por tí, aprendí de tu gran sentido de la responsabilidad, del trabajo y estudio constantes, de la lucha por la justicia y la paz, de la solidaridad comprometida. Disfruté de tu trato delicado y amable, creador de una preciosa convivencia en nuestra Comunidad.

Hace 12 años viniste a dar clase a la República Dominicana y sembraste la semilla de Acción Verapaz. Conocimos juntos El Seybo y hasta hace unos días me preguntabas por la radio y los invernaderos, infundiéndome ánimo y fortaleza.

Cuatro años después, en Vallejuelo, araste la tierra con el tractor que lleva tu nombre. Gracias por vibrar con nuestros proyectos, por sentirnos cerca, por tejer tantos lazos de amistad, por enseñarnos a cultivar la esperanza en un mundo mejor. En nombre de la Familia Dominicana de Haití y República Dominicana te pido nos sigas acompañando desde el cielo. Nuestra Señora de la Altagracia, cuya fiesta celebramos hoy, te protege bajo su manto. Enciendo una vela en la Basílica dando gracias a Dios por tu vida y pidiendo la fortaleza para tu madre, tus hermanos y toda tu familia.

MIGUEL ÁNGEL GULLÓN PÉREZ
República Dominicana

Bernardo, mi hermano, mi amigo

El hombre tranquilo. Hombre con raíces profundas campesinas. Dotado de una mente fértil, ágil y esforzada. A la par un gran pastor que con sabiduría, sabía acompañar a su pueblo, sembrando en él todo lo aprendido, irradiando paz, sentido común y presencia constante. Amigo querido por las gentes de los pueblos que admiraban en él su compañía, su sabiduría y sus consejos. Siguió al Jesús que le invitaba a mirar y admirar las aves del cielo y las flores del campo. Gozaba de gran simpatía con las plantas que en su presencia lucían radiantes y le agradecían con sonrisas y aromas sus cuidados. Gran amante de flora y fauna campesina, que observaba, aprendía y transmitía.

El hermano ideal que uno puede soñar y del que damos gracias a Dios por habernos permitido gozar de su presencia durante muchos años, años no exentos de dificultades, pero colmados de satisfacciones enormes. Con él fue fácil y gozoso compartir el talante de familia dominica en Babilafuente y Las Villas, de las que fue excelente cronista.

ROBERTO ÁBALOS
Koribeni – Peru

Siempre en mi recuerdo

Son muchos los años transcurridos juntos como para olvidar tantos y tantos recuerdos de proyectos compartidos, cargados de ilusión y de generosa entrega, animados por el mismo ideal dominicano. Bernardo, el compañero y amigo lúcido y clarividente en sus principios y criterios, coherente en sus actitudes y compromisos, fiel y constante hasta el final.

Ante su ausencia, la pregunta que me desvela y mantiene en vilo estos días: ¿de dónde sacaba él fuerzas para llevar a cabo su ingente tarea académica y pastoral con ese talante tranquilo, sencillo y optimista que siempre le caracterizaba? ¿Cuál era la savia que le alimentaba? Porque soy testigo de que, en medio de sus fatigas y desvelos, Bernardo fue ante todo un hombre feliz encarnando en cada momento de su vida la bienaventuranza evangélica del “hambre y sed de justicia” (Mt 5,6).

Tuve la suerte de tenerle como alumno de teología, pero reconozco que ha sido él, con su palabra y ejemplo, quien me ha dado la última y definitiva lección magistral. Gravemente enfermo como estaba, tuvo todavía el coraje de impartir un cursillo a los alumnos de la Escuela de Teología de nuestra Facultad: “Pensar y vivir como Jesús. Claves de una moral evangélica”. ¿No estaría ahí el secreto de su vida?

JUAN HUARTE

Paco ¿has venido? ¿Cómo te va?

Bernardo, era la primera de tus últimas tres tardes. Entré en tu habitación del hospital, estabas con los ojos cerrados, me acerqué y te hablé, qué tal Bernardo. Abriste tus ojos y respondiste: “Paco ¿has venido? ¿Cómo te va?”.

Ni la enfermedad, ni los estragos de la medicina, ni los brutales dolores de aquella tarde, habían logrado quitarte tu mirada. Estaba intacta. Era la misma de siempre. La mirada de niño viejo cargada de inocencia, de luz y serena acogida. Era la mirada que te mostraba bueno, bondadoso, santo. La misma mirada de Gandhi, del P. Pío, de Juan XXIII, de Madre Teresa, de Hélder Cámara.

Si el cristianismo creyese en la reencarnación, tu mirada parecía haber vivido miles de veces, miles de situaciones,

haber pasado todos los sufrimientos y haber superado todas las pruebas. Por eso, desde su profundidad, lo que decías, lo que hacías lo que tocabas, llevaba el sello especial de la sabiduría, del peso moral de la talla duradera.

Hasta con tu enfermedad has hecho de ella un santuario de peregrinaje donde, aquellos que estaban cerca de ti, han logrado arrancar lo mejor de sus corazones. Te han amado, te han cuidado, no han reparado en sacrificios, en ternura, en solidaridad. Tu enfermedad, tu dolor, tu muerte, nos ha hecho un poco mejor a todos aquellos que te conocíamos, te admirábamos y te queríamos.

Gracias, Bernardo. No nos cabe la menor duda de que ya estás junto a Dios y de que ya eres un buen intercesor ante él por nosotros. Te vamos a molestar más de una vez.

FRANCISCO GONZÁLEZ, O.P.
Obispo de Puerto Maldonado

Todo era bello y tenía sentido

Amigo Pedro: Ya me he enterado de la muerte de Bernardo. Sabía que llevaba tiempo enfermo, pero no para llegar a este extremo. Comprenderás que lo sienta desde dentro. Nuestra convivencia fue rica y profunda y, si se le puede destacar alguna cualidad, es que era un hombre pacífico y eso está entre las Bienaventuranzas. Recuerda, Pedro, aquellas tardes, domingo con frío, estudiando en la primera casa que habitamos. Los tres, él, tú y yo, estudiando teología y psicología alrededor de aquella camilla, con el brasero en medio, pues la potencia de la luz no daba para más. Seis a doce grados bajo cero e imaginándonos en la plaza mayor de Salamanca tomando un café. Todo era bello y tenía sentido. Creo que esto se le tendrá en cuenta porque manifestaba generosidad y entrega. No sé quiénes seguís en Babilafuente, un abrazo para todos y las gentes de esos pueblos que marcaron nuestras vidas.

RAMIRO CASTRO
Ex compañero de la Comunidad de Babilafuente

La fuerza tranquila

Mitterrand concurrió a las elecciones presidenciales francesas de 1981 con el lema “La fuerza tranquila”. Vale para Bernardo, no sólo el que recuerda mi corazón, sino el que muchos hemos efectivamente conocido y disfrutado. Bernardo, en efecto, ha vivido con pasión, pero sin estridencia; con coraje, pero sin aspereza; con utopía, pero sin impaciencia. No es casual, creo, que una de sus obras de referencia intelectual fuera desde muy temprano “El principio esperanza” de Ernst Bloch, verdadero manifiesto de las “conciencias anticipadoras”, que contribuyen a ir alumbrando otro mundo posible con reciedumbre y sin buscar refugio ni en ensoñaciones ni en ñoñerías de cualquier otro género. Bernardo estaba dispuesto a recorrer el largo camino dando todos y cada uno de los pasos necesarios. A ese equilibrio de las personas cabales contribuía otro propio de los dominicos de una pieza, la avenencia entre el estudio y la acción, porque –ya sabemos–, la teoría sin práctica es estéril mientras que la práctica sin teoría es ciega. Y Bernardo no era ni esto ni aquello, sino todo lo contrario: fecundo y lúcido. Natalia me ha recordado recientemente el día que les presenté diciendo que él era “mi pareja de baile académico”. Conste que él bailaba mejor que yo y que siempre tenía que esforzarme para no tropezarle. Ahora Bernardo baila ya con Dios.

JAVIER MARTÍNEZ REAL
República Dominicana

Bernardo Teólogo, Profeta y Hermano

Acaba de fallecer el dominico Bernardo Cuesta, de 57 años; ha sido un teólogo profeta ya en el segundo periodo postconciliar. Su figura y su talante de algún modo evocan a Julio Lois, también teólogo y profeta en el primer periodo de postconcilio. En sintonía con su espíritu, con el afecto y admiración que me inspiraron, me permito breves sugerencias sobre la misión del teólogo en la Iglesia.

Si la reflexión teológica es como acto segundo respecto al encuentro personal con Jesucristo que llamamos fe cristiana, el teólogo en su punto de partida y en su discurso es un creyente. Fiel a la tradición patristica, Tomás de Aquino

desde su propia experiencia dejó escrito que el teólogo antes de saber algo sobre lo divino debe experimentar lo divino. Y si confesamos la encarnación, la experiencia de lo divino incluye también el apasionamiento por la humanización de la humanidad.

Jesús de Nazaret no fue un teólogo especulativo; no elaboró teorías ni dio sabias conferencias sobre Dios. Fue teólogo siendo profeta, descubriendo la presencia y voluntad del Padre en todos los acontecimientos y en todas las personas: que todos tengan vida, que puedan proceder con dignidad, que gocen de sus derechos fundamentales. En la intimidad con el Dios que afirma y sostiene la vida y dignidad de todos, se inspira la compasión de Jesús ante los sufrimientos humanos y su opción preferencial por los excluidos social o religiosamente.

Como Jesús de Nazaret, el teólogo profeta mira la realidad desde el corazón de Dios y por eso es su portavoz. Y como Jesús, tampoco él huye de la comunidad; se siente dentro sostenido e impulsado a ella; pero sufre al ver sus fallos y sus heridas que desfiguran su rostro como pueblo de Dios. Con frecuencia la posición del profeta dentro de la comunidad es crítica y conflictiva. Pero no respira sentimientos de autosuficiencia, no se deja sobornar por ambición de poder o protagonismo, no lanza venablos cargados de agresividad.

Es capaz de sufrir la incompreensión y hasta perder la vida por amor a esa comunidad que incluso lo margina y lo persigue ¿No tenemos la referencia ejemplar en Jesús de Nazaret? ¿No es el Profeta, el Portavoz de Dios, rechazado por las autoridades religiosas de su pueblo y por la autoridad del mundo representada en el imperio de Roma?

En el postconcilio estamos sufriendo en el interior de la Iglesia demasiada fragmentación por condenas de unos contra otros. La tentación del poder, el ansia de dominar, la idolatría de creernos únicos poseedores de la verdad, está matando la unidad que la Iglesia necesita para ser testigo creíble de Jesucristo.

Necesitamos verdaderos teólogos cristianos, que sean profetas, portavoces del Dios revelado en Jesucristo. Que vivan la eclesialidad de su fe como de su teología. Que hablen dentro de la Iglesia, que sean voz de las víctimas, que no se busquen a sí mismos, que trabajen apasionados para que todos tengan

vida. Que sean capaces de proseguir la causa de Jesús aunque también deban pasar por la humillación.

El saber sobre Jesucristo no se transmite de modo prioritario en conceptos sino en la práctica de seguimiento. Fue la práctica de Julio Lois y de Bernardo Cuesta, que con su forma de vivir y de hacer nos sugieren que la verdadera teología tiene que ser profética.

JESÚS ESPEJA

Persona difícilmente sustituible

Las cariátides son columnas de formas humanas que sostienen los templos. Alguien ha utilizado esa arquitectura para explicar la función de los santos en la Iglesia. Los santos canonizados y los que no lo han sido, pero han sustentado la Iglesia en medio, con frecuencia, de condiciones adversas. Nos quedan restos de antiguos templos sustentados por cariátides. Los seres humanos que han hecho de cariátides desaparecen antes de la historia. Es necesario sustituirlos por otros. La fe nos dice que cabe la posibilidad de que sigan su labor de sostenimiento de la Iglesia más allá de la historia. Pero se necesita la visibilidad de los que sostienen la dimensión también visible de la Iglesia. De la Iglesia y de sus instituciones.

¿Cómo sustituir a Fray Bernardo para sostener Facultad, Escuela de Teología, Acción Verapaz, parroquias, todo lo que llevaba sobre sus hombros? No será fácil, pero se conseguirá. Mantengamos la esperanza. Pero fray Bernardo sostenía no sólo instituciones, sino, y sobre todo, personas. Personas que se apoyaban en su afecto, amistad, también en sus convicciones, relaciones, referencias.

¿Cómo sustituir esa columna en la que se apoyaba la existencia de tantos? Santo Domingo se despidió de sus frailes asegurando que les sería de más provecho tras su muerte. Confiamos en que así sea tras la muerte de este buen hijo de Santo Domingo, fray Bernardo Cuesta.

JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA
Prior de San Esteban de Salamanca

2. TESTIMONIOS DE SU GENTE

¡Hasta siempre, Bernardo!

Hace poquito más de una semana que te has ido pero te llevamos echando de menos (y mucho) algo más de un año. A los que hoy formamos el grupo de monitores y catequistas (seguro que a los que fueron parte de él también) alguna vez nos ha pasado que contando a alguien a qué nos dedicamos los sábados, los veranos, las vacaciones... ponen una cara rara y la pregunta siempre es la misma ¿y eso, lo haces sin recibir nada a cambio?

La sonrisa de los niños, el pueblo lleno de vida, formar parte de un grupo humano que, como solías decir, “es un lujo” y conocerte, es lo mejor que podemos recibir a cambio. “Todo esto de otra manera no tiene sentido”. Has sido nuestro maestro y nuestro guía. Nuestros toques de atención avisando que había que preparar esto o lo otro; un pellizco en el moflete que te lo dejaba dolorido para todo el día; un achuchón tan fuerte que a ver quién era capaz de escapar; una foto, ¿otra Bernardo?

Y, por supuesto, nuestra fuerza y nuestro ánimo en los momentos difíciles recordándonos que “hay que seguir” y “que se puede, siempre se puede”.

Somos lo que somos gracias a Luis y a ti. Siempre formarás parte de este lujazo de grupo y con esa fuerza y ese ánimo que nos transmitías seguiremos. “Hay que seguir” “Se puede, siempre se puede”.

CATEQUISTAS-MONITORES DE VILLORUELA

Gracias, Bernardo

Han pasado varias décadas desde que junto con tus compañeros dominicos, llegaste a la zona de las villas. Vuestra llegada fue un soplo de aire fresco para nuestras Comunidades cristianas, os acercasteis al pueblo y nos brindasteis vuestra amistad. Cada uno de vosotros ha tenido su propio rasgo personal, su peculiar forma de ser y de ver las cosas.

La tuya, Bernardo, fue la del compromiso, la del cumplimiento de objetivos concretos y programados, tú fuiste el hombre de los proyectos, proyectos de vida, proyectos de

comunicación, (ahí está el periódico *Agora* de Villoruela), proyectos de reuniones y charlas con todos los colectivos del pueblo, tu agenda siempre saturada de proyectos que te empañabas en llevarlos todos a cabo.

Por eso tu presencia siempre ha sido constante en todas las iniciativas que surgían en la comunidad. Por ello te queremos dar las gracias. Porque nos acompañabas en nuestro quehacer diario, porque no hacía falta ir a buscarte a casa, siempre estabas como un apóstol, en camino. Claro que a veces llegabas tarde a los ensayos del coro popular y folklórico de Villoruela los sábados y alguna vez, te llamaba al orden, es una broma, sabía que llegabas tarde por algún compromiso adquirido.

Naciste en León pero cómo saboreabas las canciones charras de nuestro coro, te gustaba una que dice “esquilones de plata, bueyes salinos, y los mozos contentos van al molino”, ¡cómo disfrutabas cantándola!

Gracias porque siempre apoyabas el trabajo y el esfuerzo en grupo; gracias, Bernardo, por tus reflexiones al hilo del evangelio, que nos conducían a la solidaridad humana y que sin darnos cuenta nos llevabas a la solidaridad cristiana, has sido protagonista principal de nuestra ONG Verapaz que ha despertado en tus parroquias la obligación moral de ayudar al necesitado; gracias, Bernardo, por tus confidencias y por los diálogos informales con la gente en los que siempre hablabas de las bondades de la vida, gracias, Bernardo, por tu sonrisa y tu alegría, recuerdo tu simpática participación en un sainete que te reías más que los espectadores, has llorado con nosotros y te has reído con nosotros, gracias porque nos has dado los años más importante de tu vida y te pusiste a nuestro servicio sin reservas.

Cuando llegaba la Navidad disfrutabas poniendo el Belén en la iglesia. Un día me dijiste que cuando te jubilaras te gustaría hacer figuras para belenes, bueno pues ya puedes empezar con las figuras más simpática: los pastores, y cuando tengas hechos varios te sientas con ellos y les sigues hablando de las bondades de la vida.

Antes de acabar no me resisto a hacerme la siguiente pregunta, pero, ¿es que Dios, que tiene a su lado, acompañándole, en su presencia a millones de ángeles y millones de santos, tenía tanta necesidad de tu compañía? Ante esta pregunta la

mente humana no da para mucho. Bueno, Bernardo, lo mismo que tú durante más de tres décadas nos has acompañado a enterrar a nuestros muertos, permítenos que hoy acompañemos a tu familia, a tu madre y tus hermanos, especialmente a tu hermana Esperanza que ha estado como un ángel de la guarda siempre a tu lado durante tu enfermedad. A Quintín, Pedro y Luis que os quedáis un poco huérfanos sabed que os queremos y que estaremos siempre con vosotros.

JOSÉ GONZÁLEZ CORTÉS

Doce líneas

Doce líneas. Eso es lo que me pidió Luis para que definiera a Bernardo. Difícil empresa la de expresar en doce líneas lo que uno siente y sentimos con la ausencia de Bernardo. Estos días hemos leído y escrito desde el corazón...

Todas las palabras que se han pronunciado sobre Bernardo convergen claramente: en todas ellas se coincide en los rasgos de la personalidad de Bernardo, en el abundante fruto que ha dado su siembra en todos los espacios en los que habitó y que de sobra conocéis.

Por eso, hoy es necesario que gestionemos esta nueva etapa sin Bernardo con un sentido muy práctico. Vivir en el desconsuelo va en contra de lo que ha sido su testimonio y trayectoria vital, por lo que debemos, como digo, ser prácticos y preguntarnos a cada momento: ¿Qué es lo que haría en esta situación Bernardo?, ¿cómo afrontaría esta u otra empresa?, ¿qué es lo que pensaría Bernardo frente a esta u otra cuestión? Y seguro que avanzaremos en la línea que él ha venido trazando con tanta dignidad. Preguntaros entonces qué haría Bernardo cuando hay desánimo o incertidumbre. Y obtendréis una respuesta clara.

Pero quiero aprovechar este momento para deciros que los hombres y mujeres de esta zona de Las Villas habéis sido unos privilegiados al haber vivido junto a personas de la talla humana de Bernardo, pero también de Luis, de Pedro, de Quintín, de Juan, de Alfredo, de Miguel Ángel, de Paco y muchos más. Y es la hora también de cerrar filas alrededor de la comunidad de Dominicos, y de echarles una mano para que sigan con el testigo, hermoso y duro a la vez, de Bernardo.

Ellos os/nos han dado mucho. Es el momento más delicado para ellos, y necesitan de todos vosotros, de todos nosotros. Cualquier decisión tendrá nuestro respaldo. Preguntaros siempre ¿Qué haría Bernardo ante esta situación? Bernardo que, además de todo lo que hemos dicho, era un hombre práctico y de Acción, una persona que se marcaba objetivos y los intentaba cumplir. Quiero recordaros que por algo la ONG que él gestó, y en la que he tenido la suerte de acompañarle desde el primer minuto, lleva explícita la palabra ACCIÓN, ACCIÓN VERAPAZ.

Ahora debemos ser personas de Acción, prácticas, y remangarnos para seguir su obra. Ya lo esbozó nuestro querido José Antonio Lobo en la bellísima y contundente homilía en San Esteban. ¿Os habéis preguntado qué haría Bernardo si entrara ahora por esa puerta? Pues nos lanzaría una sonrisa, eterna, y nos daría un beso a cada uno. Y seguro que volvería a decirnos: “Tranquilos, tranquilos”, como repetía poco antes de morir.

Querido Luis, te hice caso omiso. Han sido más de doce líneas.

JUAN CARLOS LÓPEZ

A Bernardo: El sol por las ventanillas del Altar

Tengo en mi casa una foto de mis dos hermanas, una tiene cogido a su hijo y la otra a su hija, pues bien, a una orilla de la misma he puesto una foto de Bernardo para que les proteja, cosa que estoy segura que será así.

Por otra parte recordar cómo eran los exámenes de Bernardo, al menos los míos y de mis compañeros de curso: nos citaba una tarde en Babilafuente y al calor de un café con perronillas nos hacía preguntas sobre el tema dado. Aquello más que un examen parecía una fantástica tertulia de la radio y no sé quién era más feliz si nosotros o Bernardo, porque se le ponía un brillo especial (si cabe) en los ojos y le aumentaba la sonrisa, ¡los magníficos sentimientos que había en esa sala sólo se pueden explicar si se han sentido!, como, por ejemplo, cuando terminábamos el examen, y si había tiempo, nos llevaba a visitar la Iglesia de Villoruela. Yo tuve la suerte de que ese día se examinaba también Paco Morales, bien entendido

en Arte y entre Bernardo y él nos explicaron la Iglesia ¡lo que gozamos todos!, increíble no hay palabras.

Decir también que es verdad que el domingo cuando despedíamos a Bernardo en San Esteban en la calle había niebla, pero en el momento de las despedidas entraba el sol por las ventanitas donde se encuentra el Altar, un no creyente diría: casualidad, yo digo. No, no fue casualidad, hasta la luz (con su sonrisa cuántas veces nos la dio, especialmente cuando nos veía tristes) quiso estar presente.

Bueno sólo quiero aportarte algo más a lo que seguramente ya habrás vivido. Bernardo me llamaba Sole (M^a Sol Roderó).

SOLEDAD RODERO LUCAS

Antigua Alumna de la Escuela de Teología de San Esteban

Aprender a vivir y saber morir

Bernardo, me acabo de enterar que te has ido y siento tal vacío que necesito hablarte y decirte todo lo que has significado para mí y para toda la gente que hemos tenido el privilegio de conocerte.

Fuiste mi profesor y mi amigo. Contigo hablé de lo divino y de lo humano. En tus clases de ética me enseñaste la importancia de ser sobre el tener, de la humildad sobre la soberbia, de la humanidad sobre el individualismo. Eras esa luz que se ilumina en un camino oscuro donde el poder, el egoísmo y la ambición acechan por doquier.

Contigo aprendí lo que significa ser persona en el más amplio sentido de la palabra.

Pero te quedaba por enseñarme la lección más importante de tu vida, esa que no se aprende en los libros de texto: SABER MORIR. Porque tú, Bernardo, has mirado a la muerte cara a cara, de frente. Has ido tras ella ligero de equipaje, meciéndote en su aroma como una dulce canción de cuna.

Tú mayor tesoro eras tú mismo: tu dignidad, tus principios, tus valores. Igual hablabas con un catedrático, que con el pastor que cuidaba sus ovejas allá en tu pueblecito leonés; disfrutabas del mismo modo de una comida en el mejor restaurante, que de un puchero sentado al amor de la lumbre con una anciana solitaria. Has sido amigo de la gente sencilla, de los débiles, de los desamparados, de los que apenas tienen voz.

Desde el principio fuiste consciente de tu enfermedad y de cuál era su fin, pero lo aceptaste con tal dignidad, que eras tú el que animabas a los demás y el que trasmitías paz. Ante tu grandeza humana me siento pequeña y desvalida. Yo que tanto miedo tengo a la muerte y al dolor, he aprendido cómo se puede afrontar con serenidad y sosiego, haciendo felices a los demás.

Lloraré tu muerte y sentiré tu pérdida, pero por encima de todo nunca olvidaré a la persona que tuve la suerte de conocer.

UNA AMIGA

¿Por quién doblan las campanas?

No nos has defraudado, porque toda tu vida ha estado al servicio de todos. ¿Por quién doblan las campanas? Basta ya de doblar que hay mucho dolor, pena y rabia, porque nos ha dejado Bernardo, cura de las Villas, un amigo y un hermano.

Han sido quince meses de sufrimiento con amor y valentía, dando gracias de haber conocido a tanta gente que te ha querido, estoy seguro que nunca te olvidarán porque has transmitido trabajo, cariño y paz, sin quejarte de ese maldito cáncer que es como una alimaña que te come poco a poco, como veneno en el agua donde vendrán vendavales, terremotos y guerras porque con 32 años de servicio has dejado tu huella y alma.

Los que tuvimos la suerte de conocerte con que cariño nos transmitías esa paz, valentía y trabajo a los demás. Recuerdo cuando te ordenaste sacerdote me dijiste “amigo, ahora es cuando más necesito de vosotros”, y te contesté “y nosotros de ti”, cuantas lágrimas van a rodar. No nos has defraudado porque toda tu vida ha estado al servicio de todos, sin una mala indiferencia, con esa sonrisa en tu cara, lo grande que fuiste porque diste todo por nada, y eso es lo que hace grande a las personas aunque sean pequeños de talla, pero tu supiste batallar muchas veces contra corriente y trabas pero no te arrugaste ante nadie...

Cuántas cosas podría decir de ti, con esa lucha diaria donde no había un rato de descanso en tu vida cotidiana, dejando a muchos amigos que no les será fácil olvidar tu mirada. El

trabajo está hecho, los ojos se van cerrando y tú poco a poco nos vas dejando sin pedir cuentas a nadie, porque nos dejas un legado de honradez, sacrificio y tu palabra.

Tus sermones eran tus armas, servir a todo el mundo con tu cuerpo y alma, sin descanso hasta tu retirada, no pudiendo más te vas de este mundo injusto que nos dejas, con qué entereza y valentía en tu agonía, despidiéndote de tus hermanos uno a uno, también de ese ángel, tu hermana llamada Esperanza, que todos estos meses ha estado al lado de tu cama con tanta ternura, amor y resignada. Señor ¿por qué te lo llevas? Es muy joven y digo yo, que no te hará tanta falta. Doy gracias de que hayas conocido a tanta gente que te ha querido, que estoy seguro que nunca te olvidarán. Adiós amigo, ¡hasta siempre!

ALFONSO PRIETO
Villoria

Iré a Villafáfila en tu memoria

Antes o después, Bernardo, iré a Villafáfila, es un viaje que tengo que hacer en tu memoria. Cuántas veces hablamos de hacerlo. Pero por unas cosas o por otras no lo lográbamos. Nos consolábamos diciendo: 'para el año que viene'.

Y se nos acabó el tiempo. Te fuiste y ya no podré disfrutar de ese viaje con tu compañía de sabio conocedor del mundo de las aves.

¿A quién preguntaré, Bernardo, de qué color son las plumas del ánade real? ¿Cuándo emigran? ¿Por qué las cigüeñas solo crían dos polluelos aunque pongan más huevos?

¡Sin tu presencia me quedarán tantas preguntas sin contestar!

SOFÍA VALLE
Babilafuente

Hasta Siempre, Bernardo

Qué difícil es decirle adiós a alguien que quieres. Te aferras a todos los recuerdos como si eso impidiera que el adiós fuera doloroso; son tantos que parece imposible que a partir de ahora no se pueda construir ninguno nuevo.

Recuerdo cuando llegasteis al pueblo y nos reunisteis a los jóvenes en la iglesia, ¡que expectación ante el cambio! Comenzamos a crecer y caminar juntos, fuisteis el motor que puso en marcha al pueblo. No había acto en el que no estuvierais presentes; allí estabais cuando el pueblo salió a la calle para protestar, para apoyar a los jóvenes con ideas nuevas para trabajar la artesanía, cuando nos divertíamos en las fiestas y también cuando llorábamos por algún ser querido; siempre a nuestro lado.

Erais muchos y había más pueblos a los que atender pero a ti te tocó Villoruela, eras nuestro párroco. Nos diste tu cariño sin pedir nada a cambio y rápidamente nos ganaste a todos, desde el más pequeño al más mayor; conseguiste nuestro respeto y con ello el que hoy se nos haga tan difícil esta despedida.

Hace ya algunos años, alguien a quien quería mucho y ya se fue me dijo que seguiría vivo mientras le recordase; tú seguirás vivo porque en este pueblo has dejado una huella muy difícil de borrar. Cada uno de nosotros te recordaremos por un gesto, por una palabra, por tantas cosas. Estarás siempre entre nosotros. DESCANSA EN PAZ.

JUANY CORTÉS

Momentos compartidos

Después de despedir a Bernardo en San Esteban, cuando empezaba su partida hacia Riofrío de Órbigo y allí, al lado de su familia, descansar, empecé a pensar en todos esos momentos compartidos con él, en todas las cosas que he aprendido de él y a su lado ... Los círculos gigantes de niños en la plaza de San Marcos en la Escuela de Verano, bailando cualquier canción que nos proponía la monitora de turno, Rosi, Tere, Juani, Paqui...y tú agarrando a cualquier niño con tu mano firme, regordeta y siempre cálida. O años después las tardes de sábado al calor de la chimenea de la cocina de María Teresa, valorando la sesión de catequesis, preparando la próxima, a veces hablando de banalidades, a veces escuchando tu chorro de sabiduría, a la espera de la llegada de los monitores de tiempo libre capitaneados por Luis para jugar al *Scrabble* y “achucharlos” un poco más porque no cabíamos aún sentándonos en

cojines en el suelo! O escuchando el cuento de Nadarín, que tú me enseñaste y que tanto jugo le he sacado en mi trabajo. O haciendo paellas y bocadillos solidarios, o queimadas en el pinar, o retratando con tu cámara la vida común o cualquier acontecimiento extraordinario de los habitantes de las Villas, o poniendo el Belén de la iglesia, o animando la cabalgata de Reyes, o llegando a los ensayos de guitarra en busca de Luis para ir a casa a descansar después de pasar el sábado entero haciendo más grande a mi pueblo...que fue el tuyo de adopción! Sólo de adopción porque de sobra sabemos el cariño inmenso que profesabas a las costumbres leonesas de tu pueblo natal, sus romerías y la forma de vida de sus gentes! Me resisto a pensar que todas estas experiencias a tu lado queden en mi memoria como una bonita historia sin más, quiero que todo esto siga siendo parte viva en mi vida, y quiero que mi hija vea cuando vaya a Villoruela tu huella. Por eso, a partir de ahora, cuando se edite un nuevo periódico de *Ágora*, espero que desde allá donde estés me des un toque y me vuelvas a decir de alguna manera ...”Miriam, escribe algo“ y yo te prometo que nunca más diré que no hay temas sobre los que escribir, porque el legado que nos has dejado ha sido el compromiso, un compromiso que adquiriste con nuestro pueblo y con todos los que formamos parte de él, ofreciéndonos una lección de solidaridad y darse a los demás, que al menos yo trataré de no olvidar nunca. Gracias por todo, Bernardo.

MIRIAM DEL CASTILLO APARICIO

Una semana después de su muerte

Ante un acontecimiento tan doloroso, yo también quiero dar testimonio de lo que fue Bernardo para nosotros. Ya se ha dicho todo sobre sus numerosas virtudes, pero yo quiero dar mi versión particular. Además de ser infinitamente generoso y solidario, era un hombre honesto y enormemente culto. Yo diría que su vida era toda una escuela que rezumaba sabiduría por doquier.

Con su ejemplo, nos enseñó a valorar más el SER que el TENER, que es más honroso DAR que RECIBIR, que la superioridad consiste en SERVIR y no en SER SERVIDO y así podría decir muchas más cosas, pero no quiero extenderme.

Ahora que todos nos preguntamos el porqué de su muerte tan temprana, y no encontramos respuesta; yo recuerdo que alguna vez mantuve conversaciones con él sobre “el sufrimiento de los inocentes”, y me decía que este tema era algo para lo que no teníamos respuesta a nivel racional. ¿Habrá que bucear, entonces, en aguas de otras dimensiones para encontrar la explicación? Llevo mucho tiempo dándole vueltas a este asunto y, ahora, ante su muerte, me ha venido a la memoria algo que dijo Cristo y que lo recoge San Juan en el capítulo 12, versículo 24 y dice así:

“Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante”.

Ante estas palabras, me pregunto si ésta no será la clave para descifrar el enigma que una muerte como ésta nos produce. Sin embargo creo que a Bernardo ALGUIEN, con mayúsculas, le tendrá reservada una digna morada en el más allá, porque se la ha ganado, y desde allí, sin duda, seguirá derramando su generosidad y sapiencia sobre la gente de Villoruela, a la que tanto amó. ¡Gracias, Bernardo! ¡Te echaremos de menos en tantas cosas..., incluida la removida de la paella en el Mirador!

M^a TERESA

Hablando con Bernardo Cuesta (q.e.p.d.)

— Buenos días, Bernardo.

— *Buenos días, Temi.*

— Me cuesta aceptar que te has ido para siempre. Quiero y debo pensar que estás junto a nosotros, como el día 13 de agosto de 2010, celebrando la Eucaristía en nuestra iglesia de Moríñigo. Te acompañé en el altar y antes de comenzar la Santa Misa me dijiste al oído: *‘Temi, me duelen las piernas’.*

Te miré a los ojos, vivo reflejo de la bondad y humildad que siempre transmitías y acercándome al micrófono hablé a las personas que llenaban nuestra iglesia (celebrábamos la fiesta de la Asociación de Mayores, San Antonio de Padua) y les comenté el artículo que unos días antes había publicado en “La Gaceta” de Salamanca el padre Manuel Muiños, párroco de Cordovilla.

¿Te acuerdas, Bernardo?

— Sí, sí me acuerdo.

— Los sacerdotes que conviven en la casa parroquial de Babilafuente, decía el artículo, son hombres sencillos y de gran corazón. Y tú me dijiste: *'Bueno, bueno Temi, no es para tanto'*.

Ahora, Bernardo, espero que hayas leído la frase que escribía el sacerdote en el mismo medio de comunicación al día siguiente de dejarte descansando en tu querido pueblo Riofrío. Decía Manuel Muñíos: Se nos ha ido una gran persona.

— Ya sé lo que me estás diciendo: *Bueno, bueno, no es para tanto*.

— Sí, sí es para tanto, Bernardo.

Espero que estés contento con las muestras de cariño que te hemos manifestado todos los meses que has estado con tu enfermedad, especialmente el sábado y domingo, cuando te dejamos dormido en Riofrío. Sabes que todos los que te hemos conocido te queremos mucho. Nos hemos preocupado por tu estado de salud.

— Temi, dales las gracias a todos por el cariño que me tenéis. Especial recuerdo para mi hermana Esperanza, que estuvo día y noche junto a mi cama los últimos meses. A toda mi familia y a todos mis hermanos sacerdotes de Babilafuente: Paco, Pedro, Quintín, Luis, Ismael, José Antonio, Alfredo (que hace dos años nos dejó), por lo muchísimo que me han ayudado. No quisiera olvidarme de ninguno. Un abrazo especial para todas las personas de los pueblos de Las Villas: Villoruela, Babilafuente, Villoria, Moríñigo.

También para los de la comarca de la Armuña: Pitiegua, El Pedroso, Arabayona, etc. Me acuerdo mucho de todos. Dales las gracias en mi nombre.

— Bernardo: estoy con ellos, ya les he dado las gracias. Me dicen que no las merecen. Que tú eres el que te lo mereces todo. Sabemos, porque nos los dijo José Antonio, tu compañero en Acción Verapaz, que tus últimas palabras antes de quedarte dormido fueron: *"Estad tranquilos, yo estoy tranquilo porque sé a dónde voy"*.

¡Qué grande herencia nos has dejado, Bernardo!: bondad, sencillez, sabiduría... la sonrisa siempre en tu rostro. Permíteme solamente unas lágrimas de emoción, como las que derramé abrazado a tu hermana Esperanza en tu casa de

Riofrío, después de dejarte dormido en el Camposanto y antes de nuestro regreso a casa. Perdóname, los hombres también lloran. Bueno, Bernardo, ya no te canso más por hoy. Sabemos que estas aquí con nosotros.

— Un abrazo muy fuerte. Creo que es hora de que vayamos a descansar.

— Buenas noches, Bernardo. Gracias por todo. Descansa en paz. Adiós. Te queremos.

ARTEMIO RUBIA

Presidente de la Asociación de Mayores de Morfingo

Aprendiendo a ser libre

Hace unos días se nos activó el reloj interior y hacemos memoria, no sólo con el pensamiento, sino con el corazón, recordando el fallecimiento de nuestro querido profesor y maestro Fr. Bernardo. El 20 de enero a las 23 h. informábamos del fallecimiento, hacíamos una oración y acompañábamos en el dolor a su familia y a todos sus hermanos de la comunidad de San Esteban y las villas. Nos impresionaron mucho tus últimas palabras que unos días después nos hicieron llegar, nos zanzaron lo más recóndito de nuestro ser *..Estoy en las manos de Dios y no tengo miedo a morir.. La enfermedad ha sido una escuela...He sido feliz.. Quiero morir con la misma dignidad con la que he procurado vivir.. Siento a Dios, hermana, pero sigue en silencio.* En cada rincón de nuestra alma resuenan estas palabras de nuestro profesor que en verdad sentía a Dios cerca. Un Dios que habla cuando calla y que ama en su silencio. No podemos por menos Bernardo, que con temor y temblor, releer y recordar tus momentos últimos que fueron la culminación comprometida a la Buena Noticia y la construcción del Reino en tu vida de fraile, sacerdote y maestro. En esas palabras últimas tuyas, ya apareces libre, reconciliado y transfigurado, en esa la puerta de la última curva, se desvela la realidad total y penúltima de nuestra existencia, de tu gloria.

Nunca te llegué a tratar de cerca cara a cara, como muchos de mis compañeros, o muchos de tus feligreses de las Villas. Palabras y debates cruzados en clase, cruce de buenos deseos en la secretaría y pequeñas conversaciones en la calle, pero sentía tu bondad y tu cercanía. También como no, los correos cruzados para anunciar alguna actividad de

“Verapaz”, o bien para enviarte el resumen de las actividades del año de la Asociación. Como no recordar uno de los últimos correos sobre el curso que impartiste a la Escuela: *“Pensar y vivir como Jesús. Claves de una moral evangélica”*. Donde anunciaba que se suspendía el curso debido a tu enfermedad. *Hola Juan Antonio: Después de darle muchas vueltas a si impartir o no el curso especial, acabo de hablar con Lastra y vamos a intentarlo. Espero que la salud me respete esas horas; el curso lo tengo preparado y parece que hay interés en los alumnos, así que haz la publicidad que puedas del mismo. Avisaré a Nacho para que os diga a todos los que asistís a la Escuela este año que ya podéis apuntaros hoy mismo. Gracias y un abrazo. Bernardo* (2 de febrero de 2011).

En esos días Bernardo, no pudimos decir nada sobre ti, nos paralizó tu muerte tan temprana. Una sombra de silencio y melancolía se apoderó de muchos de nosotros, como un duelo no esperado, a pesar que te sentíamos ascendido. Sabemos que la muerte no es cosa forastera, como nos recordaba el poeta. Nos acompaña desde nuestro nacimiento y va dentro de nosotros, pero es siempre lo más recóndito de la existencia. Te acompañamos en la capilla ardiente y en el funeral y pudimos sentir el cariño de tantas personas. Aquí nuestra zozobra se transformó en esperanza, como una ganancia, así hablaba nuestro querido Pablo *“bienaventurados los muertos que mueren en el Señor”* (Ap. 14, 13). Muchas veces aprendimos en sus clases la importancia de aprender a esperar, ese principio esperanza, preñado de posibilidad. Repasando esa última de tus lecciones, nos decías que los ideales son como las estrellas, nunca se alcanzan pero alumbran el camino

En sus clases vivíamos momentos para la escucha, y para el debate, a veces intensivo entre la ética social, la bioética y la ética personal. Siempre la solidaridad y justicia como un hilo invisible que atravesaban tus palabras y nos llevabas a la realidad, sin perder el horizonte utópico, no sólo para comprender, también para actuar. Un malabarismo, una búsqueda de equilibrios entre la reflexión y la acción.

Desde aquí nos invitabas a poner a Jesús en el centro, el núcleo del amor se manifiesta en su vida. Nos recordabas que la encarnación es una cuestión pendiente, en ella se nos desvela a Dios y al hombre mismo. Y que nuestra libertad está

asociada a la fraternidad, dejando a Dios ser Dios y a los hombres ellos mismos.

No sé Bernardo, tal vez te aburro con tus propias palabras, pero nos ha quedado muy viva tu última lección. Esa esperanza tiene todavía que aguantar ciertos fracasos y cruces, perdónanos Bernardo. Pero desde nuestra fragilidad te recordamos y te sentimos con cariño. Tú ya llegaste a la meta, fuiste ligero de equipaje, libre sin lastres y casi desnudo, como los hijos de la mar. Gracias por todo, te queremos y esperamos algún día seguir hablando de Jesús, de la justicia, de la solidaridad y de la paz ya realizadas en esa nueva tierra y cielos resucitados.

JUAN ANTONIO MATEOS PÉREZ

Alumno de la Escuela de Teología de San Esteban

Elegía a Bernardo Cuesta

Queremos tenerte en nuestro recuerdo
para pensar que nunca te marchaste,
nadie quiere decirte que te pierdes,
pues en realidad nunca les faltaste.

Siempre a todo estuviste muy atento,
nunca en tu obligación jamás cesaste,
jamás en ti nunca faltó el aliento
y con la lucha te manifestaste
y fuerte ardor, tu fe dio alimento
a todo aquel que lo necesitase.

Tú nunca la marcha atrás conociste,
tú siempre, con firmeza hacia adelante
dejando tu vida ejemplo vivido,
y con esa fuerza, ¡almas embarcaste!

¡Qué orgullo el haberte conocido!,
y los dominicos de ser su hermano,
y el honor para tus padres y tus hermanos.

Nunca, nunca nos faltarás Bernardo,
siempre, siempre seguiremos tu ejemplo,
ya que en nosotros siempre estarás vivo,
no morirás aunque se acabe el tiempo.

FELIPE ALCONADA
Villoruela

Del río y sus enigmas (de Amicitia)

*(En memoria de Bernardo
que se han marchado más allá de la noche)*

Del río y su inhóspita caricia, fugaz
mansión de sombra y luz, se marchó ayer
Caius Laelius, aquel siamés azul
injertado a mis pies, que estrenó conmigo
himnos inocentes, romerías
de julio, dulces tubas de maizales, aromas
de almendros en flor dispuestos
en las sendas. Y el pan
bregado con sudor que robábamos
con otros a los días de agosto.

Durante años celebramos
nuestras sangres audaces, quizás
alborozadas, con el fuego
sideral de la noche de san Juan. Allí
crecimos lavándonos la herida
abierta de la vida, siempre sombra
y luz, sed voraz, en el agua lustral
del río y sus enigmas.

Guiados por un fulgor cenital
y sus anhelos, anduvimos, juntos aún,
tantas leguas por aire y mar y fuimos
avefrías o feroces tiburones, o tórtolas
amatorias según la estación
y la orientación de los alisios.

Hasta que un día el sol, herido
también en sus fulgores insaciables,
nos empujó en su misma dirección:
hacia la noche. Y fuimos
expulsados del Edén.

Allí

se descabalaron nuestros pies y la sangre
compartida, aún temprana, hubo de ser
realojada entre relinchos en naos
diferentes para los últimos
silencios. Mientras nos repartíamos

deprisa la herencia común de los caminos
y tantos violines rasgados a dúo.

Huyó entonces la luz. Se abismó
la herida. Las voces
del ruiseñor se apagaron en las cárcavas
vírgenes del monte.

La sed
repicaba una y otra vez, ávida
como la lluvia del invierno en los cristales
del alma hacia la revelación
de los enigmas. Y era agria
la contemplación de las huellas
sembradas en los rostros. Y lenta
y gris la aproximación al estuario.

Hasta que ayer Caius Laelius se fue
más allá de la noche. Quizás
seré mañana yo: por si lográramos
estrenar juntos de nuevo
el fuego azul de aquella estrella,
mírala, mírala. Y curar, al fin,
tras de los fontanales
prístinos del río, esta herida
de ceguera y sed.

QUINTÍN GARCÍA
Babilafuente, enero 2012

3. TESTIMONIOS DESDE VERAPAZ: UNA APUESTA POR EL SER HUMANO

Bernardo, el buen samaritano que vio, se paró y ayudó

No podía ser de otra manera, en Salamanca, en tu Facultad y con todos los tuyos: tu familia, tus hermanos dominicos, tu queridísima gente de Las Villas y Verapaz... Sólo que fallaba el motivo que nos reunía; no queríamos que fuera una despedida sino una acción de gracias por tu vida, pero nuestros corazones estaban tan dolidos que no queríamos celebrar nada, solo REIVINDICAR. ¿POR QUÉ?

Tu vida, en cierto modo, ha sido también un grito pidiendo justicia y un reclamo de las libertades, una reivindicación de la

dignidad personal y, en tu funeral, así lo pedíamos: ¡¡Quédate un poco más!! ¡¡Tu voz y tu presencia todavía son necesarias!!

Y llegó la lectura del Evangelio: El Buen Samaritano. Nada es por casualidad. Fueron muchas las veces que habías hablado e interpretado esta lectura. Pero esta vez, muchos pusimos rostro a ese samaritano y ERAS TÚ, el que caminando por la vida VIO, SE PARÓ Y AYUDÓ.

Tu mirada siempre iba más allá. Hacías posible que las personas que te ibas cruzando por la vida quedaran impregnadas por tu sencillez, tu cercanía, por tu forma de saber sacar lo mejor de cada uno. ¿Cuántas miradas se han quedado grabadas en tu corazón? Sólo así se entendía, cómo tú querías ver a este mundo nuestro, a toda la gente que está sufriendo, aquellas que con sus gritos, sus silencios, sus miradas nos llegan al corazón.

Y tú LAS VISTE, LAS MIRASTE desde dentro y quisiste hacer de tu vida un encuentro con ellas. Pero nos hiciste ver que también eso requiere muchas veces UNA PARADA, un tiempo para encontrarnos frente a frente con las situaciones que nos interpelan. Este mundo nuestro nos lleva por vías rápidas, por atajos, con horarios marcados, no puedes, no debes pararte. Pero tu forma de ser pausada, sosegada, tranquila... nos hacía entrever que todo tiene su tiempo, que lo aprovechemos, que ese tiempo ya es importante y la persona, la que tenemos más cerca o quizás no, así nos lo pide.

Y, ¿qué sería esto sin la AYUDA, SIN EL COMPROMISO? Lo que cada uno pueda, quiera, en el tiempo que se haya designado, con quién quiera... Pero lo primero que debe haber es un compromiso personal para luego poder hacer posible ese otro compromiso, de todos, por un mundo justo, porque otro mundo SÍ es posible...

Y ahí estaba VERAPAZ, no sé si atreverme a decir, con permiso de otros, tu niña de los ojos bonitos. ¡Cómo creíste desde el principio en este proyecto, cómo te vinculaste, cómo lo animaste, cómo has dado parte de tu vida, o mejor dicho, tu vida en él! Nos dejas un legado importante. Hoy, todavía con el corazón dolorido, queremos agradecerte por todo esto.

GRACIAS POR TU VIDA. Intentaremos hacerlo lo mejor posible, sabemos que tú vas a ser para toda VERAPAZ, nuestro ángel de la guarda. Nunca te olvidaremos, porque algo de nuestro corazón te has llevado. Ayúdanos a vivir con pasión,

la vida es una y cada momento y persona es única. Que nuestros encuentros estén llenos de compasión, con el otro, con el más necesitado. Y que nuestro compromiso con este mundo nuestro sea lo más certero posible.

Gracias, Bernardo, por ser el samaritano que muchos se encontraron, nos encontramos, en el camino.

ELISA LECUMBERRI
Acción Verapaz Navarra

¡Gracias, Bernardo!

Muchos estaréis esperando unas palabras de recuerdo a nuestro Presidente Bernardo Cuesta, sobre todo quienes no pudisteis estar en la impresionante despedida-homenaje que recibió en la iglesia de San Esteban de Salamanca, en la capilla ardiente la tarde del sábado 21 de enero y en la misa funeral del domingo 22, por la mañana.

La Eucaristía de San Esteban fue presidida por el Obispo de Salamanca, acompañado por el Obispo de Puerto Maldonado (Perú), Francisco González, amigo de Bernardo, al haber estado con él en el origen de la Comunidad de Babilafuente, siendo ambos todavía estudiantes de Teología. La iglesia estuvo llena a rebosar, cosa que hacía muchos años que no ocurría, como comentó algún religioso.

Allí estaban los vecinos de los pueblos de Las Villas, en los que durante más de 30 años acompañó a sus gentes en un proceso de promoción humana, social y cristiana, junto con sus compañeros de la Comunidad de Babilafuente. Allí estaban sus alumnos de la Escuela de Teología y de la Facultad de San Esteban. Allí estaban representantes de las distintas Delegaciones y Asociaciones de Acción Verapaz, la 'niña de sus ojos'. Allí estaban sus muchos amigos y conocidos de Salamanca y de otros lugares.

Los amigos y hermanos de la Comunidad de Babilafuente me confiaron a mí la homilía, que fui madurando en la mente y en el corazón en los días previos al desenlace final. La semblanza que quise trazar de su vida, a partir de la parábola del *Buen samaritano*, que algunos textos que aquí publicamos recogen tan bien, quería ser no sólo un acto de homenaje a su trayectoria y de agradecimiento a lo que fue y significó su vida para quienes le conocimos y con él compartimos sueños y esperanzas,

sino también una reivindicación de su estilo de vida, su modo de entender la forma de vivir la fe y la vida religiosa, pues Bernardo era un gran enamorado de la vida dominicana en la que encontró un cauce para vivir su fe y el seguimiento del que para él fue el único Maestro, Jesús de Nazaret.

En este sentido la parábola del *Buen samaritano*, que él tantas veces comentó, es un fiel reflejo de su vida y explica muy bien cómo vivió y porqué vivió como vivió, lo que hizo y las razones de esa forma de actuar. Para Bernardo la gran pregunta que le planteaba la parábola no era quién es el prójimo, pues él tenía claro que Dios no excluye a nadie, aunque nosotros sí lo hacemos, sino cuáles son los pasos que nosotros debemos dar para hacernos próximos a los otros y a la realidad. Y esto queda muy claro en la parábola:

El primer paso es ver, acercarse al otro, intentar comprender lo que le pasa, analizar la situación para ver las causas y los remedios que se puedan ofrecer. Por eso, para poder vivir esta actitud samaritana, para vivir hoy de verdad la fe y la vida religiosa, entendía Bernardo, no hay que aislarse, separarse de los otros o de la realidad, sino aproximarse a ella. Y así lo hizo: optando por un estilo de vida cercano a la gente (conocía a los vecinos por su nombres y apellidos, estaba al tanto de lo que les pasaba y les preguntaba por ello); ofreciendo en charlas, escritos, en las clases y en los cursos de voluntariado de Acción Verapaz lúcidos análisis de la realidad; y poniendo todo su corazón en este empeño y tarea, pues en Bernardo –mente y corazón– iban a la par.

Este primer paso, siendo necesario, no es suficiente. Si sólo hacemos eruditos estudios sobre la realidad y nos limitamos a ofrecer cifras y datos sobre lo que ocurre, pero sin que esto ni cambie nuestro corazón ni nuestra vida, la respuesta resultará pobre e insuficiente.

El segundo paso que dio el personaje de la parábola fue el de la compasión. Esta actitud él la vivió en un doble sentido: primero, viviendo apasionadamente, sabiendo disfrutar de la vida y de los pequeños detalles, que ésta nos ofrece, poniendo entusiasmo en todo cuanto hacía y trasmitiéndolo a los demás; segundo, sintiéndose preocupado o (dejándose) afectar por lo que pasaba a su alrededor. Bernardo entendió bien y comprendió el texto de la *Gaudium et Spes* del Vaticano II: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de

nuestros tiempo, lo son también de la Iglesia". Y así entendió él la solidaridad, que puso en práctica con los cercanos (familia, amigos, vecinos, alumnos) y lejanos, a través de su querido proyecto Acción Verapaz.

Y queda el último paso, que también dio el personaje de la parábola: el compromiso.

Vista y entendida la realidad y la situación del otro, identificados con su suerte y colocados física, emocional y espiritualmente en el lugar del otro, hay que buscar el modo de acompañarle en el proceso hacia su liberación, en la búsqueda de la dignidad, el bienestar y libertad a la que todo ser humano tiene derecho. Bernardo nos lo repetía en Acción Verapaz: este es un espacio no sólo para poner en práctica la solidaridad, sino para crecer nosotros dentro de él en este valor, para madurar nuestras convicciones y nuestro compromiso.

No menos impresionante fue la misa funeral y el entierro en su pueblo natal, Riofrío de Órbigo (León) en la tarde del domingo. En la plaza del pueblo, pues la iglesia no podía dar cabida a tanta gente como estaba allí, a pesar de la niebla y el frío, vecinos y conocidos más cercanos de su tierra quisieron darle el último homenaje de admiración, cariño y respeto a alguien que, por lo que fuimos escuchando, dejó huella muy profunda en sus vidas, por su cercanía, carácter vital y testimonio de esperanza.

Esta fue la semblanza espiritual de Bernardo que quisimos expresar en su despedida.

Pero queda la conclusión final: él fue fiel a la llamada de Dios y llevó de manera responsable, digna y sin claudicación alguna, la antorcha encendida de la fe y del seguimiento de Jesús, entendido a la luz de la parábola del Buen Samaritano. Ahora nos queda a nosotros tomar esa antorcha y continuar la trayectoria que Bernardo nos ha dejado. ¡Así se lo prometimos y así lo vamos a hacer!

JOSÉ ANTONIO LOBO

Secretario Ejecutivo de Acción Verapaz

Bernardo Cuesta, la huella que somos

El funeral en tu pueblo natal fue precioso, ... en la plaza del pueblo,... fuera de la iglesia, pues se quedaba pequeña

para todas las personas que del pueblo y de fuera del pueblo, te quisimos decir ‘adiós’... Hacía un frío impresionante, una niebla que penetraba, pero todos quisimos (de pie o sentados) estar ahí,... porque tú, Bernardo, estabas dando calor al corazón. El pueblo se encargó de preparar la Celebración y tuvieron todo a punto para despedirte, Bernardo.

De ahí al cementerio, para ya dejarte descansar. Cómo nos recordaba el recorrido hasta él, a las Marchas solidarias que tú organizabas y que hemos compartido contigo: una riada de personas, de muchas personas, de todas las edades,... en camino,... acompañándote, por un camino rural... y con una causa en el corazón. Hoy nuestra causa eras tú. Se trataba de decirte: ‘Hasta luego, Bernardo’, sí, hasta luego. Porque tú no te has ido. Nuestra resistencia primera a que te fueras se ha transformado en una auténtica paz, que tú mismo nos infundes. GRACIAS, BERNARDO. Seguimos contando contigo.

Tú eres: Constancia, fuerza, ánimo, entrega, espiritualidad, apertura, colaboración, integración, generosidad, fidelidad, afecto, inteligencia, diálogo, sencillez, sabiduría, moderación, creatividad, profundidad, solidaridad, positividad. Dominicano comprometido. Promotor. Justo. Buen teólogo. Extraordinario educador. Mi maestro. Un gran amigo. Referente y Camino para muchos de nosotros...

Trabajador incansable, servicial, pasaste por la vida haciendo el bien, sin ruido, no te gustaba hablar mal o que habláramos mal de alguien, disculpador, con cabeza y corazón a la par, un hombre completo –como te decía siempre–. Amante del pueblo y de tu pueblo, con capacidad de asumir la realidad, la vida y la muerte (como lo hemos visto). Enamorado de la vida, de tu proyecto vital, de tu vocación, de tu misión. ¡Disfrutabas tanto con lo sencillo! Apasionado para lo grande y para lo pequeño, ponías la misma ilusión para ayudar a alguien a hacer una tesis doctoral como para hacer una paella o un membrillo (que te salía genial)... En la estela de nuestro lema de Acción Verapaz: “Una apuesta por el ser humano” siempre TE ECHAREMOS EN FALTA... MUCHO... Pero intentaré/emos no fallarte y cumplir lo que tanto me insistías: ¡HAZME EL FAVOR DE SER FELIZ!

DULCE CARRERA
Acción Verapaz

VIII

El grito y el testimonio de Bernardo

1. UNA CARTA A LOS REYES MAGOS

Queridos Reyes Magos:

Ya sé que mi carta llega un poco tarde, pero no os preocupéis porque no quiero pedir os nada, simplemente quiero que la leáis y hagáis lo que podáis por darle publicidad por todos los lugares del mundo que vais a recorrer a lo largo del año.

Desde hace mucho tiempo las cosas no pintan bien para nuestro mundo, si bien son muchos los que no quieren darse cuenta de ello, a no ser que también a ellos les llegue a tocar directamente la crisis. ¿Por qué las cosas no pintan bien para el mundo?:

- Porque ayer mismo, mientras vosotros alegrabais la vida de millones de niños como los de Villoruela, cerca de 40.000 niños morían antes de tiempo desnutridos y sin un poco de pan que llevarse a la boca.
- Porque millones de niños y adultos en el mundo siguen sin tener acceso a la escuela, a libros, lápices y cuadernos.
- Porque la seguridad social, el subsidio de desempleo, la jubilación... son derechos de todos, pero que sólo disfrutan los habitantes de algunos países.
- Porque la violencia parece que se está convirtiendo en la ley inevitable que marca las relaciones humanas. Gaza, Goma, Bukavu, Kuwait, Darfur... son hoy símbolo de la guerra y destrucción total en nuestro mundo. Y datos destructivos los encontramos también en el terrorismo nacional e internacional, en la violencia doméstica, en las calles de la mayoría de las ciudades del mundo...

- Porque también a nosotros nos salpica de vez en cuando la crisis y parece que entonces todo se nos viene abajo...

Ante esta situación, lo fácil es echar la culpa de lo que pasa a los demás, o esperar que la suerte en la lotería o en otro juego de azar nos alivie nuestras propias carencias, o acudir a algún rey mago como vosotros para pedirle que arregle un poco las cosas.

Yo creo que todo lo que está pasando en el mundo tiene unas causas bien concretas, de las que todos, en mayor o menor medida, somos responsables, también vosotros Reyes Magos. Sí, porque queriendo ofrecer a todos ilusión y buenos ideales, la cultura del consumo se ha apoderado de vuestras coronas, y los niños y adultos del mundo, también los de Villoruela, corremos el riesgo de manipularos y exigiros aquello que no es propio de vuestra condición de magos ni de la estrella que os guía.

Majestades, sois muy importantes para nosotros: necesitamos de vuestros mejores dones: la búsqueda de la estrella que nos lleve al encuentro con el Niño Dios y con la humanidad que él ofrece; necesitamos ponernos en camino, no detenernos ante la crisis y el desánimo; necesitamos vuestra generosidad para compartir entre nosotros y con la humanidad nuestros bienes (oro), nuestros mejores sentimientos e ideas (incienso), y nuestra creatividad para abordar los compromisos de cada día (mirra).

Con este equipaje seguro que a nuestro pueblo no le faltará trabajo y lo necesario para que todos sus habitantes puedan vivir con dignidad, seguro que tendremos muy pronto el Centro Social y el Frontón terminados, seguro que las Asociaciones seguirán vivas y ofreciendo actividades para todos los sectores de población, seguro que nuestros mayores estarán bien atendidos, seguro que nuestras fiestas serán muy alegres y participativas, seguro que nuestra comunidad cristiana parroquial será viva y estimulante en su formación, compromiso y celebración, aunque no dispongamos de calefacción y pasemos un poco de frío en la Iglesia... Seguro que nuestro mundo adquirirá un rostro un poco más humano.

En fin, Reyes Magos, decid por donde paséis quiénes sois de verdad, cuál es vuestra misión y por qué celebramos vuestra fiesta hoy. No dejéis que os convirtamos en seres poderosos

que sacan de debajo de sus túnicas y nos regalan todo aquello que se nos antoja. Decidnos que sois personas que buscaron a Dios y pusieron al servicio de su reino lo poco o mucho que tenían. En cualquier caso, muchas gracias por estar con nosotros y ayudarnos a celebrar con mucha alegría este último día de la Navidad.

BERNARDO CUESTA
5 de enero de 2009

2. UNA ENTREVISTA PARA MEDITAR

1. *Desde que formas parte de la Orden Dominicana ¿qué situaciones han influido y orientado más tu vida?*

Desde que hice el noviciado (1975-76) han sucedido muchas cosas que, sin duda, han influido de manera fuerte en la identidad personal que uno va configurando a lo largo de la vida. *Cuando uno tiene los ojos, la mente y el corazón abiertos a lo que sucede a su alrededor, todo termina influyendo, especialmente aquello que uno es capaz de vivir más apasionadamente.*

De una manera concreta: 1) Me ha influido poderosamente la comunidad en la que vivo, el ambiente social en que vio la luz y dio los primeros pasos, y el modo como hemos abordado los conflictos en que nos hemos visto envueltos a lo largo de estos años. 2) El estudio de la filosofía me despertó interés por buscar la verdad y me abrió horizontes amplios y variados caminos para poder aprehenderla. El estudio y enseñanza de la teología me ha ayudado a descubrir y experimentar a Dios como vida y misericordia, horizonte hacia el cual camina el ser humano en libertad y responsabilidad solidaria. 3) El contacto con las gentes pobres y sencillas, tanto aquí como en los viajes esporádicos que he hecho al Tercer Mundo, y el testimonio de muchos/as dominicos/as comprometidos/as con su causa, me han ayudado a tomar en serio el problema de la injusticia y la opción evangélica por los más pobres.

2. *¿Qué actividades “ocupan” la mayor parte de tu tiempo y de tus energías?*

A las que dedico más tiempo son, por este orden, las siguientes:

- Estudio y enseñanza de teología: Durante todo el año, pues son varias asignaturas, tengo clases de teología moral en el Instituto Teológico de San Esteban, en la Escuela de Teología de San Esteban y en la Escuela de Teología en Internet. Esto exige dedicación y tiempo.
 - Atención pastoral: la atención pastoral a los pueblos es el proyecto de misión que une a todos los miembros de la comunidad y las actividades y compromisos los vamos distribuyendo en función de las posibilidades personales de cada uno. Los fines de semana son intensivos para todos.
 - Acción Verapaz: Aunque el trabajo fuerte y cotidiano se ejerce desde la secretaría, la función de Presidente exige participar en muchas reuniones y estar atento a todo lo concerniente al dinamismo y buen funcionamiento de la Federación. También esto lleva tiempo, sobre todo tiempo psicológico.
3. *¿Cuántos años llevas viviendo en Babilafuente? ¿En qué consiste la misión de la Comunidad en ese lugar? ¿Qué es lo mejor y lo peor de vivir y predicar en una zona rural?*
- Vivo en la comunidad de Babilafuente desde su fundación, llegamos a estos pueblos el 13 de Diciembre de 1980.
 - Estos son los rasgos que han marcado durante estos años nuestro estilo de vida comunitario: El primer rasgo es la corresponsabilidad en todas las dimensiones de nuestra vida: corresponsabilidad en las tareas domésticas (cada día hace uno la compra y la comida), corresponsabilidad en el uso del dinero (tenemos caja común abierta a todos), corresponsabilidad en la preparación y animación de las reuniones comunitarias (cada semana prepara y anima uno), corresponsabilidad en el ejercicio del cargo de superior (el nombramiento se hace por turno). El segundo rasgo que hemos procurado cuidar siempre es la acogida y la hospitalidad; desde el primer momento quisimos que nuestra casa fuese una casa de puertas abiertas (de hecho, sólo se cierra cuando se retira el último a dormir) donde quien llegue pueda sentirse a gusto y acogido comunitariamente. Y aunque en todo se puede crecer y mejorar, creo que este rasgo nos

lo hemos tomado bastante en serio. Un tercer rasgo es el sentido de familia con el que intentamos vivir nuestros gozos y esperanzas, nuestras dificultades y sufrimientos... en un clima fundamental de libertad y confianza. Finalmente, me atrevo a destacar la preocupación por las cuestiones sociales como otro de los aspectos fundamentales que marca el talante de esta comunidad...

- La misión de la comunidad es compartir la vida y la fe con las gentes sencillas de estos pueblos. Nuestra condición de encargados de las parroquias hace que asumamos la responsabilidad de animar la vida de estas comunidades cristianas en todo aquello que guarda relación con la formación, la celebración y el compromiso evangélico, aunque en estas tareas contamos con grupos en cada pueblo que nos ayudan mucho. Como ciudadanos que somos, colaboramos en todo aquello que afecta a la vida social y cultural de los pueblos y que esté en la línea de los valores y derechos humanos fundamentales.
- Para quienes tenemos raíces rurales y hemos vivido bastante tiempo en los pueblos, sobre todo en pueblos con una cierta entidad poblacional, la vida y la pastoral en este ámbito tiene muchos aspectos enriquecedores y gratificantes: la cercanía a la naturaleza, el carácter sencillo y acogedor de la gente, el sentido globalizador de la actividad pastoral... Pero se encuentra también con dificultades e inconvenientes: la fuerza de la costumbre y la tradición hace que los procesos de avance sean lentos; la importancia concedida a lo afectivo y simbólico en la cultura rural es una riqueza, pero a veces choca con la cultura racional en la que nosotros hemos sido educados; el rol sacerdotal del que no puedes desprenderte... también es una dificultad a la hora de sentirte igual entre iguales.

4. *Como Presidente de Acción Verapaz desde su fundación, ¿qué evolución ha experimentado la ONG desde su nacimiento?*

Desde el punto de vista organizativo, yo distinguiría dos momentos: Uno primero de gran expectación e interés por parte de toda la Familia Dominicana. Se dan los primeros

pasos en cuanto a la configuración jurídica y se ponen en marcha las primeras Delegaciones, los socios crecen y los primeros proyectos se ponen en marcha; en dos o tres años, Acción Verapaz está implantada en varias comunidades autónomas... Un segundo momento viene marcado por la constitución de la Federación Acción Verapaz, como estructura jurídica desde la cual coordinar el trabajo realizado por todas las Asociaciones Acción Verapaz. En este momento se da un impulso a la Comisión de Proyectos, a la Comisión de Voluntariado y a la Comisión de Derechos Humanos, se amplía el trabajo de Secretaría contratando a una nueva persona, y se implanta Acción Verapaz en República Dominicana.

Desde el punto de vista de la participación, Acción Verapaz ha seguido una línea constante de decidido compromiso por parte de pequeños grupos, formados por miembros de la Familia Dominicana y de personas muy vinculadas al trabajo pastoral por ellos desarrollado. Estos pequeños grupos, unidos a la extraordinaria labor desarrollada por José Antonio y Dulce en la secretaría, son los que hacen de Acción Verapaz hoy una institución creíble al servicio de los más pobres.

De cara al futuro, creo que falta mucho por hacer, pero eso dependerá un poco de todos. Si queremos que Acción Verapaz siga creciendo, todos los miembros de la Familia Dominicana tenemos que poner más corazón y más energías, tanto institucionales como personales, al servicio de la causa que Acción Verapaz defiende. Y esto comienza por hacerse socios, se continúa en la creación de una Delegación de Acción Verapaz allí donde exista una comunidad dominicana, y se expande ofreciendo proyectos de formación y acción solidaria dondequiera que estemos viviendo o trabajando. Hasta ahora no son muchos los miembros de la Familia Dominicana dispuestos a embarcarse en esta aventura, pero seguiremos trabajando para que algún día sea posible.

5. ¿Qué espacio tienen y pueden tener los laicos en ella?

Acción Verapaz es una asociación de carácter civil y democrático, todos los socios figuramos como laicos (miembros del pueblo) dentro de ella y tenemos los mismos derechos y obligaciones. Por eso, los laicos tienen todo el espacio y todas las posibilidades de trabajar que deseen, siempre en conformidad con los fines y condiciones establecidos en los estatutos y en las reglamentaciones pertinentes.

6. *¿Qué opinas de la participación de los laicos en la misión de la Orden?*

Me parece estupendo. El reto está en configurar proyectos en los que podamos colaborar todos/as en condiciones de simetría y desde la singular vocación dominicana de cada uno/a.

3. UNA HOMILÍA EN LA CUMBRE DE SU VIDA

(Homilía de Bernardo en la Fiesta del Cristo de La Esperanza 2011)

A lo largo de los últimos treinta años nos ha ido tocando a unos u otros miembros de la comunidad de dominicos o a otros sacerdotes y religiosos dirigiros unas palabras, siempre un poco especiales, en la fiesta del Cristo de la Esperanza.

A mi siempre me ha supuesto mucho respeto este sermón, especialmente por la carga afectiva y religiosa tan grande que el Cristo de la Esperanza tiene para Villoruela y que a lo largo de estos años ha ido quedando tatuada también en mi, en mi mente y en mi corazón, a la hora de comprender mejor vuestra vida y muchas de vuestras expresiones y vivencias de la fe y a hora de incorporar esas expresiones y vivencias a la mía propia.

Bueno, pues este año, aunque no presida la eucaristía, me vais a permitir que comparta con vosotros, con mayor respeto si cabe, estas palabras y sentimientos reflexionados y trabajados en grupos y reuniones en muchos momentos y actividades diferentes a lo largo de estos treinta años y atentamente meditados y profundizados a lo largo de estos meses de enfermedad propia, compartida por otra mucha gente, entre los que os encontráis también varios de vosotros.

La reflexión que os ofrezco esta mañana es una contemplación sobre la vida humana, iluminada desde la fe, desgraciada en varias dimensiones.

a) Precariedad y grandeza de la vida humana

Percibir que la vida es precaria no es tan evidente como parece, al menos para muchas personas y durante unos ciertos periodos de tiempo. Sin olvidarme de otras experiencias,

me refiero a esta realidad desde la clave de la enfermedad. Siempre me llamó la atención la preocupación de la gente por la salud, pero quizás nunca lo había comprendido como ahora. Yo nunca había estado enfermo grave o, por lo menos, no había experimentado la precariedad, impotencia y dependencia en que la enfermedad puede llegar a colocar a las personas. Ahora sí lo sé y es muy duro, plantea preguntas muy serias al ser humano que urgen decisiones y compromisos firmes para hacer todo lo técnico y humanamente posible por dar respuesta a estos problemas que están aquí, en nuestras casas, en personas que por cientos van y vienen a diario a los hospitales en busca de su dosis de esperanza de vida aún en medio de todas estas dificultades.

Pero no hay que inventarlo todo. La grandeza de la vida humana está también presente cuando la precariedad se hace más evidente no sólo en los enfermos que esperan y luchan por su recuperación, sino también en esos rostros, a veces serios, y manos firmes de los profesionales médicos que quieren, pero no siempre pueden superar los propios límites que impone la naturaleza; está también en la sonrisa cálida y mano suave de enfermeros/as, celadores/as, fisioterapeutas; está en la presencia fiel y ayuda y apoyo permanente de los familiares que acompañan, velan y sufren noche y día todo el proceso; está en la visita, la llamada, y los pequeños y grandes detalles de los amigos, que animan, reconfortan y acompañan.

Todo esto lo he experimentado con vosotros y ahora simplemente quiero agradeceréoslo públicamente y en comunidad. MUCHAS GRACIAS.

b) La precariedad vista desde el amor de Dios

Con esta afirmación quiero decir lo siguiente: 1) Él no supe directamente lo que es responsabilidad nuestra para defender y humanizar nuestra vida. Él nos ofrece su proyecto evangélico de vida para que esa grandeza de la que acabamos de hablar la hagamos realidad cada día. Su fidelidad en el amor es estímulo poderoso que fortalece el ánimo y ayuda a confiar en medio de la precariedad y el sufrimiento. 2) Pero estas convicciones profundas no obstan para que muchas veces aparezca en nuestra mente y en nuestros labios aquella petición del leproso del evangelio, que le gustaría romper por

un momento con las leyes de la naturaleza y agarrarse directamente al dios compasivo manifestado en Jesús que se acerca a la gente y la cura: “Señor, si quieres, puedes limpiarme” y uno espera la misma respuesta que le da Jesús: “Quiero, queda limpio”. Esto fue lo primero que me dijo una persona de Villoruela antes de mi operación: “Esto es asunto del Cristo de la Esperanza”. Y esta es también la convicción que he visto reflejada cada año en este día grande de fiesta en Villoruela, donde el Cristo de la Esperanza y el pueblo parecen fundirse de manera más fuerte cuando más fuertes aparecen los límites y las desgracias.

En cualquier caso, lo más original y profundo es que desde el amor de Dios todo se percibe de distinta manera, en base a estas razones: porque Él es fiel aunque nosotros dudemos a veces y le fallemos a menudo; porque está a nuestro lado, aunque a veces no lo percibamos en toda su claridad; y porque el mensaje definitivo que nos ofrece es un mensaje de vida en plenitud. Esto merece y exige, hoy y todos los días, de nuestra parte una ORACIÓN AGRADECIDA.

c) Una invitación que compromete cada día

La gloria de Dios es que el ser humano viva y viva en plenitud. Y esto debe ayudarnos a no encerrarnos en nosotros mismos, sino a vivir en apertura, ayuda y comunión con los demás. El voto de villa del que nació esta fiesta apunta por ahí: a crear entre todos un pueblo unido, donde todas las instituciones y personas que trabajan desde ellas por el bien común se ejerciten en el diálogo y la mutua cooperación y así ayuden a los demás a crecer en esta conciencia y vivencia comunitaria que Dios quiere para todos los pueblos.

Este compromiso por la vida en plenitud nos invita a *levantar la mirada y a abrir el corazón a nuestro mundo*, a no dejarnos llevar por lo más fácil, a no ser indiferentes ante el sufrimiento de los demás, producido muchas veces por el egoísmo e insensibilidad humana. Desde el evangelio no podemos arrojarnos siempre al sol que más calienta, sino estar al lado del que pasa hambre o sed, o del que está enfermo o sufre violencias... Sólo así otro mundo será posible: más justo, pacífico y democrático, más humano. Y todo esto podemos y debemos comenzar a hacerlo realidad aquí, en nuestro

pueblo. A ello nos invita el Cristo de la Esperanza, al cual también dirigimos hoy una ORACIÓN COMPROMETIDA porque para llevar a cabo este proyecto de vida necesitamos sobre todo de su inspiración y ayuda.

4. EL GRITO DE BERNARDO EN NOMBRE DE LOS POBRES

*¡Me muero de hambre!...**

“¡Me muero de hambre!”... Es el grito que expresa la realidad de un holocausto de magnitud sobrecogedora, que denuncia el egoísmo y la injusticia que dominan en el mundo y que demanda compromisos de justicia y solidaridad para que este grito se aplaque.

“¡Me muero de hambre!”... Es el grito silencioso del 40% de la humanidad (2.700 millones de personas) que viven en condiciones de pobreza (menos de dos dólares diarios) o de pobreza extrema (menos de un dólar diario). Es el grito de 100 millones de niños que todavía no están escolarizados en el mundo. Es el grito de 880 millones de personas adultas que son analfabetos. Es el grito de más de medio millón de mujeres que muere por causas relacionadas con la maternidad (embarazo y parto). Es el grito de millones de enfermos que mueren antes de tiempo a causa del sida, malaria, tuberculosis y otras enfermedades comunes por no tener acceso a servicios médicos y farmacéuticos adecuados. Es el grito de 11 millones de niños y niñas que mueren en el mundo antes de cumplir los cinco años. Es el grito de más de 2.000 millones de seres humanos que no tienen acceso a servicios higiénicos y de saneamiento, y de cerca de 1.000 millones que no tienen acceso a agua potable... Es el grito desesperado de tantos miles de personas que, a diario, están arriesgando su vida y lo poco que tienen en desprotegidos “cayucos” (“pateras” o “yolas”) por mares peligrosos en busca de otra orilla en la que al menos sea posible la supervivencia...

“¡Me muero de hambre!”... Es el grito de millones de heridos y medio muertos en los márgenes de nuestra sociedad

* Texto publicado en el *Boletín Verapaz* 36, marzo 2007.

tecnológica y globalizada, que denuncian con su sola presencia las contradicciones existentes en la misma y reclaman con toda razón que “otro mundo tiene que ser posible”. Es el grito que exige responsabilidades (“¿qué has hecho de tu hermano...?”). Naturalmente, porque la pobreza y el hambre no son fruto del “azar o la necesidad”, tampoco lo son de la buena o mala fortuna, sino que fundamentalmente son el resultado de una determinada forma de organizar la vida económica y política y, por lo mismo, tiene que ver con la libertad y responsabilidad humanas. Hoy la pobreza y el hambre no son males inevitables, la humanidad cuenta con alimentos, tecnologías y recursos suficientes para atender adecuadamente a una población mucho mayor de la actual, lo que pasa es que los recursos están mal repartidos y, muchas veces, mal utilizados. Por eso, este grito (¡me muero de hambre!) es una llamada acusatoria que demanda responsabilidades (¡me estáis matando de hambre!) a quienes lo provocan (organismos económicos y financieros internacionales, sobre todo), a quienes teniendo poder para evitarlo lo consienten (gobiernos nacionales y organismos políticos supranacionales) y a quienes con nuestro estilo de vida, silencio e inhibición ante semejante catástrofe humanitaria nos volvemos cómplices de este sistema económico y político injusto.

“¡Me muero de hambre!”... Este grito no es sólo denuncia, es también una llamada a la justicia y solidaridad de todos para ayudar a que la cuerda que aprisiona se rompa y una vida más humana sea posible para todos. En este momento, es llamada, en primer lugar, a los 189 jefes de Estado para que cumplan los compromisos que asumieron al firmar, en septiembre del año 2000 la *Declaración del Milenio*, por la que se comprometían a trabajar juntos para construir un mundo más justo, igualitario y seguro antes del 2015, y para lo cual se propusieron ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio, que venían a ser los deberes que la comunidad internacional se imponía para acabar con el hambre, eliminar la desigualdad de género, garantizar el acceso a la educación, a la salud y al agua potable y eliminar la degradación del medio ambiente. Es llamada a la responsabilidad y coherencia de la comunidad política internacional, pues seis años después de aquella aprobación solemne, los datos que ofrecen los últimos informes de los organismos internacionales afirman que no sólo no se está

avanzando en la consecución de esos objetivos para los plazos fijados, sino que en algunos aspectos se está retrocediendo. Y, sin embargo, cumplir esos objetivos es enteramente factible, bastaría con cambiar la hoja de ruta política de algunos países. Veamos un ejemplo: Naciones Unidas estima que serían necesarios 100.000 millones de dólares anuales hasta 2015 para cumplir los Objetivos del Milenio. Sólo el presupuesto 2005 de Estados Unidos en Defensa ascendió a 500.000 millones de dólares, un 41% más que en el año 2001.

Este grito (“¡me muero de hambre!”) es llamada a la ciudadanía mundial para que exijan a sus gobernantes que se dejen ya de palabras y cumplan los compromisos que vienen asumiendo en los distintos organismos internacionales a favor del desarrollo de los pueblos, y para que promuevan políticas sociales de alcance internacional orientadas a paliar las desigualdades existentes y a superar las formas más lacerantes de miseria. Resulta vergonzoso que, después de tres décadas de crecimiento acelerado en los países ricos, tengamos que seguir reivindicando a nuestros gobiernos que dediquen el 0,7% de su PIB para ayudar al desarrollo de los países menos desarrollados, una reivindicación planteada ya en la sede de Naciones Unidas en 1974 y que, a excepción de media docena de países, nadie cumple todavía. La misma vergüenza deberían sentir las entidades financieras internacionales y los gobiernos acreedores cuando desde la sociedad civil se les pide que cancelen la deuda externa a países extremadamente pobres, porque esa deuda ya ha sido pagada con creces, porque fue acumulándose en base a tipos abusivos de interés, porque en muchos casos fue contraída por gobiernos corruptos y porque está hipotecando cualquier posibilidad de desarrollo a esos países y condenando a muerte temprana o a una vida inhumana a los colectivos más pobres de esos mismos países. Y qué decir de las injustas relaciones comerciales existentes a nivel internacional... ¿Resulta coherente y justo que organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), exija a los países pobres políticas de liberalización total de sus mercados, a la vez que los países ricos (con mayoría decisoria en el FMI) siguen protegiendo sus mercados con barreras arancelarias que cuestan a los países menos desarrollados 100.000 millones de dólares, el doble de lo que reciben como ayuda al desarrollo?...

Porque todo esto es claramente injusto, los ciudadanos estamos urgidos a levantar la voz –individual y colectivamente– para que no se sigan cometiendo semejantes abusos y tropelías, y se cambien las políticas interesadas por políticas no discriminatorias y orientadas al desarrollo de los pueblos menos favorecidos. En esta tarea vienen trabajando desde hace tiempo muchos colectivos sociales y organizaciones ciudadanas, y con este mismo fin la “Alianza Española contra la Pobreza” ha organizado durante este mes de octubre una nueva campaña titulada “Rebélate contra la pobreza. Más hechos, menos palabras”.

“¡Me muero de hambre!”... Es un grito dirigido a todos y cada uno de los seres humanos. Ante él podremos tapar nuestros oídos porque nos resulta molesto y cuestiona nuestro modo de vida; ante él podremos desentendernos, encerrados en nuestra conciencia individualista y ególatra (¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?...). Pero también podemos escuchar y atender responsablemente ese grito. Sólo entonces nuestra vida será verdaderamente humana.

5. PALABRAS FINALES PARA NO OLVIDAR

Testamento espiritual de Bernardo

* “Doctor esto se acaba. Este cuerpo no aguanta más. Dejemos que lo que tiene que suceder acontezca. Estoy en paz. No tengo miedo a morir. Estoy en las manos de Dios y acepto la muerte. La espero”.

* “El tiempo de la enfermedad ha sido una escuela donde hemos ido aprendiendo las últimas lecciones de la vida”.

* “Quiero morir con la misma dignidad con la que he procurado vivir”.

* “No tengo pena por lo que no he hecho. Otros lo harán”.

* “He sido feliz. Me he dedicado a lo que me ha gustado y he procurado vivir y luchar siempre por los valores en los que creo y que han dado sentido a mi vida”.

* “Me siento rodeado del cariño de todos. Y me emociona”.

Epílogo

Contra el olvido

Que no nos rinda tu muerte, Bernardo.
Ni el olvido.
Si acaso sólo el llanto.

Deja llenas las copas con el vino y granadas las espigas de trigo candeal para la hogaza compartida, como si no te hubieras ido. Déjalas sobre la lápida gris de Riofrío, sobre las páginas dulces de este libro florecido en tu memoria, sobre la redonda mesa matriarcal, eucarística, de Babilafuente. Para cuando te visitemos. Para poder alentar el alma herida, compañero.

Y que siga estando viva, y que nos hable y nos provoque a la esperanza, tan difícil, la media sonrisa de tu fotografía, esa en la que estás revestido con la sudadera azul y el anagrama en negro de Acción Verapaz, la que preside el recordatorio que te hicimos con tu testamento espiritual. Fotografía que acaba de esculpir Chuchi Sánchez para tu aniversario en una placa de piedra de Villamayor colocada como homenaje en el Centro Multicultural de Villoruela. Como si no te hubieras ido.

Que no nos rinda tu muerte, compañero.
Ni el olvido.

Deja abierto este libro, mosaico con tus voces y nuestras añoranzas, y que el viento zarandee sus hojas y expanda las esporas de tu lengua hecha letra, hecha carne seminal y dádiva de luz para sembrar de nuevo nuestros surcos. Como si no te hubieras ido.

Como abierta se ha quedado también la puerta de tu casa de Babilafuente, resistente morada fraternal que estrenamos hace 32 años, ¿te acuerdas?, para que sigan entrando todos los que llegaron aquel agrio 20 de enero de 2012 con el llanto en las manos, a borbotones, por tu muerte. Y los que llegan ahora a llenarnos de abrazos, como si no te hubieras ido.

Que no nos rinda tu muerte.
Ni el olvido.

Que por febrero, igual que a los ásperos brazos, dolidos por los hielos, de los almendros que pueblan las laderas pardas del Balneario, te nazcan –nos nazcan– nuevas flores. Y te resuciten –y nos resuciten– del largo invierno de tu muerte, como si no te hubieras ido. Porque siempre Amanece. Y seremos convocados contigo, Bernardo, como los jilgueros y las abejas al néctar de las flores del almendro, a la final Fiesta sideral al llegar la Primavera.

Para entonces, como si no te hubieras ido, volveremos a cantar, juntos de nuevo, viejas canciones –*De segar de los secanos ya vienen los segadores...*– entre todas las gargantas de los muchos hermanos, tantos, que han bordado esta redonda mesa matriarcal de emociones y de rezos.

Que no nos rinda tu muerte, compañero.

Ni el olvido.

Si acaso sólo el llanto.

No hemos cerrado el balcón de tu habitación por si los aullidos del perro del vecino te despiertan cualquier día. Para que sigas oyendo, como si no te hubieras ido, los gritos desgarrados de las campanas de la torre cercana cuando tocan a muerto (anteayer lloraron por José, el marido de Juli, la catequista, que entró en esa negra rueda de la mala fortuna apenas detrás de ti). O cuando tocan a las fiestas de Águedas. O a la bendición de campos por San Isidro. O a los cantos de boda. Para que sigas oyendo también, como si no te hubieras ido, las correrías de los niños que pasan por debajo estrenando la vida.

No hemos cerrado el balcón de tu habitación para que puedan seguir saliendo por él los últimos gemidos de tu cuerpo malherido, tan amargos. Y se los lleve el viento. Y ardan en una hoguera sacrificial, purificadora, sobre el muro del lago, en el final del canal, con los patos y los cormoranes en un croar azul y polifónico rindiéndote tributo. Por si allí puedas seguir comulgando con el hálito sosegado de los peces, del tomillo y el espliego, de las águilas. Como si no te hubieras ido.

Pongámonos a cantar contigo y con Alfredo por si olvidamos el amargor de las ausencias las viejas canciones que aprendimos de las gargantas de los muchos testigos que dejaron en tus manos, Bernardo, en nuestras manos, la memoria ancestral de estos pueblos que nos ahijaron con ternura:

De segar de los secanos ya vienen los segadores...

De beber agua de aljibe...

De recoger la cebada...

De segar de los secanos...

*Lo que cuesta el trabajar..., si cuatro pillos supieran,
no abusarían del pobre, ni tampoco del jornal...*

De segar de los secanos...

Volvamos, sí, a cantar juntos, como en una gran coral, todos los que hemos puesto nuestra mano en este libro para celebrar tu memoria y defenderla contra el tiempo, todos los que te amamos y te estamos sintiendo, como si no te hubieras ido, en esta hora de tu primer Aniversario.

Para que no nos rinda tu muerte, Bernardo.

Ni el olvido.

Nos seguimos viendo en el recuerdo.

Adiós. Hasta la Amanecida, *compañero del alma, compañero.*

QUINTÍN GARCÍA